

"The torch has been passed down to us from the hands of heroes, scholars, and martyrs who have sown gospel seeds before us. They look over the cloud of glory to encourage us. This sums up this great book by Roberts Liardon. Let's join their ranks. This is harvest time—believe it!"

—Reinhard Bonnke

GENERALES DE DIOS

THE
MISSIONARIES

LIVINGSTONE

GOFORTH

CAREY

BRAINERD

CARMICHAEL

JUDSON

ROBERTS
LIARDON

Tabla de contenido

Página de título

Reseñas

Página de derechos de autor

Dedicación

Expresiones de gratitud

Prefacio

Introducción

1. Conde Nikolaus Ludwig von Zinzendorf

2. David Brainerd

3. William Carey

4. Adoniram Judson

5. El renacimiento hawaiano

6. David Livingstone

7. J. Hudson Taylor

8. Amy Carmichael

9. Jonathan Goforth

Notas finales

★★★★★

GOD'S

THE
MISSIONARIES

GENERALS

GENERALES DE DIOS
LOS MISIONEROS

ROBERTS
LIARDON



WHITAKER
HOUSE

La serie de libros "Los Generales de Dios" se encuentra entre los más importantes de mi biblioteca. Los considero lectura obligatoria para nuestra gente. Este volumen sobre los Misioneros sin duda inspirará a una oleada de nuevos amantes de Dios, entregados a Dios, a invadir las naciones del mundo, dispuestos a pagar cualquier precio para difundir este maravilloso evangelio del reino. "Los Generales de Dios" tiene una profunda importancia porque nos brinda perspectiva, nos hace conscientes de un impulso inspirado por Dios y despierta el anhelo por lo que podría ser posible de nuevo en nuestras vidas. El autor Roberts Liardon realiza un trabajo extraordinario al recalibrar nuestra necesidad de verdaderos héroes, a la vez que aborda las debilidades, deficiencias e incluso los fracasos de estos grandes líderes misioneros. Lo hace sin calumniar ni subestimar la importancia de su papel en la historia. Me encanta este enfoque transparente y recomiendo ampliamente este volumen a todos los que se consideran discípulos de Jesucristo.

—Bill Johnson

Iglesia Bethel, Redding, California

El autor de "Cuando el Cielo Invade la Tierra" y "Albergando la Presencia", Roberts Liardon, ha escrito un libro con una investigación excelente, "Los Generales de Dios: Los Misioneros". Estas biografías despertaron muchos recuerdos de las alegrías y las dificultades que Rolland y yo hemos experimentado como misioneros. Como hábil narrador, Roberts entrelaza relatos verídicos con luchas, angustias y victorias cotidianas. Nuestros grandes pioneros de la fe tuvieron dos hilos en común: vidas bañadas en mucha oración y la guía del Espíritu Santo. "Los Generales de Dios" te mostrará cómo entregar tu vida y considerar todo como pérdida comparado con conocer a Jesús. Este libro lo guardaré en mi biblioteca.

—Heidi G. Baker, Dra.

Cofundador y Director de Iris Global. Como uno de los historiadores modernos del cuerpo de Cristo, Roberts Liardon ha creado otra gran joya en su serie "Los Generales de Dios". Algunos de mis mentores a lo largo de los años han sido libros. Las vidas retratadas en este clásico libro sobre misioneros pioneros sin duda formarán parte de mi

"Salón de los Héroes". La sombra de estas vidas humildes y sacrificadas en Cristo se proyecta una vez más sobre la vida de muchas personas gracias a este extraordinario autor. ¡Gracias, Roberts, por ser fiel a tu tarea!

—James W. Goll

Fundador, Encounters Network y Prayer Storm

El autor de *El Vidente*, *Una Fe Radical* y *El Despertar de Israel* que Viene, Roberts Liardon, ha hecho un trabajo excepcional al recopilar la vida y los testimonios de estos poderosos misioneros de Dios, quienes ardían con un profundo deseo de alcanzar al Perdidos y para demostrar el amor de Cristo. Estas páginas están llenas de sueños, esperanzas, fe, luchas y dificultades que enfrentaron en su camino para ir por todo el mundo y predicar el evangelio a toda criatura. Recomendando ampliamente "Los Generales de Dios: Los Misioneros".

—Dr. Ché Ahn

Apóstol, Centro Apostólico Harvest, Pasadena, California, Pastor principal, Iglesia HRock

Presidente de Harvest International

Canciller Internacional del Ministerio, Instituto de Liderazgo Wagner

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas se toman de la versión King James de la Santa Biblia. Las citas bíblicas marcadas (nkjv) se toman de la Nueva Versión King James, © 1979, 1980, 1982, 1984 por Thomas Nelson, Inc. Usado con permiso. Todos los derechos reservados. Las citas bíblicas marcadas (nvi) se toman de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, niv®.

©1973, 1978, 1984 por la Sociedad Bíblica Internacional. Usado con permiso de Zondervan. Reservados todos los derechos. Las citas bíblicas marcadas (nasb) se toman de la Nueva Biblia Estándar Americana®, nasb®, © 1960, 1962, 1963, 1968.

1971, 1972, 1973, 1975, 1977, 1988 por la Fundación Lockman. Usado con autorización. www.Lockman.org). Las citas bíblicas marcadas (nlt) se toman de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © 1996, 2004, 2007. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., Carol Stream, Illinois 60188. Todos los derechos reservados.

Nota editorial Se conserva la ortografía original en todo el material citado y, debido a las numerosas diferencias entre el inglés británico y el estadounidense, así como a las convenciones de la época, estas no se indican con un "[sic]". También se conservan las mayúsculas originales, de modo que a menudo "él" y "su", etc., no se escriben con mayúscula al referirse a Dios, Jesús o el Espíritu Santo. La negrita en las citas bíblicas indica el énfasis del autor.

Los generales de Dios: los misioneros

Ministerios Roberts Liardon

Apartado postal 2989

Sarasota, Florida 34230

Correo electrónico: info1@robertsliardon.org

www.RobertsLiardon.com

ISBN: 978-1-62911-159-9

ISBN del libro electrónico: 978-1-62911-161-2

© 2014 por Roberts Liardon Whitaker House
1030 Hunt Valley Circle
New Kensington, PA 15068 www.whitakerhouse.com

Datos de catalogación en publicación de la Biblioteca del Congreso Liardon, Roberts. Los generales de Dios: los misioneros / por Roberts Liardon.

páginas cm Incluye referencias bibliográficas.

ISBN 978-1-62911-159-9 (tapa dura comercial: papel alcalino) —

ISBN 978-1-62911-161-2 (libro electrónico)

1. Misioneros—Biografía. I. Título.

BV3700.L53 2014 266.0092'2—dc23

[B] 2014031035

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización escrita del editor. Por favor, dirija sus consultas a apermisoseditor@whitakerhouse.com.

Este libro ha sido producido digitalmente con una especificación estándar para garantizar su disponibilidad.

Dedicación

Mientras escribía los últimos retoques para este libro, me detuve a mitad de camino con una pregunta seria. ¿Quiénes realizan la obra de estos misioneros hoy? ¿Quiénes sirven en el campo misionero y están "dedicados de por vida", como lo estuvieron los hombres y mujeres de este libro? Al recostarme en mi silla, me invadieron los recuerdos de todas las personas piadosas y honorables que he conocido en más de treinta años de ministerio en más de ciento veinte naciones.

Al considerar las cualidades únicas de los hombres y mujeres incluidos en Los Generales de Dios: Los Misioneros, una persona me vino a la mente constantemente. Su nombre es Deborah Strong. Quiero dedicar este libro en su honor.

El apasionado trabajo de Déborah comenzó hace más de treinta años con una sincera oración: "Dios, ¿me enviarás a los lugares más oscuros de la tierra donde las necesidades son mayores?"

Dios hizo precisamente eso.

Deborah Strong es una misionera apostólica. Va a lugares donde el evangelio no existe o es tan escaso que la luz es casi imposible de ver. En ocasiones, ha caminado seis días entre las montañas más altas del mundo para alcanzar a algunas de las personas más inalcanzadas de la tierra, porque esa es la pasión de su corazón. Dios le da la fuerza y la victoria para seguir adelante, para seguir adelante.

A través de su trabajo en Ministerios de Fe Cristiana/Fundación Nepalesa de Ayuda a la Discapacidad, ha utilizado probablemente todos los métodos de evangelización conocidos y ha creado algunos propios. La conozco por celebrar su cumpleaños antes de tiempo con amigos del ministerio cuando tenía previsto estar en una aldea remota de montaña ese día.

Quiero decir: «Gracias, Débora, por todo lo que has hecho por Jesús y su reino. Te saludo. Es un honor para mí llamarte amiga».

Información de contacto de Deborah:

Deborah Strong,
Ministerios de Fe Cristiana
Apartado postal 50538
Denton, Texas 76206
drdeborahstrong@gmail.com

Expresiones de gratitud

Me gustaría agradecer a Whitaker House por asociarse conmigo en esta visión de llevar todos los volúmenes de Los Generales de Dios al mundo cristiano, incluido Los Generales de Dios: Los Misioneros.

También quisiera agradecer a mi editora y asistente de investigación, Vicki Mlinar, por su invaluable ayuda. Juntos, repasamos la historia milagrosa de la obra del Espíritu Santo sobre estos hombres y mujeres misioneros que proclamaron el evangelio por todo el mundo.

Prefacio

Generaciones anteriores

En 1986, realizamos una de nuestras Campañas Evangélicas en Blantyre, Malawi, en África Oriental. Blantyre recibe su nombre de la ciudad escocesa donde nació el gran misionero David Livingstone. Livingstone fundó una misión cristiana en la zona y una ciudad que ahora cuenta con más de 600.000 habitantes, convirtiéndola en la más grande de Malawi. Antes de morir, Livingstone creía tener solo un converso. Permítanme citar un fragmento de su diario:

Somos como voces que claman en el desierto; preparamos el camino para un futuro glorioso. Los futuros misioneros serán recompensados con conversiones por cada sermón. Somos sus pioneros y ayudantes. Que no olviden a los centinelas de la noche: a nosotros, que trabajamos cuando todo era oscuridad y ninguna señal de éxito en la conversión alegraba nuestros caminos. Sin duda, ellos tendrán más luz que nosotros, pero podemos servir a nuestro Maestro con fervor y proclamar el evangelio como ellos lo harán.

Livingstone falleció en 1873. Estuvimos allí más de cien años después. ¿Qué hay de la palabra profética de Livingstone? ¿Fueron solo ilusiones? Me alegra contarles lo que vimos. La semilla sembrada hace tanto tiempo ahora está dando frutos. Por ejemplo, vimos a 150.000 personas reunidas en una sola reunión. El pueblo de Malawi escuchó el mismo evangelio. Estuvimos allí dieciséis días, y decenas de miles respondieron al mensaje de Livingstone mientras lo predicábamos por él y por Jesús. Resonó por todo el país. Una nación se estremeció. El Espíritu Santo me habló al corazón y me dijo: «Estás caminando sobre las lágrimas de generaciones pasadas».

Un equipo

De repente, lo vi todo. En Dios, estamos unidos a un solo y poderoso movimiento evangélico, compuesto por sus obreros de los primeros y de los últimos días. Todos somos uno: pertenecemos a su equipo; ellos al nuestro. Cosechamos con alegría donde ellos sembraron con lágrimas antes que nosotros. No obtuvimos esta

cosecha porque fuéramos superiores a aquellos preciosos hombres y mujeres que nos precedieron, sino solo porque había llegado la época de la cosecha. Jesús dijo:

El que siega recibe salario y recoge fruto para vida eterna, para que tanto el que siembra como el que siega se regocijen juntos... Yo os envié a segar lo que no labrasteis; otros labraron, y vosotros habéis entrado en sus labores. (Juan 4:36, 38)

¡Es tiempo de cosecha, créanlo! Las multitudes del mundo se han multiplicado. La oportunidad es inmensa y emocionante. Y nosotros, ustedes, todos nosotros, somos los privilegiados elegidos para cosechar. Saber que tanto se ha hecho mucho antes de nuestra llegada debería mantenernos humildes en tiempos de éxito. No debemos fallarles a los sembradores. Se nos ha confiado una gran tarea. Les debemos blandir la hoz, o mejor aún, ¡usar una cosechadora!

Los Elías, los Pablos, los Justinos Mártires y los Livingstone: todos confiaron en nosotros para el futuro. Esperaban que aprovecháramos todo su trabajo. ¡No podemos sentirnos orgullosos, solo privilegiados!

Esta experiencia en Malawi cambió por completo mi perspectiva sobre la interrelación entre todos los siervos de Dios. Los ministerios más humildes, como misioneros, evangelistas, maestros y pastores, incluso aquellos que quizás se consideran fracasados, forman parte del panorama general y se regocijarán con todos nosotros en la alegría de la cosecha. Esto resume este gran libro de Roberts Liardon. Unámonos a sus filas. La cosecha continúa. ¡Jesús viene pronto!

El movimiento del Espíritu Eterno

El Espíritu Santo se compromete a cumplir la promesa de Cristo: «Edificaré mi iglesia» (Mateo 16:18). Esa es su tarea. También es nuestra tarea y explica todo el vibrante escenario de su obra.

Nadie puede destruir lo que Dios construye. Nadie puede cerrar una puerta que Él abre. La cruz de Cristo es la roca inamovible en la historia de los mares embravecidos de la humanidad. Ateos y gobernantes han anunciado que Dios estaba muerto o a punto de morir. Él no ha muerto. ¡Ellos sí! Mientras escribían "QEPD" en la

lápida de Cristo, una mano se posó sobre su hombro y una voz dijo: "Yo soy el que vivo, y estuve muerto; y he aquí que vivo por los siglos de los siglos" (Apocalipsis 1:18).

Llegamos tarde. La antorcha nos ha sido transmitida por héroes, eruditos, mártires y millones de creyentes desconocidos. Ellos miran por encima de la nube de gloria para animarnos. Quizás nos toque correr la última vuelta. Pues bien, en el nombre de Jesús, hagámoslo bien.

—Reinhard Bonnke

Fundador de Cristo para todas las Naciones

Introducción

“Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte.”

—Apocalipsis 12:11

Este versículo de la Palabra de Dios describe claramente a los hombres y mujeres de los Generales de Dios: los Misioneros. Sin excepción, fueron vencedores, no por sus propias fuerzas, sino por el poder del Cordero de Dios, a quien amaron y sirvieron dondequiera que fueron llamados. Tuvieron una valentía extraordinaria para enfrentar tierras desconocidas, la persecución, la pérdida de familiares y la muerte, porque valoraron su amor por Jesucristo por encima de sus propias vidas. En medio de triunfos y tragedias, vivieron frases que hoy damos por sentadas, como «Cumpliendo la Gran Comisión», «¡El futuro es tan brillante como las promesas de Dios!» y «¡Cristo es Señor de todo o no es Señor en absoluto!».

Los generales de este libro se encontraban entre los pioneros cristianos que contribuyeron al nacimiento y desarrollo de las misiones cristianas modernas tal como las entendemos hoy. No solo hablaron sobre la necesidad de predicar el evangelio en tierras paganas, sino que, con su ejemplo, también fueron y vivieron sus convicciones en el campo misionero.

No es casualidad que compartieran muchos rasgos de personalidad y dones ungidos por el Espíritu. Aunque ministraron en tres siglos diferentes y en países de todo el mundo, estos misioneros tenían mucho en común. Tenían un amor ferviente e inquebrantable por el Señor Jesucristo. Eran personas de voluntad firme e irreprimibles que escuchaban la guía del Espíritu Santo y la seguían sin retroceder. Eran hombres y mujeres de oración valiente que pedían la provisión y protección de Dios, y luego tenían la fe para ver sus oraciones contestadas. Por amor a Cristo, estaban dispuestos a soportar la aflicción. Sentían en su espíritu que era una tarea obligada; tenían que hacerlo, pasara lo que pasara. Nunca se dieron por vencidos.

También eran espíritus independientes; muchos de ellos abandonaron las sociedades misioneras que los enviaron originalmente, prefiriendo seguir la guía del Espíritu Santo en el campo en lugar de recibir la dirección de una organización ubicada a miles de kilómetros de distancia. Por la providencial elección de Dios, fueron algunos de los intelectos más brillantes de su época. Con fe, usaron esas habilidades intelectuales para impulsar el reino de Dios de maneras asombrosas: creando nuevas

alfabetos, traduciendo la Biblia a los idiomas más difíciles, construyendo escuelas, dando origen a sociedades misioneras y ministerios internacionales, y dejando legados que todavía hoy dan fruto!

Elegí presentar a los misioneros en este quinto volumen de los Generales de Dios para inspirar a una nueva generación de misioneros hoy. Aún hay lugares en la tierra donde hay poco o ningún testimonio cristiano; lugares que necesitan el evangelio de Jesucristo.

Pero ¿cómo podrán invocar su salvación si no creen en él? ¿Y cómo podrán creer en él si nunca han oído hablar de él? ¿Y cómo podrán oír hablar de él si nadie se lo dice? ¿Y cómo irá alguien a contárselo sin ser enviado? Por eso dicen las Escrituras: «¡Cuán hermosos son los pies de los mensajeros que traen buenas noticias!» (Romanos 10:14-15 NTV)

Quizás Dios te esté llamando a ser mensajero de la buena nueva hasta los confines de la tierra. Mi oración es que este libro te ayude a tomar la decisión de dar tu vida por Dios y por la humanidad.

—*Roberts Liardon*

Capítulo 1

Conde Nikolaus Ludwig von Zinzendorf

Un nuevo pensamiento: ¡El mundo es el campo de la cosecha!

El mástil superior del James casi se partió en dos; la resistencia contra los fuertes vientos fue en vano. La proa del barco se hundía bajo las embravecidas olas un instante y al siguiente se elevaba hacia el cielo tormentoso. Era el 14 de febrero de 1743, y el James regresaba de las Indias Occidentales con el líder misionero, el conde Ludwig von Zinzendorf, a bordo.

A medida que el barco se acercaba a la costa sur de Inglaterra, el vendaval del Atlántico Norte lo empujaba implacablemente hacia las rocas escarpadas que sobresalían de la costa. Los pasajeros y la tripulación del buque británico se acurrucaron bajo cubierta, temiendo por sus vidas. Los vientos aullaban mientras el barco cabeceaba amenazantemente, acercándose cada hora más a la costa inglesa.

El capitán Nicholas Garrison se resignó a lo inevitable. Dirigiéndose al silencioso pasajero que estaba a su lado, pronunció estas palabras amenazantes: «En cuestión de horas, Su Excelencia, estaremos en el fondo de este océano. El barco no sobrevivirá a un choque contra esa costa rocosa».

Levantando las cejas, sorprendido por la cruda predicción, el conde Zinzendorf habló con seguridad por encima de la furiosa tormenta: «Capitán, en dos horas, esta tormenta se calmará y volveremos a navegar en mares tranquilos».

El capitán Garrison meneó la cabeza con incredulidad mientras ambos hombres luchaban contra los fuertes vientos para unirse a la tripulación y los pasajeros bajo cubierta.

En dos horas, el capitán del James subió con cuidado por la

escalera de madera hasta la cubierta de su embarcación. Maravillado, vio que los vientos habían cambiado de dirección, que las nubes tormentosas se habían dispersado; cielos azules y mares plácidos rodeaban el barco por todos lados.

—Conde Zinzendorf —preguntó el capitán con asombro—, ¿cómo sabía que tendríamos este mar en calma exactamente en dos horas?

“He tenido una relación de confianza con Jesucristo durante casi cuarenta años”, respondió el conde. “Él me habla en la quietud de mi alma cuando rezo.

delante de Él. Esta vez, me aseguró que la tormenta terminaría en dos horas”. Asombrado por la extraordinaria fe de Zinzendorf, el capitán Garrison aceptó

Cristo como Señor de su vida poco después y comenzó una amistad con el conde

Eso duró toda la vida. Durante años, Garrison sirvió como capitán del barco misionero moravo que transportó a los misioneros de Zinzendorf a tierras extranjeras por todo el mundo.

“Sólo tengo una pasión...”

“Sólo tengo una pasión: es Él; es Él solo.”

—Conde Zinzendorf

Nikolaus Ludwig von Zinzendorf fue un noble europeo muy conocido entre las altas esferas de la Europa del siglo XVIII. Destinado por nacimiento a una vida de privilegio y lujo en las cortes de Sajonia (Alemania), optó por dedicar toda su vasta influencia y riqueza a la gloria de su Salvador, Jesucristo. En lugar de dejar huella solo en su país natal, Zinzendorf transformó vidas para siempre en los rincones más remotos del mundo gracias a su visión misionera.

Por toda Europa, Oriente Medio, Asia, las Indias Orientales y Occidentales, y Sudamérica, desde el extremo sur de África hasta las costas árticas de Groenlandia, el nombre de Cristo fue ensalzado por los misioneros enviados bajo el liderazgo de

Zinzendorf. Embarcándose él mismo en viajes al extranjero, Zinzendorf proclamó: «El mundo es el campo y el campo es el mundo; y de ahora en adelante, ese país será mi hogar, donde podré ser más útil para ganar almas para Cristo».

A lo largo de casi cuarenta años de ministerio cristiano, Zinzendorf fue venerado por algunos por su profundo amor a Cristo, y vilipendiado por otros por sus formas poco ortodoxas de demostrarlo. Para Zinzendorf, la verdadera iglesia era un cuerpo invisible de creyentes oculto tras las barreras denominacionales. La vida en Cristo no era lo que sucedía en la iglesia organizada; era, en cambio, un cristianismo del corazón.

Zinzendorf expresó ese tipo de cristianismo de tres maneras vitales. Primero, era esencial que todos los creyentes abrazaran una relación profunda y personal con el Señor Jesucristo. Segundo, todos los verdaderos creyentes debían aprender a vivir y adorar juntos. "No hay cristianismo sin comunidad" era su lema personal. Tercero, todo cristiano estaba llamado a ayudar a difundir el mensaje de la muerte sacrificial de Cristo y su redención al mundo no alcanzado. "Las misiones, después de todo", escribió Zinzendorf, "son simplemente esto: ¡Todo corazón con Cristo es un misionero, todo corazón sin Cristo es un campo misionero!". Ya sea que un creyente fuera enviado a un Ya fuera en tierra extranjera o trabajando para apoyar al enviado, para Zinzendorf, la empresa misionera era un esfuerzo conjunto, mediante el poder del Espíritu Santo, capaz de transformar el mundo para Cristo. Zinzendorf sí transformó el mundo, revolucionando la comunidad cristiana mundial con su celo misionero, y ocupando un lugar en la historia como uno de los más grandes misioneros generales de Dios.

Una oración profética

Nikolaus Ludwig von Zinzendorf nació en una familia de la nobleza austriaca el 26 de mayo de 1700 en Dresde, Sajonia. Fue hijo único del conde Georg Ludwig y la condesa Charlotte Justine von Zinzendorf.

Durante generaciones antes de su nacimiento, la familia

Zinzendorf había gozado de un alto rango entre la nobleza austriaca, sirviendo en la corte de los emperadores de Austria. Con la expansión de la Reforma por Europa, el abuelo de Nikolaus, el conde Maximilian von Zinzendorf, se convirtió al luteranismo, abrazando la fe únicamente en Cristo para la salvación. A mediados del siglo XVII, para continuar su recién descubierta fe protestante, el conde vendió su finca austriaca, Wachovia, y trasladó a su esposa y sus cinco hijos de la católica Austria a la luterana Sajonia.



La familia Zinzendorf: el conde Georg Ludwig y la condesa Charlotte Justine von Zinzendorf

con Nikolaus, quien es retratado como un niño de tres años a pesar del hecho de que Georg murió unas semanas después del nacimiento del niño.

(Usado con permiso / Archivos de la Iglesia Morava)

Maximiliano juró lealtad a Sajonia, que, en los siglos XVII y XVIII, incluía las provincias orientales de las actuales Alemania y

Polonia. Con el tiempo, uno de sus hijos, Jorge Luis, se casó con una cristiana de cuna real, Carlota Justine von Gersdorf. De esta pareja nació el joven Nicolás Luis von Zinzendorf (llamado «Luis»). Al nacer Luis, su padre era consejero del rey de Sajonia. Trágicamente, Jorge Luis contrajo tuberculosis y, el 19 de julio de 1700, el padre, de treinta y siete años, falleció seis semanas después del nacimiento de su hijo.

Ese día, Charlotte Justine escribió una oración por el bebé Ludwig en el frente de su Biblia: “Que el Padre de la misericordia gobierne el corazón de este niño para que pueda caminar recto en el camino de las virtudes... Que sus caminos sean fortalecidos por la Palabra de Dios... para que realmente experimente lo que el Señor ha prometido: 'Yo soy el Padre de los huérfanos'”.¹ Fue una oración profética en la vida de su noble hijito.

Convertido a los cuatro años

Siendo una joven viuda, con tan solo veinticinco años, la afligida Charlotte se mudó con su hijo pequeño a la finca de su madre en Gross Hennersdorf, Sajonia, donde Ludwig fue acogido con cariño por una abuela, una tía y un tío cristianos. Cuando tenía cuatro años, su madre se volvió a casar con el mariscal de campo Dubislav von Natzmer, un viudo de cincuenta años residente en Berlín. Dejó a Lutz, de cuatro años, como lo apodaba cariñosamente su abuela.

La abuela de Lutz, la condesa Henrietta Katharina von Gersdorf, era una cristiana devota y una pietista activa. Los pietistas eran un pequeño grupo de cristianos dentro de la Iglesia Luterana que anhelaban una profunda relación personal con su Salvador. Enfatizaban el sacerdocio del creyente y la necesidad de una relación vigorosa con Jesucristo, en lugar de la adoración árida de la iglesia formal. Philipp Jakob Spener era considerado el padre del movimiento pietista y era amigo cercano de la familia von Gersdorf [Zinzendorf]. Al crecer en este ambiente piadoso, el pequeño Lutz aprendió a apoyarse en Jesús para todo en la vida.

“Ya en mi infancia”, escribió más tarde, “amaba al Salvador y tenía abundante comunión con Él. En mi cuarto año comencé a

buscar a Dios con seriedad y decidido a convertirme en un verdadero siervo de Jesucristo... ¡Estaba... tan seguro de que el Hijo de Dios era mi Señor como de la existencia de mis cinco dedos!”²

No había duda de que Lutz había entregado su corazón sin reservas a Cristo, como registró en su diario de infancia: “Mil veces lo escuché hablar en mi corazón y lo vi con el ojo de la fe... Si Jesús fuera abandonado por todo el mundo, todavía me aferraría a Él y lo amaría”.³

acosado en la escuela

A los diez años, Lutz fue desarraigado del castillo de su abuela por su madre y llevado al internado pietista Halle Paedagogium, a 190 kilómetros de la finca de su abuela. Como noble de alto rango, se esperaba que Ludwig se formara para servir en la corte sajona. Su familia daba por sentado que se convertiría en un consejero de la corte muy importante, al igual que su padre y su abuelo.

Desafortunadamente, sus años en Halle no se compararon en nada con su agradable infancia. A pesar de asistir a una escuela cristiana, Lutz fue intimidado por los chicos mayores debido a su dinero, su nobleza y su inteligencia. «Con algunas excepciones, mis compañeros me odiaron todo el tiempo», escribió Ludwig más tarde. Incluso su tutor personal, Daniel Crisenius, menospreció su compromiso con Jesús y lo chantajeó para quedarse con su paga. «Siempre he pensado que tu abuela te tenía en demasiada estima», se burló Crisenius. «¡Y si le dices que yo dije eso, le diré que eres demasiado perezoso para estudiar!».

Como Dios tenía un plan para la vida de Ludwig, usó las pruebas de la infancia del joven conde para fortalecer su ser interior y darle la fuerza espiritual necesaria para soportar las críticas sin perder la fe. Lutz se decidió. «Esta vergüenza no me aplastará. Al contrario, ¡me elevará!». ⁶ El joven conde creció tanto académica como espiritualmente, y encontró algunos amigos con ideas afines que lo acompañaron en su búsqueda de seguir a

Cristo. Fue la bendición de Dios la que le permitió sobresalir tanto en conocimiento como en carácter. Es una combinación importante que Dios desea que poseamos.

“Orden del Grano de Mostaza”

A los doce años, Lutz y sus cuatro amigos más cercanos del colegio formaron una sociedad cristiana secreta dedicada a la oración, el estudio de la Biblia y la fiel adhesión a las enseñanzas de Jesucristo. Eran los chicos menos populares del colegio, se burlaban de ellos por su baja estatura y fuerza, pero ya no les importaba. Uno de los jóvenes, el barón Friedrich von Watteville, se convirtió en el mejor amigo y confidente de Ludwig para toda la vida.

Ludwig sintió el llamado a ser evangelista o ministro desde muy joven. Su ejemplo fue el propio Jesús, quien con solo doce años confundió a las grandes mentes de su época en el templo. En el Antiguo y el Nuevo Testamento, leemos sobre jóvenes llamados al ministerio: José, Samuel, David, Timoteo. Hoy en día, no vemos tanto de esto en la iglesia como deberíamos. Ludwig Zinzendorf fue un gran ejemplo de cómo podría ser un joven evangelista.

El joven conde bautizó su sociedad secreta "La Orden de la Semilla de Mostaza", pues creía que su pequeña semilla de fe se convertiría en un gran árbol de servicio al Señor. Para el joven Lutz, era como prestar juramento de caballero por amor a Cristo. Estos jóvenes tendrían riqueza e influencia, y se comprometieron a usar ambas para promover el evangelio de Jesucristo. Ludwig mandó diseñar anillos de oro para cada uno, con la inscripción en su interior de las palabras griegas traducidas como "Nadie vive para sí mismo" (véase Romanos 14:7). La sociedad también tenía un estandarte adornado con la cresta de un árbol de mostaza y una inscripción en latín que decía "quod fuit ante nihil" (de la nada, algo).

Las palabras fueron proféticas. Durante los siguientes cuarenta años, la pequeña semilla de fe creció desde su pequeño dormitorio hasta el escenario político y religioso mundial. Zinzendorf conoció

a líderes cristianos mundiales que aceptaron ser miembros de la Orden de la Semilla de Mostaza y se comprometieron a influir en el mundo para Cristo; entre ellos, hombres tan diversos como James Oglethorpe, gobernador de la Georgia colonial; Tomochichi, jefe de la tribu Yamacraw en América; Christian VI, rey de Dinamarca; John Potter, arzobispo anglicano de Canterbury; e incluso Louis de Noailles, cardenal católico romano de París.

Existe una unidad ungida en el Espíritu entre los grupos de cristianos que se unen en Cristo; Jesús y sus discípulos son el ejemplo perfecto. John y Charles Wesley formaron el Club Santo, un grupo de creyentes que se reunían en la Iglesia de Cristo de Oxford y se comprometieron a orar y ayunar juntos, estudiar la Biblia y cuidar de los necesitados de la zona. Posteriormente, se convirtieron en la base de la Iglesia Metodista. Jóvenes de ambos sexos que fueron salvos durante el Avivamiento Galés de principios del siglo XX se comprometieron mutuamente a orar y ministrar bajo la dirección del evangelista sanador George Jeffreys, y posteriormente formaron la denominación Elim. Billy Graham estableció su ministerio mundial con un grupo de jóvenes que trabajaron con él como equipo de por vida, convirtiéndose en ancianos juntos al servicio de Cristo. La sociedad secreta del joven Zinzendorf fue una de las sociedades más influyentes entre los líderes mundiales que he descubierto.

El fuego misionero está encendido

En poco tiempo, la brillante mente de Ludwig fue reconocida en Halle; sobresalió en estudios bíblicos, griego y latín. Ya no era el blanco de las bromas estudiantiles y disfrutaba cada vez más de la atención del director, el profesor Augustus Franke. Como Ludwig era noble, siempre se sentaba cerca de la cabecera de la mesa, cerca de Franke y de los invitados de honor. Una noche, uno de esos invitados cambió el rumbo de la Orden de la Semilla de Mostaza y cambió la vida de Zinzendorf para siempre.

Ludwig, de quince años, estaba sentado frente a Bartholomäus Ziegenbalg, un exalumno de Halle que se encontraba en casa de

permiso del campo misionero. Ziegenbalg y su compañero de estudios de Halle, Heinrich Plütschau, fueron los dos primeros misioneros protestantes enviados por la familia real danesa. Llevaban ocho años compartiendo la fe de Cristo en la colonia danesa de Tranquebar, India.

Desde los primeros años de la Reforma, Dinamarca acogió el evangelio y la fe en Cristo como único medio de salvación. Los cristianos daneses estuvieron entre los primeros europeos en publicar la Biblia en su lengua materna. Aunque la obra misionera era desconocida en la Europa protestante de la época, el rey Federico IV de Dinamarca fue un visionario cristiano que finalmente envió misioneros cristianos a sus colonias danesas.

Este es un ejemplo perfecto del poder y la influencia para el bien que pueden ejercer las personas en puestos de liderazgo que no temen defender a Dios. Dios todavía usa a personas en puestos gubernamentales. Creo que veremos más de esto en nuestra vida, incluso en medio de la guerra espiritual entre las naciones del mundo.

A diferencia del rey Federico, las iglesias anglicana y luterana de Europa se oponían a la idea de enviar misioneros a las naciones del mundo. En aquel entonces, creían que el mandato de Jesús de «ir por todo el mundo» (Marcos 16:15) había cesado con la muerte de los apóstoles, y que los primeros apóstoles habían cumplido el mandato llegando hasta los confines del mundo conocido. Los reformadores europeos habían dedicado los últimos doscientos años a establecer las denominaciones protestantes y a luchar contra el control religioso del catolicismo romano en Europa. Su visión eclesial no incluía la expansión a naciones extranjeras.

El Espíritu de Dios siempre intenta infundir vida en la iglesia y el mundo, ¡pero la religión siempre intenta sofocarlo! En la obra danesa, vemos las primeras señales del Espíritu de Dios infundiendo nueva vida en lo que llamamos la Gran Comisión. Pero la iglesia tradicional tenía el control, y creían... que lo que Dios había dicho a los apóstoles acerca de evangelizar el mundo ahora era irrelevante.

¡El destino de Ludwig estaba sellado!

Esa noche, durante la cena, Ludwig permaneció absorto, con la mirada fija en Ziegenbalg, el primer misionero luterano. Ardiendo de curiosidad, le hizo preguntas detalladas sobre su labor misionera, el idioma y las costumbres de los indígenas. Desde aquella memorable cena, el destino de Ludwig quedó sellado.

En cuanto lo excusaron del comedor, Ludwig corrió por el pasillo e irrumpió en la habitación de Watteville, ansioso por compartir cada detalle de su conversación durante la cena. ¡Qué emocionante nueva visión para la Orden del Grano de Mostaza! Consagrarían sus vidas a difundir la buena nueva de Jesucristo a quienes no lo conocían en todo el mundo. «Nos será imposible ir nosotros», admitieron a regañadientes, debido a su nobleza. Pero se comprometieron a usar su fortuna e influencia para difundir el mensaje del evangelio por todo el mundo.

Esta historia nos recuerda a todos que, a veces, nuestro mejor sermón puede dirigirse a una sola persona. Ziegenbalg tuvo una conversación sencilla con un adolescente durante la cena y sembró la semilla misionera que transformó la iglesia protestante europea. Sea lo que sea que tengas en el corazón, dilo, aunque sea a una sola persona.

Manteniendo su espíritu alimentado y libre

En la Europa del siglo XVIII, Wittenberg, Sajonia, era la ciudad más famosa de la fe protestante. Allí, en 1517, Martín Lutero, sacerdote católico y profesor de la Universidad de Wittenberg, clavó sus Noventa y Cinco Tesis en la puerta de madera de la Iglesia del Castillo. Desde entonces, Wittenberg había sido la sede de la Iglesia Luterana, pero cuando Zinzendorf llegó a la universidad dos siglos después, quedaban pocas pruebas de la ardiente pasión de Martín Lutero por Cristo. La Iglesia Luterana y la Universidad de Wittenberg se habían vuelto áridas y formales en su teología.

Es una observación histórica que muchos lugares de avivamiento están muertos y aburridos para cuando llega la tercera generación. Para Ludwig, ¡la iglesia y la universidad

parecían tan muertas como un clavo!

En Wittenberg, el tío de Ludwig, el conde Otto von Zinzendorf, insistió en que estudiara derecho y aprendiera esgrima y danza para prepararse para el servicio en la corte real. "Mi tío estaba obsesionado con cambiar mi corazón [pietista] y poner un Tengo una cabeza diferente en mi cuerpo", proclamó Ludwig más tarde.⁸

A pesar de la mundanalidad y el formalismo religioso que se habían infiltrado en la universidad, Ludwig estaba decidido a seguir a Cristo. «Me comunico con el Amigo de mi corazón, el Salvador siempre presente, todos los días... Dedico una hora entera de seis a siete de la mañana, así como por la tarde de ocho a nueve, a la oración». ⁹ Ludwig también pasaba noches enteras orando y días enteros ayunando ante el Señor. ¡Nada lo disuadía de su pasión por Jesús! Este tiempo de oración era la manera en que mantenía su espíritu fresco. De igual manera, nuestro caminar cristiano debe consistir en más que una sola oración; debemos mantener nuestra relación vital con Cristo fresca y viva, como lo hizo Zinzendorf.

Visita a la Galería de Arte

Tras graduarse en la universidad, cada joven noble era enviado a un viaje de un año por las capitales de Europa para completar su educación. Los viajes de Ludwig transcurrieron sin incidentes hasta el 20 de mayo de 1719, día en que visitó el Museo de Arte de Düsseldorf.



Representación de cuatro escenas de la gran gira de Zinzendorf por los Países Bajos, Francia, y Alemania en 1719-20: (derecha) Zinzendorf discutiendo asuntos

teológicos con un ministro reformado en su biblioteca en Utrecht; (centro abajo) un sirviente trayendo una carta para el conde Zinzendorf; (centro arriba) Reunión de Zinzendorf con el Cardenal de Noailles y Père la Tour en París; (izquierda) Zinzendorf (sentado) en Ebersdorf, con Enrique XXIX, el conde Enrique de Reuss, Su madre y la hermana de Reuss, Erdmuthe Dorothea. (Usado con autorización / Archivos de la Iglesia Morava)

Caminando tranquilamente por la galería, Ludwig se detuvo ante un gran y sombrío cuadro de Jesucristo con la corona de espinas en la cabeza y sangre en la mejilla. El cuadro, obra del artista italiano Domenico Feti, se titulaba Ecce Homo, que en latín significa "He aquí al hombre". Este fue el anuncio que hizo Poncio Pilato tras la flagelación de Jesús. Las palabras grabadas bajo el cuadro sobresaltaron a Ludwig y se le quedaron grabadas en el corazón: "Esto he hecho por ti; ¿qué haces tú por mí?".

«Me quedé allí sin respuesta», escribió Zinzendorf. «Le imploré a mi Salvador que me atrajera con fuerza a la comunión con su sufrimiento, aunque mi mente se resistiera». 10 Allí, en esa galería de arte, Ludwig von Zinzendorf dedicó el resto de su vida al servicio del Hijo de Dios.

“Estas heridas fueron para comprarme”, declaró. “Estas gotas de sangre fueron derramadas para obtenerme. Hoy no me pertenezco. Pertenezco a otro. Fui comprado por un precio. Y viviré cada momento de cada día para que el Gran Comprador de mi alma reciba la recompensa completa de su sufrimiento”.

Durante su estancia de seis meses en Francia, Ludwig conoció al arzobispo de París, el cardenal Louis Antoine de Noailles. A pesar de sus diferentes creencias sobre la doctrina católica, ambos forjaron una amistad basada en su amor por el Salvador crucificado. Antes de separarse, el cardenal de setenta años aceptó la invitación de Ludwig, de veinte años, para unirse a la Orden del Grano de Mostaza. Durante el resto de su vida, Zinzendorf insistió en que era el amor a Cristo lo que podía acabar con las diferencias entre los creyentes cristianos.

Perdiendo a su novia

Antes de presentarse en la corte sajona de Dresde, Ludwig viajó por Suiza, primero para visitar a su amigo de la escuela Friedrich von Watteville y luego a Visitar a una tía, la condesa de Castelle. Durante su estancia en su castillo, el joven Zinzendorf se enamoró perdidamente de su bella prima, Teodora. Luis abandonó el castillo para volver a casa con la entusiasta aprobación de su tía

para su compromiso, pero algo no parecía del todo resuelto para Teodora.

Poco después, Luis descubrió que un amigo íntimo, el conde Enrique de Reuss, también se había enamorado de Teodora, y que ella correspondía a su afecto. Luis, confiando plenamente en la dirección del Señor para su vida, se hizo a un lado para que se casaran. Con un corazón sereno, les dijo a la joven pareja: «Está decidido; hágase la voluntad de Dios. Les deseo felicidad y satisfacción». Dios tenía algo más planeado para él, de eso Luis estaba seguro; esperaba pacientemente.

Dieciocho meses después, el 7 de septiembre de 1722, Luis, de veintidós años, se casó con la hermana menor de Heinrich Reuss, la condesa Erdmuthe Dorothea Reuss. Ella era la compañera perfecta para él; Erdmuthe compartía la pasión de Luis por seguir a Jesús por encima de todo. Trabajando juntos, ofrecieron sus vidas y sus fortunas por el evangelio de Cristo.

Ludwig fue guiado por el Señor en esta decisión. En el ministerio cristiano, es vital no dejarse llevar por la pasión juvenil de casarse sin esperar la guía específica de Dios. La persona adecuada compartirá la misma visión ministerial y abrazará el mismo llamado al servicio. Zinzendorf fue guiado por el Espíritu Santo cuando dejó de lado la pasión temprana del "primer amor" para esperar a la compañera elegida por Dios.

Hoy en día, la mayoría de las personas se casan según sus emociones y su pasión física. No se casan según su vocación; no evalúan a la persona para asegurarse de que sea espiritualmente compatible. Al considerar el matrimonio, pregúntense lo siguiente: ¿Creemos lo mismo en las Escrituras? ¿Estamos llamados al mismo ministerio o servicio? Si me llamaran a ir al campo misionero, ¿irías conmigo? La mayoría, aunque no todos, de los misioneros de este volumen tomaron decisiones sabias con respecto a sus parejas. Zinzendorf fue sin duda uno de ellos.



Conde Zinzendorf
(Usado con permiso /
Archivos de la Iglesia Morava)

Recibir una gran herencia

En 1722, Nikolaus Ludwig von Zinzendorf se presentó a servir en la corte de Augusto el Fuerte, Elector de Sajonia. Fue designado consejero del rey, tal como lo habían deseado su madre, su tío y su abuela. Pero Ludwig estaba desanimado; más que nada, anhelaba ser ministro del evangelio. En el mundo de la nobleza europea, no era una opción aceptable. Sin embargo, Zinzendorf estaba seguro de que «ganar almas para Cristo y trabajar en su reino espiritual era su verdadera vocación». 12

Cada tarde y noche de domingo en Dresde, Ludwig y Erdmuthe recibían en su casa a cristianos, tanto nobles como plebeyos, para compartir, estudiar la Biblia y orar.

Ese mismo año, Ludwig alcanzó la mayoría de edad y recibió una cuantiosa herencia de las propiedades de su padre. Desde sus días en Halle, había soñado con construir una comunidad cristiana como la iglesia primitiva, donde ricos y pobres pudieran orar y trabajar juntos. Para hacer realidad su visión, compró la finca de Berthelsdorf a su abuela, ubicada a pocos kilómetros de su castillo. En aquel entonces, solo existía en la finca el pequeño pueblo de Berthelsdorf y una iglesia luterana en ruinas. Pero Zinzendorf contemplaba las hectáreas vacías con ojos de fe, imaginando la comunidad cristiana que podría llegar a ser. ¡Lo que Dios construyó en ese terreno fue más grande de lo que Ludwig von Zinzendorf pudiera haber imaginado!

La comunidad cristiana era su pasión

Berthelsdorf se convirtió en la pasión de Ludwig. Cuanto más veía la vida cortesana, más fuerte se hacía su deseo de dedicar su vida al Evangelio y a la comunidad cristiana. Aunque debía pasar los inviernos en Dresde, en los meses de verano tenía libertad para cumplir su sueño en sus nuevas tierras.

Primero, nombró a su amigo pietista John Andrew Rothe pastor de la iglesia luterana de la finca. Zinzendorf lo comisionó con estas palabras: «Compré esta finca porque quería pasar mi vida entre los campesinos y ganar sus almas para Cristo. Así que ve, Rothe, a la viña del Señor. Encontrarás en mí un hermano y un ayudante, más que un mecenas». 13 En la ceremonia de investidura de Rothe, un predicador pietista del cercano pueblo de Görlitz pronunció una palabra profética: «¡Dios encenderá una vela en este lugar que iluminará toda la tierra!».

Ludwig decidió construir una mansión en los terrenos, a la que llamó Bethel (casa de Dios), para que él y Erdmuthe pudieran vivir en el seno de la comunidad cristiana cuando estuvieran de permiso en Dresde. Una vez terminada, los Zinzendorf abrieron su casa a todos los vecinos, tanto nobles como campesinos, para asistir a estudios bíblicos vespertinos. Para alegría de Ludwig, su amigo de la infancia, Friedrich von Watteville, dejó su finca suiza y se mudó a Berthelsdorf para unirse a Zinzendorf y hacer

realidad su visión.

El primer colono que llegó a la finca de Berthelsdorf fue Christian David, un creyente de Moravia (actualmente ubicada en el este de la República Checa). Como protestante, David había sido perseguido sin descanso por los católicos gobernantes de Moravia y Bohemia. Aunque había escapado sano y salvo de la región, quería regresar y guiar a otros protestantes perseguidos fuera del país. Al enterarse de la visión de Ludwig de una comunidad cristiana, preguntó si los refugiados moravos serían bienvenidos en Berthelsdorf. Ludwig respondió con un rotundo "¡Sí!". Sin que ninguno de los dos lo supiera, la petición de Christian David fue precisamente lo que dio vida a la visión cristiana de Zinzendorf.

Tráfico de refugiados moravos

Tras escabullirse a Moravia a pesar del peligro personal, David regresó a Berthelsdorf con los primeros refugiados: los dos hermanos Niesser, sus esposas y cuatro hijos. En una pequeña colina de la finca, a solo una milla del pueblo de Berthelsdorf, David taló un árbol para la primera casa y declaró que los moravos finalmente habían encontrado su hogar. Ese día, 17 de junio de 1722, nació una nueva comunidad cristiana.

David hizo diez viajes secretos más a Moravia para contrabandear a sus perseguidos.

Hermanos y hermanas en Cristo hacia la libertad. Johann Heitz, mayordomo de Berthelsdorf, bautizó la nueva comunidad como Herrnhut («la Vigilia del Señor»). En una carta explicativa a Zinzendorf, escribió: «Que Dios conceda a Su Excelencia que pueda construir en la colina una ciudad que no solo se someta a la Vigilia del Señor, sino que todos sus habitantes también puedan continuar bajo ella, de modo que no haya silencio [de oración] ni de día ni de noche». 14

En cuatro años, Herrnhut había crecido a trescientos miembros. Los hombres del pueblo se reunieron con Zinzendorf y Watteville para colocar la primera piedra de una escuela y un hospital

moravos. Lo dedicaron a la gloria de Dios, cantando cánticos de alabanza por su obra entre ellos.

Mientras Friedrich von Watteville se arrodillaba ante la piedra angular, orando en voz alta para que Dios aceptara su obra y su culto, cinco recién llegados, de pie al fondo de la multitud, escuchaban atentamente. Los hombres eran refugiados moravos que se habían detenido en Herrnhut de camino a Polonia para buscar refugio religioso. Al ver la pasión por Cristo entre los líderes y los aldeanos, pidieron permiso para quedarse.

Curiosamente, tres de los cinco hombres tenían el mismo nombre, David Nitschmann, por lo que se les identificaba según sus trabajos en el pueblo. Todos ellos fueron esenciales para el futuro crecimiento de Herrnhut, pero David, «el carpintero», se convirtió en obispo moravo de Herrnhut y uno de los primeros misioneros enviados a tierras extranjeras.

¿Quiénes eran los moravos?

Zinzendorf tardó algunos años en comprender la historia de los hermanos cristianos de Moravia y Bohemia que buscaban refugio religioso en Herrnhut. En 1412, Juan Hus, sacerdote católico bohemio, se pronunció contra las prácticas de la Iglesia católica, condenando la venta de indulgencias para el perdón de los pecados y la inmoralidad entre los líderes católicos. Su protesta tuvo lugar cien años antes de que Martín Lutero publicara sus Noventa y cinco tesis. Con valentía, Hus proclamó la verdad del evangelio: el único camino a la salvación eterna es mediante la muerte y resurrección de Jesucristo.¹⁵

En 1415, Hus fue juzgado por herejía por un tribunal católico y quemado en la hoguera por su postura justa. Sin embargo, en Bohemia y Moravia, sus seguidores, «los verdaderos creyentes cristianos», crecieron en número. Para 1457, sesenta años antes de que Lutero hiciera sus famosas protestas, estos creyentes moravos se conocieron oficialmente como la Unitas Fratrum, los Hermanos Unidos; se convirtieron en la primera denominación protestante. Los miembros de la primera Unitas Fratrum eran alemanes; vivían en comunidad en lo que hoy es la República Checa, pero eran

alemanes de sangre, cultura e idioma. En la época de Lutero, contaban con más de cuatrocientas congregaciones y casi 200.000 miembros. No era una denominación pequeña ni con dificultades.¹⁷

La profecía de la semilla oculta

En los estados católicos de Moravia y Bohemia, los Hermanos Unidos fueron perseguidos sin piedad y martirizados hasta que, en 1547, se vieron obligados a practicar su fe en la clandestinidad. Su último obispo, Jan Amos Comenius, escapó de la persecución en 1627 huyendo a Holanda con un remanente de los Hermanos. Comenius habló proféticamente de los Hermanos Unidos que quedaron atrás, llamándolos la «semilla oculta» de Dios que algún día volvería a crecer hasta convertirse en un árbol fructífero, capaz de adorar al Señor en libertad.

Poco después de que los refugiados comenzaran a llegar a Herrnhut, Ludwig descubrió que estos hombres y mujeres eran realmente la "semilla oculta" de la que había escrito Comenius, el remanente de los fieles Unitas Fratrum (posteriormente llamados moravos). El conde se comprometió a usar sus recursos y su vida para preservar y reconstruir esta histórica denominación de fieles cristianos.

“Quiero ser usado entre esta gente para traer un avivamiento”, declaró Zinzendorf. “Aunque pierda mis bienes, mi honor y mi vida por la causa, mientras viva y en la medida de mis posibilidades, este rebaño del Señor será preservado para Él hasta que Él venga”.

Lo que Satanás planeó para el mal...

Zinzendorf creía: «Todo debe hacerse por amor. El objetivo de nuestra comunidad fraterna es la salvación de almas».

A medida que se difundía la noticia de la comunidad de Herrnhut, comenzaron a llegar cristianos perseguidos de diversos orígenes: moravos, anabaptistas (ahora menonitas), calvinistas, separatistas e incluso católicos. Al principio, las divisiones denominacionales se enquistaron bajo la superficie, pero con el

tiempo estallaron en fuertes desacuerdos verbales; en poco tiempo, la visión de una comunidad cristiana amorosa se había desintegrado ante sus ojos.

En medio de la agitación, Satanás envió a un mensajero maligno, Johannes Sigismund Krüger, quien predicaba usando las Escrituras, pero en realidad era un "falso hermano", sembrando división y odio en Herrnhut. Krüger se burló de la Iglesia Luterana, llamándola la "ramera de Babilonia", a Zinzendorf la "bestia del abismo" y a John Rothe el "falso profeta". Sus mensajes fueron tan persuasivos que muchos colonos fueron engañados por sus falsas acusaciones, incluyendo a Christian David, el primer colono moravo. Como resultado, David, un líder en Herrnhut, y Rothe, el pastor de la iglesia de Berthelsdorf, hablaron con odio el uno del otro.

A medida que los mensajes de Krüger se volvían más fanáticos, se hizo evidente que padecía un trastorno mental; fue arrestado y finalmente internado en un manicomio en Berlín. Pero ya se había causado un gran daño.

Entristecido por los informes sobre la disensión espiritual entre los creyentes cristianos, Zinzendorf, de veintisiete años, se ausentó de la corte de Sajonia; él y Erdmuthe, con su hija recién nacida Benigna, regresaron apresuradamente a su hogar en Herrnhut. (Su primogénito había fallecido dos años antes, a los pocos meses de nacer).

Una reunión de perdón

El 12 de mayo de 1727, el joven pero decidido Zinzendorf se presentó ante los trescientos residentes de Herrnhut. Leyendo las Escrituras, les recordó la última oración de Jesús por sus discípulos:

Para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. (Juan 17:21)

Ludwig predicó con pasión sobre el objetivo de la unidad cristiana: que todos fueran uno en Cristo. Recordó a los moravos

su compromiso con la fe sencilla de los Hermanos Unidos. Finalmente, Zinzendorf, el "señor" de la finca, dejó claro que todos los miembros de Herrnhut debían cultivar el amor fraternal en Cristo para permanecer en su tierra. Les pidió que firmaran un "Contrato de Unión Fraternal" para vivir juntos en paz cristiana.¹⁹ Ludwig firmó el pacto primero, seguido por Christian David y luego por los demás colonos de Herrnhut.

La convicción del Espíritu Santo se extendió entre la gente mientras Zinzendorf hablaba esa mañana. Al finalizar la reunión de tres horas, los discípulos cristianos se pusieron de pie y se estrecharon las manos en señal de paz. Poco después, John Rothe se acercó a Christian David y le perdonó su relación con Johannes Krüger.

Durante ese verano de 1727, se restauró el amor fraternal en la finca de Berthelsdorf y se eligieron doce ancianos como líderes de la comunidad. «Todo el lugar», dijo Zinzendorf, «representaba un tabernáculo visible de Dios entre los hombres». 20 Dios estaba preparando a Zinzendorf y a los Hermanos Moravos para un mover ungido del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo y el fuego

El domingo 10 de agosto de 1727, John Rothe se arrodilló ante su congregación y oró para que el Espíritu del Señor se moviera poderosamente entre ellos; juntos, Permanecieron en oración hasta bien pasada la medianoche. Tres días después, los colonos cristianos de Herrnhut caminaron la corta milla hasta la iglesia de Berthelsdorf, donde Rothe los había invitado a un servicio de comunión para celebrar su reconciliación.

De ambas comunidades, la gente entró a la iglesia en silencio, sintiendo la dulce presencia de Dios. Al elevar sus voces de alabanza, el Espíritu Santo inundó a la congregación con su fuego purificador. Los creyentes, humildes, se arrodillaron, llorando en arrepentimiento ante el Señor, ahogando los cánticos con clamores de ser purificados de sus pecados. Llenos de la presencia del Espíritu, los adoradores lo alabaron con adoración; oraron solos o en grupos; invocaron la gracia y la misericordia del Señor hasta

que finalmente sintieron su liberación.

Al apaciguarse sus cánticos y llantos, Ludwig oró para que el vínculo de paz y amor fraternal perdurara entre ellos para siempre. Nadie quería alejarse de la santa presencia de Dios. Zinzendorf mandó traer comida de sus cocinas, y los Hermanos de Herrnhut celebraron la primera de cientos de "fiestas de amor" compartiendo el pan.

Zinzendorf escribió sobre "ese bendito verano":

Vimos la mano de Dios y sus maravillas, y todos estábamos bajo la nube de nuestros padres, bautizados con el Espíritu... El Espíritu Santo es el Espíritu vivificante. El Espíritu Santo es la fuente de toda nuestra comprensión de Dios; para ello, usa las Escrituras. Su principal afán es magnificar a Cristo en nuestras vidas. Nos busca incansablemente para hacernos semejantes a Cristo.

Una reunión de oración de cien años

Dos semanas después de que el Espíritu Santo descendiera sobre la congregación de Berthelsdorf, veinticuatro hombres y veinticuatro mujeres de Herrnhut se comprometieron a orar incesantemente durante una hora diaria. Este tiempo de oración se llamaba la "intercesión horaria" y se celebraba las 24 horas del día, los siete días de la semana.

Intercedieron ante Dios por las necesidades específicas del pueblo; en poco tiempo, setenta y siete personas se comprometieron a participar en la oración de veinticuatro horas, y recibieron dos mil peticiones de oración de cristianos de toda Sajonia. Cuando los moravos comenzaron su labor misionera, el tiempo de oración se centró en su labor misionera. Imaginen el asombro de aquellos guerreros de oración si hubieran sabido que su reunión de oración, bajo la unción del Espíritu Santo, continuaría entre los Hermanos Moravos las veinticuatro horas al día, todos los días, 365 días al año, ¡durante los próximos cien años!

Qué cosa tan maravillosa fue esto: un compromiso incesante

con la oración. «Regocijaos siempre. Orad sin cesar. Dad gracias en todo» (1 Tesalonicenses 5:16-18). ¡Esta es la manifestación más cercana de esa Escritura que jamás haya escuchado!

Me siento bendecido al pensar en las naciones y pueblos que cambiaron para siempre gracias a cien años de oración por las misiones mundiales. Algunas fuentes creen que pudo haber durado cerca de ciento veinte años, pero en nuestra investigación, nunca hemos descubierto exactamente cuándo ni por qué cesó este tiempo de oración sobrenatural. Hoy en día, hay ministerios que están retomando en cierta medida ese manto. Los admiramos y los bendecimos por su compromiso con la oración incesante en nuestros días.

Ese mismo verano, Zinzendorf comenzó a compartir una Escritura específica para animar o exhortar a la congregación de Herrnhut; él y los ancianos la compartían de casa en casa. Poco después, Ludwig y los líderes recopilaron una colección de pasajes bíblicos útiles para enseñar, reprender e instruir en justicia (véase 2 Timoteo 3:16) y los colocaron en una caja de madera. Cada noche escogían uno al azar para compartirlo con los colonos a la mañana siguiente. Esto se conoció como el Losung o «Palabra clave».

Tres años después, los moravos establecieron una imprenta en el pueblo de Ebersdorf para publicar ejemplares económicos de la Biblia, tratados cristianos e himnarios en alemán para la lectura del pueblo. También publicaron su primer devocional anual, que contenía los Losung de cada día del año. Hoy, casi trescientos años después, ese devocional, Los Textos Diarios Moravos, se sigue publicando anualmente en más de cincuenta idiomas por la floreciente Iglesia Morava.www.moravian.org)

Poco después, mientras visitaba a su tío en la cercana región de Silesia, Ludwig descubrió algunos de los primeros escritos de Jan Comenius, el último obispo de los Hermanos Unidos. Entre ellos, encontró la Ratio Disciplinae («Relación de la Disciplina»), un pequeño libro con los principios rectores de la temprana Unitas Fratrum. Zinzendorf quedó asombrado por la similitud entre los

escritos de Comenius y su recién escrito «Unión y Pacto Fraternal».

Sin duda, Dios había colocado a estos humildes refugiados, esta “semilla oculta”, en el camino de Zinzendorf como parte de Su plan de restauración.

Vida llena del Espíritu en Herrnhut

Desde su infancia, Ludwig fue compositor de himnos, expresando su adoración al Señor mediante canciones. Su himno más famoso, traducido posteriormente por John Wesley, es «Jesús, tu sangre y tu justicia».

Los Hermanos Moravos también sentían un gran deseo de adorar al Señor con música; se regocijaban en sus alabanzas. La vida en Herrnhut se convirtió en un santuario lleno de adoración; cada mañana y cada tarde, había un momento de alabanza en el pueblo. Los centinelas pasaban junto a las casas al atardecer, cantando alabanzas a Dios mientras el pueblo cerraba lentamente para la noche. Ludwig escribió personalmente más de mil himnos y publicó varios himnarios, algunos de los cuales aún se utilizan.

En 1728, Zinzendorf organizó a los miembros de la creciente comunidad en pequeños grupos llamados "bandas" con el propósito de orar y cuidarse espiritualmente unos a otros (similar a los grupos celulares en las iglesias modernas). Posteriormente, las bandas aumentaron de tamaño y se denominaron "coros". La gente se dividió por género o posición social, de modo que había coros para hombres y mujeres solteros, parejas casadas e incluso niños. "La razón por la que tenemos grupos de coro", escribió Zinzendorf, "es para revelar las condiciones de nuestro corazón. Empezamos a confiar los unos en los otros y nos atrevemos a revelarnos abiertamente... desde nuestro ser interior". 23

Al poco tiempo, todos los hombres solteros se mudaron a una casa de hermanos solteros, jurando servir juntos al Señor por encima de todo. Poco después, las mujeres solteras hicieron lo mismo, residiendo juntas en una casa de hermanas solteras. Para estos jóvenes, el matrimonio era secundario al descubrimiento de

su llamado al servicio de Dios. Eran personas trabajadoras y artesanos talentosos, con un compromiso apasionado con Cristo. Ese compromiso cristiano sentó las bases del verdadero llamado de Zinzendorf y la Iglesia Morava: enviar misioneros protestantes desde Europa a los rincones más remotos del mundo.

Una cita divina en la coronación danesa

El conde von Zinzendorf y el barón von Watteville seguían participando activamente en la misión de la Orden de la Semilla de Mostaza. No habían olvidado su compromiso, como adolescentes, de llevar el evangelio de Jesucristo al mundo. Por fin había llegado el momento de cumplir esa promesa.

En 1731, Zinzendorf y Watteville fueron invitados a la corte danesa para celebrar la coronación de Cristián VI como rey de Dinamarca. La familia real danesa seguía enviando misioneros cristianos a sus colonias. Era una época en la que la Iglesia y el Estado colaboraban estrechamente. El Estado valoraba el evangelio, pero no lo imponía.

En la coronación, Zinzendorf conoció a Antonio Ulrico, un antiguo esclavo de la isla de Santo Tomás, en las Indias Occidentales. Ulrico se había convertido al cristianismo mientras navegaba por el Atlántico a bordo de un barco, pero expresó un profundo remordimiento porque sus compañeros esclavos en Santo Tomás no tenían forma de oír hablar de Cristo. «Ojalá vinieran algunos misioneros», se lamentó Ulrico. «Muchas tardes me he sentado en la orilla y he suspirado con el alma por la Europa cristiana; y tengo un hermano y una hermana en esclavitud que anhelan conocer al Dios vivo».

Zinzendorf se sorprendió de que los dueños cristianos de las plantaciones de Santo Tomás no compartieran abiertamente el evangelio de la salvación con sus esclavos nativos. Con la misma emoción que sintió al conocer al primer misionero quince años antes, Ludwig regresó rápidamente al liderazgo moravo con una renovada pasión por la obra misionera en el extranjero.

Esa noche, 23 de junio de 1731, Leonard Dober yacía en la

cama de la casa de los solteros, dando vueltas en la cama hasta el amanecer. Ante él se cernían los esclavos africanos de las Indias Occidentales, cautivos y sin esperanza en Cristo. «Aquí estoy; envíame a mí», era el clamor de su corazón. Cuando le contó a su amigo Tobias Leopold su deseo de ir a Santo Tomás, Leopold admitió sentir el mismo llamado en su espíritu. Juntos, se acercaron a Zinzendorf y a los ancianos de Herrnhut con su deseo de ir al campo misionero.

El 29 de julio de 1731, Ulrich llegó a Herrnhut para hablar con los Hermanos sobre la difícil situación de los esclavos maltratados de las Indias Occidentales. Anhelaba verlos liberados en Cristo. Pero Ulrich les advirtió que tendrían que esforzarse para ganarse la confianza de los esclavos isleños.

Elegir por “el lote”

A lo largo de su vida, Zinzendorf creyó firmemente en la suerte como la manera en que Dios guiaba a su pueblo cuando las Escrituras no daban una dirección clara en un asunto. La suerte era una forma antigua de tomar decisiones, sacando una hoja de papel de entre varias, o arrojando piedras o canicas.

Ludwig basó su creencia en Hechos 1:24-26, cuando los apóstoles echaron suertes para elegir a un discípulo que reemplazara al traidor, Judas Iscariote.

Y oraron, y dijeron: «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra a cuál de estos dos has elegido para que participe de este ministerio y apostolado, del que Judas cayó por transgresión, para ir a su propio lugar». Y echaron suertes; y la suerte cayó sobre Matías, y fue contado con los once apóstoles.

Ludwig eligió usar el sorteo porque cuestionó los motivos de su propio corazón y los de los demás al tomar decisiones espirituales. Por cada decisión seria

Tras tomar la decisión, él y los ancianos oraron fervientemente y luego la dejaron en manos del Señor mediante la lotería. Los llamados al servicio se decidían por la lotería, así como los destinos misioneros, las consignas anuales e incluso los matrimonios. «Una vez consultada la lotería, la decisión era absoluta y vinculante». 25 Los moravos continuaron con la lotería hasta su abolición en 1818.

Esta no es una práctica que recomendaría para hoy. Dios respondió a Zinzendorf y a los hermanos moravos en su fe sencilla, pero Romanos 8:14 nos dice claramente: «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios».

Hoy, en el cuerpo de Cristo, nos guía la Palabra eterna y el Espíritu de Dios, en lugar de elegir papelitos de una caja de madera. Incluso para los moravos, lo que comenzó como una forma sencilla y honesta de escuchar a Dios se volvió tan legalista que ni siquiera podían casarse sin ello. Por eso abolieron la práctica a principios del siglo XIX. Pero durante un tiempo, Dios obró con Zinzendorf en esta etapa de aprendizaje y crecimiento espiritual.

Todos los ciudadanos de Herrnhut oraron fervientemente por la decisión de enviar a Dober y Leopold a Santo Tomás, donde la incertidumbre y la muerte podrían aguardarlos. Las grandes iglesias protestantes de Europa no habían intentado semejante tarea misionera. ¿Era la voluntad del Señor que la pequeña comunidad de Herrnhut lo hiciera?

Tras un año de oración, Zinzendorf decidió que era hora de echar la suerte. Christian Dober sacó un papelito de la caja de madera y lo leyó con regocijo: «Dejad ir al muchacho, porque el Señor está con él». Pero para Tobias Leopold, la suerte no fue favorable; no era su momento de partir. David Nitschmann, el carpintero, fue elegido para acompañar a Dober. A Leopold se le dio la oportunidad de unirse a la obra misionera en las Indias Occidentales tan solo un año después.

Los dos primeros misioneros de la era moderna

Nadie en Herrnhut, ni siquiera Zinzendorf, tenía idea de cómo lanzar un movimiento misionero. Siendo los primeros misioneros enviados por una iglesia protestante europea, Dober y Nitschmann ni siquiera recibieron suficiente dinero para viajar fuera de Sajonia. Aunque Zinzendorf contaba con los recursos económicos para patrocinarlos, la comunidad de Herrnhut creía que la iniciativa debía comenzar y sostenerse completamente con la fe.

A las 3:00 a. m. del 21 de agosto de 1732, Ludwig escoltó a los jóvenes en su carruaje hasta un lugar a solo 32 kilómetros al norte de Herrnhut. En el cruce, los nuevos misioneros se arrodillaron junto al carruaje, y Zinzendorf les impuso las manos y oró. Su única instrucción fue de fe: «En todas las cosas y en todos los sentidos, “Dejad que el Espíritu de Cristo os guíe.”»

Ese día, ¡nació el movimiento misionero moravo! Estos devotos discípulos moravos no tenían ejemplo a seguir, ni una sociedad que los sustentara económicamente, ni directrices que los guiaran; simplemente se dejaban llevar por la guía del Espíritu de Dios. Aunque nunca lo sabrían, en ese momento, los dos hombres se convirtieron en los pioneros del gran movimiento misionero moderno de los siglos XVIII y XIX.

Un viaje por Dinamarca resultó ser la puerta abierta del Señor para los jóvenes pioneros. La corte danesa asumió su causa misionera, y la hermana del rey, la princesa Amalia, les pagó el pasaje a las Indias Occidentales. El copero de la corte incluso localizó un barco que zarpaba hacia las Américas. 27 ¡No cabía duda de que la mano de Dios estaba sobre ellos y su misión!

Cuatro misioneros más enviados

“Mi llamado del Señor es difundir la palabra de la sangre y la cruz de Jesús al mundo”, escribió Zinzendorf. “No me preocupa lo que me suceda como resultado. Este llamado ya existía antes de conocer a los Hermanos Moravos y Bohemios”.

En menos de un año, se eligieron cuatro misioneros más para ser enviados desde Herrnhut. En esta ocasión, Matthaus y

Christian Stach, John Beck y Friedrich Bohnisch fueron enviados a ministrar a los nativos inuit de Groenlandia. Fundaron una aldea cristiana llamada Nueva Herrnhut en la costa occidental de Groenlandia.

Fue a través de las misiones en Groenlandia que los moravos descubrieron la clave para llevar a Cristo a los perdidos. Cuando el misionero John Beck compartió extensas explicaciones sobre la existencia de Dios y la iglesia cristiana establecida, los nativos no mostraron interés. Ya creían en la existencia de Dios. Sin embargo, cuando leyó la historia del sufrimiento y la muerte sacrificial de Cristo para salvarlos por la eternidad, respondieron: "¡Díganoslo otra vez; estamos listos para ser salvos!".

A partir de ese momento, Zinzendorf aconsejó a todos los futuros misioneros: «No se dejen cegar por la idea de que a los paganos se les debe enseñar primero a creer en Dios y luego, después, en Jesucristo... Ellos ya saben que hay un Dios. Deben predicarles que Dios tiene un Hijo... predicarles de Jesucristo, quien fue crucificado por sus pecados. Deben decirles que el camino a la salvación es creer en este Jesús, el Hijo eterno de Dios».

Poco después, Zinzendorf envió misioneros a Surinam, en el noreste del país.

América y Laponia (Finlandia). En 1733, Tobias Leopold partió con quince misioneros para apoyar la creciente obra en Santo Tomás. Al año siguiente, dos hombres fueron enviados a la costa africana de Guinea y once misioneros más a Santa Cruz, algunos para reemplazar a los que habían muerto de malaria.

La dedicación y disposición de los cristianos de Herrnhut para sacrificar sus vidas por Cristo no tenían igual. En cuanto Herrnhut supo que un misionero había enfermado, dos más se levantaron para ocupar su lugar. Juntos consagraron sus vidas bajo el estandarte moravo: «Nuestro Cordero ha vencido; sigámoslo».

Protegiendo el movimiento

Para entonces, Zinzendorf había renunciado a su cargo en la

corte sajona para dedicar su vida al ministerio del evangelio. Él y su familia se establecieron en su hogar en Herrnhut, que ahora contaba con quinientos miembros. Los años con Erdmuthe habían estado llenos de bendiciones espirituales, pero también de dolorosas pérdidas familiares. Desde el nacimiento de su primer hijo en 1724, Erdmuthe había dado a luz a otros cinco hijos, pero para 1733, tres ya habían fallecido por enfermedades infantiles. Trágicamente, Ludwig y Erdmuthe tuvieron que visitar el Acre de Dios, el cementerio de Herrnhut, para enterrar a sus hijos con demasiada frecuencia. Durante su matrimonio, Erdmuthe dio a luz a doce hijos, seis niños y seis niñas, pero solo cuatro de ellos llegaron a la edad adulta.

Además de estas penas familiares, Zinzendorf era constantemente objeto de muchas sospechas por parte de personas ajenas a la comunidad de Herrnhut. Tanto los líderes eclesiásticos como los nobles europeos tenían opiniones muy divididas sobre el conde heterodoxo. «Algunos lo consideraban un fiel siervo del Señor Jesucristo, pero otros desconfiaban mucho de él... también temían sus peculiares proyectos». 29

Zinzendorf estaba preocupado, no por sí mismo, sino por los Hermanos de Herrnhut. Comprendió que la iglesia luterana de Sajonia podía obligar a la comunidad de Herrnhut a marcharse. Tomando cartas en el asunto, se dirigió a los líderes de la iglesia. «Prueben mi doctrina de fe; demuestren que mi teología es sólida», pidió. Sorpresivamente, Ludwig también solicitó ser considerado para la ordenación como ministro luterano. Tras meses de interrogatorio y pruebas, Zinzendorf presentó su petición final ante la junta examinadora de la iglesia:

Tenía apenas diez años cuando comencé a guiar a mis compañeros hacia Jesús como su Redentor... Ahora tengo treinta y cuatro, y mi mente no ha cambiado. Mi celo no se ha enfriado... Amo y honro a la iglesia establecida... Seguiré ganando almas para mi precioso Salvador... Iré... a naciones lejanas, que ignoran a Jesús y la redención en su sangre.³⁰

Zinzendorf aprobó con éxito todas las fases del examen y fue ordenado ministro luterano en diciembre de 1735. Ahora podía predicar en iglesias luteranas de toda Europa y proteger a los Hermanos de Herrnhut de las acusaciones de que no eran lo suficientemente luteranos. Desafortunadamente, nada de lo que hizo Ludwig pudo protegerlo de las falsas acusaciones de los eclesiásticos europeos.

La religión siempre busca que la gente se ajuste a un círculo estrecho. La Escritura dice: «Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo» (1 Corintios 12:4-5). Con demasiada frecuencia, la iglesia invierte las «diferencias» y «la misma». La mayoría de los líderes de denominaciones e iglesias quieren que todos a su alrededor tengan el mismo don y la misma unción que ellos: «Habla como yo; ministra como yo; anda como yo». Pero es el Espíritu el que debe ser el mismo; hay diferentes dones.

Cuando el líder de una iglesia exige conformidad en los dones de sus seguidores, la iglesia se mantendrá pequeña porque hay belleza y crecimiento en los diferentes dones del cuerpo de Cristo bajo el mismo Señor. Los cristianos deben tener una relación con Jesucristo y una sana doctrina, pero sus dones pueden ser diferentes. A veces, quienes necesitan la libertad de ser quienes son en Cristo abandonan una iglesia o ministerio porque se sienten limitados; un líder inseguro los llamará rebeldes. Pero se mueven en el mismo Espíritu. La diferencia, como en la vida de Zinzendorf, radica en sus dones y unción.

Exiliado: ¡no hay problema!

La comunidad cristiana de Herrnhut prosperaba. Decenas de misioneros habían sido enviados; más se preparaban para partir. ¡Satanás estaba furioso! ¿Cómo podría el enemigo socavar la obra de Herrnhut y detener este mover de Dios? Atacar a su fundador.

Declaraciones calumniosas y medias verdades sobre Zinzendorf comenzaron a circular por las cortes europeas. Para colmo, el elector de Sajonia, Augusto el Fuerte, había fallecido. Su hijo, Augusto III, desconfiaba de Luis y de su "fervorosa"

devoción a Cristo, y escuchaba las mentiras de los celosos miembros de la corte.

El 20 de marzo de 1736, el nuevo rey sajón envió un edicto: "¡El conde Nikolaus Ludwig von Zinzendorf queda exiliado permanentemente del reino de Sajonia, incluido el pueblo de Herrnhut!" Ludwig, que viajaba por Holanda con Su familia no se enteró de la noticia hasta un mes después. Afortunadamente, un permiso especial del nuevo tribunal permitió a los Hermanos Moravos permanecer en la comunidad que habían construido con tanto cariño, a pesar del destierro de su líder.

Como siempre, la respuesta de Zinzendorf reflejó su convicción de que Dios fue quien marcó el rumbo de su vida. «Aunque esto no me hubiera permitido venir a Herrnhut durante los próximos diez años; pues es hora de reunir a la iglesia peregrina y predicar al Salvador al mundo... Ese lugar se convierte en nuestro hogar, donde puedo lograr lo máximo para el Salvador en ese momento». 31

Luis estaba decidido a que su exilio no detuviera la obra misionera de Cristo. «Estoy destinado por el Señor a proclamar el mensaje de la muerte y la sangre de Jesús, no con ingenio humano, sino con poder divino, sin importarme las consecuencias personales». 32 Con su exilio, Zinzendorf se convirtió en misionero y peregrino, en lugar de líder de una sola comunidad cristiana.

Zinzendorf necesitaba una nueva sede, una base, durante su exilio. Decidió comprar un castillo abandonado y ruinoso en Ronneburg, al norte de Alemania. Pronto, se estableció en la propiedad una comunidad llamada Herrnhag ("el bosque del Señor"). Los moravos trabajaron con rapidez para reparar el castillo y atender a los campesinos pobres de los alrededores.

El poder de sembrar semillas

Para entonces, se habían enviado misioneros moravos a las Indias Occidentales y Surinam para ministrar a los nativos, y a

Holanda para compartir la buena nueva del Mesías con la población judía. El avivamiento se extendía por Groenlandia, con decenas de inuit asistiendo a los servicios moravos.

«Trabajaremos con sencillez y discreción», recordó Zinzendorf a sus seguidores. «Aunque nunca veamos maravillas con nuestros propios ojos ni las oigamos, estamos plantando el reino de los cielos en las naciones y buscaremos el fruto que de él brota».

¡Esta es la mejor declaración de un sembrador que he escuchado de un misionero! Lo entendió: comprendió su propósito al sembrar la semilla. Hay etapas dadas por Dios para difundir el mensaje del evangelio, y sembrar la semilla es la primera.

El apóstol Pablo enumeró claramente esas etapas en 1 Corintios 3:6: «Yo planté, Apolos regó; pero Dios ha dado el crecimiento». Debemos comprender que estas tres etapas son de igual importancia. La plantación es la primera vez que alguien escucha el mensaje del evangelio; el riego es cuando continúa escuchando.

La Palabra una y otra vez mientras la semilla se hidrata para crecer; y luego, la tercera etapa es la cosecha. Al evangelizar, la mayoría de las personas se desaniman durante la siembra y el riego. Creen que lo único emocionante es la cosecha. Pero debemos recordar que las tres partes son igualmente importantes.

Para algunos cristianos, su única labor es plantar la semilla, y sufrir al hacerlo, sin tener la oportunidad de ver el fruto de su labor durante su vida. Esto fue especialmente cierto en el caso de los primeros misioneros en muchas partes del mundo. Muchos de esos hombres y mujeres vivieron una vida más sacrificada en Cristo que la nuestra hoy, pero no pudieron ver la cosecha de decenas de miles de personas que llegaron a Cristo. Hoy, la mayoría de los ministros disfrutan de esa cosecha, pero muchos han olvidado que decenas de personas los precedieron, regando esas semillas para que pudieran disfrutar del fruto de su labor.

El mensaje para cada uno de nosotros es este: No te desanimes si eres de los que plantan o riegan, y no seas arrogante si eres de

los que cosechan. Alguien plantó y regó antes que tú. ¡Quizás incluso fue un misionero moravo!

Los moravos llevan el amor de Cristo a Sudáfrica

George Schmidt, de veintiséis años, partió de Herrnhut rumbo al peligroso campo misionero de Sudáfrica para ministrar a los nativos khoikhoi. Los moravos quedaron consternados al enterarse de que la Compañía Holandesa de las Indias Orientales perseguía y a menudo mataba a los nativos sudafricanos, a quienes llamaban despectivamente hotentotes, que significaba "tartamudos". Schmidt viajó solo a Sudáfrica para presentar a Jesús a los khoikhoi, con la esperanza de reemplazar el odio que habían experimentado por parte de los colonos europeos anteriores con el amor de Cristo.

El gobierno holandés de Sudáfrica se opuso a todo lo que Schmidt hizo para difundir el evangelio. Finalmente, lo obligaron a abandonar el país, no sin antes haber dedicado cinco años a enseñar a los nativos a leer y escribir y a adorar al único Dios verdadero. Estableció un asentamiento cristiano que posteriormente se llamaría Genadendal. Pasarían cincuenta años, en 1793, antes de que el gobierno holandés permitiera la entrada de otros misioneros moravos a Sudáfrica. Cuando los moravos finalmente regresaron a Genadendal, ayudaron a convertir la pequeña aldea en una comunidad trabajadora y próspera, y en un santuario cristiano para los esclavos africanos.

Doscientos años después, el 10 de octubre de 1995, el presidente sudafricano Nelson Mandela visitó la pequeña aldea. Para honrar a la comunidad morava y su labor sacrificial entre los antiguos esclavos negros, Mandela rebautizó la residencia presidencial en Ciudad del Cabo como Genadendal. El ungido moravo... La obra misionera seguía bendiciendo a otros más allá de las tumbas de aquellos primeros obreros cristianos.

“¡Estáis enviando a los jóvenes a la muerte!”

A pesar de las victorias espirituales de la creciente comunidad morava, los ataques contra la personalidad de Zinzendorf no cesaron. "¡Envías a jóvenes a la muerte, pero tú no irás!", fue la

última acusación que escuchó Zinzendorf. Aunque la obra morava en el extranjero florecía, también se produjeron muertes trágicas en los climas tropicales a causa de la malaria y la fiebre amarilla; uno de los primeros en morir fue el joven Tobias Leopold.

Luis respondió a esta nueva acusación acudiendo humildemente al Señor en oración y luego a través de la suerte. ¿Iba a viajar él mismo a las Indias Occidentales? La respuesta de Dios a través de la suerte fue: «Ve a Santo Tomás». Sabiendo que no sería inmune a una muerte rápida en el clima tropical, Zinzendorf puso en orden sus asuntos europeos. Para proteger sus propiedades del desconfiado gobierno sajón, Luis ya había cedido legalmente todas sus propiedades a Erdmuthé. Redactó un testamento detallado sobre el resto de sus efectos personales y dispuso su viaje al Nuevo Mundo.

Erdmuthé le escribió a su hermano sobre el nuevo y entusiasta plan de su esposo: «Puedes imaginar fácilmente la difícil prueba que supone para alguien como yo ver a mi querido Ludwig emprender un viaje tan largo y peligroso. No podría soportarlo si no estuviera segura de que es la voluntad del Salvador y no una simple aventura. Creo que el Salvador lo traerá de vuelta a mí si es su voluntad y no pondrá sobre sus hombros más carga de la que pueda soportar». 33

Misioneros en prisión

Zarpando de Europa en noviembre de 1738, Ludwig pisó suelo de las Indias Occidentales en Santo Tomás el 29 de enero de 1739, convirtiéndose oficialmente en misionero extranjero de Cristo.

Al preguntarle a un trabajador nativo en los muelles dónde se encontraban los misioneros moravos, Ludwig se indignó al enterarse de que habían pasado los últimos tres meses en una prisión local. Con una sonrisa, el esclavo le aseguró al conde que el encarcelamiento de los misioneros había renovado el interés de los esclavos por saber más de Jesús. "¡Un gran avivamiento está comenzando aquí!", insistió el hombre. "¡Debería alegrarse de que los misioneros hayan estado en prisión, pues como resultado se está produciendo un gran despertar entre los esclavos! ¡El

encarcelamiento de los hermanos es todo un sermón para ellos!".

Sin embargo, sabiendo que sus misioneros contaban con el apoyo de los daneses, El rey Luis irrumpió en la oficina del gobernador. «Esto es un ultraje», protestó. «Estos misioneros tienen permiso de las autoridades danesas para predicar al pueblo. ¿Cómo se atreve alguien a meterlos en prisión?». 35 El gobernador liberó rápidamente a los misioneros, temeroso de la ira del noble europeo.

Durante los siguientes seis meses, Ludwig predicó a reuniones de entre seiscientos y ochocientos esclavos de casi cincuenta plantaciones todos los sábados por la noche; algunas reuniones se prolongaban hasta la mañana siguiente. La respuesta de los nativos al evangelio fue emocionante. "¡Santo Tomás es una maravilla mayor que Herrnhut!", exclamó Zinzendorf.

Para cuando Ludwig regresó a Europa, los misioneros de Herrnhut y Herrnhag habían extendido su labor evangelística global, viajando en pequeños grupos a Ceilán (Sri Lanka), Rumania, Argel (Argelia) y Constantinopla (Estambul). Ya había setenta misioneros moravos predicando el evangelio en todo el mundo.

Spangenberg y las misiones americanas

Tres años antes, August Gottlieb Spangenberg, un brillante erudito y teólogo de la Universidad de Jena, al sur de Sajonia, había llegado a Herrnhut. El mensaje de fe personal de Zinzendorf en el señorío de Jesucristo y su llamado a enviar misioneros al mundo habían conmovido profundamente a Spangenberg. A los veintinueve años, abandonó una exitosa carrera académica para dedicarse al ministerio de los moravos de por vida.

Spangenberg quería llevar el mensaje de la salvación de Cristo a Norteamérica. Primero, viajó a Londres y se reunió con James Oglethorpe, gobernador de Georgia, para solicitar una concesión de tierras para los moravos cerca de la ciudad de Savannah. Recibió cien acres y, en 1736, zarpó hacia América a bordo del barco británico Simmonds con un pequeño grupo de misioneros, hombres y mujeres, entre ellos Anna Nitschmann, sobrina del obispo Nitschmann y joven líder morava.

Ludwig Zinzendorf fue pionero en acoger a las mujeres en el ministerio. Las jóvenes de la casa de las hermanas que sintieron el llamado a la obra misionera fueron enviadas con la misma facilidad que los hombres. Con el tiempo, Anna se convirtió en anciana de la comunidad morava.

Zinzendorf se refirió a Gálatas 3:28 cada vez que defendía su elevación de las mujeres a puestos docentes: “Con [Dios], nadie se queda corto, y él tampoco prefiere a una persona sobre otra. Ama con una igualdad inefable e inimitable”.³⁶ También declaró: “Las hermanas pertenecen a la clase de aquellas a quienes el Salvador ha declarado ante su Padre celestial como sacerdotes tanto como los hombres: por lo tanto, no hay duda de que toda la banda, toda la compañía, todo el coro de sus doncellas y novias, son sacerdotisas, y no solo sacerdotisas sino también mujeres sacerdotales”.³⁷

Desafortunadamente, la misión en Georgia nunca tuvo la oportunidad de prosperar. Tan pronto como llegaron los moravos, las autoridades georgianas les ordenaron que se alzaran en armas contra los soldados españoles que atacaban desde Florida. Como se oponían a toda acción militar, los nuevos colonos se negaron a luchar y fueron expulsados del asentamiento. En el momento oportuno, el evangelista británico George Whitefield predicaba en Georgia e invitó a los moravos marginados a navegar con él hacia el norte, a Pensilvania. Whitefield poseía un terreno al noreste de Filadelfia, que vendió a la Iglesia Morava. En lo profundo de los bosques del este de Pensilvania, ¡sus asentamientos cristianos florecerían!

Juan Wesley y la unción morava

Otro viajero a bordo del Simmonds ese año era un pastor anglicano joven y relativamente desconocido que navegaba hacia América para ser misionero entre los nativos.

—John Wesley, de treinta y dos años. Tras pasar meses en estrecha colaboración con los misioneros moravos, Wesley se sintió profundamente conmovido por la profundidad de su fe. Cuestionaba su propio compromiso con Cristo, y a su regreso de

América confesó que carecía de la certeza de su salvación. Lamentó en su diario: «Yo, que fui a América para convertir a otros, nunca me convertí a Dios». Aunque Wesley probablemente era cristiano en aquel entonces, aún le costaba creer que era salvo.

Todo eso cambió al regresar Wesley a Londres en 1738, gracias a las relaciones moravas que había forjado. Pasó esa primavera estudiando las Escrituras con un misionero moravo llamado Peter Bohler. Cuando Wesley cuestionó si aún tenía el llamado de Dios para predicar, Bohler respondió con sabio aliento: «Predica la fe hasta que la tengas, y luego, porque la tienes, predicarás la fe... No escondas bajo tierra el talento que Dios te ha dado».

El 24 de mayo de 1738, Wesley asistió a una reunión morava en la calle Aldersgate, donde predicaba James Hutton. «Como a las nueve y cuarto», escribió Wesley en su diario, «mientras [Hutton] describía el cambio que Dios obra en el corazón mediante la fe en Cristo, sentí una extraña calidez en mi corazón. Sentí que confiaba en Cristo, solo en Cristo, para la salvación; y finalmente recibí la seguridad de que él había quitado mis pecados, incluso los míos, y me había salvado de... la ley del pecado y de la muerte». Wesley continuó adorando con los moravos en la calle Aldersgate.

En la víspera de Año Nuevo de 1738, se celebró un servicio de "vigilia" en Aldersgate para dar la bienvenida al Señor en el Año Nuevo. Mientras oraban durante la madrugada, el fuego ungido del Espíritu Santo descendió sobre la asamblea, que incluía a los moravos británicos, John y Charles Wesley, y George Whitefield. "Alrededor de las tres de la mañana", escribió Wesley en su diario al día siguiente, "mientras seguíamos orando, el poder de Dios vino poderosamente sobre nosotros, tanto que muchos clamaron de gran gozo, y muchos cayeron al suelo. Tan pronto como nos recuperamos un poco de ese asombro y admiración ante la presencia de Su Majestad, prorrumpimos en una sola voz: '¡Te alabamos, oh Dios; te reconocemos como el Señor!'" En los años posteriores a esa reunión ungida, la predicación evangélica de

John Wesley y George Whitefield estalló en el Primer Gran Despertar.

Un conde europeo en América

Spangenberg le escribió a Zinzendorf en Europa, animándolo a navegar de inmediato a Pensilvania para visitar el recién inaugurado campo ministerial. Ludwig organizó un grupo de misioneros, incluyendo a su hija mayor, Benigna, y zarparon de nuevo hacia el Nuevo Mundo. Llegaron al puerto de Nueva York el 29 de noviembre de 1741.

Una vez en el valle Lehigh de Pensilvania, Ludwig ayudó a Spangenberg a establecer los pueblos moravos de Belén y Nazaret; los asentamientos estaban ubicados a solo ocho millas de distancia y trabajaban juntos como un esfuerzo cristiano unido.



Asentamiento moravo en Belén, Pensilvania, alrededor de 1800. (Biblioteca del Congreso, Washington, DC)

Zinzendorf no tenía capacidad para gestionar asuntos financieros. Así que fue a Spangenberg a quien Dios le habló sobre la creación de la «Economía», un sistema voluntario donde los cristianos de Belén y Nazaret trabajaban a diario por el bien común; gran parte de los fondos comunitarios se destinaba a apoyar a los misioneros en toda América del Norte y del Sur. En la «Economía», la gente construía sus propias casas, confeccionaba su propia ropa, se abastecía de todos sus alimentos y vendía el excedente en los mercados de los pueblos cercanos. La visión de la comunidad tenía un propósito principal: proveer a los

misioneros para difundir el evangelio de Cristo en el Nuevo Mundo.

Durante años, los moravos habían visto a Zinzendorf donar desinteresadamente su riqueza para fundar comunidades cristianas y difundir el evangelio de Cristo. No les fue difícil hacer lo mismo. Adoptaron el lema: «Juntos oramos, juntos trabajamos, juntos sufrimos, juntos nos alegramos».

Tras predicar el evangelio en Pensilvania durante dos años, un Zinzendorf regocijado regresó a Europa, dejando los asentamientos de Pensilvania en las hábiles manos de Spangenberg, David Nitschmann y Anna Nitschmann. Bajo la brillante iniciativa organizativa de Spangenberg como líder de la Iglesia Morava Americana, los nuevos asentamientos prosperaron.

“No es nada”, comentó Spangenberg, “sino amor al Cordero y a su iglesia”. Todo lo que hacían, cada tarea que emprendían, cada alma que se salvaba, era todo por amor al Maestro. Pronto, tenían estaciones misioneras en Maryland, Nueva Jersey, Rhode Island y Nueva York. Spangenberg dividió su tiempo entre América y Europa durante los siguientes veinte años.

La gran locura

Tras dos años de exitosa labor misionera en Pensilvania, Zinzendorf atravesó una extraña época de pruebas. Llegó a conocerse como "el tiempo de la zarandeadada", nombre que se debe a la conversación de Jesús con Pedro en Lucas 22:31-32: "Y el Señor dijo: Simón, Simón, Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti para que tu fe no falte; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos". Yo prefiero llamarlo "el tiempo de la gran locura".

Me doy cuenta de que hay momentos en que incluso los hombres ungidos de Dios son zarandeados como Pedro, descarriados, mal dirigidos. Durante casi dos décadas, el liderazgo de Zinzendorf había traído palabras de verdad y guía a los Hermanos Moravos, pero ahora su enseñanza tomó un giro fanático. Ludwig comenzó a obsesionarse con... Necesitamos

acercarnos a Jesús como niños pequeños para agradarle. Basó sus enseñanzas en Mateo 18:2-4:

Y Jesús llamó a un niño pequeño, lo puso en medio de ellos y dijo: «De cierto os digo que si no os convertís y os hacéis como niños pequeños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humille como este niño pequeño, éste es el mayor en el reino de los cielos».

Todo cristiano debe tomar nota: cualquier verdad bíblica llevada al extremo se convierte en un error. Es importante acercarse a Cristo con la fe de un niño, pero Zinzendorf llevó el concepto demasiado lejos.

Con mensajes conmovedores, animó a los Hermanos de Herrnhaag a adoptar un comportamiento infantil en su relación con Cristo; al poco tiempo, las enseñanzas se desintegraron en disparates infantiles. Ludwig creó una nueva sociedad y la llamó "La Orden de los Pequeños Tontos"; patrocinó juegos y festividades infantiles al aire libre, convirtiendo Herrnhaag de una sociedad trabajadora y económica en una frívola. Para compensar la pérdida de ingresos, Zinzendorf utilizó sus propios recursos para cubrir las necesidades personales de los colonos.

En ridículo, Ludwig se refirió al Cordero de Dios como "nuestro pequeño Cordero" y comenzó a dirigirse al Espíritu Santo como "nuestra Madre", afirmando erróneamente que, dado que el Espíritu de Dios actuaba como Consolador, ocupaba la misma posición que la madre del hogar. Zinzendorf nombró a su único hijo, Christian Renatus, quien apenas estaba en la adolescencia, uno de los líderes de Herrnhaag.

Tanto Christian David, de Herrnhut, como Spangenberg, de Pensilvania, escribieron cartas advirtiéndolo a Ludwig que se había alejado peligrosamente de la intención bíblica de la fe infantil, pero él no quiso escuchar.

Arrepentimiento y perdón

El extraño fanatismo continuó durante casi cuatro años e infectó a Herrnhaag con enseñanzas desequilibradas. En respuesta

a esta insensatez, John, Charles Wesley y George Whitefield rompieron la comunión con los Hermanos Moravos y condenaron la locura de Zinzendorf. Tanto Wesley como Whitefield criticaron a la Iglesia Morava en los años siguientes.

Finalmente, Carl von Peistel, un noble y recién colono de Herrnhut, viajó a Herrnhag y convenció a Zinzendorf de la herejía de sus enseñanzas. Con humildad, Zinzendorf se presentó ante el Señor y se arrepintió de haber permitido que los asuntos se descontrolaran. Se presentó ante los colonos de Herrnhag y admitió: "¡Ah! Mis queridos hermanos, ¡soy culpable! ¡Soy la causa de todos estos problemas!". Las comunidades moravas, incluyendo Herrnhag, que habían Apoyó las enseñanzas fanáticas y se arrepintió. (Los colonos de Herrnhut habían permanecido separados del Tiempo de la Criba).³⁹

Desafortunadamente para Herrnhag, el arrepentimiento llegó demasiado tarde. El conde Gustav Casimir, propietario de las fincas que rodeaban su comunidad, exigió que los colonos renunciaran a todo vínculo con Zinzendorf y la Iglesia Morava o abandonaran sus propiedades en un plazo de tres años. Negándose a romper vínculos con su líder o con los Hermanos, en un año, los seiscientos miembros de Herrnhag se habían dispersado por comunidades moravas de Europa, América y otras partes del mundo.

La situación con Zinzendorf y la "Orden de los Pequeños Insensatos" no debe tomarse a la ligera; incluso los hombres piadosos pueden caer en la herejía, especialmente si no se apegan al mensaje equilibrado de la Palabra de Dios ni aceptan el consejo de advertencia de sus hermanos en Cristo. Tal como lo hizo en el caso del discípulo Pedro mencionado en Lucas 22, Satanás había ganado una dura batalla contra el testimonio cristiano de Zinzendorf. ¡Pero el enemigo no ganaría la guerra! "Edificaré mi iglesia", prometió Jesús, "y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mateo 16:18).

¡El exilio ha terminado!

Tras el arrepentimiento de Zinzendorf, llegó una época de

bendición. El avivamiento fluía en Groenlandia, con más de doscientos nativos reuniéndose para los servicios semanales. Nazaret y Belén, Pensilvania, prosperaban; la economía había fundado treinta y dos nuevos negocios, y su apoyo misionero se extendió por todo el continente americano.

Ludwig ofició la boda de su hija Benigna y John von Watteville, hijo adoptivo de su querido amigo de la infancia, Friedrich. Como regalo de bodas, Ludwig les compró la finca de Gross Hennersdorf, propiedad de su abuela.

La mayor bendición de todas llegó cuando el rey Augusto II de Sajonia visitó Herrnhut y experimentó el ferviente espíritu cristiano que reinaba en la comunidad morava. Poco después de la visita, envió una carta a Luis rescindiendo su exilio y, el 11 de octubre de 1747, tras diez años de separación, los Zinzendorf regresaron con alegría a Herrnhut.

La muerte de su único hijo

Zinzendorf continuó viajando por toda Europa predicando el evangelio y animando a las comunidades cristianas que se habían construido según el modelo de Herrnhut. Ya existían veinte comunidades en Sajonia y los estados vecinos de Prusia y Silesia. Erdmuthe se quedó en su casa de Herrnhut, atendiendo a los... Comunidad Morava allí y manejando el trabajo en su sede.

El compañero de viaje de Ludwig fue su único hijo superviviente, Christian Renatus, quien ya tenía veintipocos años y un ardiente fervor por el Señor. Para Ludwig, Christian no solo era el heredero de sus títulos, sino también de su liderazgo en la Iglesia Morava y los asentamientos misioneros. Tras arrepentirse de cualquier maldad cometida en Herrnhut durante el "Tiempo de la Criba", Christian Renatus había rededicado su vida a seguir al Salvador y su Palabra.

En 1749, Ludwig y Christian se establecieron en el barrio londinense de Chelsea para establecer una sede morava. Ocasionalmente, Erdmuthe viajaba desde Berthelsdorf para pasar unos meses con ellos antes de regresar a Sajonia, donde vivían sus

tres hijas casadas.

A principios de 1752, mientras vivía en Londres, Christian Renatus comenzó a sufrir fiebres y fuertes ataques de tos. A los pocos meses, le diagnosticaron tuberculosis. Ludwig y Erdmuthe estaban desconsolados. En su enérgico hijo, habían visto las esperanzas y los sueños de su futuro. Ninguno de sus padres estaba con él cuando Christian Renatus falleció en su apartamento el 28 de mayo de 1752, a la edad de veinticuatro años. Ludwig lloró amargamente por la pérdida de su querido hijo y heredero. Al leer el diario de Christian, que reflejaba su creciente deseo de servir al Señor, Ludwig se lamentó por el ministerio que podrían haber desempeñado juntos.

El dolor de Erdmuthe por la pérdida de su único hijo era inconsolable. Había partido hacia Londres para estar con él y viajaba por Holanda cuando recibió la noticia de que había sucumbido a la tuberculosis. Refiriéndose a él entre lágrimas como su "preciada Christelein", hablaba con frecuencia de reunirse con él en el cielo y comenzó a retirarse de todo su ministerio. Había perdido el foco en la vida. Dos años después, Ludwig dejó la sede de Londres definitivamente y se reunió con Erdmuthe en Berthelsdorf.

Las victorias misioneras continúan

Los años posteriores a la muerte de Christian Renatus estuvieron repletos de noticias de victorias misioneras. Para 1753, en Santo Tomás, cuatro mil personas asistían a las reuniones semanales y más de mil habían sido bautizadas en el cuerpo de Cristo. Los asentamientos misioneros en Santa Cruz y San Juan también crecían rápidamente. Los dueños de plantaciones de la isla de Jamaica enviaron una solicitud para que misioneros moravos se establecieran allí y guiaran a los esclavos hacia Cristo. Los moravos también se habían expandido a Tranquebar (India); las islas Nicobar (Danés); y el Tíbet. Ya había más de doscientos misioneros moravos en todo el mundo.

Ese mismo año, Lord Granville, un aristócrata inglés, vendió 100.000 acres de sus tierras en Carolina del Norte a la Iglesia

Morava Americana. Zinzendorf bautizó la zona como Wachovia, en honor a la finca original de su abuelo en Austria. Una docena de misioneros, hombres y mujeres, zarparon hacia Carolina del Norte y construyeron una nueva comunidad cristiana inspirada en Herrnhut, llamándola Salem. Hoy en día, el estado de Carolina del Norte, en particular alrededor de la ciudad de Winston-Salem, cuenta con más congregaciones moravas que cualquier otra región de Estados Unidos.

“La princesa de Dios entre nosotros”

Zinzendorf había invertido tantos recursos personales en la labor misionera que, a pesar de la prosperidad de los asentamientos misioneros, su riqueza estaba casi agotada y varias comunidades moravas estaban gravemente endeudadas. En respuesta a la oración, el Señor envió a un hermano cristiano piadoso con el don de la administración para gestionar las finanzas de la Iglesia Morava. Johann Friedrich Köber, un talentoso abogado y contador, estableció un consejo ecuménico y un sistema para saldar toda la deuda. Zinzendorf se sintió aliviado al saber que los asuntos ya no eran responsabilidad suya ni de su esposa.

A menudo, los ministros con la unción para dirigir o predicar no son buenos para manejar grandes cantidades de dinero. Con el paso de los años, algunos se han visto en serios problemas financieros. El mejor plan es permitir que Dios llame al ministerio a alguien con astucia financiera y espiritualidad, alguien que pueda administrar todos los aspectos financieros del ministerio. Aunque era un poco tarde para restaurar la riqueza personal de Zinzendorf, la Iglesia Morava finalmente logró paz y estabilidad financiera gracias al liderazgo de Johann Köber.

En casa de Zinzendorf en Herrnhut, Erdmuthe se sentía cada vez más apática, aunque los médicos no pudieron encontrar la causa exacta. Tras unos meses en cama, el 18 de junio de 1756, la condesa von Zinzendorf falleció tranquilamente mientras dormía. Ludwig entró en un período de duelo y arrepentimiento por los muchos años que había dejado sola a su esposa mientras ejercía su

ministerio por Europa y América durante sus treinta y cuatro años de matrimonio. «Puedo decir que en toda mi vida nunca he sufrido tanta angustia», confesó Zinzendorf tras su muerte.



La segunda esposa del conde Zinzendorf, Anna Nitschmann.

(Usado con permiso / Archivos de la Iglesia Morava)

Erdmuthe había sido una esposa fiel, una madre alegre para los habitantes de Herrnhut y una economista vital en la gestión de la fortuna familiar. En su funeral, Ludwig dijo: «El Señor, mediante su gran poder, realizó muchas hazañas gloriosas a través de ella. Dio sabios consejos y poseía una profunda comprensión de las Escrituras. Era la princesa de Dios entre nosotros». 40 Hizo grabar las últimas cuatro palabras: «La princesa de Dios entre nosotros», en la lápida de Erdmuthe.

Los últimos años: un himno a Dios

Tras un año de reclusión, durante el cual Zinzendorf compuso himnos para consolarse, los ancianos de Herrnhut le sugirieron que se volviera a casar. Ludwig accedió, y el 27 de junio de 1757, el conde de cincuenta y seis años y la exmisionera Anna Nitschmann, de cuarenta y dos, se casaron con el obispo Leonard Dober. Durante décadas, Ludwig y Anna habían trabajado diligentemente por la causa de Cristo, pero él pertenecía a la

nobleza y ella a la plebeya. Incluso en los últimos años de su vida, el conde tomó decisiones personales que conmocionaron al mundo noble.

Los Zinzendorf viajaron por Alemania y Holanda mientras Ludwig predicaba sobre su visión de expansión misionera. "Un misionero no busca nada más, día y noche, que los paganos encuentren gozo en su Salvador y que los El Salvador podría encontrar alegría en los paganos".

Un año después, en 1758, la pareja regresó a Herrnhut, dispuesta a establecerse y pastorear la comunidad que amaban. Era hora de dejar toda la labor misionera y de viajes en las muy capaces manos de los jóvenes Hermanos Moravos.

Entrando en la presencia del Señor

En la primavera de 1760, todo cambió. Durante algunos meses, Anna se sintió enferma; en abril, le diagnosticaron cáncer y poco después tuvo que guardar cama. Ludwig continuó predicando a los Hermanos de Herrnhut y pasando las tardes junto a la cama de su esposa. Trabajó en el Losung durante el año siguiente, que incluyó la última Escritura del 31 de diciembre de 1761: «Te bendecimos desde la casa del Señor» (Salmo 118:26). Resultaría ser profético.

El primer domingo de mayo, durante el servicio religioso matutino, Ludwig sintió una opresión en el pecho, seguida de dolores y dificultad para respirar. Probablemente se trataba de un infarto. Cuatro días después, cada vez más débil, permaneció en cama con fiebre y una tos fuerte. Su querido amigo, el obispo David Nitschmann, estaba a su lado, junto con las tres hijas de Ludwig: Benigna, Marie Agnes y Elizabeth. Con lágrimas de agradecimiento, el conde se volvió hacia David y le preguntó: "¿Pensabas, al principio, que el Salvador haría tanto como ahora vemos entre los diversos asentamientos moravos, entre los hijos de Dios de otras denominaciones y entre los paganos? Solo le rogué por unas pocas primicias de estos últimos, pero ahora hay miles de ellas".

«No puedo expresar —continuó— cuánto los amo a todos. ¿Quién hubiera creído que la oración de Cristo, «Que sean uno», se hubiera cumplido tan notablemente entre nosotros?»

Esa noche, con su familia aún junto a su cama, Zinzendorf le susurró con voz ronca a su yerno John: «Ahora, mi querido amigo, voy al Salvador. Estoy listo. Me someto a su voluntad. Él está satisfecho conmigo. Si ya no me quiere aquí, estoy listo para ir a Él. Ya nada me lo impide».

Juan tomó la mano de Ludwig y oró: «Señor, ahora permite que tu siervo parta en paz. Que el Señor te bendiga y te guarde; que el Señor haga resplandecer su rostro sobre ti y te muestre su misericordia; que el Señor te muestre su rostro y te conceda paz».

Unos momentos después, en la tarde del viernes 9 de mayo de 1760, el conde Nikolaus Ludwig von Zinzendorf reclinó la cabeza sobre la almohada y se sumió en silencio en el gozo de su Señor. Cuando John entró en la habitación de Anna con la triste noticia, ella respondió con una sonrisa discreta: «Tengo la perspectiva más feliz de todos ustedes. Iré a verlo pronto».

Durante varios días, Zinzendorf permaneció en la mansión Berthelsdorf; el 15 de mayo, día del funeral, campesinos de los pueblos vecinos y dignatarios de las ciudades cercanas acudieron para ver al amado padre de Herrnhut por última vez. Zinzendorf fue enterrado en el Acre de Dios, junto a Erdmuthe y ocho de sus doce hijos.

“Con lágrimas sembramos esta semilla en la tierra”, oró el obispo David ante la tumba, “pero Él, a su debido tiempo, la vivificará y recogerá su cosecha con agradecimiento y alabanza. Que todos los que lo deseen digan: ¡Amén!”. Y cuatro mil voces presentes ese día replicaron: “¡Amén!”.

Una semana después, el 22 de mayo de 1760, Anna Nitschmann Zinzendorf falleció y fue enterrada también en el Acre de Dios.

El Pacto Moravo para la Vida Cristiana

La Iglesia Morava estuvo eternamente agradecida al Señor por

haber enviado a Zinzendorf para ayudar a restaurar la Unitas Fratrum. Tras su partida, los ancianos oraron y llamaron a August Spangenberg desde Pensilvania para que se convirtiera en el líder oficial de la Iglesia Morava Europea. En 1777, escribió la Idea Fidei Fratrum, que se convirtió en la declaración de la fe cristiana de los Hermanos Unidos. Spangenberg sirvió a la Iglesia Morava hasta su muerte en Berthelsdorf el 18 de septiembre de 1792, a la edad de ochenta y ocho años. Fue enterrado cerca de su amigo Zinzendorf en el Acre de Dios.

La “Unión Fraternal y Pacto”, que fue firmado por los cristianos de Herrnhut y Berthelsdorf en mayo de 1727, ha sido revisado muchas veces a lo largo de los años; hoy en día, se conoce como el Pacto Moravo para la Vida Cristiana.⁴⁴ El lema de la Iglesia Morava es: “En lo esencial, unidad; en lo no esencial, libertad; en todas las cosas, amor”.

El Espíritu Santo vive hoy en Herrnhut

Hoy en día, la pequeña ciudad de Herrnhut, Alemania, con una población de poco menos de cinco mil habitantes, sigue siendo la sede internacional de la Iglesia Morava. Durante veintiocho años, de 1961 a 1989, Herrnhut estuvo ubicada en el lado de Alemania Oriental del Muro de Berlín. Aunque practicar el cristianismo abiertamente era ilegal durante la represión comunista, un grupo de cristianos moravos fue bautizado en el Espíritu Santo y fundó una organización de oración carismática grupoque adoraron al Señor reuniéndose en hogares desde 1979 hasta 1999. En 1999, establecieron un ministerio lleno del Espíritu llamado Christliches Zentrum Herrnhut, y se reúnen en un vibrante edificio de iglesia llamado Jesus-Haus.

Su visión actual es muy similar a la de Zinzendorf hace casi trescientos años. Estas son algunas de sus creencias declaradas:

Creemos que el evangelio de salvación por medio de Jesucristo es el tesoro máspreciado de la Iglesia. Queremos vivirlo y predicarlo.

Valoramos el Espíritu Santo y sus dones. Amamos la palabra de Dios; nos enseña qué hacer en cada situación de nuestra vida.

Queremos servir al cuerpo de Cristo, amar a nuestro prójimo y difundir el Evangelio por todo el mundo.⁴⁶

Nos identificamos con las iglesias del movimiento carismático y operamos en los dones del Espíritu Santo, sanidad, profecía y oración en lenguas.⁴⁷

Además de celebrar el culto en la Casa de Jesús en Herrnhut, los visitantes pueden visitar la iglesia de Berthelsdorf, donde el poder de Dios descendió sobre el pueblo moravo en 1727. El Acre de Dios y la tumba del conde Zinzendorf aún se conservan intactos en el pueblo. La casa solariega de los Zinzendorf se está restaurando para recuperar su belleza del siglo XVIII y está abierta al público.

El espíritu misionero sigue vivo

El espíritu misionero moravo continúa. Para cuando Ludwig falleció, los moravos habían enviado a 226 misioneros y bautizado a más de 3000 conversos en todo el mundo. Entre 1732 y 1782, registraron oficialmente los bautismos de más de 11 000 personas. Tan solo en la isla caribeña de Antigua, entre 1769 y 1792, el número de conversos aumentó de 14 a 7400.

Durante cincuenta años, los moravos difundieron el evangelio de Cristo por las Indias Occidentales sin la ayuda de ninguna otra denominación. Establecieron misiones en Santo Tomás, Santa Cruz, San Juan, Jamaica, Antigua, Barbados y San Cristóbal. Habían bautizado a 13.000 nuevos cristianos antes de que llegaran misioneros de cualquier otra iglesia a las islas.

A finales del siglo XVIII, justo cuando la primera sociedad misionera de la Europa protestante enviaba a su primer misionero, William Carey, los moravos ya contaban con mil misioneros sirviendo a Cristo en todo el mundo. A finales del siglo XIX, más de dos mil doscientos misioneros moravos estaban en el campo misionero. Hoy en día, los moravos siguen enviando misioneros a países con mayor necesidad, como Burundi.

Belice, Cuba, Kenia, Perú, Uganda y Haití.⁴⁹ «Zinzendorf fue el instrumento en la mano de Dios», escribió August Spangenberg años

antes, «para establecer la iglesia de los Hermanos en casi todo el mundo. Era un hombre de temperamento vivaz, percepción rápida, juicio penetrante, celo extraordinario y un genio incomparable». 50

El mensaje de Dios a su pueblo

En pocas palabras, el conde Nikolaus Ludwig von Zinzendorf fue un hombre adelantado a su tiempo. Fue el primero en desafiar a la iglesia protestante con la misión de ir por todo el mundo para alcanzar a los no salvos para Cristo. Apoyó la "comunidad cristiana" del primer siglo y el liderazgo de las mujeres en la iglesia. Acogió la presencia y el poder del Espíritu Santo en su vida personal y en el culto colectivo mediante la oración ferviente y el reconocimiento de los dones en las vidas individuales. Vivió una vida santa y consagrada, se sometió al Salvador en cada aspecto de su vida y animó a los moravos a hacer lo mismo. Juntos, fueron al campo misionero, sembrando con entusiasmo la semilla que daría una gran cosecha.

De niño, Zinzendorf era como el joven rico del Evangelio de Marcos que le preguntó a Jesús: "¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?" (Marcos 10:17). Pero en lugar de alejarse con tristeza ante la respuesta de Cristo de vender todo lo que poseía, Ludwig entregó fielmente todas sus riquezas para seguir a su querido Señor y Rey. La última línea de su lápida habla de su mayor logro: "Estaba destinado a dar fruto, un fruto que perduraría".

Al enterarse de la muerte de Zinzendorf, Spangenberg escribió: "Él fue el gran tesoro de nuestro tiempo, un hermoso diamante en el anillo de la mano de nuestro Señor, un siervo del Señor sin igual, un pilar en la casa del Señor, el mensaje de Dios a su pueblo". 51

Yo planté, Apolos regó; pero Dios ha dado el crecimiento. (1 Corintios 3:6)

¿Irás con el mensaje de Dios?

¿Plantarás o regarás la semilla de la Palabra de Dios a los perdidos, incluso si no eres tú quien verá la cosecha?

Capítulo 2

David Brainerd

“Quiero el campo de los no alcanzados”

Un joven atento cabalgaba a horcajadas sobre su caballo, guiándolo con cuidado a través del oscuro bosque de Pensilvania. El viaje había sido largo y peligroso, sin un final a la vista. Tosiendo en la manga de su abrigo, David Brainerd azuzó a la yegua mientras buscaba entre los árboles señales de un campamento. Nada atrajo su mirada ansiosa, salvo más árboles y senderos descuidados.

Fue su primer encuentro con la tribu Delaware. «Es importante para Dios; tengo que lograrlo», se repetía.

¿Se había perdido? Ya había pasado muchas veces.

Al ponerse el sol tras la línea de árboles, las fuerzas del joven misionero estaban casi agotadas cuando divisó el resplandor parpadeante de fogatas dispersas entre la densa vegetación. Finalmente, había llegado al río Delaware. ¿Serán tan feroces y hostiles como me habían advertido?, se preguntó David.

«La oración es la clave. La oración siempre es la clave. Gracias, Padre», se animó, al decidir pasar la noche con Dios en el bosque junto a su propia fogata. La oración le daría la fuerza para enfrentarse a los nativos al día siguiente.

Mientras ataba su caballo y encendía una fogata, el cansado viajero no se dio cuenta de que lo observaban a través del bosque. El jefe delaware, oculto entre sus guerreros, dio la orden: «Vayamos de inmediato a matar a este hombre cuya gente nos ha enseñado a beber aguardiente [alcohol], y luego, mientras

estábamos borrachos, nos han quitado nuestras cestas, pieles e incluso nuestras tierras a cambio de nada». 52



David Brainerd

En silencio, los guerreros descendieron sobre el solitario campamento mientras la figura solitaria se inclinaba, aferrándose a algo cerca de su corazón. Oyeron al joven de rodillas orar a Dios: «Que los nativos acepten tu salvación, Señor». Avanzando sigilosamente, los guerreros se detuvieron repentinamente cuando una serpiente de cascabel se deslizó hacia el joven y levantó su horrible cabeza a centímetros del rostro inclinado. Entonces, con la misma rapidez, la serpiente se desenrolló y, sin razón aparente, se alejó. Mirándose sorprendidos, los guerreros hicieron lo mismo, dejando al hombre que oraba solo con su Dios.

A la mañana siguiente, David entró al campamento de Delaware y fue recibido por los aldeanos, curiosos y atónitos. «El Gran Espíritu está con este hombre blanco que ora», proclamaron los nativos. 54 Así comenzó el ministerio de Brainerd con los nativos de la bifurcación del río Delaware, en el este de Pensilvania.

Una llama de fuego

“Nunca pienses que puedes vivir para Dios por tu propio poder o fuerza; más bien, mira siempre hacia Él y confía en Él para recibir ayuda,

Sí, por toda fuerza y gracia”.

—David Brainerd

La historia anterior fue un acontecimiento milagroso en la vida de David Brainerd, descrito en el libro *Héroes de la Fe en Senderos Pioneros*. Pero el mayor milagro de su ministerio fue el poder sobrenatural de Dios que lo llamó, lo capacitó y lo guardó, para que pudiera lograr, en tan solo cinco años, lo que pocos hombres logran en toda una vida.

Discípulo ungido de Cristo, Brainerd sentó las bases de la obra misionera entre los nativos americanos e inspiró a miles de misioneros y creyentes a dedicarse por completo a Jesús. Su conmovedora historia refleja una determinación inquebrantable de amar y servir a Dios a pesar de las circunstancias más devastadoras. El rechazo, la soledad, la enfermedad, la hostilidad de los nativos... nada pudo acallar el clamor del corazón de David Brainerd: "¡Oh, si pudiera ser una llama de fuego para...!" ¡servicio de mi Dios!"

Su ministerio nació durante el Primer Gran Despertar, influenciado por la predicación de George Whitefield y Jonathan Edwards. Dado que Brainerd y Edwards posteriormente se hicieron amigos cercanos, casi todo lo que sabemos de sus labores misioneras proviene de la *Vida y el Diario de David Brainerd*. Esta obra fue editada y publicada por Jonathan Edwards en 1749, poco después de la muerte del joven misionero.

La poderosa influencia de Brainerd ha perdurado a lo largo de los siglos gracias a la intimidad de ese diario. Escribió con minuciosa honestidad sobre los altibajos de su vida, sin saber que su encuentro personal con Jesús inspiraría a miles de creyentes durante siglos. «Hay un Dios en el cielo que gobierna todas las cosas para bien; y este es el consuelo de mi alma... ¡Qué bendición es crecer cada vez más como Dios!». Como testimonio de la unción de Dios en la vida de este joven, «La vida y el diario de David Brainerd» nunca ha dejado de imprimirse en más de 260 años de historia editorial.

Para David Brainerd, Jesucristo era su todo en todo: «la cabeza

sobre todas las cosas para la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel que todo lo llena en todo» (Efesios 1:22-23). «He recibido mi todo de Dios», escribió innumerables veces. «¡Oh, si pudiera devolverle mi todo a Dios!».

El mundo cristiano aún honra el extraordinario compromiso de Brainerd con Cristo casi trescientos años después. Este joven discípulo fue verdaderamente uno de los misioneros generales de Dios.

Una agitación insaciable

David Brainerd nació en Haddam, Connecticut, un pueblo de Nueva Inglaterra, el 20 de abril de 1718, hijo de Hezekiah y Dorothy Brainerd. Fue el sexto de nueve hijos y descendiente de una larga línea de ministros puritanos. En 1633, su bisabuelo, Peter Hobart, huyó de Inglaterra para evitar la persecución religiosa y se estableció en Massachusetts. Esto ocurrió tan solo trece años después de que los peregrinos desembarcaran en Plymouth.

David tuvo una sólida educación puritana, con padres devotos de Dios que dedicaban muchas horas a la Iglesia Congregacional (Puritana). Su padre era representante en el gobierno de la Colonia de Connecticut y un próspero terrateniente. Lamentablemente, cuando David tenía solo nueve años, su padre falleció repentinamente mientras cumplía con sus deberes senatoriales en Hartford. Cinco años después, otra tragedia lo golpeó cuando su madre enfermó y también falleció, dejando a David huérfano con tan solo catorce años. Estas tragedias, así como una predisposición personal a la depresión, lo llevaron desde su juventud a ser "algo sobrio, y inclinado más a la melancolía que al extremo contrario".⁵⁵

Tras la muerte de su madre, David heredó una granja en Durham, Connecticut, de la herencia familiar. Su padre, Hezekiah, había tenido éxito en los negocios y la abogacía, y poseía tierras en todo el valle del río Connecticut. A los catorce años, David era demasiado joven para administrar sus propiedades, así que se mudó a East Haddam para vivir con su hermana casada, Jerusha

Spencer. Continuó sus estudios en casa de ella y asistía a la iglesia religiosamente, intentando hacer todo lo que se esperaba de él como creyente puritano.

Inseguro sobre su futuro, a los diecinueve años, David asumió la responsabilidad de administrar su granja. Aunque trabajaba con diligencia, el trabajo diario del campo le resultaba completamente insatisfactorio. En su corazón, sentía una insaciable inspiración divina. Día a día, se aferraba más al sueño de estudiar la Biblia y seguir los pasos de su abuelo en el ministerio.

«La agricultura nunca será para mí», decidió finalmente David. Empacó su Biblia y sus libros y regresó a Haddam para estudiar con el reverendo Phineas Fiske mientras se preparaba para ingresar a la Universidad de Yale en otoño. Pasó muy poco tiempo en la granja en los años siguientes, pero ser terrateniente le proporcionó el dinero que necesitaría para su educación universitaria y su posterior labor misionera.

A lo largo de los años, David se esforzó por mantener una vida religiosa correcta. Quería hacer lo correcto, pero no entendía la salvación solo por gracia. En cambio, se esforzó diligentemente por ser lo suficientemente bueno, leyendo las Escrituras, memorizando sermones y apartándose de las locuras juveniles.

“Actué con base en mi propia justicia”, admitió más tarde, “y me habría perdido y arruinado por completo si la mera misericordia de Dios no lo hubiera impedido”. 56

“Dios me tragó”

En lo más profundo de su alma, David Brainerd anhelaba conocer el poder y la presencia de Dios. Desahogaba su corazón en oración durante largas caminatas por la campiña de Connecticut. Hablando ante un público invisible, luchaba con los demonios de su alma, buscando la salvación. En la primavera de 1739, cuando David se acercaba a su vigésimo primer cumpleaños, el Espíritu Santo comenzó a convencerlo del pecado de intentar ganarse la vida para llegar a Dios.

“En algún momento de febrero de 1739, reservé un día para el

ayuno y la oración, y pasé el día clamando casi incesantemente a Dios pidiendo misericordia para ver... el camino de la vida por Jesucristo.”

Su lucha era con la gracia de Dios; quería que Dios aceptara todas sus obras, fruto de su esfuerzo, como una forma de ganarse la salvación. «Durante todo este tiempo», escribió David, «el Espíritu de Dios obraba poderosamente en mí; y me sentía presionado interiormente a renunciar a toda confianza en mí mismo, a toda esperanza de ayudarme a mí mismo por cualquier medio». 57 David Brainerd estaba entregando su corazón y su voluntad a Dios.

Mientras caminaba a paso rápido por los campos cerca de Haddam ese julio, los cielos parecieron abrirse y el Espíritu Santo cayó sobre Brainerd con Su poder revelador:

Mientras caminaba por un bosque oscuro y espeso, una gloria inefable pareció abrirse a la vista y a la comprensión de mi alma... una nueva visión que tenía de Dios... ¡Me detuve, me maravillé y admiré!

Mi alma se regocijó con un gozo indescriptible al ver a tal Dios, a un Ser Divino tan glorioso; y me sentí interiormente complacido y satisfecho de que Él fuera Dios sobre todo por los siglos de los siglos. Mi alma estaba tan cautivada y deleitada con la excelencia, la hermosura, la grandeza y otras perfecciones de Dios, que me absorbió en Él.

¡Dios había capturado su alma!

El Espíritu Santo envolvió a David Brainerd con la majestad y la misericordia de Dios, y aceptó su salvación en Cristo solo por gracia. «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8-9). Brainerd se había entregado al Dios vivo con todo su corazón, y Dios había respondido a su oración con su gloriosa salvación. David estaba entusiasmado por comenzar a estudiar para el ministerio.

Los rigores de la Universidad de Yale

La Universidad de Yale, en New Haven, Connecticut, se convirtió en el hogar de Brainerd durante los tres años siguientes. En la Nueva Inglaterra del siglo XVIII, era difícil acceder al ministerio cristiano a menos que se tuviera un título de Harvard o Yale y una licencia para predicar otorgada por la Iglesia Congregacional. Así pues, con entusiasmo y ansiedad a partes iguales, David comenzó su primer año en septiembre de 1739, apenas dos meses después de su conversión personal.

A los veintiún años, David era mayor y más serio que sus frívolos compañeros de clase, quienes no parecían interesados en seguir a Jesús. Debido a su intensa actividad, se sumergió rápidamente en sus estudios, cayendo gradualmente en sus malos hábitos de esforzarse demasiado solo para demostrar su valía.

El amor de Dios.

Tras un año de riguroso estudio con poco descanso, Brainerd se debilitó y desorientó. Una noche, con un ataque de tos, se alarmó al descubrir que había tosido sangre. «No es grave», le aseguró su tutor. «Solo necesitas ir a casa a descansar unas semanas».

Brainerd dejó Yale en agosto, y unas pocas semanas se convirtieron en meses a medida que se recuperaba lentamente. Al recuperar las fuerzas, caminó por los prados de su granja y entregó su corazón una vez más a la guía del Espíritu Santo. En octubre escribió: «Encontré de nuevo la ayuda del Espíritu Santo, tanto de mañana como de noche, y vida y consuelo en Dios todo el día... Disfruté de una dulce y preciosa comunión con Dios, en la que mi alma disfrutó de un consuelo indescriptible». 59

Durante esos mismos días, mientras Dios renovaba el alma de David, el Espíritu Santo soplabla vientos de avivamiento por toda Nueva Inglaterra y por el campus de la Universidad de Yale.

El Gran Despertar en la Universidad de Yale

David regresó a Yale justo cuando el Espíritu Santo comenzó a mover poderosamente por el mundo angloparlante, en Inglaterra, Escocia, Gales y las colonias americanas. El Gran Despertar se

extendió por Nueva Inglaterra con un renovado énfasis en la convicción de pecado y una experiencia de "nuevo nacimiento" basada en el amor y la gracia de Jesucristo. Fue una llamada de atención para la firme iglesia puritana, que había comenzado a priorizar las obras externas y las conexiones familiares para la membresía, en lugar de una relación personal con Jesús.

El más famoso de los predicadores del Gran Despertar, Jonathan Edwards de Massachusetts, predicaba semanalmente mensajes sobre el arrepentimiento y la fe en Cristo en sus servicios religiosos. Bajo el poder del Espíritu Santo, los feligreses caían de rodillas, clamando con convicción: "¿Qué debo hacer para ser salvo?" (Hechos 16:30).

Jorge Whitefield, un evangelista inglés de veintiséis años, viajaba por Massachusetts y Connecticut predicando un mensaje apasionado sobre la justicia y la misericordia de Dios. Una y otra vez, proclamó el nuevo nacimiento según las palabras de Jesús a Nicodemo en el Evangelio de Juan: «Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (Juan 3:3).

Sólo uno de los reestrenos al aire libre de Whitefield, celebrado en un campo en las afueras de Boston,

Atrajo a treinta mil personas. Dondequiera que predicaba, las multitudes respondían con una emoción abrumadora: lágrimas, gritos de arrepentimiento y un renovado amor por Jesucristo. Miles de colonos alcanzaron un nuevo nacimiento gracias a sus mensajes.

El 27 de octubre de 1740, Whitefield predicó a los estudiantes de Yale, y el poder del Espíritu Santo inundó la capilla, arrodillándolos y transformando a los jóvenes irreverentes en apasionados discípulos cristianos. ¡El Gran Despertar había llegado a Yale!

¡La fe de David Brainerd se encendió! Estudiantes que antes eran indiferentes al evangelio acudían en masa a los estudios bíblicos que organizaba Brainerd. Se reunían en grupos de cuatro

o cinco y hablaban con libertad de este "nuevo" poder del Espíritu Santo que se movía entre ellos y traía arrepentimiento y nueva vida en Cristo.

Oposición furiosa al avivamiento

Cuando el Espíritu de Dios se mueve, Satanás siempre responde con controversia y disrupción. El mal siempre se opondrá al poder de Dios. Desafortunadamente, la oposición a menudo proviene de líderes cristianos que temen un nuevo mover del Espíritu de Dios.

A medida que el Gran Despertar se extendía por Nueva Inglaterra, el mensaje del avivamiento dividió a la gente tanto en las iglesias congregacionalistas como en las presbiterianas. En cada denominación, había partidarios del Despertar, llamados "Nuevas Luces" o "Nuevo Lado", y opositores, llamados "Viejas Luces" o "Viejo Lado".

Los administradores de la Universidad de Yale se oponían furiosamente al avivamiento. Desaprobaban las enseñanzas de Whitefield y otros predicadores. "¡Las reuniones son puro emocionalismo!", denunciaban. "Se alejan demasiado de la doctrina puritana". Acusaban a los fervientes estudiantes de Yale de rechazar las enseñanzas bíblicas de la universidad para seguir un "nuevo evangelio".

Los estudiantes estaban indignados. Muchos acusaron a los administradores opositores de Yale de no ser verdaderos creyentes y de rechazar el Espíritu de Dios. La controversia llegó a su punto álgido cuando el rector de Yale, el reverendo Thomas Clap, pronunció un edicto: «Cualquier estudiante que critique a los profesores o a la administración, o que cuestione su fe cristiana debido al Gran Despertar, será expulsado». También se les prohibió asistir a las reuniones de Whitefield o participar en el avivamiento de cualquier manera.

A pesar de la amenaza, Brainerd y muchos otros estudiantes continuaron reuniéndose diariamente para orar y ocasionalmente se escapaban para escuchar a los evangelistas del Despertar

predicar en el campo abierto.

Una noche en el dormitorio, mientras comentaban los acontecimientos del día, un estudiante le preguntó a Brainerd sobre el Sr. Chauncey Whittelsey, un tutor de Yale cuyas oraciones a menudo eran forzadas y severas. El comentario de Brainerd sobre Whittelsey fue inmediato: «No tiene más gracia que esta silla». 60

Un estudiante de primer año escuchó el comentario de Brainerd e inmediatamente lo reportó. Thomas Clap declaró que el comentario era una "crítica prohibida a un miembro del profesorado" y motivo de expulsión inmediata, a menos que Brainerd se disculpara abiertamente con todo el alumnado en el College Hall.

Brainerd se negó. Creía que el comentario era aceptable porque lo había hecho en privado. En su entusiasmo juvenil, o "celo indiscreto", como lo llamó más tarde, estaba convencido de que el rector acabaría dándole la razón. (Su negativa a disculparse se convirtió en una decisión que lamentó el resto de su vida). Como resultado, en el invierno de 1742, fue expulsado de Yale.

“Nuevas luces” resplandecientes

David estaba conmocionado y de luto. Sus peticiones de reincorporación fueron rotundamente rechazadas. Desconsolado, empacó sus pertenencias y abandonó Yale, con sus sueños de ministerio destrozados. Como no podía predicar sin su título de Yale y una licencia congregacional, pensó que todas sus posibilidades de ministerio en Nueva Inglaterra habían sido destruidas.

¿Adónde iría después? Sumido en una profunda melancolía, Brainerd viajó de New Haven a Ripton, Connecticut, a solo diez millas de la universidad.

Aún con el anhelo de servir al Señor, continuó sus estudios ministeriales con el reverendo Jedediah Mills, un ministro que, conmovido por el Gran Despertar, se había convertido en pastor de "Nuevas Luces". Varios ministros congregacionales se habían

unido al avivamiento y habían formado su propia asociación ministerial, "Nuevas Luces". En comunión con estos hombres de Dios, David pudo continuar sus estudios bíblicos y predicar el evangelio.

A diario, Brainerd se sinceraba en su diario, expresando un profundo arrepentimiento por su terquedad y frustración por la forma en que la universidad manejaba la situación. Algunos días, sentía la seguridad de Dios de que todo iría bien. El 12 de abril de 1742, escribió:

Esta mañana, el Señor se complació en iluminar su rostro sobre mí en oración secreta, e hizo que este tiempo fuera muy valioso para mi alma. Y aunque últimamente me había sentido deprimido respecto a mis esperanzas de servir en el futuro a la causa de Dios, ahora sentía mucho ánimo al respecto.

Me sentí sumamente tranquilo y completamente resignado a Dios, respecto a mi futuro empleo, cuando y donde Él quisiera.⁶¹

Otros días, su corazón estaba torturado por la depresión y el sentimiento de su propia inutilidad:

Creo que nunca antes había sentido tanto el maldito orgullo de mi corazón, ni la terquedad de mi voluntad. ¡Oh, qué horror! ¡Qué vil desgraciado soy! ¡Ojalá Dios me humillara hasta el polvo! Me sentí tan pecador todo el día que apenas tuve consuelo. ¡Oh, cuándo seré liberado de este cuerpo de muerte!

Durante esos días, Brainerd se sumió en la dolorosa depresión que padecía desde su infancia. También fue víctima del legalismo de la época, intentando desesperadamente cumplir las expectativas de otros para su vida. Brainerd dedicó mucho tiempo a recuperar algo que debería haber dejado en manos de Dios. Una vez cerradas las puertas de Yale, debería haber descansado en la dirección que el Señor le estaba guiando en su ministerio. Gracias a Dios que, en el cuerpo de Cristo hoy, nos damos cuenta de que no es el título universitario o de seminario lo que da credibilidad a nuestro ministerio, sino el fruto que damos, fortalecidos por el

Espíritu de Dios. «Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da malos frutos» (Mateo 7:17).

Mientras David buscaba el consuelo de Dios, se estableció su compromiso de por vida con la oración secreta y el ayuno. Sintiendo la paz de Dios al aire libre, daba largas caminatas en oración, ofreciendo su corazón y alma al servicio de Cristo. «Reservo este día para ayunar y orar a Dios por su gracia; especialmente para prepararme para la obra del ministerio, para que me dé ayuda y dirección divinas en mis preparativos para esa gran obra y, a su debido tiempo, para enviarme a su cosecha». 63

“Alcanzando a los no alcanzados”

A pesar de la persecución y el sufrimiento, Dios tenía la misión perfecta para la vida de David Brainerd. Durante un tiempo, sintió que su llamado era alcanzar a quienes nunca habían escuchado el evangelio, a quienes aún no estaban sentados en una banca de la iglesia. "Nunca pude sentir la libertad de participar en las labores de otro hombre y establecerme en el ministerio donde antes se predicaba el evangelio", escribió. 64

La Sociedad para la Propagación del Conocimiento Cristiano en Escocia ya enviaba misioneros a las tierras salvajes de Nueva Inglaterra para alcanzar a los nativos americanos. Durante el Gran Despertar, la sociedad abrazó las enseñanzas del avivamiento y buscaba hombres inspirados por el Espíritu para compartirlas.

El amor de Cristo con los nativos. El reverendo Ebenezer Pemberton, de Nueva York, envió una carta a Brainerd, ofreciéndole ordenarlo como misionero para los nativos de Nueva York, Nueva Jersey y el este de Pensilvania. ¿Era él el hombre indicado para la tarea?

¡Brainerd aceptó el llamado! Comenzaría su servicio entre los indígenas housatonic de Kaunaumeeck, Nueva York, a dieciocho millas de Albany. (A lo largo del diario de Brainerd, se hace referencia a los nativos americanos como "indios", lo cual era común durante el siglo XVIII, así que haré lo mismo en algunos pasajes de este capítulo).

Emocionado por su primera asignación ministerial, el 20 de abril de 1743, día de su vigésimo quinto cumpleaños, Brainerd pasó el día en oración y ayuno en el bosque, en íntima comunión con Dios. Ese día, su diario terminó con la exclamación: "¡Ojalá Dios me permitiera vivir para su gloria en el futuro!".

La prueba de su fe

Brainerd tendría gran éxito entre los nativos americanos durante sus años de ministerio, pero no antes de que Dios lo guiara a través de un profundo valle de pruebas. El año que pasó entre la gente de Kaunaumeeck fue un momento en el que enfrentó el desafío espiritual más oscuro de su vida.



Brainerd predicando a las
tribus nativas americanas.⁶⁶

Cuando llegó a Kaunaumeeck a finales de abril, Brainerd vivió en una cabaña de troncos con una pareja escocesa de bajos recursos y caminó por terreno accidentado una milla y media de ida y otra de vuelta para visitar el asentamiento indígena. Fue una lucha encontrar un intérprete que pudiera transmitir todo lo que Brainerd quería compartir con la gente del lugar.

Por la noche, su cama era simplemente un pequeño montón de paja, tendido sobre unas tablas, a poca altura del suelo. Su único alimento era una dieta escasa de budín improvisado y pan horneado en cenizas. Si bien los nativos americanos parecían receptivos, no había una aceptación visible de Cristo. Cada día, oraba a Dios para que lo ayudara en su obra.

Aunque estaba convencido de que seguía la voluntad de Dios para su vida, Brainerd aún sufría intensos episodios de melancolía. Se desconoce si su depresión se debía a ataques espirituales o a enfermedades emocionales y físicas. Pero, una vez más, las luchas emocionales fueron un desafío para este hombre ungido de Dios.

Sus escritos reflejaban su angustia. El 18 de mayo de 1743, escribió:

Mis circunstancias son tales que no tengo consuelo de ningún tipo, salvo el que tengo en Dios. Vivo en un lugar solitario y solitario; solo tengo una persona con quien conversar que hable inglés... No tengo ningún compañero cristiano con quien pueda desahogarme... y unirme a... la oración... Mi trabajo es duro y extremadamente difícil.

Sin embargo, en medio de la mayor debilidad de Brainerd, Dios reveló su mayor fortaleza: su incansable compromiso de amar y servir a Jesucristo. «Después, mi alma se elevó tanto sobre las aguas profundas que me atreví a regocijarme en Dios. Vi que había suficiente materia para todos mis consuelos en el amor de un Dios bendito». 68

Durante estos meses difíciles, los episodios de enfermedad que había experimentado en Yale regresaron. Sin embargo, incluso mientras luchaba contra la enfermedad, ofreció continuamente su

corazón y sus manos al servicio de Cristo.

Nunca rendirse

Negándose a renunciar a su sueño de graduarse de Yale, en junio de 1743, David recorrió los noventa kilómetros desde Kaunaumeeck hasta New Haven para disculparse una vez más con la dirección de Yale y pedirle que le permitiera completar su último año. Esta vez, contó con el apoyo del evangelista Jonathan Edwards y Aaron Burr Sr., ambos veteranos simpatizantes de Yale, quienes testificaron en su defensa. Una vez más, el orgulloso Thomas Clapp y la administración de Yale le denegaron su solicitud.

Parece obvio que espíritus religiosos obraban a través de estos hombres para destruir la pasión y el destino de Brainerd. Las "Viejas Luces" eran las personas religiosas que no querían que las cosas cambiaran. Combatieron el fervor espiritual del Gran Despertar porque temían que no contuviera conocimiento. En lugar de intentar sofocar el fervor del Espíritu Santo entre las "Nuevas Luces", deberían haberlo alimentado con su sabiduría y conocimiento bíblicos. Todo el cuerpo de Cristo se habría beneficiado de esa decisión.

Lo que Brainerd había dicho sobre la falta de vida espiritual de los administradores de Yale era cierto; los había etiquetado correctamente, y eso los había provocado a reaccionar con ira. Lo cierto es que el error no puede esconderse tras una institución.

En respuesta al orgullo espiritual de las "Viejas Luces" y su trato a Brainerd, Edwards y Burr retiraron su patrocinio a la Universidad de Yale. Junto con otros líderes de las "Nuevas Luces", fundaron el College of New Jersey en Princeton, Nueva Jersey, ofreciendo estudios bíblicos a todas las denominaciones cristianas. Posteriormente, la institución pasó a llamarse Universidad de Princeton. En los años siguientes, el rector de Yale, Thomas Clapp, se arrepintió de su oposición al Gran Despertar y a las enseñanzas de la gracia de Dios, y se unió al ministerio de los pastores de las Nuevas Luces.

Fue una farsa en aquel entonces que los administradores de Yale tomaran decisiones en contra de Brainerd. También fue una triste muestra de la inconstancia de la universidad cuando, años después, tras el reconocido éxito del ministerio de Brainerd, Yale lo reconoció como uno de sus graduados. Establecieron el Salón Brainerd en la Facultad de Teología de Yale, que aún se utiliza. Hay una placa de bronce en la fachada del edificio que dice: «David Brainerd, promoción de 1743», a pesar de que se le negó el honor de graduarse con su generación.

Aunque David Brainerd nunca vivió para ver estos acontecimientos, Dios fue fiel en responder sus oraciones, revelar la verdad sobre su ministerio y honrar su memoria.

Ellos son mi gente

De regreso a la aldea de Kaunaumeeck tras la negativa de Yale, Brainerd se extravió en la espesura del bosque y se vio obligado a pasar la noche tumbado al aire libre. Despertó débil y desorientado, atormentado por el dolor y con espasmos de tos mientras cabalgaba de vuelta a la aldea. Una vez más, recurrió a la única fuente de su fuerza: Jesucristo.

Decidido a completar su misión, Brainerd construyó una pequeña choza propia en la aldea nativa americana y vivió entre la comunidad durante casi un año.

Como resultado de la oración y la fidelidad de Dios, el pueblo se volvió más receptivo al evangelio y, a medida que su relación creció, él se refirió a ellos en sus escritos como “mi pueblo”.

Con un corazón agradecido, el 1 de enero de 1744, David registró esta oración:

Que siempre recuerde que todo lo que tengo viene de Dios. Bendito sea el Señor, quien me ha ayudado a superar todas las dificultades, fatigas y dificultades del año pasado, así como las penas y conflictos espirituales que lo han acompañado. ¡Ojalá pudiera comenzar este nuevo año con Dios y dedicarlo todo a su gloria, ya sea en la vida o en la muerte!

Tres meses después, el período de prueba de Brainerd llegó a su fin. El domingo 11 de marzo, predicó su último sermón a los nativos de Kaunaumeeek. Habían acordado mudarse de su aldea aislada a la ciudad de Stockbridge, Nueva York, donde más de cuatrocientos nativos americanos vivían en una floreciente comunidad cristiana bajo el ministerio de John Sargeant.



Brainerd representado en su viajes misioneros.⁷¹

Inesperadamente, Brainerd recibió ofertas de dos iglesias diferentes de "Nuevas Luces" para ser su pastor. Se sintió halagado por las invitaciones y se sintió especialmente tentado a aceptar la de East Hampton, Nueva York, donde tenía amigos cristianos cercanos, pero estaba seguro de que su llamado de Dios era ministrar a los nativos americanos. Escribió: "¡Ojalá Dios enviara obreros fieles a su mies! Estoy decidido a seguir adelante con el asunto indígena, si la divina providencia lo permite".

Nativos amenazantes

Llegaron nuevas órdenes de la Sociedad Escocesa. Era hora de que David se mudara al sur de Nueva York, a la bifurcación del río Delaware, en los densos bosques de Pensilvania.

Varias tribus vivían a orillas del río Delaware, incluyendo a los Delaware, o Lenni-Lenapes. Tenían una reputación amenazante debido a su animosidad hacia los colonos blancos, y la Sociedad Escocesa se había mostrado reticente a enviarles un misionero antes. Esta es la tribu que conspiró para matar a Brainerd antes de que se liberara milagrosamente de la serpiente de cascabel.

Antes de emprender esta nueva y peligrosa obra, el Presbiterio de Nueva York impuso las manos sobre David para ordenarlo para este ministerio. Humillado por el propósito de Dios para su vida, el 12 de junio de 1744, Brainerd escribió: «En ese momento me conmovió la importante responsabilidad que se me había confiado... ¡Ojalá pueda estar siempre dedicado al servicio de Dios y recordar debidamente el solemne encargo que he recibido, en presencia de Dios, ángeles y hombres! Que Dios me asista para este propósito». 72

Tras empacar sus pocas pertenencias y regalar el resto, Brainerd partió desde Nueva York para cumplir su crucial misión.

Cada día, se levantaba de su pequeño campamento y partía con renovada determinación; solo, cruzó el río Hudson y recorrió otros cien kilómetros "a través de una región desolada y horrible, más allá de Nueva Jersey", hasta llegar al río Delaware. Aunque las tribus lo recibieron con cautela, estuvieron dispuestas a escucharlo

mientras compartía el evangelio. Instaló una pequeña cabaña y comenzó su ministerio, predicando mensajes de salvación cada mañana, visitando tiendas de campaña para explicar el amor sacrificial de Dios y compartiendo sus comidas y sus vidas.

Cien millas de Susquehanna

Ungido para predicar a todos los indígenas no alcanzados, Brainerd no limitó su ministerio a una sola tribu. En octubre de 1744, se adentró en el desierto de Pensilvania en busca de los cientos de indígenas que vivían a lo largo del río Susquehanna. Su compañero de viaje fue su compañero misionero Eliab Byram, graduado de Harvard en 1740, quien trabajó con David en equipo.

En este viaje para llegar al río Susquehanna, Brainerd escribió: “Nos adentramos en el desierto y encontramos el viaje más difícil y peligroso que cualquiera de nosotros hubiera visto jamás; no teníamos casi nada más que altas montañas, valles profundos y rocas horribles para abrírnos paso”. 73

En uno de esos senderos precarios, el caballo de Brainerd resbaló y se rompió una pata. En el desierto, sin ayuda, no quedó más remedio que matar al caballo y continuar a pie. Sin duda, Dios tenía un plan especial para un viaje tan arduo.

Recorriendo cien millas río arriba por el Susquehanna, compartieron el amor sacrificial de Jesús con pequeños grupos de nativos a lo largo del camino. La guerra espiritual era intensa; los nativos americanos desconfiaban de los colonos blancos y de su Dios blanco. Su fe se basaba en sus powwows —o curanderos—, quienes, según creían, tenían el poder de ayudarlos o de envenenarlos hasta la muerte.

A pesar de la guerra espiritual, Brainerd gozó de una salud excepcionalmente buena en esta expedición, y la presencia de Byram ministrando a su lado le alegró el ánimo. Escribió: «Mi alma ama al pueblo de Dios, y especialmente a los ministros de Jesucristo, quienes sufren las mismas pruebas que yo». Cuando Brainerd ministraba con otros creyentes, siempre se sentía aliviado de su melancolía.

Si los ministros de Nueva Inglaterra hubieran seguido el ejemplo bíblico, habrían sabido que Jesús siempre enviaba a sus discípulos de dos en dos. Cuando dos o más son enviados en el nombre de Cristo, reciben la bendición de la unidad, el ánimo espiritual y la responsabilidad personal. El problema de depresión de Brainerd se agravó por el hecho de que siempre estaba solo. No es bueno pasar mucho tiempo solo en el ministerio.

En mis viajes, he notado que esto es cierto incluso para las parejas misioneras. Bíblicamente, las parejas no son dos personas: son una sola carne. Es mejor enviar a dos parejas como equipo ministerial para que puedan orar juntas y ayudarse mutuamente a escuchar el consejo completo de Dios mientras ministran en su nombre.

Superando el poder del “curandero”

Cuando Brainerd regresó a las Bifurcaciones del Delaware a principios de diciembre, encontró al pueblo preparándose para una gran fiesta en honor a sus dioses paganos. Durante dos días, acampó en el bosque, orando y ayunando fervientemente por su liberación. Los delaware pasaron esos mismos dos días bailando y festejando en honor a sus dioses. Desanimado por la falsa espiritualidad de los indígenas delaware, Brainerd oró con fervor a Dios para que liberara a los nativos para su reino.

En cuestión de días, ¡las oraciones de Brainerd fueron recompensadas! Su intérprete, Moses Tattamy, se acercó al misionero y le confesó que quería saber más sobre Jesús. Emocionado por la perspectiva de su primer converso, Brainerd oró para que Moses se comprometiera verdaderamente con Cristo, lo cual hizo, junto con su esposa e hijas.

Aunque su visión principal era ministrar a los nativos, Brainerd también compartió el evangelio con los colonos blancos de la zona. En ciertos fines de semana de comunión, recorría kilómetros para ayudar a los pastores de las iglesias de los pueblos vecinos. Hasta 3000 colonos de Pensilvania viajaban grandes distancias para escuchar el evangelio y compartir la Santa Cena.

Cuando Brainerd predicó, “la Palabra fue escuchada con un poder asombroso; muchos, si no cientos, en la gran asamblea se sintieron muy conmovidos”. Las lágrimas fluían cuando los colonos aceptaban la riqueza del amor de Dios por ellos.

Aquellos fines de semana de ministerio le dieron gran ánimo a Brainerd, pues, tras dos años de ministerio en el desierto, los nativos americanos aún se resistían a abandonar sus powwows y a aceptar la fe en Cristo. Desanimado por la frialdad de sus corazones, a menudo se sentía profundamente deprimido al ver el fracaso de su labor. ¡Pero todo eso estaba a punto de cambiar milagrosamente!

El poder de Dios cae

En el verano de 1745, David fue llamado por la Sociedad Escocesa para trasladarse a lo que se convertiría en el gran campo misionero de su ministerio: Crossweeksung, Nueva Jersey. Brainerd estaba preparado para mudarse a una nueva zona. «Mi corazón se regocijaba en mi labor misionera», escribió, «se regocijaba en mi necesidad de abnegación en muchos aspectos; y seguía entregándome a Dios e implorando su misericordia; orando incesantemente, a cada momento, con dulce fervor». 74

Brainerd llegó al pueblo de Crossweeksung, ubicado a solo ocho millas al sureste de Trenton, Nueva Jersey. El primer día, la situación era tranquila, ya que la mayoría de los nativos de la región habían sido expulsados al oeste por los colonos y sólo cuatro mujeres estaban en el pequeño pueblo para escuchar su mensaje.

Para su sorpresa, al anochecer siguiente, las mujeres habían recorrido toda la zona invitando a otros indígenas a escuchar al misionero blanco. Al tercer día, treinta indígenas se habían reunido en Crossweeksung. En lugar de la oposición habitual, Brainerd encontró sus corazones abiertos al mensaje del evangelio, con ansias de conocer más a Dios.

Encantado, escribió esa noche: «Mi alma se sintió muy renovada y revitalizada en mi trabajo. Fue una tarde muy dulce».

¡Pero era solo el principio!

Al final de la primera semana en Crossweeksung, más de cuarenta indios se habían reunido para escuchar sus mensajes. Estaban tan ansiosos por aprender más que le pidieron que predicara sobre Cristo dos veces al día.

Con gran alegría, escribió: «Pude predicar la Palabra con gran abundancia y entusiasmo. Y el poder de Dios acompañó la Palabra; de modo que varias personas derramaron muchas lágrimas y desearon que Cristo las salvara... ¡Oh, qué reconfortante y reconfortante es para mí ver el fruto de mi trabajo!» 75

Nativos abrumados por el Espíritu

Hay veces que plantamos la Palabra de Dios durante días, semanas o incluso años, y entonces, un día, las compuertas se abren de golpe y el Espíritu de Dios se derrama sobre nosotros como un torrente impetuoso. Recuerda esos pasos bíblicos para difundir el evangelio. «Yo planté, Apolos regó; pero Dios ha dado el crecimiento» (1 Corintios 3:6). Brainerd se había desanimado por un tiempo mientras plantaba y regaba, ¡pero Dios estaba a punto de colmarlo con el crecimiento!



Brainerd predicando a los indios.⁷⁶

Preparando su corazón para dedicarse plenamente al ministerio, Brainerd escribió: «Anhelo dedicar el poco tiempo que tengo en el mundo más a Dios. Siento un espíritu de seriedad, ternura, dulzura y devoción; y deseo pasar toda la noche en oración y comunión con Dios».

El 6 de agosto, al predicar a los nativos de Crossweeksung, David habló sobre el amor de Dios según 1 Juan 3:16: «En esto hemos conocido el amor de Dios, en que él puso su vida por nosotros». Había más de cincuenta indígenas en la sala, y casi todos lloraban o se postraban, clamando con angustia por no haber aceptado el amor de Cristo antes. El poder del Espíritu Santo obrando en sus almas los condujo a la oración.

Cuando les preguntó: “¿Qué les gustaría que Dios hiciera por ustedes?”, su respuesta clara fue: “Queremos que Cristo limpie completamente nuestros corazones”. 77

El peso de la gloria de Dios cae

¡Dos días después, el 8 de agosto de 1745, el Espíritu Santo invadió Crossweeksung en respuesta a las fervientes oraciones de David Brainerd!

Sesenta y cinco nativos americanos entraron en fila a la casa donde Brainerd predicaba esa tarde. Habló de Lucas 14:23: «Y el señor dijo al siervo: «Ve por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa». Brainerd predicó bajo la poderosa unción del Espíritu Santo.

Después del mensaje, caminó por la sala, orando individualmente por los hombres y mujeres que yacían postrados bajo convicción, cuando, de repente, “el poder de Dios pareció descender sobre la asamblea ‘como un viento recio que soplabá’ (Hechos 2:2), y con una energía asombrosa arrolló a todos a su paso”.

“Me quedé asombrado”, se maravilló, “y no pude compararlo con nada más acertadamente que con la fuerza irresistible de un poderoso torrente o un diluvio creciente, cuando su peso y presión insoportables aplastan y arrastran ante sí todo lo que se encuentra

en su camino”. 78

Por toda la casa, los nativos oraban y clamaban por misericordia. Quienes ya habían recibido la salvación se regocijaban en Cristo y oraban por sus amigos afligidos, compartiendo la buena nueva del amor sacrificial de Jesús e invitándolos a entregarle sus corazones.

Un asesino es redimido

Un anciano miembro del powwow, exasesino y alcohólico, cayó bajo el poder de convicción de Dios ese día. Por haber asesinado a un joven indio, Se había mantenido alejado del resto de la tribu durante algún tiempo, aunque aún continuaba con sus prácticas de conjuro. El powwow permaneció absorto mientras escuchaba el mensaje, y, cuando el Espíritu de convicción de Dios descendió, lloró y clamó por la misericordia de Dios para su vida.

En los meses siguientes, el anciano miembro del powwow entregó totalmente su vida a Cristo y se convirtió en lo que Brainerd describió como un “cristiano humilde, devoto y afectuoso”.

Una joven que ni siquiera creía tener alma, y que se había burlado de David ese mismo día, clamaba continuamente al Señor en su lengua materna, diciendo: «Ten piedad de mí y ayúdame a entregarte mi corazón». Este se convirtió en un clamor común entre los nativos del pueblo.

El poder de Dios continuó descendiendo al día siguiente. Brainerd pasó la mañana orando por los hombres y mujeres que lloraban y anhelaban la salvación de Cristo. Más tarde, mientras setenta nativos americanos, tanto jóvenes como mayores, se reunían para escucharlo predicar, habló sobre Mateo 11:28: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar». Las lágrimas de arrepentimiento y aceptación de Cristo seguían fluyendo.

Sus corazones estaban tan hambrientos de la Palabra de Dios que Brainerd continuó predicando dos veces al día. No usó el temor al infierno ni al juicio de Dios para llegar a los corazones de

la gente, sino que habló del amor sacrificial de Dios y su misericordia al enviar a su Hijo para salvarlos. Lo que produjo el gran cambio fue su comprensión de la bondad y la benignidad de Dios. "¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?" (Romanos 2:4). La benignidad de Dios transforma a una persona más que mil años de sermones sobre el infierno y la condenación. Debemos seguir ese principio al predicar la Palabra de Dios hoy.

Los colonos blancos, al oír informes de sucesos extraños en las aldeas nativas americanas, comenzaron a unirse a las reuniones, desconfiados al principio, pero luego abrazando el mensaje de salvación para sí mismos.

El domingo 25 de agosto, Brainerd compartió de Apocalipsis 3:20: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo». Esa tarde, bautizó a veinticinco adultos y niños indígenas que se habían arrepentido y entregado su corazón a Cristo. Fue una gozosa respuesta a la oración del joven que había viajado miles de kilómetros, luchando contra el agotamiento y la enfermedad, y había clamado a Dios «para ver a los indígenas abrazar la gracia salvadora de Cristo».

El poder y la fuerza de Dios

El llamado de David Brainerd era viajar entre los perdidos, así que partió en septiembre para visitar a los nativos tanto del río Susquehanna como de las bifurcaciones del río Delaware. Aunque aún luchaba contra la depresión y la enfermedad, estaba decidido a ver el reino de Dios expandirse entre las tribus. En ese viaje, vio un poco más del Espíritu Santo obrando entre ellos, y los dejó con la esperanza de que Dios aún obraría entre ellos.

De camino a Nueva York, Brainerd viajó a la iglesia de East Hampton para disfrutar de la comunión cristiana que tanto necesitaba. Recibió consuelo y fortaleza de las conversaciones con sus amigos sobre Cristo y la obra misionera.

En noviembre, viajó a Long Island para reunirse con el Presbiterio de la Sociedad Escocesa. Allí, presentó un informe

entusiasta sobre la obra sobrenatural del Espíritu Santo de Dios en Crossweeksung. Regresó a Nueva Jersey muy animado.

“Mi corazón estaba unido a ellos”

El 1 de enero de 1746, Brainerd escribió: “Hoy comienzo un nuevo año, y Dios me ha ayudado a superar numerosas pruebas y trabajos en el pasado; ha apoyado de manera asombrosa mi débil cuerpo... ¡Ojalá pudiera vivir más cerca de Dios este año que el año pasado!”⁸⁰

Durante todo el invierno, continuó esforzándose al máximo mientras viajaba cientos de kilómetros entre las tres tribus indígenas americanas. Los nativos de Crossweeksung seguían creciendo en Cristo, y él deseaba que los indígenas delaware también fueran bendecidos. Con cada viaje, su cuerpo se debilitaba más y sus ataques de tos se intensificaban. Pasaba muchos días en Crossweeksung recuperándose de los viajes, predicando a los nativos solo con la fuerza de Dios.

Para la primavera de 1746, los nativos americanos pedían más que predicación. Aunque a menudo estaba demasiado enfermo para mantenerse en pie, Brainerd comenzó a enseñarles doctrinas más detalladas de la fe cristiana. Acudían a su casa simplemente para estar cerca de él y hablar más de Jesús. Cuando estaba con ellos, sentía una dulce unión espiritual. Mi corazón se unió a ellos; y no puedo decir que haya sentido una atracción tan dulce y ferviente hacia los hermanos desde hace tiempo.

Poco tiempo después celebró su vigésimo octavo cumpleaños, regocijándose por los cambios que habían ocurrido en su ministerio durante el año anterior.

Después de mucha oración, los nativos y Brainerd decidieron que los indios del pueblo debían mudarse a Cranberry, Nueva Jersey, a sólo quince millas de distancia, donde podrían establecerse en una comunidad cristiana y comenzar algo mucho más grande.

Necesitaba estudiar. Brainerd consideró seriamente establecerse con ellos para ser su pastor y descansar de sus agotadores viajes. Pero, una vez más, se convenció de que su llamado era salvar a los perdidos: «Mi llamado ha sido y sigue siendo ir y dedicar mi vida a predicar el evangelio de un lugar a otro y reunir almas lejanas para Jesús, el gran Redentor... Y si alguna vez mi alma se presentó a Dios para servir, sin reservas de ninguna clase, lo hizo ahora» (22 de mayo de 1746).

Sacudido por Dios

En agosto, en el primer aniversario del mover del Espíritu en Crossweeksung, Brainerd predicó sobre el Salmo 72 y dijo que “el poder de Dios pareció descender sobre la asamblea, y cuando oré según Hechos 4:31: “Y cuando hubieron orado, el lugar tembló”, hubo un temblor y un derretimiento entre nosotros; y muchos, no lo dudo, en alguna medida fueron llenos del Espíritu Santo”. 81

Orando siempre para que el Espíritu de Dios se manifestara en las tribus de Forks y Susquehanna, Brainerd continuó cabalgando cientos de millas para volver a visitarlas. Pero no pudo quedarse tanto tiempo como deseaba debido a su extraordinaria debilidad, tras haber estado sometido a fuertes sudores nocturnos y tos con sangre durante casi todo el viaje.

Con cada viaje, mientras su condición física se debilitaba, continuó predicando, decidido a que los nativos americanos escucharan la Palabra de Dios. Durante su ausencia, los cristianos de Crossweeksung oraron día y noche por su éxito espiritual.

En entradas posteriores de su diario, habló de su declive físico. «Estaba tan débil que no podía predicar»; y «pasé este día, así como toda la semana pasada, con mucha debilidad física, con una tos violenta y fiebre considerable».

Incluso a pesar de esta enfermedad, la melancolía de sus primeros años no regresó; finalmente se había disipado. Su ánimo fue resultado de la poderosa acción del Espíritu Santo que había traído a sus amados hermanos y hermanas de Crossweeksung al reino de Dios.

Las órdenes del doctor

A principios del siglo XVIII se sabía poco sobre la tuberculosis y su cura. Los médicos recomendaban que el paciente viajara a caballo, cabalgando al aire libre siempre que fuera posible. Aunque estaba muy enfermo, Brainerd viajó a caballo a Nueva Inglaterra en un intento de recuperarse. Estuvo fuera de noviembre a marzo, visitando a familiares y amigos en Connecticut, Massachusetts y Nueva York. A pesar de estar enfermo y con dolor, Brainerd pudo proclamar: «Hay un Dios en el cielo que gobierna todas las cosas para bien; y este es el consuelo de mi alma... ¡Qué bendición es crecer cada vez más como Dios!».

En marzo de 1747, regresó a Cranberry para visitar a su querida congregación. Tras pasar unos preciosos días con ellos, orando y compartiendo la Palabra, partió para lo que sería su última vez. Había bautizado a ochenta y cinco nativos, y cada semana, más entregaban su vida a Cristo. Hubo largos abrazos y lágrimas de tristeza al despedirse por última vez en esta tierra.

Brainerd viajó a Elizabethtown, donde se reunió con su hermano menor, John, a quien se le había asignado la tarea de hacerse cargo del ministerio de David en Cranberry. Le recordó a su hermano: «Nunca pienses que puedes vivir para Dios por tu propio poder y fuerza, sino siempre acude a Él y confía en Él para recibir ayuda, sí, para recibir toda la fuerza y la gracia». 82 Mientras conversaba con John, Brainerd celebró su vigésimo noveno cumpleaños, el que sería su último. Al día siguiente partió a caballo por Nueva Inglaterra, con la esperanza de que esto le aliviara el dolor de pulmones.

Conociendo a Jerusha Edwards

En su último viaje por Nueva Inglaterra, David se detuvo para visitar a varios amigos cristianos influyentes. En Princeton, Nueva Jersey, convivió con Jonathan Dickinson, el primer rector del nuevo College of New Jersey. (En años posteriores, Aaron Burr Sr. y Jonathan Edwards serían rectores de Princeton). Tras un viaje a su casa en Haddam, Connecticut, para visitar a su familia, Brainerd continuó hasta Northampton, Massachusetts, donde vivía

Jonathan Edwards. Aunque se habían conocido brevemente cuando Edwards presentó el caso de Brainerd en Yale, no habían pasado mucho tiempo juntos.

Durante su visita, Brainerd enfermó gravemente y no pudo continuar su viaje de inmediato. Pasaba horas cada día hablando y orando con la familia Edwards. Durante esta visita, forjó una estrecha amistad con Jerusha, la hija de diecisiete años de Edwards. Era una chica dulce con el deseo de servir a los demás en el amor de Cristo. Durante años, los biógrafos cristianos asumieron que David y Jerusha habían desarrollado una relación romántica y estaban comprometidos. Sin embargo, no hay constancia de que su relación fuera más allá de una estrecha amistad cristiana.

Después de un viaje a caballo a Boston en junio, una vez más, con la esperanza de prolongar su vida, y visitar a varios amigos cristianos que lo apoyaban.

Allí, Brainerd hizo su último viaje de regreso a la calidez del hogar de los Edwards en Northampton.

Rodeado de amor

En agosto, Brainerd quedó confinado en su cama en el primer piso de la casa de los Edwards. Continuó compartiendo la oración nocturna con la familia y recibiendo el cuidado de Jerusha.

David se alegró mucho de recibir la visita de su hermano John, quien le dio la alentadora noticia de que su rebaño en Cranberry estaba prosperando. Durante la visita, John abrió su cartera y sacó un paquete especial para entregárselo a su hermano. Había recogido los diarios personales de David de su cabaña de troncos en Nueva Jersey y se los había llevado a su autor.

Al depositar los preciosos diarios en las manos de su hermano, David lloró. ¡Cuántas alegrías y tristezas, cuántas angustias y regocijos contenían esas páginas! David leyó sus apasionadas oraciones, tanto de desesperación como de triunfo, y recordó una vez más que Dios lo había acompañado fielmente en cada paso del camino.

David nunca tuvo la intención de que nadie leyera sus escritos privados, pero cuando Jonathan Edwards solicitó permiso para publicarlos, Brainerd dio su consentimiento. Comprendió que sus sinceras oraciones y experiencias podrían ayudar a otros misioneros de Cristo. ¡Jamás, ni en sus sueños más descabellados, imaginó que estos escritos seguirían ministrando a los cristianos siglos después!

“Mi cielo es agradar a Dios”

En septiembre de 1747, el hermano menor de David, Israel, también ministro ordenado, lo visitó en Northampton. Se alegró de que David se mantuviera animado y su atención centrada en la voluntad de Dios.

Mientras amigos y compañeros ministros lo visitaban y hablaban de la bondad de Dios, era fácil ver que los días de depresión de Brainerd habían quedado atrás. Cuando Satanás lo atacó con pensamientos de que no era digno ni apto para ver a Dios en el cielo, Brainerd recordó la gracia de Dios e «instantáneamente aparecieron las benditas vestiduras de la justicia de Cristo, ¡en las que no pude sino exaltarme y triunfar!».

Durante sus últimos días, oró a menudo por la labor de los ministros que conocía, incluyendo a sus propios hermanos, para que fueran llenos del Espíritu Santo para la obra que Dios los había llamado a realizar. Oró por la prosperidad espiritual de su propia congregación de nativos americanos en Nueva Jersey, rompiendo a llorar por el amor que sentía por cada uno de ellos.

Tranquilo y contento incluso en sus últimos días, Brainerd seguía escribiendo,

Mi cielo es agradar a Dios, glorificarlo, entregarle todo y consagrarme por completo a su gloria; ese es el cielo que anhelo... No voy al cielo para ascender, sino para honrar a Dios. No importa dónde me ubique en el cielo, si ocupo un lugar alto o bajo; amar, agradar y glorificar a Dios lo es todo... ¡Si tuviera mil almas, si valieran algo, se las daría todas a Dios!

Graduación

En la última noche de Brainerd, su hermano John estaba con él. Recordaron hasta altas horas de la noche la querida congregación de David en Cranberry y planearon qué podría hacer John en el futuro para ayudar a extender el reino de Dios entre ellos. David estaba encantado de que John les diera sus últimas palabras de amor para hacerles saber que no los había olvidado.

A las seis de la mañana siguiente, el 9 de octubre de 1747, David Brainerd ascendió al cielo para ver al Señor Jesús, a quien había amado y servido con tanto fervor. Su funeral, tres días después, fue oficiado por Jonathan Edwards y asistieron ministros congregacionalistas y presbiterianos, profesores y administradores de las universidades locales, y numerosos amigos cristianos que lo conocieron y lo amaron.

La familia Edwards lo había acogido con cariño y lloró profundamente su fallecimiento. Una tragedia personal los azotó cuando Jerusha enfermó tan solo cuatro meses después y falleció el 14 de febrero de 1748, posiblemente de la tuberculosis que le había quitado la vida a David. Fue enterrada junto a David Brainerd en el cementerio de Northampton.

Solo por Cristo

David Brainerd fue una vida digna de ser recordada. Su anhelo era Cristo y solo Él, y presentar el reino de Dios a todos los perdidos. Aunque era físicamente frágil y luchó contra la depresión durante su vida, fue un gigante espiritual cuya incansable dedicación inspiró a muchos misioneros a ir con valentía a donde nadie más había ido antes en el nombre de Jesús.

Sabiendo que Dios usaría los diarios personales de Brainerd para mucho bien, Jonathan Edwards publicó su versión editada de La vida y el diario de David Brainerd en 1749. Los escritos inspiraron a muchos hombres y mujeres de Dios a alabar la obra de Brainerd y su devoción a Cristo:

Que todo predicador lea atentamente La vida y el diario de David Brainerd. Seamos seguidores suyos, como él lo fue de

Cristo, con absoluta devoción, en total indiferencia hacia el mundo y con ferviente amor a Dios y a... hombre. — John Wesley

Las entradas del diario de David Brainerd han demostrado a incontables generaciones la prueba irrefutable de la eterna fidelidad de Dios. Inspirado por Brainerd para servir como misionero en la India, William Carey exigió a su equipo misionero que leyera su diario tres veces al año. Henry Martyn, Robert Murray M'Cheyne y Jim Elliot se sintieron inspirados por la intensa devoción de Brainerd al llamado de Dios a las misiones.

Al final, las propias palabras de David Brainerd revelan claramente la pasión insaciable de su corazón:

Aquí estoy, Señor, envíame; envíame a los confines de la tierra, envíame a los paganos rudos y salvajes del desierto; mándame lejos de todo lo que se llama comodidad en la tierra, envíame incluso a la muerte misma, aunque sea para tu servicio y para promover tu reino.⁸⁶

Entonces oí al Señor preguntar: «¿A quién enviaré como mensajero a este pueblo? ¿Quién irá por nosotros?». Respondí: «Aquí estoy. Envíame a mí». (Isaías 6:8 NTV)

¿Responderás al llamado del Señor?

¿Declararás: «¡Aquí estoy, Señor! ¡Envíame a las naciones!»?

Capítulo 3

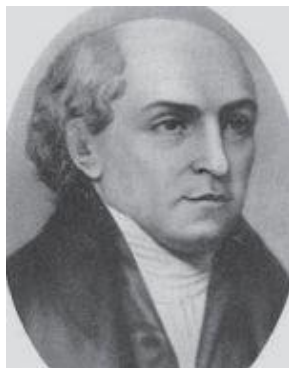
William Carey

Misiones Apocalipsis: Una Biblia y un Mapa

La barcaza pansi se mecía, haciendo agua, mientras remontaba el río Hooghly hacia las costas de la India. Sin apenas darse cuenta, William Carey se estiró para vislumbrar la costa que se acercaba. Quedó fascinado por los colores y las figuras bulliciosas en la orilla: hombres morenos con turbantes y pantalones anchos de algodón, mujeres con faldas y túnicas de colores vibrantes, caminando a paso rápido hacia el mercado.

Casi antes de que el barco atracara, William saltó a tierra, admirando con asombro las exóticas vistas: grandes cestas de mimbre colocadas sobre soportes de madera, repletas de frutas y verduras en tonos amarillos, rojos y verdes. Tiendas de colores brillantes llenas de cuencos de latón, candelabros, telas tejidas y artículos para el hogar que nunca había visto. El murmullo de fondo de un nuevo idioma llenó sus oídos. Mientras William caminaba, olió el pescado antes de ver las mesas de los pescadores que exhibían la pesca de la mañana.

El murmullo a sus espaldas se convirtió en clamor; se giró y vio a una multitud de curiosos del pueblo reunidos alrededor de su familia mientras descendían cautelosamente del bote. Niños pequeños de piel morena se acercaban riendo y extendiendo la mano para tocar a su esposa, Dolly, y a sus cuatro hijos, que se encontraban en la desconocida orilla. Dolly tenía los ojos muy abiertos y aprensiva cuando sus ojos se encontraron con los de él.



William Carey

¡Por fin había llegado el día! Tras doce años de planificación y oración, él y su familia finalmente llegaron a las costas de la India, justo al sur de la ciudad de Calcuta. Los ojos de William se llenaron de lágrimas al contemplar por primera vez la tierra que tanto le había costado alcanzar.

Aunque no lo sabía mientras caminaba por las arenas de la costa de la India, William Carey no abandonaría la India por el resto de su vida. Dios lo había llamado a la nación superpoblada y no evangelizada, y él cumpliría ese llamado con celo hasta su último aliento.

Pionero misionero

“Para conocer la voluntad de Dios, necesitamos una Biblia abierta y un mapa abierto!” —William Carey

William Carey fue un pionero misionero. Se le ha llamado «el padre de las misiones modernas» porque su celo despertó una pasión misionera en la Europa de los siglos XVIII y XIX que transformó el cristianismo moderno.

Antes de que Carey obedeciera el llamado de Dios a tierras extranjeras, la iglesia protestante en Europa tenía poca difusión en el exterior; incluso el éxito generalizado de Ludwig Zinzendorf y los misioneros moravos que él envió por todo el mundo todavía estaba siendo ignorado por las denominaciones establecidas más

grandes.

La pasión de Carey por llevar el evangelio a los perdidos en tierras extranjeras dio origen a una revolución misionera. Junto con un grupo de hombres inspirados por su visión pionera, fundó la primera sociedad misionera británica para enviar discípulos cristianos a todo el mundo. «Entréguenos sin reservas a esta gloriosa causa», escribió. «Nunca pensemos que nuestro tiempo, nuestros dones, nuestras fuerzas, nuestras familias son nuestros. Santifiquémoslos todos para Dios y su causa».

Carey era un hombre sumamente talentoso. Poseía una asombrosa capacidad para leer nuevos idiomas, y junto con su equipo, se encargó de traducir la Biblia al bengalí y a otros veintinueve idiomas, imprimir la Palabra de Dios y distribuirla a cientos de miles de asiáticos.

Dios usó a William Carey para despertar espiritualmente a una iglesia dormida y encenderla para cumplir la Gran Comisión de Cristo. Fue un gigante en la historia cristiana y uno de los generales de Dios en el mundo misionero.

Un comienzo nada excepcional

William Carey nació el 17 de agosto de 1761 en el pequeño pueblo de Paulerspury, en el centro de Inglaterra. Este excepcional hombre de Dios tuvo un comienzo nada excepcional. Fue el mayor de cinco hijos de Edmund y Elizabeth Carey. Los laboriosos Carey eran tejedores de clase baja que vivían en una cabaña de dos pisos donde instalaron un telar para tejer la tela de lana conocida como "tammy".

Para cuando William cumplió seis años, la situación mejoró drásticamente; Edmund fue contratado como secretario parroquial y maestro de la escuela local, y los Carey, agradecidos, dejaron su oficio de tejedores para vivir gratis en la escuela. Fue una bendición especial para William, ya que le permitió asistir a la escuela.

Incluso a temprana edad, William tenía un deseo insaciable de conocimiento. Como su padre trabajaba como maestro de escuela

local, tenía acceso a los pocos libros del pueblo. Leía todo lo que caía en sus manos: la Biblia, novelas de aventuras, libros de botánica, cualquier cosa impresa. Su madre a menudo se despertaba en mitad de la noche con sus lecturas en voz alta. Ella admitió: «Desde la infancia, estaba tan entregado a la búsqueda del conocimiento. Todo lo que empezaba, lo terminaba; las dificultades nunca parecían desanimarlo».

Cuando Carey tenía tan solo once años, encontró un pequeño libro de texto de latín en el estudio de su padre. ¡Aceptó el reto de leerlo! El niño curioso estudió con detenimiento el libro de gramática latina de su padre y aprendió por sí mismo el idioma clásico. ¡La familia de William quedó asombrada! Desde ese momento, comprendieron que Dios lo había bendecido con un don único para los idiomas. ¡Poco imaginaban cómo ese don inspiraría al mundo cristiano!

El gancho del capitán Cook

Desde niño, William padeció una enfermedad que le causaba dolorosas ampollas en la cara y las manos debido a la exposición al sol. Lo peor era que le encantaba estar al aire libre, pasando horas vagando por el bosque recolectando hojas y mariposas únicas, examinando huevos de aves e insectos. El amor de Carey por la botánica se mantuvo firme durante toda su vida y fue una fuente de placer y sustento para él cuando llegó a la India años después.

Debido a su reacción alérgica al sol, William necesitaba un oficio en interiores. A los catorce años, fue aprendiz de Clarke Nichols, un zapatero remendón en un pueblo a solo ocho millas de su casa. Nichols animó a Carey a leer, incluso mientras trabajaba, reconociendo que su joven aprendiz era diferente a los demás chicos.

En los dos años siguientes, Carey dominó el griego y el hebreo, dedicando horas al estudio de los manuales. Para cuando cumplió dieciséis años, con poca formación formal...

En cuanto a su educación, William Carey fue uno de los jóvenes más educados del centro de Inglaterra.

Carey fue claramente un líder desde su infancia. En la Biblia, Dios desarrolla grandes líderes a temprana edad: Josué, José, Gedeón, David y Timoteo, por nombrar solo algunos. Vemos que esto también ocurre en el mundo actual, y nos da esperanza para los jóvenes de esta generación.

La brillante imaginación de Carey quedó cautivada por el libro "Los viajes del capitán Cook", los diarios personales del marinero británico sobre sus aventuras en los mares del Sur. Al imaginar cada puerto extranjero, Carey sentía un deseo irresistible de verlos con sus propios ojos. Más tarde escribió: "Leer los viajes de Cook fue lo primero que me llevó a pensar en misiones extranjeras". ¡Dios había usado un cebo improbable para cautivar el corazón de su siervo!

John Wesley predica

Aunque Carey tenía poco interés en el evangelio, asistía a la iglesia parroquial local con su familia; la Iglesia de Inglaterra era la iglesia oficial establecida por el gobierno del pueblo inglés.

Invitado a escuchar la predicación de John Wesley en la campaña inglesa, William escuchó el evangelio predicado por primera vez bajo la unción del Espíritu Santo. Wesley predicó sobre la necesidad de una relación personal con Jesucristo y el poder de la santificación de Dios solo por gracia, y no por la santidad externa del hombre. Al escuchar el mensaje, los cristianos abandonaron masivamente la Iglesia de Inglaterra, alegando que había perdido el amor por Cristo. Estos cristianos, llamados "inconformistas" o "disidentes", incluían bautistas, presbiterianos y congregacionalistas.

John Warr, compañero de aprendizaje de William, era un firme disidente bautista. Durante su jornada laboral, mantenían acalorados debates sobre si la salvación en Cristo realmente podía cambiar la vida de las personas. William dudaba de su necesidad de un Salvador personal. Pero, al poco tiempo, las palabras de

Warr conmovieron a William, y el 10 de febrero de 1779, a los diecisiete años, asistió a un servicio de oración de los disidentes.

¡Qué acontecimiento tan transformador! William conoció el plan de salvación y aceptó a Jesucristo como su Señor y Salvador. Durante días, investigó con avidez la Biblia para descubrir más de la verdad. Ahora, en el mismo equipo, los jóvenes aprendices dedicaban tiempo a leer la Biblia en voz alta mientras terminaban su trabajo de reparación de zapatos. William ansiaba saber más de Jesús.

La importancia de elegir la esposa adecuada

Inesperadamente, Nichols, el maestro zapatero, falleció; William tuvo que completar su aprendizaje con el zapatero remendón Thomas Old. Poco después, William conoció a Dorothy (Dolly) Plackett, la guapa cuñada de Old. Desde el principio, estos dos jóvenes fueron diferentes; Dolly no tenía estudios y era seis años mayor que William. Los historiadores cristianos han especulado sobre por qué un hombre tan comprometido con el estudio se habría casado con una mujer sin estudios. Pero William Carey era aún un adolescente cuando conoció a Dolly, y sus motivos para el matrimonio nunca aparecieron en sus escritos.

Creo que William Carey se casó con la persona equivocada. Siendo apenas un adolescente y un nuevo cristiano, se casó por pasión y conveniencia juvenil en lugar de esperar a que Dios enviara a la persona adecuada para completar su vida y ministerio; una posible trampa que mencioné en un capítulo anterior. Como Dolly conocía poco del Señor antes de casarse, también violó las Escrituras al unirse en yugo desigual.

Respeto que William haya permanecido con ella y la haya cuidado durante el resto de sus difíciles vidas juntos. Pero quiero animar a otros jóvenes a no apresurarse al elegir pareja. Cásense según su destino y llamado en Cristo. Oren por la guía del Espíritu Santo y asegúrense de que su pareja comparta su visión ministerial.

En el verano de 1781, justo antes de cumplir veinte años, William se casó con Dolly Plackett, de veinticinco años, en la

iglesia de San Juan Bautista, del siglo XII, en Piddington. Como Dolly no sabía leer ni escribir, firmó con una X en el registro de matrimonio de la iglesia.

Dos años después, el 5 de octubre de 1783, William Carey fue bautizado en el río Nene, cerca de Northampton, por John Ryland, quien se convertiría en uno de sus amigos más cercanos. Más tarde, Ryland habló con asombro del bautismo de «este pobre zapatero», sin imaginar jamás que este joven tendría un impacto sin precedentes en todo el mundo cristiano.

Ryland escribió: “Fue el propósito del Altísimo, quien seleccionó para esta asombrosa obra, no al hijo de uno de nuestros ministros más eruditos, ni de uno de los más opulentos de nuestros caballeros disidentes, sino al pobre hijo de un clérigo parroquial”.

90

Demasiadas muertes

William y Dolly comenzaron su matrimonio felices, pero increíblemente pobres. William no solo era zapatero, sino que también predicaba los domingos en la iglesia de los Disidentes, pero ganaba poco dinero. Al poco tiempo, tuvieron su primer hijo, un... Una niña llamada Ann. Trágicamente, cuando la bebé tenía solo dieciocho meses, ella y William enfermaron gravemente con fiebre, y ella murió a los pocos días.

Desconsolada, Dolly asistió a su funeral y luego regresó a casa para cuidar de su esposo enfermo. La madre de William llegó para ayudar a la joven pareja y descubrió que estaban en la miseria. Limpió la casa, cuidó de la afligida Dolly y cuidó de William hasta que recuperó la salud. Aunque Carey se recuperó, curiosamente perdió todo el cabello de la coronilla.

Intentando dejar atrás la tragedia, William y Dolly se mudaron a una nueva casa de campo en Moulton. Dolly estaba atormentada por la pérdida de su bebé, pero William se entregó por completo a su trabajo. El 10 de agosto de 1786, fue ordenado ministro bautista y se convirtió en pastor de una pequeña iglesia y maestro de escuela local en Moulton. Trabajando arduamente para mantener a

su familia, daba clases entre semana, reparaba zapatos por la noche y predicaba los domingos.

Durante este tiempo, William también aprendió francés, italiano y holandés de forma autodidacta. Como profesor, su asignatura más apasionada en el aula era la geografía. Con fervor, Carey desveló todos los misterios que pudo sobre tierras extranjeras y luego creó mapas del tamaño de un mural para los estudiantes, con detalles de cada país, capital, río y montaña. A medida que los meses se convertían en años, su anhelo por conocer estas tierras con sus propios ojos crecía.

De 1785 a 1789, Dolly dio a luz a tres niños: Felix, William Jr. y Peter. Sus risas llenaron la casa y ayudaron a aliviar el dolor de Dolly por la muerte de la pequeña Ann. Pero aún había momentos en que Carey la encontraba sentada sola, con la mirada perdida o llorando en silencio. William rezaba para que recuperara la salud emocional.

Desafortunadamente, las enfermedades infantiles eran demasiado comunes en el siglo XVIII. La quinta hija de Dolly y William, nacida en 1791, fue otra niña, Lucy. Era una bebé dulce y sana, pero durante su segundo año, Lucy enfermó con una fiebre repentina y falleció. Una vez más, Dolly se sumió en una depresión angustiosa. Y, una vez más, William la superó perseverando en su trabajo.

Dios de todos los pueblos

Cuando Dios hace un llamado al corazón de un hombre o una mujer, puede que éste llegue en medio del rugido de una tormenta o en la tranquilidad de la noche, pero él o ella escucha Su voz claramente.

William tenía una creciente convicción de que Dios quería enviar misioneros cristianos a un mundo sin esperanza. Mientras caminaba por la campiña inglesa en oración, Dios le recordó Isaías 54: «Ensancha el lugar de tu

carpa, y extiendan las cortinas de tus moradas... Tu Redentor es el Santo de Israel; se le llama Dios de toda la tierra. Porque el Señor te ha llamado." (Isaías 54:2, 5–6 NVI).

¡El Redentor no era solo el Dios de Inglaterra ni el Dios de Europa! Era "el Dios de toda la tierra", ¡y Carey estaba decidido a proclamar esta verdad misionera! Debido al éxito misionero previo de Zinzendorf, en una reunión con un pequeño grupo de pastores bautistas en Kettering, Inglaterra, William Carey les entregó ejemplares del boletín moravo "Periodical Accounts" y declaró: "¡Miren lo que han hecho los moravos! ¿Acaso los bautistas no podemos al menos intentar algo en fidelidad al mismo Señor?".

Sin embargo, cada vez que abordaba el tema con líderes cristianos, la reacción era siempre la misma. «Eres un miserable entusiasta», le reprendían. «Si Dios quisiera que los paganos del mundo se salvaran, él mismo se encargaría de ello. Hay suficientes personas sin salvación entre nosotros». 92

Carey respondió: «Sin duda, Dios habla en serio. ¡Sin duda, quiere que quienes lo conocemos llevemos el mensaje de redención a todos los hombres en todas partes!». 93

A pesar de las objeciones de la iglesia, William se sentó a escribir su visión misionera. Sus escritos se convirtieron en un folleto que tituló "Una investigación sobre las obligaciones de los cristianos de usar medios para la conversión de los paganos". Llegó a conocerse simplemente como "La Investigación". En él, William afirmaba: "Si es deber de todos los hombres, cuando llegue el evangelio, creer para salvación, entonces es deber de quienes reciben el evangelio esforzarse por darlo a conocer a todas las naciones para la obediencia de la fe". 94

Carey presentó con maestría su argumento a favor de las misiones mundiales en cinco impactantes secciones. Fue una proclamación asombrosa del llamado de Dios a alcanzar a los perdidos.

La Revelación de la Misión

Sección Uno La Investigación se centró en la Gran Comisión de Jesús: «Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos...» (Mateo 28:19 NVI). Carey insistió en que el mandato de Jesús de evangelizar no podía limitarse a los primeros apóstoles, o bien, el bautismo de los creyentes también debería restringirse. «¡No!», declaró Carey. Mientras la mayor parte del mundo estuviera sumida en la «oscuridad pagana», los cristianos tenían la obligación de llevarles el mensaje de la salvación de Cristo.

“Si los ingleses han tenido la bendición de conocer y vivir en la gracia de la salvación de Dios durante mucho tiempo”, argumentó, “¿cómo podrían negar una salvación tan grande a quienes en tierras extranjeras murieron sin el conocimiento de Dios?”

¿La gracia salvadora de Dios?”⁹⁵

Sección dos El autor de *The Enquiry* relató la poderosa obra del Espíritu Santo en el libro de los Hechos, a medida que miles de cristianos se unían a la iglesia cada día (véase Hechos 2:47). Carey recordó a sus lectores que fueron los misioneros de los siglos I y II quienes difundieron el cristianismo en Inglaterra, Alemania, España, Francia, Egipto y Libia.

Sección tres, titulado "Un estudio del estado actual del mundo", fue un relato exhaustivo de las poblaciones, creencias religiosas y ubicaciones de todos los pueblos del mundo conocido, basado en los ocho años de estudio de Carey. Los académicos británicos quedaron asombrados por su detalle; ¡nunca se había escrito algo igual!

Lo más importante, Carey señaló que la mayoría de los países carecían de lengua escrita y, por consiguiente, de Biblia, y se regían únicamente por las costumbres y tradiciones más infantiles. Con su don para los idiomas, Carey anhelaba con ahínco proporcionar Biblias escritas a los perdidos. Incluso los opositores más cínicos a las misiones extranjeras se sintieron convencidos por el fervor del llamado de Carey.

Secciones cuatro y cinco Los temas de la Investigación fueron

las aplicaciones prácticas de la obra misional: el transporte de misioneros a sus destinos, la supervivencia en tierras extranjeras y la provisión financiera. Retó a sus hermanos cristianos: «Me pregunto si estamos justificados en quedarnos aquí, mientras tantos perecen sin recursos en otras tierras».

Al describir el papel del misionero, Carey en realidad se describió a sí mismo:

El misionero debe aprovechar toda oportunidad para hacerles [a los perdidos] bien, y trabajando y viajando, noche y día, debe instruir, exhortar y reprender, con todo sufrimiento y anhelo por ellos, y sobre todo, debe ser constante en la oración por la efusión del Espíritu Santo sobre el pueblo a su cargo.⁹⁶

Carey finalizó el folleto con un desafío conmovedor: “¡Seguramente vale la pena esforzarnos con todas nuestras fuerzas para promover la causa y el reino de Cristo!”

¡Espera grandes cosas! ¡Intenta grandes cosas!

Thomas Potts, un comerciante exitoso, leyó *The Enquiry* y se ofreció a publicar el ensayo por su cuenta. De inmediato, Carey recibió invitaciones para dar conferencias. Durante una reunión en la Iglesia Bautista de Kettering, bajo la dirección del pastor Andrew Fuller, Carey pronunció las palabras que se convertirían en su grito de batalla misionero: "¡Espera grandes cosas [de Dios]! ¡Intenta grandes cosas [para Dios]!".

Predicando desde su capítulo bíblico favorito, Isaías 54, Carey declaró a la iglesia: «Levántense de su complacencia. Busquen lonas más grandes, estacas más robustas y altas, y estacas más resistentes. Alcancen visiones más amplias. Atrévanse con programas más audaces. Despiértense y salgan a conquistar para Cristo hasta los confines y las islas del mar». ⁹⁷

Cuando la congregación permaneció en silencio, Carey se volvió hacia Fuller y exclamó: "¿Y después de todo, vas otra vez a no hacer nada?". De inmediato, Fuller se dirigió a los demás ministros presentes y prometió: "En la próxima reunión en

Kettering se preparará un plan para formar una Sociedad Bautista para la Propagación del Evangelio entre los Paganos". ¡Por fin, la súplica de Carey había sido escuchada, y se había lanzado la visión misionera que transformaría la evangelización europea!

Nace la primera Sociedad Misionera Europea

El 2 de octubre de 1792, un grupo de catorce hombres bautistas se unió a Carey para formar la primera sociedad misionera europea, a la que llamaron Sociedad Bautista Particular para la Propagación del Evangelio (posteriormente conocida simplemente como Sociedad Misionera Bautista). Su objetivo inicial era contribuir económicamente al máximo posible a la obra misionera y luego solicitar donaciones a otras iglesias bautistas.

Así como Jesús tuvo a sus tres discípulos más cercanos — Pedro, Santiago y Juan—, Carey contó con un trío de hombres que se convirtieron en la piedra angular de la Sociedad Misionera Bautista: Andrew Fuller, John Sutcliff y John Ryland. Amigos desde la ordenación de Carey diez años antes, seguirían siendo sus fieles seguidores de por vida.

De los tres, Andrew Fuller fue quien trabajaría codo con codo con William durante los siguientes veinticinco años, a pesar de vivir al otro lado del mundo. Fuller era siete años mayor que Carey y era un granjero autodidacta. En su futuro cargo como secretario de la sociedad misionera, Fuller difundiría con éxito el mensaje de la obra de Carey en la India por toda Inglaterra, Escocia y América durante el siguiente cuarto de siglo.

En el cuerpo de Cristo, a lo largo de los siglos, los grandes ministerios generalmente han contado con un grupo de hombres cristianos dedicados como apoyo y administradores clave del ministerio. Los evangelistas Oral Roberts, Billy Graham y Reinhard Bonnke, por ejemplo, contaron con estos hombres dedicados que permanecieron fieles a Cristo y a su ministerio específico.

Al igual que en el caso de Carey, estos son hombres que comparten la visión del líder ministerial. No tienen problemas de

ego. Se sienten seguros en su rol por la causa de Cristo. Brindan compañerismo, ánimo y trabajo en equipo al hombre o la mujer llamados a ministrar a miles.

Hoy en la iglesia, luchamos contra la cultura de las celebridades. Muchas personas no quieren ser llamadas "junto" al líder del ministerio. Creen que, para tener éxito, deben tener una personalidad popular y destacada. En lugar de desear fama, cada uno de nosotros debería buscar su rol en el ministerio en equipo, descubriendo qué hacer para el avance no de sí mismo, sino del reino de Dios.

“¡India, allá vamos!”

Mientras el nuevo equipo misionero iniciaba la búsqueda de su primer candidato misionero, Carey recibió una carta del Dr. John Thomas, un médico inglés que había vivido en Bengala, India, durante los últimos cuatro años mientras trabajaba para la Compañía de las Indias Orientales. Thomas era cirujano y ya había realizado dos viajes a Calcuta. Como uno de los primeros médicos misioneros, atendió las necesidades físicas y espirituales del pueblo indio, pero ahora deseaba regresar a la India como misionero del evangelio.

William estaba entusiasmado en su primer encuentro y bombardeó al médico con preguntas sobre la vida y los idiomas de la India. Le encantó escuchar el relato de Thomas sobre los líderes brahmanes que habían solicitado traducciones del Nuevo Testamento al bengalí, su lengua materna.

En ese momento, William Carey escuchó claramente el llamado de Dios: ¡servir al pueblo de la India! Cuando el Dr. Thomas solicitó un ministro acompañante para redoblar el esfuerzo misionero, William respondió de inmediato: "¡Iré!".

Se dirigió a los miembros de la junta de la misión para confirmarlo. "Vimos", dijo Andrew Fuller, "que había una mina de oro en la India, pero era tan profunda como el centro de la tierra. ¿Quién se aventuraría a explorarla?"

“Me aventuraré a bajar”, dijo Carey, “pero recuerden que

ustedes [dirigiéndose a Fuller, Sutcliff y Ryland] deben sostener las cuerdas”.

“Le prometimos solemnemente que lo haríamos”, respondió Andrés, “y mientras vivamos lo abandonaremos”. 98

Y este gran equipo de hombres ungidos de Dios no abandonó a Carey durante su largo ministerio conjunto. La fecha del compromiso misionero de Carey fue el 10 de enero de 1793.

Milagros y obstáculos

Carey estaba decidido a ir, pero había mucho por hacer. El equipo tuvo que zarpar hacia la India en abril para completar la travesía oceánica de cinco meses antes de que los vientos monzónicos azotaran el océano Índico. Y mientras la esposa y la hija del Dr. Thomas estaban emocionadas de regresar a la India, William se enfrentaba a... La perspectiva de ir sola. Dolly se negó a siquiera considerar ir a "los confines del mundo" entre extranjeros y las selvas de la India.

¿Qué estaría pensando William? Estaba embarazada de su sexto hijo, así que tendrían cuatro hijos con ellos en la extraña tierra de la India, uno de ellos recién nacido. Todas las súplicas de William fueron en vano, hasta que Dolly finalmente accedió a que su hijo mayor, Félix, de ocho años, se fuera con su padre.

Los desafíos continuaron. Carey y Andrew Fuller recorrieron cientos de kilómetros por toda Inglaterra intentando recaudar fondos a través de las iglesias bautistas. Pequeñas congregaciones contribuyeron con lo que pudieron. Pero ni una sola iglesia bautista en Londres apoyó financieramente la iniciativa. Los líderes de la iglesia estaban seguros de que sería un rotundo fracaso y de que no contribuiría en nada al avance del reino de Dios. El Dr. Samuel Stennett, reconocido pastor y compositor de himnos, les aconsejó que se mantuvieran al margen y no se comprometieran. 99

A pesar de los obstáculos, la mano de Dios guiaba su camino. Durante el viaje, Carey conoció a un joven impresor llamado William Ward. Ambos confiaban en que algún día Ward se uniría

a la empresa en la India y ayudaría a imprimir Biblias en idioma indio. Carey vio este encuentro casual como la bendición de Dios en el viaje, en medio de todos los desafíos.

Tres decían que no

Para William Carey, parecía que todos querían impedirle cumplir su misión: primero Dolly, luego las iglesias bautistas y ahora la poderosa Compañía Británica de las Indias Orientales.

Durante más de cien años, la Compañía Británica de las Indias Orientales contó con una carta real que le otorgaba control total sobre el comercio entre la India e Inglaterra. Para proteger su monopolio, la compañía convenció al Parlamento para que prohibiera la entrada de misioneros británicos a las costas de la India sin su permiso expreso. La compañía temía que, si la gente recibía formación en el evangelio y las costumbres occidentales, ya no aceptaría el acuerdo comercial abierto que la había enriquecido y poderoso.

¡Fue un insulto flagrante al evangelio por parte de miembros de una nación "cristiana"! Ningún medio de persuasión permitió a los misioneros británicos Carey y Thomas entrar en la India. Como resultado, abril de 1793 llegó y pasó, de modo que el barco inglés en el que originalmente habían planeado viajar, el Oxford, zarpó solo con la Sra. Thomas y su hija a bordo. Carey, Felix y Thomas se vieron obligados a quedarse, buscando otra opción.

Mientras oraban por el siguiente paso de Dios, Carey descubrió un secreto inquietante sobre el Dr. Thomas. En los días previos a su partida, Thomas había comenzado a actuar de forma sospechosa. Carey quedó perplejo hasta que descubrió que Thomas tenía una deuda considerable, de varios cientos de libras a diferentes empresas y amigos en Inglaterra e India. Thomas admitió su debilidad en el manejo de las finanzas y le prometió a Carey que saldaría la deuda lo antes posible. Desafortunadamente, esta debilidad continuaría plagando el ministerio durante años.

Barco milagroso danés

A pesar de los reveses, Carey y Thomas sabían que pertenecían

a la India. Caminando por la campiña inglesa, Carey clamó al Señor para que les permitiera evadir las restricciones de la Compañía de las Indias Orientales y llegar a las costas indias.

Cuando Carey regresó a la casa, el Dr. Thomas irrumpió con un nuevo plan. «Tengo la dirección de un marinero danés», dijo. «Está esperando que su barco atraque en Inglaterra rumbo a la India. Si Dios está con nosotros, puede que haya sitio a bordo. ¡Vamos, apresurémonos!».

Thomas explicó que si viajaban en un barco no inglés, el capitán no necesitaría los mismos permisos de viaje que la Compañía de las Indias Orientales. Un barco danés, el Kron Princess Maria, se preparaba para salir de Inglaterra y podría llevarlos a Serampore, India, una ciudad bajo control danés fuera de la jurisdicción de la Compañía de las Indias Orientales.

Carey estaba entusiasmado con el nuevo plan. ¡Dios les estaba abriendo milagrosamente las puertas para su viaje! Con fe, Carey decidió presentarle un caso más "imposible".

¡Dios, por favor, haz que Dolly cambie de opinión! William quería hacer el viaje con su esposa y todos sus hijos. Dolly había dado a luz a su nuevo hijo, un niño al que llamaron Jabes, y se había recuperado lo suficiente como para hacer el viaje. Pero ¿cómo podría hacerle cambiar de opinión?

Dos tareas importantes ocupaban a Thomas y Carey: convencer a Dolly de emprender el viaje y recaudar fondos adicionales para llevar a toda su familia a bordo del Kron Princess Maria antes de que zarpara hacia la India. Los hombres viajaron rápidamente a Piddington, Inglaterra, donde Dolly se alojaba con su hermana, Kitty.

Dinero milagroso

Al principio, las súplicas de Carey fueron desatendidas. Dolly se negó a considerar los peligros de un viaje al otro lado del mundo con tres niños pequeños y un bebé. Entonces, el Dr. Thomas entró por la puerta de la cabaña y le recordó con firmeza a un sollozante...

Dolly Carey le dijo que su lugar estaba al lado de su esposo, y que era la voluntad de Dios enviar a William a la India y mantener unida a su familia. Parecía que habían llegado a un punto muerto cuando Kitty se puso de pie y anunció: «Iré contigo para que Dolly tenga a alguien que la ayude con los niños». Con los ojos muy abiertos, Dolly asintió. «De acuerdo», dijo con resignación, «¡iremos juntas!». 102 La casa estaba alborotada mientras empacaban apresuradamente sus pertenencias para el viaje de cinco meses a la India.

Ahora solo quedaba el asunto del pasaje por resolver. Necesitaban cuatrocientas cincuenta libras adicionales para pagar a Dolly, Kitty y los niños. William oró: «Dios, me has traído hasta aquí. Incluso has conseguido que Dolly y los niños vengan. Seguramente nos mostrarás el camino a la India».

Carey recurrió al fiel John Ryland en busca de ayuda. Ryland logró reunir otras doscientas libras de amigos cristianos en tan solo un día, pero aún les faltaban doscientas cincuenta libras. ¿Cómo compensarían la diferencia?

Una vez más, el ingenioso Thomas ideó una solución innovadora. Los sirvientes podían viajar gratis, así que él y Kitty se apuntaron al viaje como sirvientes de los Carey. Aún andaban un poco cortos de dinero, pero el capitán Christmas del Kron Princess Maria recibió a bordo a los misioneros con el dinero que pudieron pagar. La provisión de Dios seguía satisfaciendo sus necesidades incluso en el último momento.

Adiós, Patria; Hola, Destino

Mientras el Kron Princess Maria navegaba hacia el Canal de la Mancha, William y Dolly se giraron para ver cómo su tierra natal se desvanecía de la vista. Ambos se habrían sorprendido al saber que era la última vez que verían Inglaterra.

La entrada del diario de Carey esa noche estaba llena de elogios: «Jueves, 13 de junio de 1793, a bordo del Kron Princess Maria. Este ha sido un día de alegría para mi alma. Regresé para poder llevarme a toda mi familia conmigo y disfrutar de todas las

bendiciones que había entregado a Dios». 104

Un obstáculo más se interponía entre Carey y la India. Como ciudadanos británicos varones, Carey y Thomas ni siquiera podían pisar suelo indio sin permiso de la Compañía Británica de las Indias Orientales. Diez años antes, una ley del Parlamento había establecido que todo súbdito del rey que viajara hacia o desde las Indias Orientales sin licencia de la compañía era «culpable de un delito grave y una falta, y sujeto a multa y prisión». Para eludir esta ley, el capitán Christmas contrató un barco práctico para que desembarcara a las familias y las llevara río arriba por el río Hooghly hasta una zona de la costa sin autoridades. Y así se encontraron los Carey avanzando hacia la costa india en una frágil embarcación pansi, esperando comenzar su gran aventura en Dios.

El 7 de noviembre de 1793, William Carey y John Thomas pisaron suelo bengalí, India. En cuanto su familia y sus pertenencias desembarcaron, Thomas comenzó a predicar un mensaje cristiano en bengalí a la gente del mercado. Durante tres horas, escucharon, ¡y Carey se regocijó! ¡La obra misionera en la India por fin había comenzado!

Un extraño en una tierra extraña

A las pocas semanas de su llegada, se avecinaban problemas. El Dr. Thomas había subestimado enormemente la cantidad de dinero que necesitarían para establecerse en la India. Debido a sus numerosos deudores, la prioridad de Thomas era establecer una consulta médica y empezar a ganar algo de dinero. Sin consultar a Carey, utilizó los fondos destinados a la misión para establecer su consulta en Calcuta.

Sin saber de su situación financiera, William se enteró de un terreno al que su familia, compuesta por tres adultos y cuatro niños, podía mudarse sin pagar alquiler, pero necesitaba fondos iniciales para mudarse y sembrar campos para su sustento. Carey le pidió el dinero necesario a Thomas. Increíblemente, le dijeron que todo el dinero de la misión se había agotado y que él y su familia estaban en la indigencia.

Desolado, Carey escribió en su diario esa noche: «Estoy en tierra extraña, solo, sin amigos cristianos, con una familia numerosa y sin nada que cubra sus necesidades. Culpo al Sr. T. por haberme metido en semejantes gastos y me culpo a mí mismo por haber sido llevado a ello». 105

Sintiéndose culpable por su egoísmo, Thomas pidió prestado más dinero y se lo dio a William para la mudanza de la familia a las tierras salvajes de la India. En los meses siguientes, la familia Carey se mudó dos veces, recorriendo ríos infestados de caimanes en busca de un lugar donde establecerse. Finalmente, terminaron en las selvas de Sundarbans, una región salvaje y peligrosa plagada de tigres, pantanos y nativos desconfiados. Kitty y Dolly estaban asustadas y se quejaban a diario de su entorno.

La entrada del diario de Carey dice: “Mi esposa y mi hermana, que no ven la importancia de la misión como yo, están continuamente exclamando en mi contra... Si mi familia se pusiera de corazón en la obra, me sentiría aliviado de una gran carga”. 106

Sin desanimarse, Carey sembró sus cultivos, trabajó con los nativos y mantuvo a Dolly y a los niños. Sorprendentemente, mientras trabajaba bajo el ardiente sol indio, su dolorosa afección cutánea nunca volvió a aparecer; se había curado milagrosamente.

¡Sirva en la India! Durante su estancia en los Sundarbans, Carey comenzó a estudiar seriamente el bengalí, convencido de que su primer trabajo era traducir el Nuevo Testamento a su lengua materna. En pocos meses, la fe y el trabajo de Carey se vieron recompensados con una oferta extraordinaria.

Sanado y próspero

Carey era un hombre de gran fe. Nunca esperó recibir apoyo financiero constante de la sociedad misionera. Una vez en la India, mantendría a su familia con sus propias fuerzas, bajo la guía del Señor.

Mientras estaba en los Sundarbans, Carey recibió una carta del Dr. Thomas con una oportunidad inusual para ambos, de

parte de un empresario cristiano llamado George Udney. Udney tenía dos plantas de índigo en la zona de Mudnabatti y necesitaba un gerente para cada una. Thomas y Carey operarían plantas diferentes y, a cambio de su trabajo, cada uno recibiría una casa de dos pisos y un salario anual de doscientas cincuenta libras. ¡La oferta superó las expectativas más descabelladas de Carey!

Eufórico, Carey corrió a contarle a Dolly la buena noticia. Por fin, podría mantener a su familia y aún tendría los fondos para continuar la traducción de la Biblia al bengalí. Pero Dolly se entristeció con la noticia. Sería su tercera mudanza agotadora desde que llegaron a la India el noviembre anterior. Sufría de disentería con frecuencia y sabía que la reubicación implicaría otro arduo viaje por el río Hooghly: tres largas y calurosas semanas en una pequeña embarcación con cuatro niños pequeños. Para colmo, su hermana, Kitty, decidió quedarse para casarse con Charles Short, un inglés gerente de la fábrica de sal de la Compañía de las Indias Orientales. Pero, entre lágrimas, preparó el equipaje para el viaje.

Cuando finalmente llegaron a Mudnabatti en el verano de 1794, los Carey encontraron una casa grande y hermosa y una fuerza laboral ansiosa por ver la fábrica prosperar. William estaba convencido de que el Señor dirigía sus pasos. Su trabajo, tanto en la fábrica como en la traducción de la Biblia, avanzaba con rapidez; había aprendido el bengalí con facilidad. Una semana después de su llegada a la India, podía predicar mensajes breves sin intérprete.

Carey escribió: “Toda mi esperanza está en Dios y todo mi consuelo proviene de Él; sin su poder ningún europeo podría convertirse, y su poder puede convertir a cualquier indígena; y cuando reflexiono en que Él me ha impulsado a hacer esta obra y ha obrado maravillas para preparar el camino, puedo tener esperanza en sus promesas y me siento alentado y fortalecido”.

108

El diablo ataca la inestabilidad de Dolly

En el otoño de 1794, Dolly y Carey contrajeron disentería; la fiebre de Carey fue tan alta que casi murió. Mientras se recuperaba lentamente, la disentería atacó a su hijo de cinco años, Peter. Su pequeño cuerpo no soportó la fiebre ni la diarrea constante, y en pocas horas, el pequeño y vivaz niño falleció.

Una vez más, William y Dolly experimentaron la angustia de perder a un hijo. Pero para Dolly, fue peor que antes; esta vez, cayó en una depresión que William no pudo alcanzar. Él rezó para que se recuperara. Lo hizo por un corto tiempo, pero para marzo de 1795, Dolly comenzó a experimentar el primero de muchos delirios sobre su esposo y su matrimonio.

Carey registró en su diario: «He pasado por pruebas muy duras en mi propia familia, provenientes de un sector que me abstengo de mencionar. Tengo mayor necesidad de fe y paciencia que nunca, y bendigo a Dios porque no he estado completamente desprovisto de estas gracias». 109 Carey intentaba sobrellevar la inestabilidad mental de su esposa apoyándose en el Señor. Sin embargo, parece que a menudo lo abrumaba.

Algunos historiadores cristianos han cuestionado lo sucedido con Dolly Carey. Era evidente que era propensa a la depresión, que viajó a la India bajo presión y que perdió a tres preciosos hijos por enfermedades. Aunque no existen muchas anotaciones en el diario sobre su matrimonio, una carta de Carey a Dolly antes de partir hacia la India revela su profundo amor por su familia:

Dile a mis queridos hijos que los quiero mucho y rezo constantemente por ellos. Félix les envía su cariño. Confía en Dios. Con cariño para Kitty, hermanos y hermanas. Les aseguro que los quiero con mucho cariño. Soy, por siempre, tu fiel y afectuoso esposo, William.

Durante un breve periodo en 1795, Dolly pareció recuperarse de nuevo de su enfermedad mental y, poco después, quedó embarazada de su séptimo y último hijo. A principios de 1796, los Carey tuvieron otro hijo sano, al que llamaron Jonathan. Pero casi inmediatamente después, la salud mental de Dolly volvió a decaer,

seguida de una ruptura total con la realidad. Dolly sufría frecuentes delirios, acusando históricamente a su esposo de tener aventuras con muchas mujeres, incluyendo a la Sra. Thomas y a los sirvientes de la misión.

El Dr. Thomas escribió a la Sociedad Misionera Bautista de Londres en nombre de Carey: “La Sra. Carey profirió las imprecaciones más blasfemas y amargas contra él, cuando la Sra. Thomas y yo estábamos presentes”. Continuó describiendo momentos en que ella amenazó la vida de Carey y por qué tuvo que ser Confinada en su dormitorio. Unos meses después del nacimiento de Jonathan, Carey escribió en su diario: «Mi pobre esposa debe ser considerada loca y es motivo de gran dolor».

Aunque se registraron pocos detalles de la enfermedad de Dolly, sin duda fue el momento más oscuro de la vida de Carey, y lo ha expuesto a críticas a lo largo de los años. ¿En qué momento se dio cuenta de la gravedad de sus períodos de melancolía? ¿Sacrificó la salud de su esposa en su afán por traducir la Biblia a tantos idiomas? Estas preguntas son incontestables, ya que existen muy pocas anotaciones en el diario sobre la enfermedad de Dolly. Pero ningún hombre que haya servido al Señor ha sido perfecto en su servicio.

Acusados de espías

El plan de William Carey para evangelizar la India se dividía en tres partes: predicar el evangelio de Cristo, traducir la Biblia a tantos dialectos como fuera posible y establecer escuelas de formación bíblica y secular.¹¹¹ Esta era una tarea imposible para un solo hombre, por mucho que trabajara día y noche. Andrew Fuller lo comprendió, así que encontró a cuatro hombres —William Ward, Joshua Marshman, William Gant y David Brunsdon, junto con sus familias— para enviarlos a la India en un barco estadounidense, el *Criterion*, comandado por el capitán Wickes. (Desafortunadamente, Gant y Brunsdon murieron de cólera a los pocos meses de su llegada a la India).

El 17 de octubre de 1799, el *Criterion* atracó en la India con su cargamento británico y los nuevos misioneros para la obra de

William Carey. Para su sorpresa, descubrió que la Sociedad Misionera Bautista no había enviado dos misioneros, sino ocho adultos y cinco niños, de quienes ahora sería responsable. Carey se alegró especialmente al saber que William Ward, el impresor que había conocido seis años antes, se encontraba entre ellos.

Una vez más, la Compañía Británica de las Indias Orientales impidió la llegada de estos nuevos misioneros. Alguien informó que los misioneros eran papistas franceses, ¡y el gobierno británico los acusó inmediatamente de ser espías franceses! El grupo huyó durante la noche a Serampore, bajo control danés, para escapar de la captura y prisión británica. No tenían forma de reunirse con Carey en Mudnabatti; su única opción era quedarse en Serampore.

¿A quién le gusta moverse?

Ahora Carey se enfrentaba a una decisión difícil. ¿Debería seguir trabajando en la fábrica de índigo y usar allí sus imprentas, o debería mudarse con su familia de nuevo y establecer la misión en Serampore? Carey necesitaba desesperadamente la experiencia de William Ward y anhelaba la comunión cristiana.

Se tomó una decisión y el 10 de enero de 1800 la familia Carey se instaló en Serampore, su último traslado a la India.¹¹²

¡Los caminos de Dios son maravillosos cuando ponemos nuestra confianza en Él! Lo que el enemigo planeó para mal en su huida a Serampore, ¡Dios lo transformó en bien! En su divina providencia, colocó a William Carey en la zona más densamente poblada de la India, donde el Señor podría usarlo poderosamente durante los siguientes treinta y cuatro años.

Carey siempre había imaginado una comunidad cristiana de misioneros. En Serampore, él y sus compañeros misioneros establecieron sus viviendas en una casa grande con una capilla en el centro y habitaciones familiares separadas a cada lado. Llegaron a un acuerdo voluntario: las ganancias de todos se depositarían en una cuenta común y se destinarían, sobre todo, a las necesidades de la misión. Tras siete años de trabajo solitario, Carey vio

finalmente hacerse realidad su visión de un asentamiento misionero que honrara a Dios.

Un equipo imbatible de primicias

William Ward y Joshua Marshman habían sido escogidos por el Señor para unirse al ministerio de Carey. Servirían a su lado y lo animarían —como Timoteo y Tito bendijeron a Pablo en el Nuevo Testamento— durante las siguientes tres décadas.

William Ward era un alma gemela que compartía la visión de Carey de imprimir Biblias y tratados cristianos en tantos dialectos como fuera posible. Fundó la primera gran imprenta de la India y rápidamente publicaron, por separado, cada uno de los cuatro Evangelios en bengalí. Carey sembró la Palabra de Dios regalando ejemplares de los Evangelios a los nativos curiosos.

Ward también fue mentor para los hijos de Carey. Los cuatro niños, de entre cuatro y catorce años, corrían desenfrenadamente por el recinto de la misión porque su padre estaba demasiado ocupado y su madre demasiado enferma para cuidarlos. Ward y los Marshman trabajaron juntos para estabilizar la vida de los niños. Dios usó especialmente a William Ward en la joven y rebelde vida de Felix Carey; Ward le enseñó a Felix a manejar la imprenta y finalmente lo guió a Cristo. Más adelante, Felix habló con cariño de su mentor: "¡Cuántas veces me ha sostenido cuando casi resbalo! Fue mi padre espiritual".

Joshua Marshman fue el otro compañero espiritual en la obra misional de Carey. Marshman, Ward y Carey llegaron a ser conocidos en India, Inglaterra y Estados Unidos como la Tríada de Serampore, gracias a la eficacia con la que trabajaron juntos bajo la guía del Espíritu Santo. Joshua tenía un don para la traducción y aprendió bengalí rápidamente, por lo que se unió a Carey en la predicación del evangelio.

Marshman y su esposa, Hannah, comprendieron la importancia de la educación. Poco después de llegar, abrieron dos internados para niños ingleses y una escuela gratuita para niños indios. Durante los siguientes diecisiete años, la Misión de Serampore

fundaría más de cien escuelas para educar a miles de niños ingleses e indios en toda la India.

Hannah Marshman fue oficialmente la primera mujer misionera en la India. Sirvió como "madre", cuidando de Dolly, quien padecía una enfermedad mental, y de todo el personal de la Misión de Serampore. Junto con William Ward, Hannah disciplinaba y amaba a los rebeldes niños Carey, y era querida por todos los que la conocían.

Carey exhortó a este equipo al comienzo de su trabajo conjunto:

Miremos con frecuencia a David Brainerd en los bosques de América, derramando su alma ante Dios por los paganos que perecen... La oración, la oración secreta, ferviente y creyente, es la raíz de toda piedad personal... Entreguémonos sin reservas a esta gloriosa causa. Nunca pensemos que nuestro tiempo, nuestros dones, nuestra fuerza, nuestras familias, ni siquiera la ropa que vestimos, nos pertenecen. Santifiquémoslos todos a Dios y a su causa.

El primer converso indio

Para 1800, Carey llevaba siete años sirviendo en la India sin que ningún indio se convirtiera. Carey no solo era un hombre de celo insondable, sino también de una persistencia inquebrantable. A menudo se definía como un "trabajador perseverante", pero sus compañeros sabían que su tenacidad traía resultados poderosos.

Durante siete años, Carey predicó la Palabra de Dios al pueblo indígena y oró por su salvación. Finalmente, sus oraciones fueron respondidas. El Dr. Thomas, quien había regresado a trabajar en Serampore, guió al primer indígena de la misión a convertirse al Señor.

Krishna Chandra Pal trabajaba de carpintero cerca de Serampore. Un día, mientras se bañaba en un río cercano, Krishna Pal resbaló, se cayó y se dislocó el hombro derecho. Sabiendo que Thomas era médico, mandó a pedir ayuda a la misión. Mientras Thomas cuidaba su hombro, le habló a Krishna Pal sobre la sanación de su alma y le ofreció un folleto en bengalí. Después del

accidente, Carey y Thomas solían conversar sobre las Escrituras con Krishna Pal en la misión.

Una mañana, Krishna Pal le confesó al Dr. Thomas: «Soy un gran pecador; pero he confesado mi pecado y soy libre». Regocijándose, el Dr. Thomas respondió: «Entonces te llamo mi hermano. Ven y comamos juntos en amor». Este fue un Una invitación inaudita en aquella época: un hindú que comiera con un no hindú estaría rompiendo su casta, lo cual estaba culturalmente prohibido. El sistema de castas en la India no permitía a los hindúes mezclarse con miembros de otras castas ni con extranjeros.¹¹⁶

En los días siguientes, Krishna Pal fue atacado por sus vecinos y acusado de traición. A pesar de la presión, el 28 de diciembre de 1800, fue bautizado en el río Hooghly, junto con Felix Carey.

“Ayer fue un día de gran alegría”, escribió William. “Tuve la dicha de bautizar al primer hindú, Krishna, y a mi hijo Félix. La llegada de Krishna nos dio una gran alegría. Hemos trabajado mucho y nos hemos encontrado con muchos desalientos; pero, por fin, el Señor se nos apareció”.

Poco después, Krishna Pal condujo a su esposa, hermana y cuatro hijas a Cristo, seguido por sus vecinos. Petumber Singh, un hindú culto, se convirtió a Cristo y aceptó el puesto de maestro en las escuelas de la Misión.

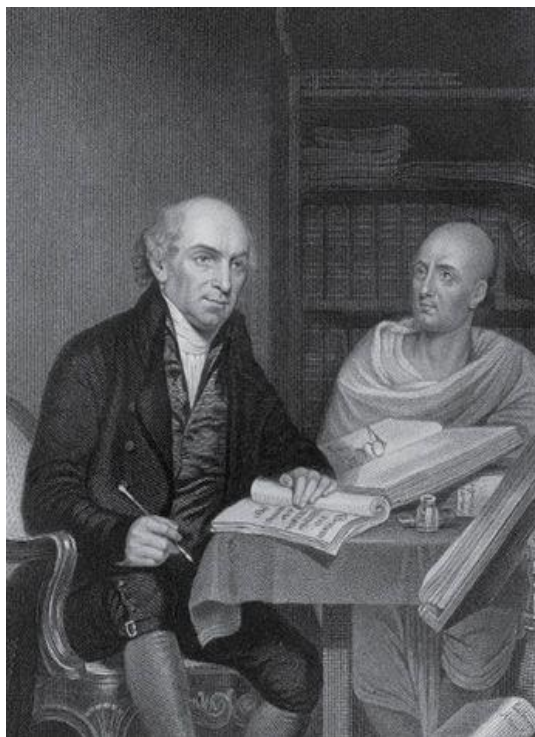
¡La tan esperada cosecha había comenzado!

La Palabra de Dios...en bengalí

El 5 de marzo de 1801 fue un día para recordar en Serampore. El Nuevo Testamento bengalí completo finalmente se imprimió y encuadernó en cuero negro especial. Este Nuevo Testamento fue el centro de ocho años de trabajo para Carey y meses de trabajo del personal de impresión. Carey también había aprendido sánscrito, el idioma de la gente culta de la India. Mientras lo estudiaba, Carey dijo que era «el idioma más difícil del mundo». ¹¹⁸ Pero, al poco tiempo, lo dominó y comenzó a trabajar en un Nuevo Testamento en sánscrito.

Ese mismo año, se fundó el Fort William College en la cercana Calcuta para formar a jóvenes ingleses que lideraran en finanzas y gobierno. Necesitaban aprender bengalí y sánscrito para triunfar. ¿Quién mejor capacitado para enseñarles que William Carey? Era el único inglés apto para ser profesor de bengalí y sánscrito en la India.

Sin libros de texto, Carey escribió una gramática para ambos idiomas para usar en el aula. Con escasa educación formal y sin formación universitaria, Carey fue primero instructor, luego profesor y finalmente decano del departamento de lenguas nativas de esta prestigiosa universidad británica, donde trabajaría durante los siguientes treinta años.



William Carey, grabado por J. Jenkins.119
(Biblioteca de Arte Ken Welsh/Bridgeman)

Carey sabía que el trabajo era la provisión de Dios para su verdadera labor: traducir la Biblia y difundir la Palabra. Con su salario, compró equipo de impresión y papel adicionales, y contrató trabajadores para las imprentas. A través de la universidad, Carey también estableció vínculos tan estrechos con los líderes británicos que le permitieron mayor libertad en su labor de evangelización y traducción.

Poco después, Carey y Ward escribieron e imprimieron el primer diccionario bengalí para uso tanto de estudiantes universitarios como de líderes gubernamentales. A los dos años de asumir su nuevo cargo, Carey escribió con entusiasmo a Fuller: «Hemos abierto un lugar de culto en Calcuta donde predicamos los domingos, miércoles y jueves en inglés y bengalí». 120 Durante los siguientes treinta años, Carey pasó tanto tiempo en Calcuta como en Serampore, difundiendo el evangelio de Cristo en la bulliciosa ciudad india.

En el otoño de 1801, el Dr. Thomas contrajo una fiebre alta y falleció el 13 de octubre a los cuarenta y cuatro años. Su salud se había deteriorado constantemente. A pesar de sus dificultades financieras, Thomas se había mantenido fiel a la visión misionera hasta el final de su vida, y Carey extrañó mucho a su amigo.

Los campos de la muerte de la India

La bondad humana y la reforma social siempre estuvieron cerca del corazón de Carey. De niño, aplaudió en secreto la independencia de las colonias americanas de Inglaterra y se negó a rezar por una victoria inglesa bajo el mandato del rey Jorge. Se pronunció abiertamente contra la esclavitud a finales del siglo XVIII, mucho antes de su abolición en Inglaterra.

Al llegar a la India, Carey sintió repugnancia por más de una práctica hindú que destruía vidas inocentes. Los bebés recién nacidos eran sacrificados al dios del río Ganges para traer buena suerte o apaciguar la ira del falso dios. Carey escribió al gobernador general británico, Lord Wellesley, pidiendo el fin de esta práctica. El decreto que prohibía el infanticidio finalmente se

convirtió en ley en 1802.

Otra horrible costumbre hindú, llamada sati, o "método de pureza", requirió muchos años de oración, peticiones y súplicas antes de que el gobernador general británico finalmente la prohibiera. Sati consistía en quemar vivas a las viudas en las piras funerarias de sus difuntos esposos. Según los clérigos hindúes, se prometía a la viuda que "si se ofrecía en la pira funeraria, rescataría a su esposo de la miseria y lo llevaría con ella al cielo, junto con catorce generaciones de su familia, donde disfrutaría con ellos de la felicidad celestial". 121

Para horror de Carey, las viudas aceptaron la práctica, dejándose atar a la pira funeraria y quemar junto con el cadáver de su esposo. Se necesitarían casi treinta años de indignación y oración por parte de los misioneros cristianos antes de que el sati fuera finalmente declarado ilegal en la India.

El regalo de Charlotte

Tras doce años de paranoia delirante, Dolly Carey falleció el 7 de diciembre de 1807, a los cincuenta y un años. Carey escribió una carta a su hijo Félix, quien para entonces era misionero en Birmania:

Tu pobre madre empeoró cada vez más desde que nos dejaste, y falleció el 7 de diciembre alrededor de las siete de la tarde. Durante su enfermedad, casi siempre dormía, y supongo que durante los catorce días que estuvo con fiebre alta, no estuvo despierta más de veinticuatro horas. Fue enterrada al día siguiente en el cementerio de la misión.

Hay pocas notas de diario sobre la tragedia de la última década de Dolly y su muerte, O sobre cómo se sintió William Carey al final de sus veintiséis años de matrimonio. Quizás la impotencia que sentía ante la enfermedad de su esposa explicaba sus frecuentes comentarios sobre su propia indignidad y su desesperada necesidad de la gracia de Dios para completar su obra misionera.

Durante algún tiempo, los misioneros de Serampore eran amigos de Charlotte Emilia Rumohr, una condesa danesa que

vivía en la amplia casa contigua a la misión. Ella había presenciado con alegría los bautismos de Krishna Pal y Felix, y luego se había convertido en una gran defensora de la obra misional. Era una mujer menuda y culta, que hablaba con fluidez siete idiomas y tenía un corazón dispuesto a servir a Jesucristo.

Durante su adolescencia, Charlotte sufrió quemaduras graves en un incendio que le lesionó las piernas. Se mudó a la India con su familia con la esperanza de que el clima cálido la sanara. Aunque pasaba buena parte del día tumbada en el sofá, seguía siendo una influencia positiva de Cristo para todos los que la conocían.

Seis meses después de la muerte de Dolly, en mayo de 1808, Carey y Charlotte se casaron. Ambos tenían cuarenta y seis años en ese momento. Aunque Charlotte tenía que pasar gran parte del día descansando, fue un gran estímulo para su esposo, ayudándolo con su desafiante trabajo de traducción y el creciente ministerio. Sus trece años de matrimonio fueron felices. Carey compartió: «Disfrutamos de la más completa unidad de espíritu. Su solicitud por mi salud y bienestar es incesante, y oramos y conversamos juntos sobre las cosas que conforman la vida de la religión personal, sin la menor reserva». 123 William Carey había sido bendecido con su alma gemela.

Durante los años de su matrimonio, tres de los hijos de Carey, Félix Jr., William y Jabez, fueron misioneros en partes de la India, Birmania y las Islas de las Especias. Félix se convirtió en un hábil misionero médico, además de erudito e impresor. Los jóvenes habían sido criados en el poder del Evangelio y se lanzaron a continuar con éxito la obra de Cristo. Jonathan, el hijo menor de Carey, optó por la abogacía y trabajó en la ciudad de Calcuta, cerca de la obra de Serampore.

Un incendio devastador

A medida que la influencia de William Carey en la India crecía, nuevas traducciones de la Biblia salían de las imprentas y sus éxitos se divulgaban en todo el mundo. En 1807, recibió el título de Doctor en Divinidad por la Universidad Brown de

Estados Unidos. En 1808, el Nuevo Testamento se publicó en sánscrito. En 1809, la Biblia completa se publicó en bengalí. En 1811, se publicaron los Nuevos Testamentos en maratí y Se completó la traducción del punjabi. Para 1812, toda la Biblia se tradujo al sánscrito.

El equipo de Serampore también dedicó cinco años, de 1807 a 1812, a trabajar en lo que Carey llamó un Diccionario Universal de las Lenguas Orientales. Derivado del sánscrito, Carey declaró que su propósito era ayudar a los «estudiantes bíblicos a corregir la traducción de la Biblia a las lenguas orientales después de nuestra muerte». Considerado un triunfo asombroso, finalmente estaba listo para su impresión.

¡Entonces llegó el desastre! La noche del 11 de marzo de 1812, mientras William Ward estaba sentado en su escritorio terminando la jornada, empezó a salir humo del pasillo desde el lado sur de la imprenta. Ward cerró rápidamente todas las ventanas y puertas, y él, Joshua Marshman y los trabajadores nativos echaron agua por el techo durante cuatro horas hasta que el fuego pareció apagarse.

Trágicamente, mientras Ward y Marshman revisaban si había daños, alguien (que nunca fue descubierto) abrió varias ventanas en la imprenta y el fuego reapareció, arrasando cada rincón del edificio.¹²⁴

En la devastadora pérdida, el borrador final del diccionario universal, diez versiones diferentes de la Biblia, varios manuscritos más y muchas fuentes grabadas a mano quedaron completamente destruidos. Con lágrimas en los ojos, Carey caminó entre las ruinas con Marshman y Ward.

«En una sola noche», dijo, «se consumen los trabajos de años. ¡Cuán insondables son los caminos de Dios!». ¹²⁵ William y Charlotte lloraron juntos de angustia por la pérdida de tantos años de trabajo.

Una vez más, Carey recurrió a su Salvador y dejó la tragedia en manos de Dios. No entendía, pero confiaba en el Dios que era el Autor y Consumador de su fe. Afortunadamente, cinco imprentas

y gran parte de la tipografía fundamental habían sobrevivido. Al día siguiente, William reunió a sus desconsolados colegas y les dijo: «Debemos mantener el rumbo, confiando en Dios, quien nos ha salvado hasta aquí. Podemos reconstruir y reemplazar lo que se perdió».

¡Famoso en todo el mundo!

Para asombro de William, el desastre de Serampore hizo famosa su misión en toda Europa y América. Cuando la noticia del incendio llegó a Europa, las iglesias de todo el continente oraron por la misión y enviaron diez mil libras a la India para financiar la reposición de lo perdido. ¡Andrew Fuller tuvo que circular una carta pidiendo a la gente que dejara de enviar dinero! Al enterarse del éxito de la misión en el evangelio, las iglesias de Inglaterra y Estados Unidos solicitaron un retrato de William Carey para colocarlo en sus salones en su honor.

Y así, en su fidelidad, Dios usó el desastre del fuego para bien. Dios no causa estas cosas, pero es fiel para que el bien surja de ellas. «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Romanos 8:28).

Al percatarse de todo lo que la misión de Serampore estaba logrando para Cristo en la India, las iglesias británicas solicitaron al Parlamento el levantamiento inmediato de la prohibición de la Compañía de las Indias Orientales a los misioneros. William Wilberforce, la fuerza impulsora de la prohibición de la esclavitud en Inglaterra, se unió a la causa misionera. Wilberforce declaró que la lucha para permitir la presencia de misioneros en la India Británica era «la mayor de todas las causas, pues la situo incluso antes de la abolición, en la cual, bendito sea Dios, obtuvimos la victoria». 127

En 1813, el Parlamento británico modificó la carta de la Compañía de las Indias Orientales para permitir que los misioneros ingresaran al país a voluntad “para promover la felicidad del pueblo indio”.128

Aunque nunca se descubrió la causa del incendio de Serampore, lo que Satanás planeó para mal, Dios lo usó para gran bien del pueblo indio. Un año después del incendio, Carey informó a John Ryland: «Trece de las dieciocho traducciones están ya en prensa, incluyendo una tercera edición del Nuevo Testamento bengalí. De hecho, la demanda de Biblias es tan grande que, aunque tenemos ocho imprentas en constante funcionamiento, me temo que no tendremos un Nuevo Testamento bengalí para vender o regalar durante los próximos doce meses, ya que la edición antigua está completamente agotada».

Vamos a instalar dos prensas más, que podemos mandar a fabricar en Calcuta, y vamos a enviar otra a Rangún. En resumen, aunque la publicación de la Palabra de Dios sigue siendo un delito político aquí, ¡nunca antes había tenido tanto éxito! «No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, dice el Señor de los ejércitos» (Zacarías 4:6).

Sociedad Misionera bajo ataque

Tras el levantamiento de la prohibición, la Sociedad Misionera Bautista envió rápidamente más misioneros a la India. El primero en llegar a Serampore, el 1 de agosto de 1814, fue Eustace Carey, sobrino de William. Poco después llegaron varios misioneros nuevos, y lo que debería haber sido una gran bendición fue convertido por Satanás en un desastre espiritual.

Los nuevos misioneros eran jóvenes entusiastas con sus propias ideas sobre cómo dirigir una misión cristiana. Carey se sintió afligido al ver que discrepaban impacientemente con los misioneros más maduros en todo momento, y finalmente se quejaron a los... Junta misionera en Inglaterra. En un momento dado, incluso acusaron a Carey de acumular riqueza personal, a pesar de que todo el dinero que había recibido por su trabajo se había depositado en la cuenta común de la misión.

Para empeorar las cosas, en junio de 1814, John Sutcliff, fiel partidario de Carey en la junta misionera, falleció. Al año siguiente, Andrew Fuller, su más querido amigo y confidente, enfermó gravemente y también falleció. La muerte de Andrew

Fuller afectó a Carey más profundamente que la de cualquier otra persona. Durante casi un cuarto de siglo, Fuller había mantenido la posición, tal como había prometido, y no había otro hermano en Cristo al que Carey amara tanto.

Ese año, el liderazgo de la Sociedad Misionera Bautista pasó a manos de una nueva generación. Carey llevaba más de veinte años fuera de Inglaterra, y la mayoría de los nuevos miembros de la junta misionera nunca lo habían conocido. En un intento por controlar su mundialmente famosa obra misionera, la junta emitió una orden para que todas las propiedades de la misión de Serampore fueran transferidas a su comité de inmediato. Desconsolado por este giro de los acontecimientos, Carey se negó discretamente.

Misión dividida

La Misión de Serampore había sido dirigida por el Espíritu Santo durante más de dos décadas. Carey estaba convencido de que no era la voluntad de Dios que la dirigiera un comité del otro lado del mundo. Cuando un nuevo impresor misionero, William Pearce, fue enviado desde la Sociedad Misionera Bautista, él y los demás jóvenes misioneros abandonaron la Misión de Serampore para fundar una propia.

Carey estaba desconsolado, sobre todo porque su sobrino, Eustace, era uno de los principales disidentes. Para gran decepción de Carey, los jóvenes no se aventuraron a una zona no evangelizada de la India, sino que permanecieron en la misma zona, estableciendo una misión rival en Calcuta, a solo catorce millas de distancia. Para Carey, esta ruptura en la comunión cristiana fue una de las cosas más difíciles que había enfrentado. Escribió: «Nada que haya enfrentado en mi vida —y he enfrentado muchas cosas angustiantes— me ha afectado tanto como esta diferencia».

Una vez más, William se mantuvo firme en su llamado. El número de traducciones de la Biblia aumentó a veinticinco. En 1818, Carey y Marshman presentaron el primer periódico impreso en una lengua asiática. Al periódico bengalí le siguió la primera

publicación en inglés, *Friend of India*, publicada por Joshua Marshman y, posteriormente, por su hijo John. La publicación se escribía tanto en inglés como en bengalí y mantenía al pueblo indio informado sobre importantes temas espirituales y temas seculares. Se publicó ininterrumpidamente durante los siguientes cincuenta y siete años. El número de escuelas indígenas continuó en expansión, con más de 126 escuelas nativas que albergaban a diez mil niños y niñas educados en Serampore y los distritos circundantes.

Se funda Serampore College

Con inquebrantable persistencia, William Carey oró para que Dios le diera una nueva visión para el futuro de la India. La respuesta a esa oración fue una escuela de educación superior.

En 1818, Carey fundó el Serampore College, la primera universidad cristiana no confesional de la India, donde los nativos recibían formación en matemáticas, ciencias y estudios bíblicos. Los graduados compartieron el evangelio y contribuyeron con éxito al desarrollo cultural de la India.

El Colegio Serampore comenzó con treinta y siete estudiantes: diecinueve cristianos nativos y el resto hindúes. Carey escribió a su hijo William: «Ruego que la bendición de Dios lo acompañe y que sea el medio para preparar a muchos para un puesto importante en la iglesia de Dios».

Pero la universidad causó un nuevo furor en Inglaterra. La Sociedad Misionera Bautista se negó a apoyar financieramente una escuela aconfesional y no fundada bajo el nombre bautista. Afortunadamente, los cristianos de Inglaterra y la India apoyaron a Carey y donaron cinco mil libras a la escuela. La Misión de Serampore aportó cuatro mil libras de su propia contribución. Se construyó el edificio principal y se inauguró la universidad.

El gobierno danés de Serampore apoyó con entusiasmo a Carey, y la escuela se convirtió en la primera universidad de Asia que otorgaba títulos universitarios. Para 1829, cientos de ciudadanos indios estaban matriculados en clases donde Carey

enseñaba teología, botánica y zoología.

Durante varios años tras la apertura de la escuela, Carey y la Sociedad Misionera Bautista estuvieron en desacuerdo. Sin embargo, en sus últimos años, Carey se reconcilió y cedió la propiedad de Serampore a la junta misionera, con el acuerdo de que él y Joshua Marshman vivirían y trabajarían allí el resto de sus vidas.

Como confirmación de que esto fue obra de Dios, el Serampore College todavía está abierto y graduando estudiantes indios hoy, ¡casi doscientos años después!

Perdiendo a seres queridos

Por la gracia de Dios, incluso a medida que envejecía, Carey llevó una vida plena y productiva. Sin embargo, la vida de un misionero a menudo se ve desafiada por la pérdida de aquellos a quienes... Aprecia profundamente. Desde principios de 1821, la frágil salud de Charlotte comenzó a deteriorarse, y el 30 de mayo de 1821, tras trece años de matrimonio con William, regresó a casa con el Señor. Había sido el amor máspreciado de Carey, y él la lloró profundamente.

Al año siguiente, a Felix Carey le diagnosticaron una enfermedad hepática. Se había reincorporado a la Misión de Serampore y trabajaba con Ward y la imprenta cuando enfermó gravemente. El 10 de noviembre de 1822, a los treinta y seis años, Felix Carey falleció. Apenas siete meses después, William Ward contrajo cólera y regresó a casa con el Señor.

Cómo lamentó Carey: “Para mí este es un golpe terrible y tremendo y no me queda más remedio que mirar hacia arriba en busca de ayuda”.

Carey podría haber renunciado. Nunca se había tomado un año sabático ni había estado en licencia en todos sus años de ministerio. Sin embargo, difundir el evangelio siempre fue su misión más importante.

Una oración de treinta años contestada

Tras un período de duelo, Carey se casó de nuevo a los

cincuenta y nueve años. Su tercera esposa, Grace Hughes, era una viuda de cuarenta y cinco años que amaba al Señor y sirvió fielmente junto a Carey en el ministerio. Grace cuidó con cariño de Carey durante los once años que compartieron.

Celebró con él cuando, el 4 de diciembre de 1829, el gobernador general británico, Lord Bentinck, firmó una orden que declaraba finalmente ilegal la práctica del sati en toda la India. Con lágrimas en los ojos, Carey leyó la orden en inglés y luego la tradujo al bengalí a petición del gobernador. ¡Había luchado y orado por este edicto durante treinta años! Dios había sido fiel al responder a sus oraciones.

En 1830, la India sufrió una devastadora crisis financiera cuando los bancos y los holdings de Calcuta quebraron. Como resultado, el Fort William College cerró repentinamente y Carey perdió su puesto de profesor durante treinta años. La crisis financiera también destruyó todos los fondos de Serampore. Afortunadamente, gracias a las donaciones, el Serampore College mantuvo una situación financiera sólida y Carey continuó enseñando allí y revisando el Nuevo Testamento bengalí una vez más.

Durante sus años en la India, mejorar la traducción al bengalí fue el proyecto máspreciado de Carey. En junio de 1832, completó su última revisión de la Biblia completa en bengalí. Fue su quinta edición del Antiguo Testamento y octava del Nuevo Testamento. Subió al púlpito en La iglesia de Serampore con esta edición final en sus manos y habló ante la congregación: “Señor, ahora despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra, porque han visto mis ojos tu salvación” [Lucas 2:29-30].¹³²

“Ni la sombra de una duda”

En 1833, a los setenta y un años, la salud de William Carey comenzó a deteriorarse. En julio, sufrió el primero de tres derrames cerebrales, que lo dejaron postrado en cama. Amigos y seres queridos viajaron desde toda la India para visitar a Carey. Sus tres hijos sobrevivientes, Jabez y William Jr., ambos misioneros en la India, y Jonathan, abogado en Calcuta, pasaron

muchas horas con su padre. La gente acudió en masa a despedirse, incluyendo al gobernador general de la India, dignatarios, misioneros y amigos de todo el país.

Carey se había convertido en padre de tantos que lo admiraban por su dedicación insuperable y su profunda relación con Cristo. Daniel Gogerly, un joven misionero inglés, lo visitó y le planteó en voz baja la pregunta que le rondaba el corazón:

Mi querido amigo, evidentemente estás en los límites del mundo eterno; no pienses que está mal, entonces, que te pregunte: “¿Cuáles son tus sentimientos ante la perspectiva inmediata de la muerte?”

La pregunta despertó a Carey de su descanso y, abriendo los ojos, respondió con sinceridad: “En lo que respecta a mi salvación personal, no tengo la menor duda; sé en Quién he creído, y estoy convencido de que Él es capaz de guardar lo que le he encomendado hasta ese día; pero cuando pienso que estoy a punto de comparecer ante la presencia de un Dios santo, y recuerdo todos mis pecados y múltiples imperfecciones, tiemblo”.

En los últimos días de la vida de Carey, un joven misionero escocés, Alexander Duff, fue a visitarlo. Al final de la visita, Carey le dejó unas últimas palabras: «Sr. Duff, ha estado hablando mucho del Dr. Carey y su obra. Después de mi partida, por favor, no hable del Dr. Carey, sino de mi maravilloso Salvador».

Joshua Marshman pasaba tiempo a diario junto a la cama de Carey. Habían servido juntos al Señor durante treinta y cuatro años. Le reconfortaba saber que Carey se sentía en paz al entrar en el gozo del Señor. Con una sonrisa persistente, Carey le aseguró a Marshman: «Amigo, no tengo miedos; no tengo dudas; no me queda ningún deseo sin cumplir».

“En tus amables brazos caigo”

El lunes 9 de junio de 1834 por la mañana, William Carey regresó a casa del Salvador.

Que había servido con tanta fidelidad. Había llegado a las costas de la India a los treinta y un años y se había marchado a los setenta y dos. Cuando Marshman llegó a la habitación de Carey esa mañana, «descubrió que acababa de entrar en el gozo de su Señor». Su esposa, Grace, y su hijo Jabez estaban con él.

A petición suya, Carey fue enterrado junto a su amada esposa Charlotte. Tenía una lápida sencilla para marcar su tumba con su nombre, edad y una inscripción de un himno de Isaac Watts: «Un gusano miserable, pobre e indefenso / En tus brazos bondadosos caigo». Hasta el último momento, Carey se puso con confianza al cuidado de un Salvador bondadoso y amoroso.

Tres años después de la muerte de Carey, falleció Joshua Marshman, el último miembro de la Tríada de Serampore. Al día siguiente de su funeral, la Sociedad Misionera Bautista Británica clausuró la Misión de Serampore.¹³ Pero nada de lo que se hiciera podría jamás disminuir la unción de Dios que había rodeado la vida de Carey y sus compañeros misioneros.

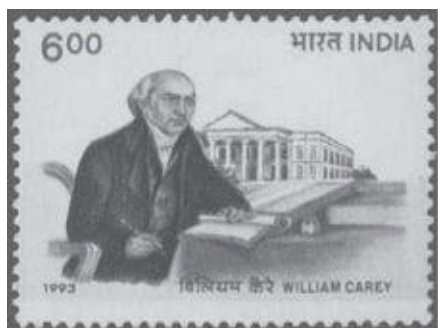
Están inscritos en la historia cristiana como instrumentos dinámicos del Espíritu Santo, abriendo la nación de la India al evangelio de Jesucristo. Establecieron un alto estándar para los futuros misioneros al crear un entorno cristiano donde el evangelio de Jesucristo pudiera florecer.

Un verdadero amigo de la India

El impacto de William Carey en la India fue incomparable, tanto en el ámbito espiritual como en el secular. Fue un pionero laborioso en agricultura, horticultura y educación. Fundó la Sociedad Agrícola y Hortícola de la India, que posteriormente se convirtió en el modelo de la Real Sociedad Agrícola de Inglaterra. También introdujo la primera máquina de vapor de la India para accionar sus prensas.

Al fundar la gran Imprenta Misionera, Carey impulsó la industria editorial y de impresión de la India. Carey y el equipo misionero de Serampore no solo tradujeron e imprimieron la primera Biblia bengalí, sino que también fundaron el primer

periódico y revista bengalí. En esencia, sentaron las bases de la publicación bengalí moderna.



Un sello postal indio en honor a William Carey.

La pasión incomparable de Carey por la reforma cultural y social puso fin a las horribles prácticas del sacrificio infantil y el sati e hizo que el idioma sánscrito estuviera disponible para los miembros menos educados de la sociedad india.

Su Sociedad Misionera Bautista fue el modelo para las organizaciones misioneras formadas en toda Europa y América, incluyendo las uniones bautistas de Londres, Glasgow, Anglicana y Americana. A los cincuenta años de su muerte, este misionero inglés ordenado se convirtió en un grupo de 20.000 hombres y mujeres enviados por 558 agencias cristianas a países de todo el mundo.

Al final de su vida, Carey y su equipo habían traducido e impreso la Biblia completa a seis idiomas, y partes de la Biblia a veintinueve idiomas más, entre ellos bengalí, hindi, marharashtra, sánscrito, mandarín, chino cochín, oriya, telinga, bután, persa, malayo, tamil y tongkinés.

A lo largo de su camino con Cristo, William Carey nunca perdió la fe. Ya fuera una vida desgarradora o alegre, aprendió, como el apóstol Pablo, a estar contento en cualquier circunstancia. (Véase Filipenses 4:11-12). Cumplir el llamado en su vida y llevar

el evangelio de Jesucristo a la India fue el propósito principal de su existencia. Para Carey, nada era más importante que este llamado.

Sesenta años antes, debido a sus ensoñaciones sobre aventuras en el extranjero, sus amigos de infancia lo habían apodado “Colón”.

Poco imaginaban que llegaría a ser más grande que Colón, un descubridor de mundos que parecían haber eludido al famoso italiano, un aventurero que cruzó los mares, no buscando despojar a otros de su oro, sino distribuir lo más generosamente posible “las inescrutables riquezas de Cristo”. 137

*Proclamen su gloria entre las naciones, sus
maravillas entre todos los pueblos. (Salmo 96:3 NVI)*

¿Proclamarás la grandeza de Dios entre las naciones?

Capítulo 4

Adoniram Judson

Estados Unidos envía a su primer misionero

Caminando por la plataforma helada un día de invierno en Salem, Massachusetts, Adoniram Judson abordó el barco británico Packet con destino a Inglaterra. Era enero de 1811, y Gran Bretaña estaba en guerra con Francia; pero, como muchos ciudadanos estadounidenses, Adoniram nunca pensó en la guerra.

Tras dos semanas en alta mar, la lectura bíblica de Judson se vio interrumpida por gritos de angustia: "¡Es un corsario francés! ¡Tenemos que dejarlo atrás!". En pocas horas, fue capturado por el navío francés L'Invincible Napoleon. Judson fue inmediatamente llevado a bordo del nuevo buque y arrojado a la oscura y húmeda bodega con los marineros británicos. El barco se mecía con fuerza en el Atlántico invernal, y la bodega se llenó de los insoportables olores de hombres enfermos y sin lavar. Nunca antes, Adoniram, de veintidós años, había experimentado tanto miedo y desesperanza. El entrenamiento de Dios había comenzado en serio para su futura vida misionera.



Adoniram Judson

Tras varias semanas en el mar, El Invencible Napoleón atracó en Bayona, Francia. Adoniram fue arrastrado por la pasarela con grilletes camino a la prisión. Temiendo no volver a ver un día más en libertad, empezó a gritar en inglés: "¡Esto es un error! ¡Soy estadounidense! ¡No soy británico!". Minutos después, un desconocido lo empujó y le susurró con voz ronca: "¡Baja la voz!".

Judson explicó apresuradamente que era estadounidense y que había estado a bordo de un barco británico capturado por los franceses. El desconocido, un oficial estadounidense de Filadelfia, le prometió una vía de escape, pero le advirtió: «Será mejor que siga su camino sin hacer ruido».

La prisión francesa era subterránea, oscura y lúgubre. Adoniram sentía asco por la paja cubierta de alimañas que cubría el suelo húmedo. Deambuló durante horas, preguntándose si su salvador llegaría alguna vez. Al apoyarse en una columna para descansar, la puerta de la celda se abrió de golpe y entró el oficial estadounidense con una capa militar negra hasta los pies; no miró ni una sola vez en dirección a Judson.

Reprimiendo un grito de alegría, Adoniram fingió indiferencia ante toda la escena. Mientras el estadounidense pasaba junto a la columna, cubrió con su gran capa militar a Judson, cuya esbelta figura casi se perdía entre los pliegues. Judson se agachó lo más posible mientras caminaba torpemente delante. ¿Cómo podrían pasar al guardia? Entonces oyó el tintineo de las monedas de plata; el oficial estadounidense, con prudencia, deslizó la plata en la mano del carcelero mientras cruzaban la puerta abierta.

Una vez que las pesadas puertas de metal se cerraron tras ellos, el estadounidense gritó: "¡Ahora, corran!". Los hombres corrieron por la ciudad hasta los muelles y subieron a un barco mercante estadounidense, donde Judson derramó lágrimas de alivio.¹³⁸

Por primera vez en su vida, Adoniram Judson experimentó la desesperación del cautiverio y la gloria de la libertad; pero no sería la última vez, pues consagró su vida a servir al Señor en

suelo extranjero hostil.

¡Dedicado de por vida!

“El lema de todo misionero, ya sea predicador, impresor o maestro, debería ser: ‘¡Dedicado de por vida!’”

—Adoniram Judson

Como brillante erudito de principios del siglo XIX, Adoniram Judson parecía destinado a una prestigiosa carrera como estadista estadounidense. En cambio, por amor a Cristo, Judson renunció al éxito mundano y entregó todo lo que tenía: su prestigio académico, su fama, sus posesiones terrenales y su... Una preciosa familia que pasó treinta y ocho años compartiendo la buena nueva de Jesucristo con el pueblo de Birmania (actual Myanmar, ubicada al este de la India). Adoniram se convirtió en el "padre de las misiones estadounidenses", el primer ciudadano estadounidense en ser misionero en el extranjero.

"Dedicado de por vida" era el clamor del corazón de Judson. Para los misioneros de los siglos XVIII y XIX, esta devoción significaba pasar el resto de la vida ministrando el evangelio en un país extranjero, a veces sin un solo permiso de residencia. No existían misiones a corto plazo para estos hombres y mujeres. Esta era la descripción del anhelo de Judson por el ministerio.

La visión de Judson era traducir la Biblia directamente del hebreo y el griego al birmano. Sabía que no había mayor esperanza para el pueblo birmano que tener la Palabra de Dios en sus manos. Impulsado por el Espíritu Santo, trabajó en la traducción durante veintiocho años, con tal precisión que su traducción aún se utiliza en Myanmar.

Durante su incansable ministerio en Birmania, Judson experimentó tanto el triunfo como la tragedia de la vida misionera: vio miles de vidas transformadas en Cristo, pero enfrentó años de persecución, encarcelamiento y tragedia familiar. No todos los misioneros están llamados a hacer los sacrificios que Adoniram hizo en Birmania, sufriendo mucho por la causa de Cristo. Pero Judson fue un vencedor. "Y ellos lo vencieron [a Satanás] por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de

ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte" (Apocalipsis 12:11). Sin renunciar jamás a la "batalla de la fe", fue conocido por su famosa cita: "¡El futuro es tan brillante como las promesas de Dios!". Discípulo inquebrantable de Jesucristo, Adoniram se ha ganado un lugar destacado como uno de los misioneros generales de Dios.

En el nacimiento de una nación

Adoniram Judson vino al mundo durante el nacimiento de una nación. El 9 de agosto de 1788, el mismo año en que se ratificó la Constitución de los Estados Unidos, Adoniram nació en el pequeño pueblo de Malden, Massachusetts. Su padre, Adoniram Sr., era un pastor congregacional de treinta y seis años que se había casado con la joven Abigail Brown apenas dos años antes. Adoniram Jr. era el mayor de cuatro hijos; tenía dos hermanas, Abigail y Mary (quien falleció de bebé), y un hermano, Elnathan.

Desde muy pequeño, era evidente que Adoniram era un niño talentoso. Con solo tres años, su madre le enseñó a leer mientras su padre estaba predicando. ¡Imagínense la sorpresa de su padre cuando Adoniram leyó un capítulo entero de la Biblia en voz alta al regresar a casa!

El padre Judson era un hombre severo que exigía obediencia en su casa, pero estaba orgulloso de que su tocayo fuera brillante a tan temprana edad.

Es importante reconocer el poder de los padres para desarrollar el don de un hijo. Hoy en día, se habla de una "aldea" que cría a un niño; quieren que la iglesia, la escuela o incluso la televisión lo hagan. Sin embargo, la Biblia habla en más de un pasaje del papel de los padres: "Porque yo lo he elegido para que guíe a sus hijos y a su casa después de él, para que guarden el camino del Señor, haciendo justicia y justicia" (Génesis 18:19 NVI). El papel de los padres es dar al hijo una base para su carácter y ayudarlo a desarrollar sus dones. Los padres de Judson reconocieron esta verdad.

“El viejo Virgilio: genio académico”

Para cuando Adoniram tenía diez años, ya había leído la mayoría de los libros de la biblioteca de su padre y se había forjado una reputación cada vez mayor en el mundo académico, especialmente en matemáticas. Su padre lo matriculó en la Escuela de Navegación del Capitán Morton en Wenham, donde Adoniram progresó rápidamente y se volvió tan experto en griego que sus compañeros lo apodaron "El Viejo Virgilio" en honor al antiguo erudito griego. Su padre, cada vez más orgulloso, solía presumir: "¡Hijo, algún día serás un gran hombre!".

A los dieciséis años, viviendo con su familia en Plymouth, Massachusetts, Adoniram fue aceptado en el Rhode Island College (posteriormente llamado Universidad Brown) en Providence, Rhode Island. Aunque la mayoría de los congregacionalistas de Nueva Inglaterra asistían a Harvard o Yale, para 1804, estas instituciones se habían alejado de la enseñanza bíblica conservadora y estaban imbuidas del deísmo y la Ilustración francesa.

El deísmo es la creencia de que existe un creador, pero que este nunca interviene en los asuntos humanos. Era casi como si dijeran: «¡Dios te creó y luego se fue de vacaciones!».

La Ilustración introdujo la filosofía de que el hombre no necesitaba a Dios ni una religión institucionalizada. Era un "librepensador" capaz de razonar sobre las profundidades de la vida por sí mismo. Los librepensadores cuestionaron la legitimidad de la Biblia como Palabra de Dios y rechazaron todos los milagros, prefiriendo la razón a la revelación. Esta enseñanza errónea alejó a los jóvenes universitarios de sus raíces cristianas.

Adoniram era un estudiante ambicioso que logró saltarse su primer año e ingresar a Rhode Island College en segundo. Trabajó con tenacidad, decidido a convertirse en el gran hombre que su padre esperaba que fuera. Durante tres años, su principal meta fue graduarse como el mejor alumno de su... Clase. En cuanto supo que había alcanzado este alto honor, envió una nota a su orgulloso padre: «Querido padre, ¡lo conseguí! Tu afectuoso hijo, AJ». 139 Desafortunadamente, sin que Adoniram Sr. lo supiera, el joven

Judson había aprendido más que solo estudios avanzados en la escuela. Las herejías de la Ilustración no solo proliferaban en Yale y Harvard; también se habían infiltrado en Rhode Island College.

“¡No creo en tu Dios!”

Jacob Eames era el mejor amigo de Adoniram, un estudiante inteligente y culto, deísta convencido. Forjaron una sólida amistad y pasaban horas hablando de cómo dejarían huella en el mundo. Podrían ser abogados, políticos o dramaturgos: ¡sus talentos no tenían límites! Para cuando se separaron en la graduación de Adoniram en septiembre de 1807, Judson ya no creía en el Dios de sus padres; él también era deísta convencido.

Tras regresar a su hogar en Plymouth, Adoniram abrió una escuela privada para niñas, la Academia Independiente de Plymouth, donde impartió clases durante un año y publicó dos libros de texto: Elementos de la Gramática Inglesa y Aritmética para Jóvenes. Pero estaba inquieto; era hora de emprender un viaje de descubrimiento personal.

Discutiendo con sus padres sobre su plan de irse, la ira de Adoniram se intensificó hasta que finalmente gritó: "¡Alto! ¡No quiero ser maestro ni pastor! ¡No creo en el cielo ni en el infierno ni en tu Dios! ¡Soy deísta!". 140 Siguió el silencio. Adoniram padre se quedó atónito y se puso furioso. ¿Cómo podía su exitoso hijo, la niña de sus ojos, darle la espalda a su fe cristiana? Usando las Escrituras, razonó con su inquebrantable hijo durante horas. "Punto por punto, el intelectual Adoniram demolió cada tesis que su padre se propuso demostrar". 141 Su madre y su hermana lloraron amargamente; oraron y le suplicaron, pero fue en vano.

Ensillando su caballo, Judson cabalgó primero hasta Albany para ver la última "maravilla del mundo": el recién inventado barco de vapor de Robert Fulton, el Clermont. Embarcó en el Clermont y viajó a Nueva York, donde se unió a un grupo de jóvenes actores para experimentar la vida teatral como actor y dramaturgo. Pero los actores eran simplemente delincuentes con escasos ingresos y, en cuestión de semanas, "vivir una vida de vagabundeo y despreocupada" había perdido su encanto; Judson

giró su caballo hacia el oeste para continuar su viaje.

Perdido y muerto

Poco después, Adoniram se detuvo en una posada rural para pasar la noche. El posadero lo condujo a una habitación. «Lo siento», dijo, «pero lo único que me queda es esta habitación de al lado». “puerta a un joven que está mortalmente enfermo”.

—No importa —respondió Judson—. No tendré problemas para dormir. ¡Pero se equivocaba!

Durante toda la larga noche, Adoniram se revolvió en su duro catre, escuchando los gemidos desesperados del joven y los pasos apresurados de sus cuidadores. Adoniram se atormentaba pensando en el joven moribundo. ¿Estoy preparado para morir?, se preguntaba. De inmediato, Adoniram sintió vergüenza de sí mismo. ¿Qué diría el lúcido e ingenioso Jacob Eames a su debilidad?

Aun así, Judson no pudo evitarlo. ¿Era cristiano el moribundo? ¿Tenía una madre que oraba en casa? Afortunadamente, las palabras bíblicas que sus padres sembraron en él seguían obrando. Es un buen recordatorio: siembra la Palabra en el corazón de tus hijos y seres queridos. Si se desvían por un tiempo, no te desanimes; la Palabra de Dios aún reside en sus corazones. (Véase Proverbios 22:6).

Finalmente, a las cuatro de la mañana, la habitación contigua a la de Judson quedó inquietantemente silenciosa, y él se quedó dormido. Con el sol de la mañana, Adoniram se sintió avergonzado de sus "ilusiones supersticiosas" de la noche anterior. En cuanto se vistió, fue a buscar al casero.

"¿Cómo está mi vecino enfermo esta mañana?", preguntó. "Me temo que ha muerto", fue su triste respuesta.

"¿Sabes quién era?" preguntó Judson con cautela. "Pues sí; era un joven del Rhode Island College, un muchacho excelente, se llamaba Jacob Eames". 142



¡Judson estaba atónito! ¡Jacob! ¡Esos gemidos moribundos provenían de Jacob! ¡Adoniram yacía a pocos metros de distancia mientras su amigo perecía! Durante horas, Adoniram permaneció sentado en la posada, abrumado por el dolor y la confusión; montó en su caballo sin saber adónde ir. "¡Jacob estaba perdido en la muerte!". Ese solo pensamiento ocupaba su mente, y las palabras "¡Muerto! ¡Perdido! ¡Perdido!" resonaban continuamente en sus oídos. En su corazón, Adoniram sabía que la salvación en Cristo era verdadera. Desesperado, giró su caballo hacia Plymouth y su casa.

Una conversión no tan dramática

Adoniram llegó a casa de sus padres en Plymouth el 22 de septiembre de 1808. Había experimentado una gran desilusión en tan solo seis semanas de viaje. Lloró amargamente al recordar la muerte de Eames y su propio miedo y confusión. Adoniram y Abigail recibieron a su hijo con tiernos abrazos y perdón.

En pocas semanas, aunque aún no estaba seguro de sus creencias, Adoniram fue invitado a matricularse en el Seminario Teológico de Andover, donde pudo estudiar la Biblia con detenimiento y renovar su fe. Se sumergió en la Palabra y las enseñanzas bíblicas, y poco a poco, sus dudas y preguntas comenzaron a desvanecerse. «Si bien no tuve una conversión repentina e fulminante», escribió, «comencé a albergar la esperanza de haber recibido las influencias regeneradoras del Espíritu Santo». El Espíritu Santo continuó atrayendo a Adoniram

a Cristo. El 2 de diciembre de 1808, «hizo una solemne y completa dedicación a Dios». 143 Desde ese momento, nunca retrocedió.

Siguiendo la Estrella del Este

Pasó un año en Andover. Judson comenzó a preguntarse: ¿Cómo puedo organizar mi futuro para agradar a Dios? 144 Encontró un sermón titulado "La Estrella en el Oriente", del Dr. Claudius Buchanan, capellán de la Compañía Británica de las Indias Orientales. El mensaje se basaba en Mateo 2:2: "Porque hemos visto su estrella en el oriente, y venimos a adorarle". Buchanan compartió sus experiencias personales del poder del evangelio para transformar vidas en Asia. Su sermón "cayó como una chispa en el alma de Judson".

En poco tiempo, Adoniram tomó su decisión. "Fue durante un paseo solitario por el bosque detrás de la universidad, mientras meditaba y oraba sobre el tema... que el mandato de Cristo: 'Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura', se presentó en mi mente con tal claridad y poder, que tomé una decisión definitiva... resuelto a obedecer el mandato a toda costa". 145 ¡De alguna manera, Adoniram Judson llevaría el mensaje de Cristo a los perdidos en Asia!

Los misioneros del pajar

Justo cuando el llamado misionero estaba grabado en el alma de Adoniram, cuatro jóvenes del Williams College de Massachusetts se matricularon en el Seminario de Andover. Compartieron la historia de su llamado misionero en el contexto de la "Reunión de Oración del Pajar".

Cuatro años antes, en el campus de Williams College, Samuel J. Mills, Harvey Loomis, James Richards, Francis Robbins y Byram Green se habían reunido al aire libre en Sloan's Meadow para su reunión semanal de oración. Cuando una repentina tormenta azotó el cielo, los estudiantes huyeron a refugiarse bajo un pajar cercano. Acurrucados, comenzaron a hablar y orar sobre su creciente deseo de llevar a Cristo a naciones extranjeras fundando un movimiento misionero estadounidense centrado en el

este de Asia.



Monumento al pajar en Mission Park en Williams College.

Ese sábado por la tarde de agosto de 1806, bajo el liderazgo de Samuel Mills, los jóvenes se consagraron para "llevar el evangelio a los perdidos de Asia". Llamaron a su grupo misionero estudiantil "La Sociedad de los Hermanos". Pronto, otros estudiantes del Williams College se unieron a sus filas. Hoy, en Williamstown, Massachusetts, en el mismo lugar donde se tomó la decisión de lanzar misiones en Estados Unidos, se erige el famoso Monumento al Pajar, que conmemora esa trascendental decisión.

“Tengo mucho más camino por recorrer”

El tiempo de Dios nunca es casualidad. En 1810, mientras Adoniram aún estudiaba la Biblia, varios hermanos del Williams College llegaron al Seminario de Andover llenos de entusiasmo por el llamado de Dios a ser misioneros estadounidenses. Adoniram rápidamente estableció una relación con ellos: Samuel Newell, Samuel Nott, Gordon Hall y Samuel J. Mills. Mientras planeaban discretamente lo que esperaban que se convirtiera en la primera sociedad misionera estadounidense, Judson fue seleccionado por unanimidad como su candidato misionero.

Pero, a medida que se acercaba la graduación de Adoniram, sus padres tenían expectativas diferentes para su brillante hijo. La tensión aumentó cuando le ofrecieron un prestigioso puesto en la congregación: pastor asistente de la Iglesia de Park Street, bajo la

dirección del reverendo Edward Griffin, el primer pastor de la ahora histórica iglesia de Boston. Este fue un gran honor para el graduado del seminario. La Iglesia de Park Street tenía la congregación de más rápido crecimiento en Boston en ese momento y también ejerció influencia en los asuntos políticos y sociales del país. Apenas unos años después, el pastor principal fue Edward Beecher, hermano de Harriet Beecher Stowe, autora de La cabaña del tío Tom. La iglesia se convirtió en una de las primeras cunas del movimiento abolicionista en Estados Unidos.

Eufórico ante la noticia de la oferta de trabajo de Adoniram, su padre se llenó de orgullo y su madre lo abrazó efusivamente, diciéndole: «¡Adoniram, estarás tan cerca de casa!».

—¡No! —respondió Adoniram con rapidez—. ¡Madre, nunca viviré en Boston! Tengo mucho más que recorrer. Una vez más, el padre Judson quedó impactado por los planes de su hijo. Sus ambiciones de que Adoniram se convirtiera en un hombre influyente en la naciente nación se vieron frustradas. La madre y la hermana de Adoniram rompieron a llorar de miedo y dolor.

Pero estaba convencido de que su vida y sus dones intelectuales no se desperdiciarían en la obra misionera. Como señaló un biógrafo: «Es un error suponer que un hombre aburrido y de segunda categoría es suficiente para los paganos. Los más desfavorecidos necesitan lo mejor que tenemos. Dios dio lo mejor de sí, incluso a su Hijo unigénito, para redimir a un mundo perdido. El cristianismo avanzará por la tierra a pasos agigantados cuando las iglesias estén listas para enviar a sus mejores hombres, y los mejores hombres estén listos para partir». 146 Judson estaba listo para partir, pero ¿cómo llegaría?

La primera sociedad misionera de Estados Unidos

Los jóvenes aspirantes a misioneros escribieron una propuesta a la Junta Congregacional de Ministros en Boston con su visión de una sociedad misionera estadounidense. Adoniram se presentó ante la junta y leyó con voz clara y autoritaria que «se consideraban consagrados a esta obra de por vida, siempre que Dios, en su providencia, les abriera el camino». La propuesta fue

firmada por Adoniram Judson Jr., Samuel Nott Jr., Samuel J. Mills y Samuel Newell. (Posteriormente se añadieron los nombres de Luther Rice, Gordon Hall y James Richards).

La Asociación General celebró una reunión de seguimiento en Bradford, Massachusetts, y la decisión de formar la Junta Americana de Comisionados para Misiones Extranjeras (ABCFM) fue unánime. ¡La obra misionera estadounidense en el extranjero finalmente se haría realidad!

Fascinados por los acontecimientos que ocurrían ante sus ojos, los jóvenes aceptaron una invitación a almorzar en casa de John Hasseltine, diácono congregacionista. Sentados a la mesa, absortos en sus planes misioneros, la atención de Adoniram se centró en el hermoso rostro y el cabello negro y ondulado de la hija menor de Hasseltine, Ann. Su corazón dio un vuelco cuando Ann le sirvió la comida, riendo y mirándolo fijamente. En ese breve instante, la vida de Adoniram cambió para siempre.

Le llamó la atención

Ann “Nancy” Hasseltine nació en Bradford, Massachusetts, el 22 de diciembre de 1789. Era la menor de cinco hijos y una niña vivaz que, con el tiempo, se convirtió en una joven más interesada en las fiestas que en Dios. La casa de sus padres contaba con un amplio salón de baile, y Ann era una anfitriona nata, aficionada a las reuniones sociales y a las risas.

A los dieciséis años, la vida de Ann cambió. «Comencé a descubrir la belleza de la salvación por medio de Cristo. Él parecía ser justo el Salvador que necesitaba. Encomendé mi alma a sus manos». 148 Ahora, a los veinte años, Ann —o Nancy, como la llamaban muchos amigos— enseñaba en la escuela, infundiendo su amor por la vida y por Cristo en sus alumnos. Su personalidad era muy diferente a la intensa e intelectual de Adoniram, pero Adoniram Judson se enamoró de Ann Hasseltine a primera vista.

Una carta impactante

Tras un breve cortejo con Ana, Adoniram envió una carta a su padre pidiéndole permiso para casarse con ella. El valiente joven

describió claramente los futuros peligros misioneros:

Ahora debo preguntarle si puede consentir separarse de su hija a principios de la próxima primavera, para quizás no volver a verla en este mundo. ¿Puede consentir su partida a una tierra pagana y su sometimiento a las penurias y sufrimientos de una vida misionera? ¿Puede consentir su exposición a los peligros del océano; a la influencia fatal del clima sureño de la India; a toda clase de necesidades y angustias; a la degradación, el insulto, la persecución y quizás una muerte violenta? ¿Puede consentir todo esto por amor a Aquel que dejó su hogar celestial y murió por ella y por usted; por amor a las almas inmortales que perecen; por amor a Sión y a la gloria de Dios?

La carta causó un gran dolor a John Hasseltine y a su esposa, Rebecca, pero Hasseltine dio su consentimiento. Ann siempre fue una mujer valiente y decidida. Le confesó a una amiga:

Estoy dispuesto y espero pasar mis días en este mundo en tierras paganas. He decidido renunciar a todas mis comodidades y placeres aquí e ir a donde Dios, en su providencia, considere oportuno enviarme... Él tiene mi corazón en sus manos, y cuando sea llamado a enfrentar... Peligro, Él puede inspirarme fortaleza y permitirme confiar en Él. Jesús es fiel; sus promesas son preciosas.

Una decisión trascendental

Antes de que el matrimonio pudiera celebrarse, Adoniram fue enviado a Londres para solicitar a la Junta Misionera de Londres que se asociara con la nueva Junta Misionera Americana. Fue entonces cuando fue capturado por el Napoleón el Invencible y llevado a Francia, donde fue liberado por su salvador militar estadounidense. Su reunión con la Junta Misionera de Londres fracasó.

El 18 de septiembre de 1811, la Junta Misionera Americana tomó una decisión trascendental: nombraría formalmente a Adoniram Judson Jr., Samuel Nott Jr., Samuel Newell, Gordon Hall y Luther Rice como los primeros misioneros estadounidenses

en Asia Oriental. ¡Había nacido el movimiento misionero estadounidense!

Ese año, Adoniram le escribió a Ana con grandes esperanzas para su futuro. «Que este sea el año en que cambies de nombre; en que te despidas definitivamente de tus parientes y de tu tierra natal; en que cruces el ancho océano y habites al otro lado del mundo, entre un pueblo pagano. ¡Qué gran cambio probablemente traerá este año a nuestras vidas!».

Casados, ungidos y enviados

A principios de 1812, Massachusetts bullía con rumores de guerra entre Inglaterra y Estados Unidos. Los jóvenes misioneros estaban decididos a zarpar antes de que un conflicto naval detuviera todos los viajes marítimos.

El 3 de febrero de 1812, Adoniram se despidió definitivamente de su familia en Plymouth. El resto del mes transcurrió con gran actividad. El 5 de febrero, el párroco Allen casó a Adoniram y Ann en su casa de Bradford. Al día siguiente, él y los demás jóvenes misioneros fueron ordenados en Salem.

El 19 de febrero de 1812, un día gélido y ventoso en Nueva Inglaterra, Adoniram y Ann zarparon a bordo del bergantín Caravan, con destino a Calcuta, India, junto con Samuel Newell y su recién casada Harriet Atwood. Harriet acababa de cumplir diecisiete años y era una joven frágil; ella y Ann eran amigas de la infancia y afrontaban juntos la futura vida misionera. Samuel y Roxana Nott, Gordon Hall y Luther Rice los siguieron unos días después en el velero Harmony.

La controversia del bautismo en agua

Durante el largo viaje por mar, Adoniram tenía muchas preocupaciones. Cuando hombres y mujeres vinieran a Cristo en tierras extranjeras, serían bautizados en agua en su fe. Pero ¿debía bautizar también a sus hijos? ¿Era el bautismo infantil...?

¿Es realmente la respuesta correcta según la Biblia?

Judson también pensaba en su próxima reunión con William Carey y sus compañeros bautistas en Calcuta. Con su intensidad habitual, Adoniram se sumergió en el estudio de cada referencia bíblica al bautismo en agua. En cierto momento, le dijo a Ann: «El bautismo siempre está vinculado con la fe. ¡Me temo que los bautistas tengan razón!». 152 Lenta y silenciosamente, Judson se convenció de que el bautismo por inmersión era para el creyente. Pero abandonar la doctrina del bautismo infantil también significaba abandonar el apoyo de la Junta de Misiones Congregacionales. Era una perspectiva aterradora.

Ann estaba confundida por la creciente convicción de Adoniram, así que él le escribió una carta sencilla, dirigiéndola a su apodo, “Nancy”. “Así, mi querida Nancy, somos bautistas confirmados, no porque queramos serlo, sino porque la verdad nos obliga a serlo”. 153 Adoniram y Ann guardaron silencio sobre su cambio de doctrina durante el viaje mientras él oraba pidiendo la guía de Dios.

Consejo: “¡Olvídate de Birmania!”

Tras cuatro meses en el mar, los Judson y los Newell llegaron a Calcuta, India, el 18 de junio de 1812 y remontaron el río Hooghly, tal como lo había hecho William Carey veinte años antes. Ann describió su primera visión de tierra extranjera: «Nunca he presenciado ni leído nada tan encantador como la escena actual. Esta ciudad es, con mucho, la más elegante que he visto».

Desafortunadamente, la Compañía de las Indias Orientales no se alegró de recibirlos. Los Judson sufrieron el mismo trato severo que Carey años antes. A su llegada, los misioneros tuvieron que presentarse en la comisaría local y se les dijo sin rodeos que no podían quedarse en la India.

Qué marcado contraste con la cálida bienvenida que recibieron de William Carey, quien los recibió en Calcuta y los invitó a quedarse en la hermosa Serampore hasta que llegara el Harmony y

los misioneros pudieran hacer sus planes para el futuro.

Adoniram había sentido un llamado a Birmania desde que leyó el libro de Michael Syme, "Embajada a Ava", mientras estaba en Andover. Sin embargo, cuando expresó su deseo de ir a Birmania, los misioneros de Calcuta respondieron con un grito unánime: "¡Olvídense de Birmania!". La nación de Birmania estaba gobernada por un emperador despótico que odiaba la cultura occidental. Las decapitaciones y las crucifixiones eran castigos comunes por delitos menores. Aunque el hijo mayor de William Carey, Félix, había fundado una estación misionera allí, no había tenido éxito misionero. El grito "¡Olvídense de Birmania!" resonaba constantemente en los oídos de Adoniram. 155

Expulsados de la India

Mientras estaban en Serampore, los Judson y los Newell recibieron una orden de Calcuta. "¡Deben regresar a América a bordo de la Caravana!", ordenaron los británicos. Con la ayuda de Joshua Marshman, de Serampore, los misioneros estadounidenses recibieron permiso para zarpar hacia la Isla de Francia (actual Mauricio). El primer barco disponible, el Coronel Gillespie, solo podía llevar dos pasajeros. Los Newell serían los primeros en partir, ya que Harriet estaba esperando su primer hijo.

Cuatro días después de la partida de los Newell, el Harmony finalmente llegó a Calcuta con Hall, Rice y los Nott a bordo. Fue un feliz reencuentro tras siete meses de separación, pero la alegría pronto se convirtió en preocupación. Adoniram finalmente confesó su convicción sobre el bautismo en agua. Para entonces, tras estudiar las Escrituras, Ann apoyó la decisión de su esposo. Hall y Nott quedaron impactados.

"Pero Adoniram", protestaron, "¡esto significará el fin de nuestra misión conjunta! No podemos dirigir una misión unificada con dos denominaciones en conflicto. Y tu apoyo financiero de la Junta Americana cesará". Solo Luther Rice permaneció extrañamente silencioso durante las acaloradas discusiones. Ann estaba aterrorizada; nunca había considerado sacrificar su misión conjunta estando tan lejos de casa.

Adoniram estaba decidido. Era la Palabra de Dios; debía bautizarse y hacerse bautista. Tras escribir una carta a Serampore con su deseo de ser bautizado por inmersión, él y Ann fueron bautizados por William Ward en Calcuta el 6 de septiembre de 1812. Dos meses después, Luther Rice también fue bautizado por inmersión. John Marshman escribió a varios ministros bautistas de Boston con la emocionante noticia: "¡Ya hay tres bautistas estadounidenses en el campo misionero!". Poco después, nació la Unión Misionera Bautista Americana.

Qué bendición fue la pasión misionera de un grupo de estudiantes de Andover. Su deseo de enviar misioneros estadounidenses al extranjero dio origen a dos sociedades: la Junta Americana de Comisionados para Misiones Extranjeras y la Unión Misionera Bautista Americana; la primera, una iniciativa de la Iglesia Congregacional, y la otra, de los Bautistas de América. El mensaje de Jesucristo se difundía por todo el mundo.

Una pérdida trágica

Entristecidos por el cambio de circunstancias, Samuel, Roxana Nott y Gordon Hall dejaron Calcuta para comenzar una obra misionera en Ceilán. Los Judson y Rice se quedaron. Perdiendo la paciencia con los misioneros intrusos, los La Compañía de las Indias Orientales les ordenó abordar inmediatamente un barco con destino a Inglaterra.

Buscando desesperadamente otra posibilidad, los Judson encontraron a La Belle Creole a punto de zarpar hacia la Isla de Francia. Adoniram se acercó en secreto al capitán del Creole. "¿Nos aceptará a bordo sin pasaporte?", preguntó esperanzado. "¡Sí!", respondió el capitán. "¡Ahí está mi barco; puede subir a bordo, por favor!"

Los Judson y Rice subieron a bordo a toda prisa. Ann ansiaba reunirse con Harriet y ver a la recién nacida. Pero al llegar a la Isla de Francia, ¡les esperaba una noticia terrible! La hija de Harriet había nacido durante una terrible tormenta en el mar; tanto la madre como la niña contrajeron neumonía, y la bebé murió tan solo cinco días después. Tras desembarcar, Harriet también

sucumbió a la fiebre y falleció. Desolado, Samuel Newell abandonó la Isla de Francia para unirse a la misión de los Nott en Ceilán.

“¡Iremos a Rangún!”

¿Adónde irían Adoniram y Ann? Luther Rice, que ya luchaba contra problemas de salud, decidió regresar a Estados Unidos. Se comprometió con los Judson a no abandonar su labor misionera; su función sería viajar a las iglesias bautistas estadounidenses y recaudar fondos y misioneros para su labor en Asia.

Desesperado por encontrar un lugar donde comenzar su misión, Adoniram buscó un barco que partiera de la Isla de Francia de inmediato; lo encontró: el viejo y destartado Georgiana, con destino a Rangún (Yangón), ¡Birmania! En secreto, Adoniram nunca abandonó la idea de ir a Birmania. El 22 de junio de 1813, un año después de su llegada a Calcuta, Adoniram y Ann se dirigieron al puerto de Rangún, en la costa sur de Birmania.

De pie en la cubierta del Georgiana mientras se hacía a la mar, Adoniram no pudo evitar regocijarse. ¡Esta era la oportunidad que había estado esperando! Más tarde escribió: «Disuadidos por todos nuestros amigos contra Birmania, nos encomendamos a Dios». Tenía poca idea de las pruebas y los triunfos que les aguardaban.

El Georgiana era un barco pequeño, y fue un viaje difícil, especialmente para Ann, quien estaba embarazada de ocho meses. Durante una fuerte tormenta en el mar, entró en trabajo de parto prematuro y dio a luz a un niño muerto. Con frío y mareados, los padres afligidos buscaron esperanza en el Señor. Tras un peligroso viaje de tres semanas, el 13 de julio de 1813, los Judson desembarcaron en Burman, el país que se convertiría en su hogar para toda la vida.

Nace la Sociedad Bautista Americana

Los curiosos se alineaban en los muelles: mujeres vestidas con túnicas brillantes y niños pequeños, desnudos y fumando pequeños cigarros, todos agasajando a Ann, la primera mujer

blanca en visitar Rangún.¹⁵⁶ Adoniram y Ann fueron conducidos en silla de bambú a la casa de la misión de Felix Carey. Abriendo tímidamente la puerta de la misión al llamar, la joven esposa portuguesa de Felix dio una cálida bienvenida a los Judson a su hogar. Felix, médico misionero, había viajado a Ava, la capital, para vacunar a la familia real contra la viruela.

A las pocas semanas, Félix decidió abandonar la misión definitivamente con su familia y aceptar un puesto en el gobierno real del emperador Bodawpaya. Los Judson, que desconocían por completo el idioma y la cultura birmanos, lamentaron su partida. Trágicamente, mientras los Carey remontaban el río Irawadi camino a Ava, su barco zozobró y la esposa y los hijos de Félix se ahogaron. Envuelto en un profundo dolor, Félix vagó por los países del sur de Asia durante varios años antes de regresar al ministerio de su padre en Serampore.

Los Judson ministraron solos durante los siguientes tres años. Mientras tanto, Luther Rice regresó a Estados Unidos y viajó extensamente, relatando la emocionante historia de los misioneros pioneros. Adoniram escribió una carta a Lutero ese noviembre, animándolo a elegir con sumo cuidado a los misioneros para Birmania: «Elijan hombres con cierta aptitud natural para aprender un idioma; hombres que vivan cerca de Dios y estén dispuestos a sufrirlo todo por Cristo, sin enorgullecerse de ello».

157

Los bautistas de Boston se sintieron fortalecidos por la noticia de la llegada de los Judson a Birmania e inmediatamente organizaron la Sociedad Bautista para la Propagación del Evangelio en la India y otros Países Extranjeros.¹⁵⁸ Las iglesias bautistas del sur y del oeste pronto se unieron a ellos, y las misiones se convirtieron en el punto de reunión de la naciente denominación bautista; sus miembros se dedicaron a difundir el evangelio por todo el mundo.

Birmania y la “cara dorada”

Ann quedó fascinada con la belleza de Birmania. Estaban

rodeados de un paisaje colorido, exuberante vegetación y suaves colinas. Pero la ciudad de Rangún estaba sucia y empobrecida. Lo más destacado de Rangún era la Pagoda de Shwedagon, el templo budista más sagrado, con su aguja dorada que se alzaba sobre la ciudad.

Tal como habían advertido los misioneros de Calcuta, Birmania estaba dirigida por un emperador tiránico al que se referían como “El Dorado” o “El Rostro Dorado” gobernaba con mano de hierro y el pueblo vivía con temor de su desagrado.

El budismo era la única religión permitida. Para los budistas, no existe dios ni ser supremo; no existe alma humana que pueda ser perdonada o salvada. Los budistas creen en los ciclos vitales continuos de nacimiento, muerte y renacimiento a medida que progresan desde formas de vida inferiores hasta convertirse en seres humanos. En este país que desconocía a Cristo y su sacrificio por la humanidad, Adoniram y Ann Judson se alzaron como faros de luz.

Simplemente sal y habla

“Mi único objetivo en este momento”, escribió Judson a Luther Rice, “es proseguir, de manera tranquila y silenciosa, el estudio del idioma, confiando en que para el futuro 'Dios proveerá'”. 159 Dominar el idioma birmano, con su serie de semicírculos y pequeñas florituras, era la única esperanza de alcanzar con el evangelio a millones de nativos perdidos. Trabajando durante horas cada día, Adoniram se convirtió en un experto en el conocimiento técnico del idioma.

El papel de Ann, por otro lado, era familiarizarse con sus nuevos compatriotas. Al igual que en Estados Unidos, Ann ejerció su don de hospitalidad en Birmania. Se encargó de la casa, dirigió a los sirvientes, fue al mercado a comprar comida y visitó a la esposa del virrey; como resultado, adquirió mayor fluidez en la comprensión y el habla del birmano del ciudadano común. Los dos Judson salieron a hacer lo que tenían que hacer; se pusieron manos a la obra de inmediato.

«A menudo me veo obligada a hablar birmano todo el día», escribió Ann a casa. «Puedo hablar y entender mejor a los demás que el Sr. Judson, aunque él sabe más sobre la naturaleza y la estructura del idioma».



Una imagen de la traducción birmana de Judson del libro de Juan.

El 11 de diciembre de 1813, escribió: «Hoy, por primera vez, he visitado a la esposa del virrey. Me recibió muy cortésmente, me tomó de la mano, me sentó en una estera y se sentó a mi lado. Me preguntó con mucha curiosidad si tenía esposo e hijos y si era la primera esposa de mi esposo, es decir, si era la más alta entre ellos». 160

Ann no tenía forma de saber que sus cálidas relaciones con los funcionarios birmanos los salvarían de la muerte en los años venideros.

El nacimiento del “dulce” Roger Williams Judson

Los dos años siguientes estuvieron llenos de la ajetreada vida birmana y la feliz noticia de que los Judson esperaban su segundo hijo. El 11 de septiembre de 1815, con la única ayuda de Adoniram en el parto, Ann dio a luz a un niño sano. Llenos de alegría, lo llamaron Roger Williams Judson, en honor al colono

Roger Williams, el bautista estadounidense que fundó Rhode Island como una colonia de auténtica libertad religiosa.

El bebé Roger fue una bendición constante para sus padres: un niño dulce, sonriente, despierto y de ojos azules. A medida que crecía, era más feliz cuando compartía la habitación con su padre mientras trabajaba. Durante este tiempo, Adoniram escribió a casa: «Gracias a Dios, no solo por los ríos de alegría infinita en el cielo, sino también por los ríos de consuelo aquí abajo».

Pero en la primavera de 1816, el bebé Roger desarrolló fiebre y tos que parecía empeorar día a día. Sin asistencia médica, Ann y Adoniram lo cuidaron lo mejor que pudieron. Pero el 4 de mayo de 1816, el bebé Roger cerró los ojos y murió mientras dormía con tan solo siete meses y medio.

Adoniram y Ann estaban abrumados por el dolor, sobre todo por estar tan lejos de sus familiares y amigos. Fue la esposa del virrey quien les ofreció su apoyo y les brindó su apoyo durante ese doloroso momento.

Ayuda de William Carey

El 13 de julio de 1816, tres años después de su llegada a Birmania, Adoniram terminó un libro de gramática birmana. Dos semanas después, también terminó su primer tratado en birmano, "Una visión de la religión cristiana". Ahora bien, ¿cómo lograr que se imprimieran?

Los birmanos amaban la literatura y esperaban leer sobre este Jesús llamado «el Hijo de Dios». Entonces Adoniram recibió un regalo: una imprenta y una tipografía birmana enviada por William Carey. Escribió a la sociedad en su país:

“Es un gran placer anunciar el valioso obsequio de una prensa y tipos birmanos, que nos hicieron los hermanos de Serampore”.¹⁶¹

Para completar la bendición, los bautistas estadounidenses enviaron a un impresor misionero, George Hough, quien llegó con su familia en el otoño de 1816. En pocas semanas, se publicaron y distribuyeron por todo Rangún mil ejemplares del primer tratado

de Judson y tres mil ejemplares de un catecismo birmano escrito por Ann. Inmediatamente, los birmanos, curiosos, acudieron a la casa de la misión pidiendo más. ¡Por fin se escuchaba el mensaje de Cristo!

Es difícil sobreestimar la importancia de la palabra escrita para el misionero evangélico. Si hoy reparto un folleto evangélico mientras ministerio en Filipinas, la gente lo atesorará. He visto a jóvenes sentarse en la acera a leerlo en cuanto lo reciben. En los países occidentales, no valoramos el material evangélico como deberíamos; se ha vuelto demasiado común y ha perdido su valor para nuestros corazones y mentes.

“¡Cuánta verdadera felicidad engañamos a nuestras almas al preferir algo insignificante a Dios!”, proclamó Adoniram.

Contando la “Historia de Cristo”

¡Hola! ¡Todos los sedientos de conocimiento, vengan aquí! Estas palabras de aliento resonaban en los labios de Adoniram mientras estaba sentado junto a la carretera en Rangún. Él y un misionero bautista recién llegado, James Colman, habían construido una zayat birmana, o capilla al aire libre, donde religiosos y políticos se reunían para compartir sus ideas. Adoniram se sentaba bajo la zayat todo el día, llamando al estilo birmano a los transeúntes, dando la bienvenida a cualquiera que se detuviera a escucharlo mientras predicaba el evangelio de la gracia redentora.

El 4 de abril de 1819, seis años después de llegar a Rangún, Judson dirigió el primer servicio cristiano público en el zayat. Años más tarde, su hijo Edward escribiría: «Para Adoniram Judson, la obra más importante era la predicación oral del evangelio; este fue su primer amor».

Moung Nau era un joven birmano que acudió a ese primer servicio y escuchó con corazón abierto el mensaje cristiano.

“Creo que la gracia de Dios ha llegado al corazón de Moung Nau”, escribió Judson con alegría el 5 de mayo. “Expresa arrepentimiento por sus pecados y fe en el Salvador. Confiesa que,

de la oscuridad y los pecados de toda su vida, no ha encontrado otro Salvador sino Jesucristo; y se propone adherirse a Cristo y adorarlo toda su vida... Alabado y glorificado sea su nombre.

¡Para siempre! Amén.”¹⁶²

Un trofeo de gracia victoriosa

El Espíritu de Dios se movía entre la gente de Rangún. Seis largos años de siembra y riego para Adoniram y Ann, ¡pero la semilla del sacrificio de Cristo finalmente había echado raíces!

Varios jóvenes más se unieron a Adoniram y MOUNG NAU en sus conversaciones bíblicas. Judson mandó que los HOUGH, que se habían mudado temporalmente a Serampore, imprimieran cinco mil ejemplares de su tratado. Cientos de birmanos curiosos pedían a gritos nuevos tratados cada día.

El domingo 27 de junio de 1819, se bautizaron los primeros birmanos convertidos al cristianismo: MOUNG NAU, MOUNG BYAA y MOUNG THAHLAH. (MOUNG significa «joven» en birmano). Esa noche, en la casa de la misión, Adoniram y Ann se regocijaron con un «gozo inefable y glorioso».

«Este acontecimiento —escribió Ann en su diario—, este único trofeo de la gracia victoriosa, ha llenado nuestros corazones de sensaciones difíciles de concebir para los cristianos en países cristianos. Este acontecimiento nos ha convencido de que Dios puede obrar, y obra, en las mentes de los ignorantes con la verdad de su propia Palabra». ¹⁶³

Llamamiento al “Rostro Dorado”

Apenas se celebraron los bautismos, las negras nubes de la persecución aparecieron en el horizonte. Temiendo represalias del gobierno por esta exhibición pública de cristianismo, los birmanos, antes curiosos, comenzaron a evitar a Adoniram y a los nuevos conversos.

Judson estaba decidido a acabar con su miedo. «Voy a viajar a la capital para ver al mismísimo Rostro Dorado», le dijo a Ann, refiriéndose al emperador birmano. Solo unos pocos europeos habían estado en la «Presencia Dorada». El anciano emperador

había fallecido recientemente y su nieto, el emperador Bagyidaw, había asumido el trono tras una masacre que se llevó la vida de miles de personas. Era a este hombre cruel a quien Adoniram estaba decidido a enfrentarse.

“Debemos presentar nuestro asunto ante el emperador”, escribió Adoniram a casa. “Si nos ve con malos ojos, todo intento misionero dentro de sus dominios será imposible. Si nos favorece, ninguno de nuestros enemigos podrá tocarnos un pelo. Pero hay Uno más grande que el emperador, ante cuyo trono deseamos presentar este asunto diaria y constantemente. ¡Oh, Señor Jesús, míranos en nuestra humillación y guíanos en nuestro peligroso camino!”

A fines de diciembre de 1819, Judson y Colman recorrieron las peligrosas 350 millas por el río Irrawaddy hasta Ava, donde solicitaron la aprobación del gobernador

oficio para una audiencia con el emperador “para contemplar el Rostro Dorado”. La noche anterior, Judson registró solemnemente: “El amanecer de mañana anunciará el día más memorable de nuestras vidas. La tarde de mañana cerrará con la flor o la ruina de nuestras más preciadas esperanzas. Sin embargo, es reconfortante encomendar este asunto en manos de nuestro Padre celestial, sentir que la obra es suya, no nuestra”. 165

“Nuestro destino estaba decidido”

¡El Palacio Dorado parecía estar en llamas! Al acercarse Adoniram y Colman a la capital, la cúpula dorada del palacio pareció resplandecer bajo los brillantes rayos del sol. Adoniram y Colman entraron en oración en el gran salón del palacio con el gobernador de Ava. El espacioso salón estaba lleno de ídolos dorados, muebles con incrustaciones de oro y tapices enjoyados. Habían entrado en los dominios de un gobernante que se creía divino.

Al anunciarse la llegada del emperador, todos en la corte se postraron en el suelo. Los dos misioneros estadounidenses se arrodillaron para mostrar su respeto. Al entrar en la sala, el

emperador Bagyidaw, vestido con túnica y ropas blancas, miró fijamente a los dos visitantes occidentales.

“¿Quiénes son estos hombres?” preguntó.

“¡Somos los maestros religiosos de los que has oído hablar, oh gran Dios!” respondió Judson en birmano.

El Emperador se quedó estupefacto. «Hablas como un birmano. ¿Cómo es posible? ¿A qué has venido?»

El gobernador presentó al emperador la petición de Adoniram para enseñar la religión cristiana sin persecución e incluyó el folleto cristiano de Judson. Tras escuchar la petición, el Rostro Dorado leyó la primera línea del folleto: «Solo hay un Dios eterno y fuera de Él no hay otro Dios». Disgustado, tiró el folleto al suelo y se marchó.

“En ese breve momento”, escribió Judson, “nuestro destino se decidió”. 167 Era hora de regresar a Rangún, pero habían perdido toda esperanza de que el evangelio floreciera alguna vez bajo la condena del emperador.

“¡El Emperador no puede detenerlo!”

¿Era hora de abandonar Rangún? Judson se preguntaba. Las cosas pintaban mal, pero Dios seguía cosechando. Antes de que Adoniram y Coleman siquiera regresaran a casa, Mounng Shway-gnong, un respetado maestro birmano, había confesado su lealtad a Cristo. El Señor les estaba dando nuevos creyentes a pesar de la desaprobación del emperador. Pero ¿cómo podemos escapar de la ira del emperador? Adoniram se preocupó. La respuesta simple era que podían...mudarse a Chittagong, una región de Birmania bajo control británico (ahora en Bangladesh), y compartir a Cristo libre de la mirada del emperador.

Para sorpresa de Adoniram, los nuevos cristianos birmanos se mantuvieron firmes ante la persecución. “¡No te vayas!”, le suplicaron. “Quédate al menos hasta que se reúna una pequeña iglesia de diez miembros y se designe un maestro nativo al frente. Esta religión de la verdad se extenderá por sí sola. ¡El emperador

no puede detenerla!". 168 El heroísmo de estos discípulos mantuvo a Judson y Ann en Rangún.

James Colman y su esposa se mudaron a Chittagong para fundar una nueva misión allí. Y la iglesia de Jesucristo siguió creciendo hasta alcanzar quince, veinte y luego veinticinco creyentes.

Despertando el fuego misionero

Ann zarpaba rumbo a América. Tras nueve años, el clima tropical de Birmania le había pasado factura. En el siglo XIX, con la escasez de medicinas avanzadas, los médicos creían que el aire de un viaje marítimo podía curar a los pacientes de muchas enfermedades.

El 5 de septiembre de 1821, Adoniram envió una carta poco después de la partida de Ann: «Querida Ann: ¡Qué consolador es ponerme a mí misma, a ti y los intereses de la misión en las fieles manos de Jesús!... El Señor reina, y a veces siento que puedo confiarlo todo con seguridad en sus manos y regocijarme en lo que suceda. Si sufrimos con Cristo, también seremos glorificados con él».

Para la enérgica Ann Judson, un tiempo de "descanso" en Estados Unidos fue todo menos eso. Durante sus dos años de estancia, viajó por Nueva Inglaterra compartiendo los testimonios de la misión en Birmania. Animada por amigos cristianos, publicó un libro titulado "Un relato de la misión bautista estadounidense al Imperio birmano".

El vibrante testimonio de Ann despertó el entusiasmo misionero en Estados Unidos, especialmente entre los bautistas. Regresó a Rangún en diciembre de 1823 con dos nuevos misioneros, Jonathan y Deborah Wade, quienes sirvieron fielmente en Birmania durante los siguientes veinticinco años.

Completando el Nuevo Testamento birmano

Mientras Ann estaba en América, un médico misionero, el Dr. Jonathan Price, y su esposa, Hope, llegaron a Rangún. El Dr. Price fue recibido con los brazos abiertos por su habilidad médica,

especialmente en la cirugía de cataratas. Cuando su reputación llegó a oídos del emperador, Price fue convocado a la corte real. Dado que el birmano del médico era muy pobre, Judson lo acompañó. Quizás el Rostro Dorado les permitiría establecer una misión en la capital después todo.

El 28 de agosto de 1822, Judson emprendió su segundo viaje por el río Irrawaddy hasta Ava. Gracias a los conocimientos médicos del Dr. Price, el emperador los recibió abiertamente y los invitó a mudarse a la capital, donde podrían vivir bajo su protección. «Será una oportunidad para difundir el evangelio en la capital», se regocijó Judson. «¡Quizás el emperador cambie de opinión sobre la libertad religiosa en el país!».

Adoniram regresó a Rangún para esperar el regreso de Ann de América, y el Dr. Price permaneció en Ava, buscando una nueva dirección para su ministerio desde la muerte de su esposa por cólera meses antes.¹⁷¹

Fue un momento de gran regocijo de otro tipo para Adoniram. El 12 de julio de 1823, el manuscrito del Nuevo Testamento birmano quedó finalmente terminado tras diez largos años de diligente y arduo trabajo.

Acusados de espías

Poco después del regreso de Ann a Birmania, en enero de 1824, los Judson se mudaron a Ava, dejando a los Wade para que continuaran la misión en Rangún. Las esperanzas de Adoniram crecieron al contemplar la hermosa capital y visualizar las vidas que podrían ser transformadas por Cristo. Ann escribió a casa: «Tenemos culto todas las noches en Birmania y varios nativos se reúnen, y cada sábado Adoniram predica en casa del Dr. Price. Lo consideramos un privilegio inestimable». ¹⁷²

Pero en cuestión de semanas, el ambiente favorable hacia Ava dio un giro de 180 grados.

Y con ello, la vida de los Judson cambió para siempre.

La amenaza de guerra entre los británicos y el emperador birmano alborotó la capital. Luchaban por el control de la frontera

entre Birmania y Bengala. El emperador desconocía la magnitud y el poder del Imperio Británico. Insensatamente, ordenó a sus fuerzas atacar Chittagong; los británicos bombardearon Rangún; ¡la guerra había comenzado!

Las sospechas recayeron inmediatamente sobre los extranjeros blancos residentes en Ava. Henry Gouge, un joven y rico comerciante británico, fue encarcelado primero y luego le confiscaron todo su oro y sus propiedades. Al ver las autoridades que Gouge había donado fondos a Judson y Price, los misioneros estadounidenses fueron acusados de inmediato de ser espías a sueldo de los británicos.

Diecisiete meses de infierno

Justo cuando los Judson se sentaban a cenar el 8 de junio de 1824, la puerta de la casa de la misión se abrió de golpe y una docena de funcionarios birmanos entraron corriendo. Uno de ellos era... "Cara Manchada", un criminal y verdugo de prisión que tenía una pequeña mancha roja marcada en cada mejilla. Los criminales de "Cara Manchada" servían como crueles guardias en las mazmorras birmanas.

“¿Dónde está el profesor?”, preguntó bruscamente un funcionario.

—Aquí. —Judson dio un paso adelante y se colocó como un escudo frente a Ann.

“¡El rey te llama!", dijo el oficial, las temidas palabras birmanas pronunciadas al arrestar a un criminal. Inmediatamente, el Rostro Manchado agarró a Adoniram, lo tiró al suelo con fuerza y le ató los brazos con una cadena de metal tan fuerte que empezó a sangrar.

—¡Para, por favor! ¡No te lo lleves! —le suplicó Ann al Cara Moteada—. Te pagaré.

"Deberíamos llevárnosla también", respondió. Pero el oficial a cargo ignoró el comentario y se llevó solo a Adoniram, dejando atrás a Ann Judson, que lloraba.

Adoniram fue arrastrado a la temible Let-may-yoon, o "prisión

de la muerte", donde le sujetaron tres pares de grilletes de hierro a los tobillos. Sucio y sangrando por los grilletes, Judson fue arrojado a una oscura celda junto con otros cien prisioneros. El hedor a cuerpos sin lavar, comida podrida y excrementos humanos era insoportable, y Adoniram vomitó solo por el olor.

“¡Horror de horrores, qué espectáculo!”, escribió Judson más tarde. “Jamás, hasta el día de mi muerte, olvidaré la escena: una tenue lámpara en el centro, apenas haciendo visible la oscuridad, y descubriendo ante mi mirada horrorizada sesenta o setenta objetos miserables, algunos en largas filas atados al cepo, otros ensartados en largas varas, otros simplemente encadenados; pero todos conscientes de una nueva adquisición de miseria con la llegada de un nuevo prisionero.”

A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, vio a Gouger; al Dr. Price; a un escocés, el capitán Laird; y a varios extranjeros blancos más ya encadenados en un rincón de la habitación. La prisión, las privaciones y la incesante amenaza de muerte serían sus compañeros durante los siguientes diecisiete meses.

«El que ama su vida, la perderá; pero el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará» (Juan 12:25 NVI). Nunca esta Escritura le había parecido tan real a Adoniram como ahora.

Torturado en la prisión de la muerte

La prisión de la muerte era una gran "caja" rectangular de madera sin ventilación, excepto por las grietas entre las tablas y la puerta. Una delgada hojalata...techo Separaban a los miserables prisioneros de los rayos del sol tropical, ya que las temperaturas diarias superaban los 38 grados Celsius. Las alimañas se escabullían por todos los rincones de la habitación y se refugiaban en la ropa de los prisioneros. La prisión no proporcionaba comida. Amigos de fuera tenían que traer comida a diario, o los prisioneros morían de hambre.

Cada noche, el aphe, o "padre", de la prisión se acercaba a

Judson y a los demás extranjeros con una sonrisa malvada. Juntos, los prisioneros eran colgados de una vara de bambú que descendían del techo. La vara se pasaba entre sus grilletes y los colgaban de los pies hasta que solo la cabeza y los hombros tocaban el suelo. La tortuosa posición les causaba mucho dolor y apenas les permitía dormir, pero no morían. Por la mañana, los bajaban de nuevo al suelo.

Cada día, a las tres de la tarde, un potente gong resonaba en el patio exterior; los guardias entraban en la habitación, sumida en un silencio sepulcral, y se acercaban a uno o dos prisioneros. Sin mediar palabra, los elegidos seguían a los guardias fuera de la habitación, arrastrando sus grilletes de hierro hacia sus ejecuciones. Cada día, la pregunta flotaba en el aire: ¿qué prisioneros serían los siguientes elegidos?

La lucha de una esposa por la justicia

Ana corrió hacia la puerta de la prisión; no había visto a Adoniram desde su arresto días antes. Las lágrimas corrían por sus mejillas y se tapó la cara con las manos mientras su esposo, demacrado y pálido, se arrastraba hacia la puerta, aún sangrando por los tobillos. Al salir de la prisión esa misma mañana, la valiente Ana estaba decidida; con la gracia de Dios, lucharía por la justicia para su inocente esposo.

Decididamente, Ana visitó a tantos funcionarios del gobierno como le fue posible durante los largos meses de prisión, pidiendo la liberación de Adoniram.

Finalmente, el gobernador de Ava accedió a ver a Ann y le expresó cierta compasión: «No puedo liberarlos de sus grilletes ni de la prisión, pero puedo intentar que estén más cómodos». Pero las semanas transcurrían y nada cambiaba. Con cada visita, Adoniram parecía más un muerto viviente.

A diario, los prisioneros oían a los guardias afilar sus cuchillos para las decapitaciones o hablar de ahorcamientos en el patio. Y, a diario, Ann llegaba con comida, informes del exterior y ánimos para los hombres desolados.

La plata y la Biblia enterrada

Una mañana, los funcionarios informaron a Ann: “Visitaremos su casa Mañana. Ann se apresuró a volver a casa para esconder objetos de valor antes de que llegaran. «Escondí todos los objetos pequeños que pude», escribió más tarde, «junto con una cantidad considerable de plata, pues sabía que, si la guerra continuaba, nos encontraríamos en un estado de inanición sin ella». 176

Mientras cargaba con cuidado la bolsa de plata para enterrarla en el patio trasero, Ann recordó su mayor tesoro y corrió a casa. Envolvió el manuscrito completo del Nuevo Testamento birmano de Judson en un trozo de muselina. ¡Ann no permitiría que diez años de arduo trabajo de Adoniram se destruyeran en un instante! Enterró la bolsa y oró a Dios para que protegiera su contenido.

En la prisión, en voz baja, le contó a su esposo lo que había hecho. Él elogió su ingenio, pero sabían que el manuscrito no sobreviviría bajo tierra. Desenterrándolo en la oscuridad de la noche, Ann siguió las instrucciones de Adoniram. Cosió el manuscrito en una almohada vieja y dura y se lo llevó a la prisión de la muerte. Durante los meses siguientes, Adoniram durmió cada día con la cabeza firmemente apoyada en la Palabra de Dios.

Manteniendo vivo a Adoniram

Los meses siguientes fueron un torbellino de peticiones, súplicas y esperanzas frustradas. El trabajo de Ann para liberar a los prisioneros y atender sus necesidades fue incansable. Por un breve tiempo, a ella y a Adoniram se les permitió pasar unas horas al día juntos en una pequeña cabaña en el patio de la prisión; una bendición, ya que ella estaba embarazada de ocho meses. Pero entonces, sin previo aviso, la cabaña fue destruida y los extranjeros blancos fueron enviados a la oscura prisión interior. Los guardias le arrancaron la almohada a Adoniram sin tener ni idea del tesoro que contenía.

"¿Qué delito ha cometido para merecer este castigo adicional?", le preguntó Ann entre sollozos al anciano gobernador de Ava.

El corazón del anciano se derritió al hablar entre lágrimas: «Me ordenaron ejecutarlos, pero me negué. Lo mínimo que puedo hacer es ocultarlos... Te prometo que nunca ejecutaré a tu esposo. Pero no puedo liberarlo de su actual confinamiento, y no debes pedírmelo».



Ana visita a Adoniram en la prisión

A pesar de la agonía de Adoniram en prisión, ¡Dios fue fiel al mover los corazones de los funcionarios birmanos para mantenerlo con vida!

Durante las siguientes tres semanas, Ann no visitó a su hijo. El 26 de enero de 1825, dio a luz a una niña, Maria Elizabeth Judson. Cuando regresó para ver a Adoniram, Ann se veía frágil y agotada mientras cargaba a la pequeña bebé en brazos. Al ver a la niña indefensa, Adoniram se preguntó: ¿Qué le deparará el futuro?

En cuestión de semanas, los extranjeros fueron capturados y obligados a caminar once kilómetros hasta una nueva prisión. La grava caliente quemó los pies de Adoniram y le hizo insoportable caminar. Finalmente, los hombres fueron arrojados a carretas para completar el viaje a la prisión de Oung-pen-la, a las afueras de Ava. Durante siete meses, los prisioneros vivieron en otro campo de exterminio, al borde de la inanición y con la constante amenaza de ser ejecutados. De no haber sido por Moung Ing, uno de los primeros conversos de Judson, los prisioneros y Ann, quien había seguido a Adoniram a Oung-pen-la con la bebé María, habrían

muerto de hambre.

“Si no hubiera tenido la certeza de que cada prueba adicional era ordenada por infinito amor y misericordia”, escribió Adoniram, “no habría podido sobrevivir a mis sufrimientos acumulados”. Allí, en el valle de sombra de muerte, la mano de Dios aún consolaría y proveería. Para los Judson, las palabras del Salmo 23:4 eran vida: “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento”.

El milagro del Nuevo Testamento

La guerra iba mal para los birmanos. El pánico cundió en la ciudad de Ava a medida que el ejército británico se acercaba a la capital. El 5 de noviembre de 1825, finalmente llegaron las ansiadas órdenes. ¡Se había firmado un tratado! ¡Adoniram fue liberado de prisión! La pequeña familia Judson, los tres demacrados y enfermos tras diecisiete meses de sacrificio, fue trasladada a la capital para que Adoniram pudiera traducir documentos gubernamentales. Sus cuerpos estaban casi... ¡Se quedaron sin fuerzas, pero sus corazones estaban llenos de alegría!

Adoniram seguía prisionero del gobierno birmano, pero se le permitió ir a su casa en Ava con Ann y la pequeña María. ¡Allí les aguardaba un milagro! Moung Ing había encontrado la vieja almohada de Adoniram tirada en el patio de la prisión. Al llevarla a casa, Ing se asombró al descubrir el tesoro escondido en su interior: ¡el Nuevo Testamento birmano había sido protegido de ser descubierto o destruido, puramente por la gracia de Dios! Adoniram se conmovió hasta las lágrimas por la bondad de Dios en medio de la cruel persecución que habían sufrido.

En marzo de 1826, Adoniram finalmente fue liberado y entregado a los ingleses; lleno de alegría, escribió: «Fue en una fresca tarde de luna, en el mes de marzo, cuando, con el corazón lleno de gratitud a Dios y rebosante de alegría ante nuestras perspectivas, cruzamos el Irawadi, acompañados de todo lo que teníamos en la tierra. Nuestros sentimientos se elevaban

constantemente: ¿Qué le daremos al Señor por todos sus beneficios hacia nosotros?».

Después de todo este dolor y sufrimiento, los Judson seguían sirviendo a Dios y entre sí; eran un testimonio vivo del valor que las parejas cristianas deben dar a su compromiso con Dios y entre sí. Su pacto matrimonial estaba consagrado a Él y no era propenso a las rupturas que vemos tan a menudo hoy en día debido al egoísmo de una o ambas partes.

El terrible precio de la paz

Adoniram y Ann se detuvieron brevemente en Rangún para ver si les quedaban algunas pertenencias, pero la casa de la misión había sido destruida por la guerra. Afortunadamente, los Wade y los Hough lograron escapar ilesos a Calcuta.

Tras dejar atrás territorio birmano, los Judson se encontraron con los Wade en Amherst, una aldea selvática bajo control británico cerca de la costa oeste de Birmania. Comenzarían su nueva misión en Amherst con renovadas esperanzas. Pero primero, los gobiernos británico y birmano insistieron en que Adoniram usara sus habilidades de traducción para negociar el tratado de paz definitivo.

Ann se encontraba frágil de salud; aún se recuperaba de un tifus que puso en peligro su vida. Anhelaba que Adoniram rechazara la orden y se quedara con ella y María. Pero el gobierno británico había prometido negociar una cláusula de "libertad de religión" en el tratado. ¡Libertad religiosa para Birmania! Merecería la pena el sacrificio de unos meses más separados. El 30 de septiembre de 1826, Adoniram llegó a Ava para comenzar una importante labor de traducción. A los pocos días, se dio cuenta de que el emperador no le concedería la libertad religiosa que había prometido.

Durante las primeras semanas de la ausencia de Adoniram, Ann supervisó con alegría la construcción de una casa de bambú y dos aulas para la nueva misión. Le escribió con alegría: «Hoy me mudé a una casa nueva y, por primera vez desde que nos separamos de Ava, me siento como en casa. La casa es grande y

cómoda, y si estuvieras aquí, ¡me sentiría muy feliz!».

“Nuestra despedida fue mucho menos dolorosa que muchas otras”, escribió Adoniram más tarde a la madre de Ann. “Nos habían salvado de tantas pruebas y peligros que una separación de tres o cuatro meses parecía poca cosa. Por lo tanto, nos despedimos con alegría”.

Pero sin previo aviso, Ann se desplomó a causa de una fiebre alta. ¿Quizás el tifus estaba regresando? Incluso con la cuidadosa atención de médicos británicos cerca, su cuerpo había sufrido tanto por el año y medio de privaciones que no pudo volver a combatir los estragos de la fiebre. El 24 de octubre de 1826, con tan solo treinta y siete años, Ann Hasseltine Judson falleció.

Su espíritu se regocija

El 24 de noviembre, Adoniram recibió una carta del superintendente británico en Amherst. La abrió apresuradamente, preocupado por si algo le había pasado a María. Con el corazón destrozado, leyó las crudas palabras: «Para resumir la triste noticia en pocas palabras: 'La Sra. Judson ya no está. Murió el otro día en Amherst de fiebre remitente, dieciocho días enferma'».

¿Ann ya no estaba? ¿Cómo era posible? Con angustia, recordó a su querida Ann, «quien le había entregado su corazón en su infancia, quien lo había seguido fielmente durante catorce años, por tierra y mar, a través de selvas inexploradas y extrañas ciudades abarrotadas, con un heroísmo sin parangón en los anales de las misiones... mi querida Ann».

Inconsolable, Adoniram no soportaba no haber estado ahí para ella como ella lo había estado para él durante su encarcelamiento. Lloró ante el Señor durante días, «con amarga y desgarradora angustia»; escribió sobre su entrega al «consuelo que posteriormente le brindó el Evangelio: el Evangelio de Jesucristo, que saca a la luz la vida y la inmortalidad... Mientras escribo... estas líneas, su espíritu descansa y se regocija en el paraíso celestial». 184 Pero su corazón estaba destrozado.

Tragedias y triunfos

Adoniram regresó a la misión en Amherst y a la pequeña María. Predicó en birmano por primera vez desde que lo encarcelaron casi dos años antes, y dio la bienvenida a los nativos que habían aceptado a Cristo sin temor a la persecución birmana. Una nueva pareja misionera, George y Sarah Boardman, llegó de Estados Unidos y su compromiso con Cristo animó a Judson en su dolor.

Pero le aguardaba una tragedia más. María, quien nunca había sido una bebé muy sana, enfermó gravemente de disentería. Ningún cuidado de la Sra. Wade ni de los médicos pudo contrarrestar este nuevo ataque. Adoniram escribió a la madre de Ann: «El 24 de abril de 1827, mi pequeña hija María falleció, a los dos años y tres meses, y su espíritu liberado huyó a los brazos de su querida madre».

Poco después, Adoniram se unió a los Boardman y los Wade en una nueva misión en Moulmein. Los aldeanos acudían en masa a la casa de la misión para escuchar los mensajes de salvación por la sangre de Cristo. Pero para Adoniram, fue un tiempo de duelo y oración. Construyó una cabaña a la que llamó "la Ermita" en la selva cerca de Moulmein, y vivió allí solo. Aparte de breves periodos de trabajo misionero, Adoniram pasaba horas caminando por la selva, orando por el consuelo y la guía del Señor, pidiendo que renovara el gozo de su salvación.

Como cristianos maduros, debemos comprender que está bien que alguien que ha sido herido emocional o espiritualmente necesite tiempo para sanar. Esto no significa que se esté alejando del Señor ni de su llamado. A veces, no les damos suficiente tiempo para procesar el dolor; el tiempo es necesario para superar la decepción, la pérdida y el duelo. Cuando los ministros necesitan tiempo para sanar, debemos amarlos, apoyarlos y orar por ellos, o los perderemos.

Para Adoniram, fue un tiempo de tranquilidad, pero Dios obraba en lo más profundo de su alma. Los campos de Cristo estaban blancos para la cosecha en Birmania, y Adoniram se preparaba para cosechar esas almas para el reino de Dios.

“¿Eres un hombre de Jesucristo?”

Al salir de su soledad, Judson volvió a sentir un gran entusiasmo por el evangelio. Partió hacia la celebración de Shwedagon en Rangún, donde decenas de miles de birmanos inundarían la ciudad para adorar en la torre dorada. Judson le escribió a Cephas Bennett, su nuevo impresor misionero: "¡Envíame todos los tratados y folletos bíblicos que puedas conseguir, lo antes posible!". Los birmanos estarían listos para la siembra de Dios; en los días festivos, los misioneros esparcirían toda la semilla que pudieran.

“Durante el festival”, le escribió a Jonathan Wade, “he repartido casi diez mil folletos, solo a quienes los piden. Ha habido seis mil solicitudes solo en la casa de la misión. Algunos birmanos han viajado tres meses, desde las fronteras de Siam y China: 'Señor, hemos oído que hay un infierno eterno. Le tememos. Por favor, denos un escrito que nos diga cómo... para escapar de ello.'"

Otros vienen del interior del país, donde el nombre de Jesucristo es poco conocido: "¿Eres un hombre de Jesucristo? Danos un escrito que hable de Jesucristo". 186

Dios estaba abriendo puertas que habían estado cerradas. ¡Ann se habría emocionado muchísimo!

Cuando regresó a Moulmein, la pequeña iglesia había crecido con el bautismo de muchos birmanos y karens, un grupo étnico cercano a la frontera entre Tailandia y Birmania. Se habían impreso y distribuido dos millones de páginas de tratados y Escrituras. George y Sarah Boardman se habían mudado tierra adentro, a Tavoy, para establecer una misión en el corazón de la población karen. A finales de 1830, Adoniram envió un informe a la Misión Bautista Americana: «¡Doscientas diecisiete personas se han bautizado solo este año: ciento treinta y seis en Moulmein, setenta y seis en Tavoy y cinco en Rangún!». 187 Fue el fruto de la fidelidad de Dios.

“Lo mejor de todo es que Dios está con nosotros”

El mayor obstáculo para la obra misionera en los trópicos era la amenaza real de las enfermedades. En febrero de 1831, tras guiar a innumerables indígenas karen a Cristo, George Boardman falleció de tuberculosis. Su esposa, Sarah, continuó ministrando en la selva, llevando consigo a su hijo pequeño, George Jr. (Los otros dos hijos de Boardman habían fallecido de fiebres selváticas). Adoniram comenzó a viajar con más frecuencia a Tavoy para apoyar el creciente avivamiento.

Los Karen compartieron una historia milagrosa de cómo Dios los había preparado para el mensaje del evangelio:

«Mi señor, sus humildes siervos han venido del desierto para poner a sus pies cierto libro y preguntar si es bueno o malo, verdadero o falso. Nosotros, los karens, no tenemos libros ni lengua escrita; no sabemos nada de Dios ni de su ley. Cuando nos fue entregado este libro, se nos encomendó adorarlo, lo cual hemos hecho durante doce años. Pero desconocíamos su contenido, ni siquiera en qué idioma está escrito. Hemos oído hablar del evangelio de Jesucristo y estamos convencidos de su veracidad, y deseamos saber si este libro contiene la doctrina de ese evangelio.

Sorprendentemente, se trataba del Libro de Oración Común con los Salmos, publicado en la Universidad de Oxford, Inglaterra. «Es un buen libro», les dijo Adoniram, «pero no es bueno adorarlo. Deben adorar al Dios que revela». 188

En seis semanas, Judson había bautizado a veinticinco Karens, incluido un hombre mayor que había abrazado el evangelio de Cristo y ahora quería ser Bautizado en agua antes de morir. «El anciano prosiguió su camino», escribió Judson, «regocijándose en voz alta y declarando su resolución de dar a conocer al Dios eterno y el amor de Jesús al morir... 'Lo mejor de todo es', gritó el anciano, 'Dios está con nosotros'.

“Sí”, continuó Adoniram, “el gran Invisible está en estas tierras salvajes de Karen... Está presente por la influencia de su Espíritu Santo y acompaña el sonido del Evangelio con poder convertidor y santificador. 'Lo mejor de todo es que Dios está con nosotros’”.

Hoy en día, aún existe un gran amor y anhelo por el evangelio entre el pueblo karen de Myanmar. Tuve el honor de predicar entre los karen en los bosques del norte de la antigua Birmania, y eran un pueblo muy amable y humilde, hambriento del evangelio de Cristo.

¡Está hecho!

Durante 1832 y 1833, Adoniram pasó semanas recluido en una pequeña cabaña en Moulmein, trabajando en la traducción del Antiguo Testamento. Finalmente, el 31 de enero de 1834, a la edad de cuarenta y seis años, Adoniram pudo proclamar su victoria: "¡La Biblia está terminada!".

Gracias a Dios, ahora puedo decir que lo he logrado. Lo he encomendado a su misericordia y gracia; lo he dedicado a su gloria. Que Él haga de su Palabra inspirada, ahora completa en lengua birmana, el gran instrumento para llenar toda Birmania con cánticos de alabanza a nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. Amén.

Veintiún años antes, un joven Adoniram y Ann Judson habían llegado a las costas de Birmania; ahora, un experimentado misionero de Dios podía regocijarse de que la traducción de la Biblia que tanto anhelaba escribir finalmente estaba terminada. Adoniram estaba listo para comenzar la siguiente etapa de su vida en Cristo.

Dios trae a Sara

Habían pasado ocho años de soledad desde la muerte de Ann en Amherst. En los años posteriores a su muerte, mientras Adoniram viajaba a Tavoy, su relación con Sarah Boardman se volvió más íntima. Siendo una joven viuda, ella había trabajado con los Karen durante tres años. Una vez más, Adoniram se había enamorado de una mujer realizada y piadosa, totalmente entregada al servicio de Cristo.

El 10 de abril de 1834, Adoniram y Sarah Hall Boardman se casaron en Tavoy entre sus seres queridos. Al día siguiente regresaron a Moulmein con el pequeño George, su hijo.

Adoniram y Sara comenzaron una vibrante vida ministerial juntos.
A los cuarenta y seis años,

Judson aún conservaba una abundante cabellera rojiza y gozaba de una salud excelente. Caminaba vigorosamente tres kilómetros diarios por las colinas de Moulmein para mantenerse fuerte para el ministerio. Predicaba siete sermones a la semana en Moulmein y pasaba los días revisando el Antiguo Testamento mientras Sarah escribía catecismos, impartía estudios bíblicos y traducía *El Progreso del Peregrino* al birmano. Ministraban juntos como almas gemelas, libres de la persecución del Rostro Dorado.

Cuando Adoniram viajó a Calcuta y pasaron separados unos meses, le escribió a Sarah sobre su deseo de regresar a casa pronto: “Con cuánta alegría espero embarcarme... para ver las colinas de Moulmein... y con cuánta alegría espero ver tu querido rostro y tomarte en mis amorosos brazos”. 191

El 31 de octubre de 1835, Sarah dio a luz a su primera hija, Abigail Ann Judson. Fue una alegría especial para su madre, quien el año anterior había enviado al joven George a Estados Unidos para que comenzara su educación formal. Un año y medio después, el 7 de abril de 1837, Sarah dio a luz a un hijo, Adoniram Brown Judson. Durante los tres años siguientes, tuvo dos hijos más, Elnathan y Henry.

Grandes alabanzas y profundo dolor

“Todas las mañanas nos reunimos en torno al altar familiar”, describió Adoniram en una carta a su hijastro, George, “tu madre, yo, tu hermana y tus hermanos; es nuestra ferviente oración que todos nuestros hijos sean pronto partícipes de la gracia divina. Espero que nunca descuides el deber de la oración secreta... orando a Dios, en el nombre de Jesucristo” (3 de marzo de 1839). 192

En 1840, Adoniram completó la revisión del Antiguo Testamento, y para octubre, la Biblia completa estaba impresa. Se había esforzado por traducir directamente del hebreo “para que cada frase fuera una representación fiel del original”. Sus primeras

pasiones se hicieron realidad: la Biblia estaba completa y la iglesia birmana florecía. “Ahora hay más de mil conversos del paganismo, organizados en diversas iglesias por todo el país”, registró. 193

Tras estos días de alabanza, siguieron meses de dolor. Al año siguiente, en marzo de 1841, Sarah dio a luz a Luther, un niño que nació muerto. Poco después, ella y sus cuatro hijos sufrieron disentería, y los Judson se vieron obligados a viajar a Calcuta para recuperarse. Mientras estaban allí, el pequeño Henry, de apenas un año y medio, falleció por una enfermedad y fue enterrado junto a las tumbas de William Carey y sus compañeros. ¡Qué diferente era la India ahora que la Tríada de Serampore había regresado al hogar celestial!

Cristo sobre todo

En los siguientes tres años y medio, Sarah dio a luz a tres hijos más: Henry Hall en 1842 (llamado así por su hermano), Charles en 1843 y Edward en 1844. Apenas tres meses después del nacimiento de Edward, Sarah, de cuarenta y un años, libraba una batalla perdida contra la disentería que la había aquejado intermitentemente a lo largo de los años. Los médicos insistían en que su única esperanza de recuperación era un viaje por mar a América, lejos del calor sofocante y los parásitos del trópico.

El 26 de abril de 1845, Adoniram y Sarah abordaron el barco Paragon con sus tres hijos mayores, Abby Ann, Adoniram y Elnathan. Los niños se unirían a George Jr. en Estados Unidos y continuarían su educación allí. Los tres hijos menores permanecieron con familias misioneras en Moulmein hasta que sus padres pudieran regresar.

Adoniram estaba desconsolado por la ruptura de su familia. «Estas rupturas de los lazos paternos son más severas... de lo que cualquiera que nunca haya sentido el dolor podría concebir. Pero espero poder decir con sinceridad que amo a Cristo por encima de todo; y me esfuerzo, con la fuerza de mi débil fe, por preparar mi mente para afrontar y acoger todos sus designios». 194

“Que se haga la voluntad de Dios”

En la Isla de Francia, los Judson se trasladaron al Sophia Walker, con destino a Estados Unidos. Durante unas semanas, Sarah pareció recuperarse, pero luego empeoró.

Sarah vivió en perfecta paz durante su última enfermedad. Anhelaba volver a ver a George Jr. después de diez años de separación, pero se sentía tranquila con la voluntad del Padre. «Estoy en un aprieto entre dos cosas; que se haga la voluntad de Dios». A las tres de la mañana del 1 de septiembre de 1845, tras un último beso a Adoniram, se durmió y despertó en el cielo. Más tarde ese mismo día, su cuerpo fue enterrado en la isla británica de Santa Elena, en el Atlántico Sur, en «un hermoso lugar sombreado». Al anochecer, el Sophia se hizo a la mar de nuevo, mientras el afligido esposo e hijos se aferraban al Señor en busca de consuelo y comprensión.

Sarah Boardman Judson sirvió fielmente al Señor en Birmania, escribiendo, predicando, traduciendo y ministrando junto a dos esposos misioneros. También tuvo once hijos: tres con George Boardman y ocho con Adoniram; seis de ellos llegaron a la edad adulta. Vivió una vida plenamente entregada a Jesucristo.

Una bienvenida de héroe

Seis semanas después, tras treinta y tres años en Birmania, un reticente Adoniram Judson pisó de nuevo las costas de Massachusetts. Durante los últimos tres Durante décadas, las historias de sus victorias y sacrificios habían circulado por toda América, y era considerado un héroe en todas partes. Sin embargo, debido a una dolencia recurrente de garganta, cuando le pedían que hablara, apenas podía hablar más allá de un susurro.

Se organizó una reunión de bienvenida en la Iglesia Bowdoin Square de Boston, y Adoniram se sentó en la plataforma con los dignatarios de la iglesia, sintiéndose humilde y fuera de lugar. Mientras un pastor se ponía de pie para hablar de los logros misioneros de Judson, un hombre mayor caminó por el pasillo central y subió lentamente a la plataforma. Al acercarse,

Adoniram se quedó sin aliento y extendió la mano para abrazar al caballero. ¡Era Samuel Nott!

Adoniram creía que todos los miembros originales del primer grupo misionero habían desaparecido. Sabía que Newell, Rice y Hall habían fallecido de enfermedades tropicales y que Samuel Mills se había perdido en el mar. Nunca había oído que Samuel Nott había enfermado mientras servía en Ceilán, había regresado a Estados Unidos y había sido pastor en Massachusetts durante los últimos treinta años. Eran apenas unos niños cuando dejaron las costas de Estados Unidos para predicar el evangelio de Jesucristo a los perdidos; ahora, se presentaban ante el cuerpo de Cristo como hombres de Dios experimentados y honorables.

Levantando una tormenta

Mientras asistía a una reunión misionera en Filadelfia, Adoniram conoció a una joven escritora, Emily Chubbock, quien escribía cuentos fantásticos bajo el seudónimo de Fanny Forester. Adoniram buscaba una biógrafa que escribiera la historia de Sarah, y Emily tenía un gran talento para la escritura.

Mientras trabajaban juntos en la biografía de Sarah, Emily le confesó a Judson un secreto poco conocido: desde niña, había albergado el deseo de ser misionera extranjera. Aunque solo tenía veintisiete años, la mitad de la edad de Judson, una vida familiar difícil la había dotado de una sabiduría indescriptible. Adoniram se sorprendió de su compatibilidad.

En menos de un mes, el «famoso misionero birmano» conmocionó al mundo cristiano al proponerle matrimonio a la «escritora de ficción» Emily Chubbock. Igualmente, sorprendió a sus amigos del mundo literario al aceptar.¹⁹⁷ A pesar de las protestas generalizadas, Adoniram y Emily planearon casarse en junio del año siguiente.

El mes anterior a la boda, Judson dejó entre lágrimas a Abby Ann, de diez años, en Plymouth, y a Adoniram, de ocho, y a Elnathan, de seis, con su hermanastro George en Worcester, para que pudieran vivir y crecer en la seguridad de Estados Unidos. El

2 de junio de 1846, en una boda pequeña y discreta, Adoniram y Emily Se casaron en la casa de sus padres en Hamilton, Nueva York, y zarparon hacia Rangún un mes después.

A los cincuenta y siete años, Adoniram se dio cuenta de que nunca volvería a ver su tierra natal. Ese día, escribió: «Aunque siento tristeza, no me arrepiento. Regreso a mi hogar».

“El año más feliz de mi vida”

Adoniram se llenó de alegría al ver a Henry, de cuatro años, y a Edward, de dos, cuando llegaron a Moulmein. Lamentablemente, el pequeño Charlie había fallecido un año antes a causa de una fiebre tropical. Los niños no recordaban a Sarah y, tímidamente, abrazaron a Emily como su nueva madre.

Tras una breve pero infructuosa estancia en Rangún, la familia Judson regresó a la misión en Moulmein. Emily terminó la biografía de Sarah, y Adoniram trabajó en la redacción de un diccionario birmano-inglés para los nuevos misioneros que llegaban a la nación birmana. Para entonces, había treinta y seis iglesias bautistas prósperas en las tierras costeras de Birmania. Adoniram continuó predicando el mensaje del amor de Cristo entre ellos.

En junio de 1847, Adoniram y Emily celebraron su primer aniversario. Mientras cuidaban de sus pequeños y disfrutaban de un esposo amoroso, Emily le escribió a su hermana: "¡Ha sido, sin duda, el año más feliz de mi vida!".

Seis meses después, el 24 de diciembre de 1847, dio a luz a una hermosa y saludable niña, Emily Frances Judson. Los pequeños estaban encantados con su hermanita de piel rosada. Su hogar rebosaba de amor por Cristo y por los demás. Fue un breve periodo de consuelo para Adoniram.

“¡Oh el amor de Cristo!”

Dos años después, a los sesenta y un años, Adoniram seguía caminando por las colinas de Moulmein. «Continúa con su sistema de ejercicios matutinos, que empezó siendo estudiante en Andover», escribió Emily a casa, «y no se conforma con una

simple caminata por terreno llano, sino que siempre elige un sendero cuesta arriba, ¡y luego sigue su camino a saltos con toda la exuberante actividad de la infancia!». Emily no pudo acompañarlo porque luchaba contra una tos persistente.

A diario, el fervor de Judson por el Evangelio parecía aumentar aún más. «Cada libro que leemos, cada pensamiento que reflexionamos, me da la impresión, más que nunca, de que 'Cristo es todo su tema'», escribió Emily a casa.²⁰⁰ «¡Qué profundo motivo de gratitud tenemos a Dios!», exclamó Judson a su esposa. «¡Oh, el amor de Cristo!»²⁰¹

Poco después, Adoniram contrajo un fuerte resfriado, acompañado de fiebre alta.

Estaba seguro de que se recuperaría pronto, pero, en cambio, la enfermedad se asentó en su pecho y poco después sufrió disentería. Durante los meses siguientes, Adoniram pasó la mayor parte del tiempo en cama.

Con mucho tiempo para orar, una noche le exclamó a Emily: "¡Por fin he obtenido la victoria! Amo a cada uno de los redimidos de Cristo como creo que él quiere que los ame. Y ahora estoy en paz con todo el mundo, y lo que es mejor aún, en paz con mi propia conciencia".

La condición de Adoniram empeoró progresivamente, y sus médicos insistieron, como siempre, en que su única esperanza era un viaje por mar para transportarlo del sofocante aire tropical de Birmania a los frescos vientos del océano. Con aprensión, Emily reservó para Adoniram el barco francés Aristide Marie, que zarpaba hacia la Isla de Francia. No pudo acompañarlo porque estaba en las últimas etapas de su segundo embarazo.

“¡Me siento tan fuerte en Cristo!”

“No estoy cansado de mi trabajo”, le confió Adoniram a Emily antes de zarpar, “ni estoy cansado del mundo. Sin embargo, cuando Cristo me llame a casa, me iré con la alegría de un niño que sale corriendo de la escuela... La muerte nunca me sorprenderá; ¡me siento tan fuerte en Cristo!”.

El 6 de abril de 1850, el Aristide Marie zarpó con Adoniram a bordo y su compañero misionero Thomas Ranney como compañero. En cuestión de días, Adoniram perdió las fuerzas. Mientras Ranney se sentaba junto a su cama, el misionero le susurró: «Me alegra que estés aquí. No me siento tan abandonado. Eres mi único pariente ahora, el único a bordo que ama a Cristo; y es un gran consuelo tener cerca a alguien que ama a Cristo».

“La muerte de Adoniram”, le contó Ranney a Emily más tarde, “fue como la de alguien que se va a dormir. La suave presión de su mano mostraba la paz de su espíritu a punto de emprender el vuelo de regreso a casa”. La tarde del viernes 12 de abril de 1850, “Adoniram Judson llegó a su dorada costa”. 205 Como el barco estaba lejos de cualquier costa, fue enterrado en el mar, en la Bahía de Bengala, a unos cientos de millas al oeste del país que amaba.

Tres semanas después, Emily dio a luz a un hijo al que llamó Charles, pero el bebé no sobrevivió al primer día. Su consuelo estaba en Cristo y en los tres preciosos hijos que siempre la acompañaron. Tres meses después, finalmente le llegó la noticia de la muerte de Adoniram; con cariño, empacó todas sus pertenencias y regresó a Estados Unidos con sus pequeños.

En casa, Emily fue bien recibida por la comunidad bautista; trabajó incansablemente para reunir documentos para escribir una biografía oficial de Adoniram.

Por el Dr. Francis Wayland, presidente de la Universidad Brown. Lamentablemente, muchos de los escritos personales de Judson habían sido destruidos por las dificultades de la vida en Birmania. Siempre que era posible, reunía a los seis hijos de Judson y a George Jr. para que pudieran recordar a su padre y compartir su vida como una gran familia.

Trágicamente, Emily nunca se recuperó de la tos persistente que la aquejó en Birmania. El 1 de junio de 1854, a la temprana edad de treinta y seis años, Emily Chubbock Judson falleció de tuberculosis y se unió a los santos misioneros en el cielo.

El legado de Judson: más grande que la vida

Adoniram Judson dejó un legado más grande que la vida.

A su muerte, dejó la Biblia birmana, una gramática birmana y un diccionario birmano-inglés, todos ellos impresos y ampliamente utilizados en Myanmar. Su traducción de la Biblia sigue siendo la más popular del país; todos los diccionarios y gramáticas escritos en los últimos dos siglos se han basado en el que él creó originalmente.

Cuando Adoniram zarpó a bordo del *Aristide Marie*, había 100 iglesias y 8.000 creyentes en Birmania gracias a su llamamiento misionero. Hoy, a pesar de la férrea oposición del gobierno, la iglesia cristiana sigue prosperando con casi cuatro millones de creyentes, la mitad de los cuales son bautistas; muchos son descendientes de la tribu karen.

Cada julio, las iglesias de Myanmar celebran el "Día de Judson", en conmemoración de su llegada con su joven esposa en aquella lejana tarde de julio. En el campus de la Universidad de Yangón (antiguamente llamada Judson College) se encuentra la Iglesia Judson. En esa misma ciudad (antiguamente Rangún), donde Adoniram y Ann trabajaron incansablemente, se fundó un seminario bautista que aún funciona como el Instituto de Teología de Myanmar, abierto a todas las denominaciones protestantes. En un triunfo final de la fidelidad de Dios, la Iglesia Bautista Judson y la Capilla Conmemorativa Ann Hasseltine Judson se alzan en el mismo lugar donde se encontraba la prisión de Oung-pen-la.

En Estados Unidos, Judson es considerado un catalizador importante para la formación de las Asociaciones Bautistas Americanas. Hay más de treinta

Las iglesias estadounidenses llevan su nombre, así como la Universidad Judson en Illinois y el Judson College en Alabama. Durante la Segunda Guerra Mundial, un barco, el SS Adoniram Judson, recibió su nombre en su honor, y Judson Press, en Valley Forge, Pensilvania, publica libros cristianos bajo su nombre.

“¡Resuelve enviar el día a la eternidad!”

Adoniram sufrió persecuciones y tragedias indecibles. Pero tuvo el honor de casarse con tres mujeres excepcionales, cuya fiel dedicación a Cristo y sus diversos talentos lo ayudaron a difundir el evangelio de Cristo por toda Birmania.

De los trece hijos de Adoniram, siete llegaron a la edad adulta. Sus cuatro hijos y su hijastro asistieron a su alma máter, la Universidad de Brown. George Jr., Adoniram Brown y Edward se convirtieron en ministros distinguidos. Edward fundó la Iglesia Bautista Judson Memorial en Market Square, Nueva York, que aún hoy acoge a una numerosa congregación. Abby Ann se convirtió en directora de una escuela para niñas, y la pequeña Emily Frances se casó y tuvo ocho hijos que continuaron la línea de la familia Judson.

En Malden, Massachusetts, se colocó una placa en la primera casa de reunión bautista que dice:

EN MEMORIA
REVERENDO ADONIRAM JUDSON
NACIDO EL 9 DE AGOSTO DE 1788
MURIÓ EL 12 DE ABRIL DE 1850
EN MALDEN, SU LUGAR DE NACIMIENTO.
EL OCÉANO, SU SEPULCRO.
BIRMANOS CONVERTIDOS Y
LA BIBLIA BIRMANA SU MONUMENTO.
SU RÉCORD ESTÁ EN LO ALTO.

En diciembre de 1810, antes de comenzar su ministerio, Adoniram escribió las siguientes palabras. Para cuando fue enterrado en el océano cuarenta años después, las había grabado en el alma de la historia cristiana:

Dios espera ser misericordioso si no huimos de Él... En unos días, nuestra obra estará hecha. Y una vez hecha, estará hecha para toda la eternidad. Una vida consumada es irrevocable. Permanecerá para ser contemplada por toda la eternidad.

Lo mismo puede decirse de cada día. Una vez que pasa, se va para

siempre. ¡Cuánto deseamos ver cada día marcado por la utilidad! Es demasiado tarde para enmendar los días que han pasado. El futuro está en nuestras manos.

Resolvamos, pues, cada mañana enviar el día a la eternidad con el atuendo que deseamos que lleve para siempre. Y por la noche, reflexionemos que un día más se ha ido irrevocablemente, marcado indeleblemente. Buenas noches.

Adoniram Judson había marcado indeleblemente a la iglesia cristiana para la eternidad.

Pídeme, y te daré las naciones como herencia tuya, y como posesión tuya los confines de la tierra. (Salmo 2:8)

¿Estás orando por los no salvos de las naciones como parte de tu herencia?

Capítulo 5

El renacimiento hawaiano

Cuando el cielo besó al paraíso

OMS “¿Quién está a cargo de este país?”, preguntó desafiante el teniente John Percival, comandante del buque de guerra estadounidense Dolphin, a la reina Ka'ahumanu.

“Soy yo”, respondió con calma la reina hawaiana.

—Entonces tú eres rey —respondió—. Yo también soy jefe. Tú y yo somos iguales. Tú eres la persona con la que debo hablar. ¿Eres tú quien ha prohibido que tus mujeres vengan a pasar la noche en nuestros barcos?

—Sí —respondió ella—. Lo hice yo.

Se rió con desprecio y replicó: “¡No fue por ti! ¡Fue por Hiram Bingham!”.

“La decisión fue mía”, insistió. “Por Bingham, la Palabra de Dios nos es revelada”.

—¡Presten atención! —respondió Percival furioso—. ¡Mis hombres vendrán! Si las mujeres no se presentan, los hombres no obedecerán mi palabra. Pronto vendrán a buscar mujeres, y si no las consiguen, ¡lucharán! Estamos listos para la batalla; ¡mi nave es como el fuego!

—Amamos la Palabra de Dios y, por lo tanto, retenemos a nuestras mujeres —respondió Ka'ahumanu con firmeza—. ¿Por qué entonces nos combaten sin motivo?

“No es bueno convertir a las mujeres en tabú. No es así en Estados Unidos”, dijo Percival. Por supuesto, era mentira; y la prostitución sigue siendo tabú en Estados Unidos hoy en día. Argumentó que la reina había regalado mujeres a marineros

ingleses que habían fondeado en el puerto, pero ella le dijo que eso ya no era cierto.

Nos corresponde a nosotros tomar las decisiones respecto a nuestras mujeres. No se las darán a sus hombres.

—¡Los misioneros no son buenos! —gritó Percival—. Son una banda de mentirosos; ¡las mujeres no son un tabú en América! Díganme quién es el hombre que les dijo que las mujeres deben ser un tabú, y mis hombres derribarán su casa. Si... ¡Las mujeres no se liberan del tabú mañana, mis hombres vendrán y derribarán la casa de los misioneros!

A la mañana siguiente, el teniente Percival permitió que el doble de marineros de lo habitual tuvieran permiso para bajar a tierra en Honolulu. Los hombres irrumpieron con porras en la iglesia donde los hawaianos se habían reunido para el culto diario y exigieron: "¿Dónde están las mujeres? ¡Eliminen este tabú y permitan que las llevemos a bordo de nuestros barcos o derribaremos sus casas! ¡Somos ciento cincuenta!". Alzando sus porras, rompieron las ventanas del lugar de reunión.

Corriendo hacia la casa de Hiram Bingham, los marineros lo acorralaron mientras estaba en el porche intentando abrir la puerta principal. Su esposa, Sybil, la había cerrado con llave para protegerse a sí misma y a los niños de los marineros furiosos. Un hombre agarró a Hiram por los hombros, mientras los demás usaban sus garrotes para destrozar las ventanas del misionero. Los niños lloraban de miedo desde dentro de la casa.

Mientras un marinero alzaba un cuchillo frente a Hiram, declarando: «Tú eres el hombre», varios cristianos hawaianos salieron corriendo de la iglesia en defensa de su pastor. Uno de los hombres del Dolphin levantó su garrote para golpear a Hiram en la cabeza, pero fue retenido por los brazos musculosos y los golpes penetrantes de los nativos hawaianos. Solo la súplica de clemencia de Bingham salvó a los marineros de ser golpeados hasta la muerte.

El avivamiento cristiano en las islas hawaianas a principios del

siglo XIX trajo paz a los corazones y almas de miles de nativos hawaianos, pero también provocó ira y venganza por parte de quienes desafiaron el mensaje de Dios al pueblo hawaiano. En esa batalla espiritual, varios misioneros estadounidenses consagrados se pusieron de parte de Cristo y su Palabra.

¿Qué pasó en Hawái?

Entre los muchos misioneros que influyeron en el avivamiento de Hawái, me gustaría presentar a tres en este capítulo: dos hombres y una mujer, quienes fueron usados por el Espíritu Santo para llevar el evangelio al pueblo hawaiano: Hiram Bingham, Betsey Stockton y Titus Coan. Estos tres misioneros fueron importantes en la introducción de Jesucristo en Hawái de maneras muy diferentes.

Bingham fue el primer misionero enviado desde Estados Unidos a las Islas Sándwich (Hawái); impulsó la abrumadora adopción del cristianismo y la educación en la nación hawaiana. Betsey Stockton fue una rareza en la obra misionera temprana. No solo fue la primera misionera soltera de Estados Unidos, sino también una esclava afroamericana liberada. Finalmente, Titus Coan fue el instrumento de Dios para llevar la unción del Espíritu Santo y un gran despertar a las islas hawaianas. Juntos, trajeron a Jesucristo a una nación.

La introducción del cristianismo en Hawái no fue sin una gran lucha. Siempre que el Espíritu Santo obra en la tierra, Satanás también está en movimiento; él "ronda como león rugiente, buscando a quién devorar" (1 Pedro 5:8).

Una cosa podemos decir con certeza: Dios amó a la gente de las islas hawaianas (como los ama hoy), y envió a sus misioneros generales para traerles un nuevo fundamento para la vida: su primer idioma escrito; cientos de escuelas para regenerar sus mentes, lo que resultó en la tasa de alfabetización más alta del mundo en ese momento; libertad del alcoholismo y la prostitución forzada; y, lo más importante, la Palabra eterna de Dios.

Hiram Bingham: primer misionero en Hawái

En una hermosa granja en las colinas de Bennington, Vermont, nació Hiram Bingham el 30 de octubre de 1789. Uno de los trece hijos de Calvin y Lydia Bingham, Hiram y sus hermanos crecieron en un hogar congregacionalista, realizando las tareas agrícolas a diario y obedeciendo las reglas impuestas por un padre disciplinario. Como la mayoría de los niños de la Nueva Inglaterra del siglo XVIII, los siete varones de la familia asistían a la escuela con moderación, asistiendo solo a clases durante los meses de invierno, cuando las labores agrícolas quedaban sepultadas bajo la nieve de Nueva Inglaterra.



Hiram Bingham

(De Retratos de misioneros protestantes estadounidenses en Hawái)

Publicado por la Sociedad de Niños de la Misión Hawaiana, 1901.

Dominio público.)

De todos los chicos Bingham, Hiram era el que sus padres ancianos presumían que era... Cuidaría de ellos y de la granja familiar durante su vejez. Para cuando Hiram cumplió veintiún años, su padre ya tenía más de setenta. Pero cultivar en Vermont no estaba en sus planes. A sus veintiún años, hubo un avivamiento en Bennington, y Hiram entregó su vida a Jesucristo, uniéndose a la Iglesia Congregacional. Aunque su educación había sido mínima durante su infancia, estaba decidido a asistir a una universidad en Nueva Inglaterra y prepararse para una futura vida en el ministerio.

Deber y ética laboral

Antes de que Hiram pudiera continuar sus estudios, necesitaba ponerse al día con sus estudios de griego y latín. En aquella época era común contratar un tutor personal, así que contrató al reverendo Elisha Yale para que lo preparara para los rigores de la educación superior. Dos años después, a los veintitrés años, ingresó en el Middlebury College de Middlebury, Vermont, como estudiante de Biblia. La fuerte personalidad de Bingham, su inquebrantable sentido del deber y su ética de trabajo lo impulsaron a ser el mejor de su clase.

Su don de liderazgo era evidente tanto en el aula como en el campus. Bingham se hizo miembro de la Andover Tract Society y de la Corban Society (para ayudar a los residentes necesitados de la zona), y ayudó a fundar una Sociedad Bíblica para animar a sus compañeros en la fe. En 1816, él y su compañero de estudios David Root pidieron a la Iglesia Congregacional local un estudio bíblico los domingos por la mañana temprano; estas clases se convertirían con el tiempo en la primera escuela dominical oficial de Nueva Inglaterra.

Tras graduarse en Middlebury, Hiram solicitó ingreso al Seminario Teológico de Andover, la misma institución que, tan solo cuatro años antes, había enviado a los primeros misioneros estadounidenses, entre ellos Adoniram Judson, a la India y Birmania. En Andover, la Junta Americana de Comisionados para las Misiones Extranjeras (ABCFM) seguía entrevistando candidatos para enviarlos como misioneros al extranjero y llevar el mensaje de Cristo al mundo. Además de estudiar las Escrituras durante horas cada día, Bingham dedicaba su tiempo a sobresalir en hebreo y griego. Todo candidato a misionero sabía que traducir la Biblia del hebreo y el griego originales a una lengua materna sería una parte vital de su labor misionera.

Bingham era conocido por su incansable fervor en el estudio de la Palabra de Dios. Era inflexible en su amor por el Señor, pero también era puritano en su protesta contra todo lo mundano, condenando el baile, las cartas y toda frivolidad. Había sido criado

como un joven con deber y responsabilidad, y conservaba esas cualidades en su fe cristiana. Esa personalidad firme e inquebrantable sería tanto su mayor fortaleza como su principal debilidad durante veintiún años de predicación del evangelio en las islas hawaianas.

Estudiantes inusuales en Nueva Inglaterra

Durante su estancia en Andover, Hiram conoció a cinco jóvenes estudiantes inusuales para la Nueva Inglaterra de principios del siglo XIX. Henry Obookiah, Thomas Hopu, William Kanui, John Honolii y George Tamoree eran "hawaianos", o nativos de lo que entonces se llamaban las Islas Sandwich. Habían dejado sus hogares en las islas del Pacífico siendo niños, deseosos de vivir aventuras en buques de guerra estadounidenses que partían de la bahía de Honolulu.

Desde 1809, vivían en Estados Unidos, donde los jóvenes habían aceptado a Cristo como Salvador y se habían matriculado como estudiantes de la Biblia en la Escuela de Misiones Extranjeras de Cornwall, Connecticut. Un joven isleño en particular, Henry Obookiah, sentía una pasión ardiente por compartir a Cristo con su pueblo; derramó lágrimas al hablar de llevar la Palabra de Dios de regreso a su tierra natal. «Que el Señor Jesús more en mi corazón y me prepare para ir y pasar el resto de mi vida con ellos. Pero no se haga mi voluntad, oh Señor, sino la tuya». 209 Desafortunadamente, mientras Obookiah organizaba un equipo misionero para viajar a las islas, enfermó gravemente y falleció.

Durante esos mismos meses, Hiram oraba pidiendo la guía del Señor en su destino misionero. Al darse cuenta de que el equipo misionero de Obookiah a las Islas Sandwich se encontraba sin líder, se acercó a la junta estadounidense. «Sintiendo un nuevo impulso por ser pionero en la tarea de difundir el evangelio en esa parte de las Islas del Pacífico, me ofrecí voluntariamente a la Junta Estadounidense para ese propósito». 210 Tras un tiempo dedicado a la oración, escribió: «El lenguaje del Espíritu Santo parece ser: “Ve pronto al rescate de los paganos moribundos, y yo iré

contigo”». Animado por su hermano mayor, Amós, y algunos amigos, Hiram solicitó y fue aceptado como misionero en las prácticamente desconocidas Islas Sandwich. Se graduó de Andover a principios del otoño de 1819 y esperaba con ansias su ordenación unas semanas después.

Casados en tres semanas

Bingham había tomado una decisión; estaba listo para dedicar su vida a los nativos no salvos al otro lado del mundo. Pero entonces su prometida, Sarah Shepherd, decidió que una vida de servicio en las islas agrestes del Océano Pacífico no era para ella y rompió su compromiso. ¿Qué haría Hiram ahora? La junta de misiones estadounidense había decidido que todos los misioneros debían ser... Se casó antes de partir al campo; una esposa le brindaría compañía en su trabajo solitario y protección contra la tentación sexual mientras estaba tan lejos de casa. ¿Dónde encontraría Bingham una esposa antes de partir?

El 29 de septiembre de 1819, día de la ordenación de Hiram en Goshen, Connecticut, conoció a Sybil Mosely, una joven que se detuvo a preguntarle cómo llegar al servicio de ordenación. Él se ofreció a llevarla en su carruaje. En el camino, descubrieron su mutuo deseo de servir a Cristo en el campo misionero extranjero. No había tiempo para un noviazgo; en cuestión de días, Bingham le propuso matrimonio a Sybil y, tres semanas después, el 11 de octubre de 1819, se casaron en Hartford, Connecticut. A finales de mes, los recién casados, aún relativamente desconocidos, emprendieron juntos su viaje hacia un nuevo mundo.

Un viaje de dieciocho mil millas

Los Bingham zarparon del puerto de Boston el 30 de octubre de 1789 en el barco Thaddeus, junto con otra pareja misionera, Asa y Lucy Thurston. Asa se había graduado en Andover y había sido ordenado junto con Hiram. «Aunque dejé a mis amigos, mi hogar y mi país —escribió Bingham más tarde—, como supuse para siempre, y por muy difícil que fuera la despedida, consideré ese día uno de los más felices de mi vida».

La compañía misionera pionera estaba compuesta por dos

predicadores y traductores ordenados (Bingham y Thurston), un médico, dos maestros de escuela, un impresor, un granjero, las esposas e hijos de los siete hombres y tres hawaianos que regresaban de América. También contaban con una imprenta a bordo, pues estaban dispuestos a imitar el éxito de William Carey al imprimir la Biblia bengalí para los nativos de la India.

Fue un viaje de cinco meses y medio desde Boston, navegando hacia el sur por el océano Atlántico, rodeando el Cabo de Hornos en el extremo sur de Sudamérica, y luego al noroeste hasta las Islas Sandwich, atravesando dieciocho mil millas de mar abierto. Durante la ardua travesía, el liderazgo natural de Hiram lo impulsó a liderar la compañía misionera.

Al avistar las islas por primera vez en marzo de 1820, Hiram escribió: «El imponente Mauna Kea alzaba su cumbre nevada por encima de las oscuras y densas nubes que lo envolvían. Los nativos que nos acompañaban gritaron de alegría al ver su hogar desde ochenta millas mar adentro». 213

La muerte del capitán Cook en las Islas Sandwich

¿Qué sabían Bingham y Thurston sobre las Islas Sandwich, donde ¿Se habían comprometido a pasar el resto de sus vidas misioneras?

Cuarenta y dos años antes, el 18 de enero de 1778, el capitán británico James Cook fue el primer europeo en avistar estas brillantes tierras del Pacífico. Este fue el tercer viaje de Cook explorando el océano Pacífico; llegó primero a la isla de Oahu. Impresionado por la majestuosidad de las montañas volcánicas y las playas de aguas cristalinas, bautizó el archipiélago como Islas Sandwich, en honor a John Montagu, cuarto conde de Sandwich, uno de sus más devotos patrocinadores. Ese nombre se usó hasta la década de 1840, cuando el nombre local, Hawái, lo sustituyó gradualmente.

Durante diez años, Cook había escrito apasionantes diarios sobre sus aventuras marítimas, publicados como "Los viajes del capitán Cook". (Eran los mismos diarios que cautivaron a William

Carey de niño, incitándolo a soñar con visitar tierras exóticas). Ahora, el capitán británico tendría el honor de presentar las Islas Sandwich a todo el mundo occidental. Cuando el capitán Cook llegó a las islas, calculó que vivían allí unos 300.000 nativos. Aunque al principio fue recibido con cariño por los isleños, su entusiasmo pronto se convirtió en desconfianza. El 14 de febrero de 1779, a los cincuenta años, el capitán Cook fue apuñalado y asesinado durante una pelea por un barco robado en las playas de la bahía de Kealakekua.

Aunque su héroe marino había fallecido, en cuanto el mundo occidental supo de las Islas Sandwich, barcos balleneros y veleros de muchas naciones acudieron a sus puertos para establecer un nuevo puerto comercial en el Pacífico. Los marineros con permiso en tierra visitaron las islas y comenzaron a propagar la "enfermedad del comerciante"; estas eran las enfermedades que los extranjeros infligían a la población nativa, en particular el sarampión, la viruela y las enfermedades de transmisión sexual.

El violento rey hawaiano

Los misioneros también conocían al rey Kamehameha I, el rey más famoso de las islas, conocido por unificar las ocho principales Islas Sandwich bajo un solo gobierno. Fue célebre por este logro histórico, pero no se produjo sin una gran cantidad de combates y derramamiento de sangre.

Durante siglos, cada isla tuvo su propio rey y varios jefes que gobernaban al pueblo. Kamehameha estaba decidido a ser el rey supremo. A través del engaño, la traición y el combate cuerpo a cuerpo entre los líderes de la isla y Kamehameha, se perdieron miles de vidas nativas. «Era un hombre violento», decía la gente de su rey. «Nada podía apaciguar su ira».

En un intento por garantizar su victoria, Kamehameha construyó un templo a la guerra dios, Kūkā'ilimoku, y, a veces, ofrecía sacrificios humanos en su altar. También adoraba a sus dioses polinesios siguiendo el código de leyes llamado kapu, o tabúes. El pueblo hawaiano se enfrentaba a la muerte si rompía alguno de estos tabúes. Por ejemplo, si un hombre y una mujer comían

juntos, eran condenados a muerte; si la sombra de un plebeyo se cruzaba con un jefe o un príncipe, a la muerte; si las mujeres comían ciertos alimentos, como plátanos, coco, cerdo y varios tipos de pescado, a la muerte. Después de años de derramamiento de sangre, con diez mil víctimas de guerra y ejecuciones tabú, Kamehameha finalmente se convirtió en el amo de toda la cadena de islas hawaianas en 1810.²¹⁵ Un resultado crítico tanto del derramamiento de sangre como de las "enfermedades de los comerciantes" fue una rápida despoblación de las islas. Para cuando

Los misioneros estadounidenses llegaron en 1820 y sólo quedaban 130.000 nativos de los 300.000 que el capitán Cook había estimado apenas cuarenta años antes.²¹⁶

Destruir los templos

La tierra de Kamehameha, llena de sangre y tabúes, era lo que Bingham y los demás misioneros esperaban encontrar a su llegada. Pero el 8 de mayo de 1819, cinco meses antes de que el equipo misionero partiera del puerto de Boston, falleció el rey Kamehameha I. Durante su última enfermedad, el rey decretó que su esposa favorita, la reina Ka'ahumanu, sería la reina regente, y que su hijastro, Liholiho, sería el nuevo rey: «Compartirían la tierra juntos».

Tras años de guerra y tabúes, los nuevos líderes estaban cansados de la cultura de muerte de Kamehameha. El rey y la reina regente se reunieron con Hewahuwa, el sumo sacerdote real; juntos acordaron que era hora de acabar con el sistema kapu. Una noche, durante un banquete real con numerosos jefes de la isla presentes, la reina entró en el edificio de los hombres y se sentó a cenar con Liholiho y su hermano menor, rompiendo así el sistema kapu y poniendo fin a los tabúes para siempre.

“Cuando terminó la fiesta, el rey emitió sus órdenes de que todos los ídolos debían ser derribados, los templos destruidos y el sacerdocio abolido.”²¹⁷ Según un relato misionero, el propio sumo sacerdote confesó: “Sabía que las imágenes de madera de las deidades talladas por nuestras propias manos no

podían satisfacer nuestras necesidades... Mi pensamiento siempre ha sido que solo hay un gran Dios que mora en los cielos.”²¹⁸

El pueblo hawaiano se sumió en un estado de confusión. Ya no había una "religión" que seguir: no había estabilidad, ni reglas, ni kapus. Los sacerdotes habían abandonado sus altares y su sistema de tabúes, y la gente no sabía adónde acudir. ¡Claro que Dios sabía lo que estaba sucediendo en las islas hawaianas! A este vacío religioso, envió al equipo misionero estadounidense con el mensaje de salvación eterna por medio de Jesucristo.

“¡Qué sorprendidos se sorprendieron nuestros corazones — escribió Bingham— y nos sentimos más animados de lo esperado al escuchar el asombroso informe! Kamehameha ha muerto; su hijo Liholiho es rey; los tabúes han sido abolidos; las imágenes han sido destruidas; los templos de adoración idólatra han sido quemados... ¡La mano de Dios! ¡Cuán visible es al responder ya a las oraciones de su pueblo por la raza hawaiana!”.

“Aloha”

Además de escuchar la maravillosa noticia del fin del sistema religioso tabú, los misioneros fueron recibidos por nativos entusiasmados que remaron hacia el Thaddeus en sus canoas. Los nativos gritaron "¡Aloha!", un saludo que se traduce como "buena voluntad y paz", y luego les ofrecieron fruta de la isla. Los estadounidenses les ofrecieron galletas a cambio.

Los nativos estaban especialmente encantados con las esposas de los misioneros. Habían visto a decenas de marineros caucásicos, pero ninguna mujer blanca. Al desembarcar, los misioneros contemplaron la gran aldea de casas de paja, imponentes cocoteros y bahías azules. Estaban encantados con su nuevo entorno, pero abrumados por los nativos que se agolpaban a su alrededor sin darles un momento de privacidad.

Aun así, Bingham terminó el día escribiendo: «Alabado sea el Señor por su bondad y por sus maravillosas obras para con los hijos de los hombres». Cuando los misioneros se reunieron con el

rey unos días después, Bingham escribió: «Le ofrecí el evangelio de la vida eterna y me propuse enseñarle a él y a su pueblo la Palabra escrita y vivificante del Dios del cielo».

El rey Liholiho escuchó cortésmente, pero declinó la oferta; no le interesaba renunciar a sus cinco esposas ni al placer de beber ron. Concedió a los misioneros su permiso real para permanecer en las islas, pero les pidió que establecieran una misión en Honolulu, Oahu (donde permaneció Bingham) y otra en Kailua, en la Gran Isla de Hawái. Esta última se convirtió en el hogar y la misión de Asa y Lucy Thurston durante los siguientes cuarenta y siete años.

La reina Ka'ahumanu recibió a los misioneros con un aire de altivez y confianza en sí misma, como cogobernante del joven rey. Bingham no podía imaginar que Ka'ahumanu sería la persona más importante de Hawái para extender el reino de Dios.

Sediento de aprender

Un mes después de su llegada, Bingham pudo abrir su primera escuela en Honolulu. Anunció al rey y a sus jefes que la educación estaba disponible para cualquiera que se esforzara por aprender. También compartirían el evangelio cristiano, que era gratuito para todos y una guía en el camino de... justicia, templanza y salvación.”

El rey no quería que la gente común aprendiera antes que él, así que asistió a la escuela de inmediato, estudiando primero con Asa Thurston en Kailua, junto con sus esposas y su hermano menor. Mientras los misioneros trabajaban arduamente para desarrollar la lengua escrita hawaiana, ellos y sus esposas también enseñaron a los nativos el alfabeto inglés, para que se acostumbraran a reconocer cómo las letras forman sonidos y luego palabras.



Misioneros predicando bajo los bosques de kukui, 1841.

(Dibujado por Alfred T. Agate. Grabado por JA Rolph. Dominio público).

El rey y sus jefes acogieron con agrado la educación para su pueblo. En tres meses, la escuela de Honolulu, dirigida por Sybil Bingham, había crecido de diez estudiantes adultos a cuarenta con cinco horas diarias de asistencia. Los esfuerzos conjuntos de Asa Thurston, los dos maestros estadounidenses, sus esposas y muchos maestros nativos bien capacitados les permitieron abrir escuelas en todas las islas. Durante los siguientes diez años, se establecerían cientos de escuelas en las islas hawaianas, y más de 50.000 nativos se convertirían en estudiantes tanto del idioma hawaiano escrito como de la Palabra de Dios.

A medida que aumentaba el número de personas, Asa Thurston escribió a la ABCFM pidiendo ayuda: “Queremos hombres y mujeres que tengan almas, que estén crucificados al mundo y el mundo a ellos, que tengan sus ojos y oídos fijos en la gloria de Dios en la salvación de los paganos, que estén dispuestos a sacrificar todo interés excepto el de Cristo... a ellos les decimos: “Hermanos, vengan y ayúdenos”. 220

Creando un alfabeto hawaiano

Cuando los misioneros llegaron en 1820, el pueblo hawaiano no tenía lengua escrita, ni alfabeto de ningún tipo, ni literatura para comunicar sus ideas. Historia de la isla. Tenían tradiciones orales únicamente para transmitir los acontecimientos del pasado.

Una parte interesante de la historia oral fue una profecía de que alguien vendría a ellos desde el “cielo” para hablarles del “Dios verdadero”, algo completamente diferente a todo lo que habían conocido; y que los tabúes del país nunca volverían a seguirse.²²¹

El objetivo de Bingham no era cambiar el idioma de la nación hawaiana, sino desarrollar un alfabeto simple para que la lengua escrita se entendiera fácilmente. «Queremos darles la Biblia en su propia lengua, con la capacidad de leerla por sí mismos», escribió Bingham.²²² Otro objetivo de los misioneros era proporcionar a los nativos las herramientas necesarias para escribir su propia literatura y registrar su historia oral en papel para que estuviera disponible para las generaciones futuras.

Al estudiar el hawaiano hablado mientras aún estaban a bordo del Thaddeus, Bingham y Thurston descubrieron que solo había unos pocos sonidos vocálicos en la lengua nativa y que cada palabra terminaba en vocal. Para facilitar al máximo la lectura y la escritura, idearon un alfabeto de cinco vocales y siete consonantes (a, e, i, o, u, h, k, l, m, n, p, w) para expresar todos los sonidos del dialecto hawaiano puro. Posteriormente, se introdujeron nueve consonantes adicionales para las palabras extranjeras que se añadieron al hawaiano.

“Comenzamos”, registró Bingham, “dedicándonos a la adquisición del idioma hawaiano, reduciéndolo a una forma escrita y preparando libros de instrucción para la nación, enseñando a todas las clases a usarlos lo más rápidamente posible”.²²⁴

El 7 de enero de 1822 fue un día de alegría. Apenas veinte meses después de la llegada de los misioneros a las islas, la imprenta estaba en pleno auge, ¡imprimiendo la primera página en hawaiano! Esto se logró, escribió Hiram, «para darles cartas, bibliotecas y oráculos vivientes en su propia lengua, para que la nación pudiera leer y comprender las maravillosas obras de Dios».²²⁵

Ese día, los Bingham repartieron las primeras hojas de

ortografía a setenta alumnos que apenas podían contener la emoción. En pocos meses, había quinientos nuevos estudiantes solo en la escuela de Honolulu. A petición de Kamehameha II (Liholiho), se imprimieron cien ejemplares del primer libro de ortografía hawaiana para que él, sus jefes y sus familias aprendieran la lengua escrita. A pesar de su resistencia inicial, la reina Ka'ahumanu también entró en la escuela como alumna; y, a los cincuenta años, aprendió con entusiasmo cómo...leer y escribir en su lengua materna.

La reina Ka'ahumanu encuentra a Jesús

Se tardó más en llevar el mensaje de Cristo a los nativos que en entusiasmarlos por aprender. Poco a poco, a medida que escuchaban del amor y la redención de Cristo en las escuelas y los servicios religiosos, cada vez más hawaianos aceptaban a Cristo como Salvador. Bingham creía que su función personal era acercar el evangelio de Cristo a la familia real y a los demás líderes hawaianos. Así, podrían ayudar a presentar la verdad de Dios a su pueblo.

Uno de los primeros líderes en abrazar el cristianismo fue Juan II, consejero especial del rey. Antes de partir de Honolulu para acompañar al rey, Ii habló con Bingham sobre su nueva fe.

“Me voy de tu lado”, le dijo Ii al misionero. “Quiero que ores conmigo primero. No sé cómo usar las palabras, pero oro en mis pensamientos”.



Reina Ka'ahumanu

“Dios puede entender tus pensamientos”, respondió Bingham, “cuando tus palabras son pocas o entrecortadas o incluso sin palabras”.

Juan II respondió con esta oración: «Padre nuestro que estás en los cielos, te amamos. Deseamos que nos cuides. Cuida del rey y de todas las reinas. Cuida de la tierra...». 226

La reina Ka'ahumanu seguía sin mostrar mucho interés en la "nueva fe" hasta diciembre de 1821, cuando enfermó gravemente. Los Bingham acudieron a su casa para orar por ella, y Sybil, compasivamente, pasó días a su lado, ofreciéndole consuelo y oraciones. Tras su recuperación, la reina regente asistió a su primer servicio religioso para escuchar el mensaje del evangelio. Bingham se regocijó de que la influyente reina, que amaba sinceramente a su pueblo, estuviera dispuesta al menos a escuchar lo que el evangelio ofrecía. "El Señor tenía una gran obra para ella", escribió Bingham más tarde. "Debía convertirse en una humilde discípula" de Cristo y reformadora de su nación".227

Un extraño camino hacia el avivamiento

El joven rey Liholiho aún no estaba interesado en escuchar el evangelio. Dedicó su vida a las festividades diarias con sus cinco esposas y sus jefes. Beber mucho ron, introducido por los marineros extranjeros, se había convertido en una forma de vida para muchos hawaianos.

«No puedo arrepentirme de inmediato», le confió el rey a



Bingham una tarde. «Mi maldad es muy grande. Pero en cinco años, me volveré y abandonaré el pecado».

Kamehameha II

La madre del rey, Keōpūolani, había aceptado a Cristo e intentó persuadir a su hijo para que escuchara a los misioneros, pero sus súplicas fueron desatendidas. Al acercarse la muerte, le susurró a Bingham, quien estaba sentado a su lado: «Grande es mi amor por la Palabra de Dios. Es verdadera, es buena. Un buen Dios es Jehová. Los dioses de Hawái son falsos. Amo a Cristo. Me he entregado a Él... Grande es mi deseo de que mis hijos sean instruidos en Cristo y conozcan y sirvan a Dios». 229

Tras la muerte de su madre, Kamehameha II se volvió aún más inquieto, viajando de isla en isla. Desesperado por una aventura emocionante, los capitanes británicos le aseguraron que el rey Jorge lo recibiría en Inglaterra. Así, el rey hawaiano decidió precipitadamente viajar por todo el mundo para visitar Inglaterra y al rey Jorge IV. Después, navegaría hacia Estados Unidos para reunirse con el presidente James Monroe. El capitán Starbuck, capitán estadounidense del ballenero L'Aigle, ofreció al rey y a su séquito un pasaje gratuito a Inglaterra. Liholiho tomó a su esposa favorita y a varios de sus jefes y zarpó de la bahía de Honolulu el 27 de noviembre de 1823.

Con la libertad de reinar sola, la reina Ka'ahumanu comenzó a reformar Hawái.

La conversión pública de la Reina

El 5 de diciembre de 1825, tuvo lugar uno de los acontecimientos más notables de la historia cristiana hawaiana. La reina Ka'ahumanu, su nuevo esposo, Kaumualii, y cinco de sus jefes fueron aceptados en la iglesia de Cristo y se sentaron en la Santa Cena por primera vez.

La Reina anunció que “estaba decidida a atender las instrucciones de los misioneros, a observar las leyes de Dios ella misma y a instruir a su pueblo en las letras y en la nueva religión”. 230 Proclamó: “Esta es mi palabra y mi mano —me estoy fortaleciendo— declaro en la presencia de Dios que me arrepiento de mis pecados y creo en Dios nuestro Padre”. Había quinientos hawaianos, tanto miembros de la realeza como plebeyos, presentes en el servicio y escuchando el anuncio de la reina.

Dirigiéndose a ellos, preguntó: “¿Están dispuestos a unirse a mí en esta buena obra?”. Muchos respondieron: “Sí”. 231

A partir de este momento, las costumbres de Hawái comenzaron a cambiar rápidamente, principalmente para el bien de la nación. Es en estos ámbitos donde Hiram Bingham ha recibido las mayores críticas por su influencia personal en el gobierno hawaiano. Su intención era llevar el evangelio de Cristo y sus mandamientos al pueblo hawaiano. Lo hizo simplemente mediante su visión puritana de cómo debería ser una "nación cristiana". Había crecido en una fe que reflejaba un cristianismo basado en el trabajo, expresando el amor a Cristo con lo que se hacía y lo que se dejaba de hacer. A veces, era rígido, pero ciertamente no era del todo malo.

Mientras Bingham enseñaba la Palabra de Dios, la reina reconoció que algunas prácticas del país debían cambiar. El pueblo hawaiano consumía una enorme cantidad de alcohol; la prostitución de niñas hawaianas con marineros extranjeros era rampante; y el adulterio, la poligamia, el asesinato e incluso el infanticidio seguían impunes en la cultura.

La nueva comprensión del evangelio por parte de la reina lo cambió todo. Con la influencia de Bingham, el gobierno estableció el domingo como el Día del Señor; no se permitía trabajar, jugar al aire libre ni consumir alcohol ese día. Bingham creía que la templanza, o el rechazo total de todas las bebidas alcohólicas, era una parte importante del compromiso cristiano con Cristo.

La venta y el consumo generalizados de ron se prohibieron el sabbat y finalmente se declararon ilegales también durante el resto de la semana. Bingham solía hablar con los jefes: «Si un barco no puede ser bien gobernado por un borracho... Capitán, ¿cuánto menos una nación por un gobernante ebrio?» 232 Aunque muchos de los nativos habían vivido anteriormente en la ebriedad y la idolatría, los misioneros compartieron las Escrituras de la libertad, como esta: «Y esto eran algunos de ustedes. Pero fueron lavados, pero fueron santificados, pero fueron justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios» (1 Corintios

6:11 NVI).

Bingham ha sido condenado en algunos relatos históricos por alentar a los hawaianos a abolir el baile hula; sin embargo, a su llegada a las islas hawaianas, el hula era una celebración sensual en honor a Laka, la diosa de la fertilidad. Por lo tanto, no lo consideraba una tradición hawaiana apreciada, sino una forma de adoración a un dios falso.

A pesar de la controversia sobre las nuevas leyes establecidas por la reina, la iglesia cristiana prosperaba. Para 1825, las congregaciones de muchas de las iglesias de la isla contaban con entre 600 y 1000 nativos cada domingo por la mañana. Entre 3000 y 4000 personas se reunían para los servicios religiosos en Honolulu. Finalmente, Bingham diseñó una gran iglesia de piedra permanente para Honolulu. Se llamó Iglesia Kawaiaha'o y aún hoy se mantiene como la iglesia más antigua de las islas hawaianas. Ese mismo año, se imprimieron 16 000 libros de ortografía, que fueron utilizados por la nación, repleta de estudiantes.

En medio de los informes positivos del pueblo hawaiano, llegó la triste noticia de que un año antes, el 13 de junio de 1824, Kamehameha II (Liholiho) había muerto de sarampión en Inglaterra. Él y su esposa se infectaron poco después de llegar a Gran Bretaña, y en cuestión de días fallecieron sin siquiera conocer al rey británico. Bingham recordó la proclamación anterior de Kamehameha II de que quería vivir cinco años más para sí mismo antes de convertirse a Cristo; pero no había vivido ni la mitad de esos cinco años. Bingham se entristeció por la noticia de la muerte del rey. «Qué claro es que la educación y la civilización sin una firme creencia en la Palabra de Dios lograrán poco o nada por los perdidos». 234

Marineros lujuriosos enojados

Las islas hawaianas no sólo eran el puerto de parada favorito de los capitanes de barco para reacondicionar sus barcos o comprar nuevos suministros, sino que también eran famosas por su abundancia de jóvenes vírgenes o prostitutas, que eran vendidas por sus servicios en los barcos mientras estaban anclados

en el puerto.

Lucy Thurston escribió con gran tristeza sobre el comportamiento de las mujeres hawaianas cuando un barco atracaba en el puerto: "Una hermandad de quince o veinte se reunió y tomó asiento en un lugar visible del pueblo para exhibirse. Sus propios parientes, tal vez padres o hermanos, o incluso esposos,

Luego remaron toda la compañía de mujeres y muchachas para pasar la noche a bordo de ese barco especialmente para gratificación de los marineros". 235 Por sus servicios, las mujeres fueron "recompensadas" con una pieza de ropa extranjera.

El comportamiento ilícito desencadenó la propagación de enfermedades venéreas por todo Hawái. Los misioneros estaban indignados y afligidos por la violación de los mandamientos de Dios por parte de los capitanes y marineros que afirmaban provenir de naciones "cristianas".

Todo eso cambió con la llegada del evangelio de Cristo y el decidido liderazgo de Hiram Bingham.

El Dolphin, un buque de guerra estadounidense comandado por el teniente John Percival, atracó en la bahía de Honolulu en enero de 1826 para realizar reparaciones antes de regresar a Estados Unidos. Percival y sus hombres llegaron a las costas de Honolulu en busca de «comprar mujeres viles» para los marineros mientras estaban fondeados. La reina Ka'ahumanu respondió con una nota al teniente informando que su país había promulgado nuevas leyes que prohibían la prostitución y que los hombres no podían comprar los servicios de las mujeres.

La respuesta escrita de Percival a la reina fue: «Iré a hablar con la reina. Si el Sr. Bingham viene, le dispararé. Aunque mi embarcación es pequeña, ¡es como el fuego!». Ka'ahumanu leyó la nota a sus jefes y luego los animó: «Seamos firmes del lado del Señor y sigamos Su Palabra». 237

Al día siguiente, Percival visitó a la reina; su encuentro terminó con la desafiante discusión de Percival con Ka'ahumanu y el

posterior asalto de los marineros a la casa de Bingham, incidentes que se describen en las primeras páginas de este capítulo.

Después de que le negaran repetidamente mujeres para su barco, el teniente Percival se quejó ante las autoridades del puerto marítimo de Honolulu: "¡El Sr. Bingham ha interferido con las regulaciones civiles de este lugar y ha privado a mis marineros del disfrute que siempre han tenido cuando visitan esta isla!"²³⁸

La Junta Estadounidense de Comisionados para Misiones Extranjeras se enteró del incidente y solicitó respetuosamente a las autoridades navales estadounidenses que investigaran las acusaciones. Se realizó una investigación naval en Charleston, Carolina del Sur, y el teniente Percival fue sancionado por sus acciones.

El avivamiento explota

A finales de la década de 1820, la iglesia creció tanto que los misioneros tuvieron que predicar al aire libre, a veces ante multitudes de 10.000 nativos. Había seis grandes iglesias en las islas con 12.000 asistentes; había 26.000 estudiantes en las escuelas y 440 profesores nativos hawaianos.

Bingham escribió a la Junta Americana: "Sus corazones saltarían de alegría y darían gracias a Dios por haber puesto en el corazón de cualquiera la voluntad de cruzar las anchas aguas que nos dividen y predicar la salvación a este pueblo".²⁴⁰

Los comandantes navales británicos y estadounidenses seguían acusando a los misioneros, y en particular a Bingham, por los cambios en la legislación hawaiana, no solo en lo referente a la prohibición de la prostitución, sino también a las restricciones del sabbat y la falta de ron y juegos de azar. Finalmente, en apoyo de los misioneros, el presidente John Quincy Adams intervino reconociendo el derecho soberano de Hawái a establecer sus propias leyes, que debían ser obedecidas por todo el personal naval estadounidense: «Nuestros ciudadanos que violan sus leyes o interfieren con sus regulaciones, violan al mismo tiempo su deber para con su propio gobierno y país...». ²⁴¹

La Reina abraza el primer Nuevo Testamento hawaiano

En 1832, la misión de Honolulu imprimió un total de siete millones de páginas en hawaiano. Además, tras doce años de traducción, ¡el Nuevo Testamento hawaiano finalmente estaba completo!

Al mismo tiempo, la misión se sentía entristecida; la salud de la reina Ka'ahumanu se deterioraba. Tenía sesenta y cuatro años y padecía una enfermedad que los médicos no podían diagnosticar. A pesar de estar postrada en cama, tras siete años de guiar a su nación en el amor de Cristo, proclamaba constantemente su inquebrantable confianza en Jesús como su Amigo y Salvador.

Hiram llevó un Nuevo Testamento recién encuadernado a la cabecera de la reina. «Ella tomó el sagrado premio en sus manos mientras yacía en su humilde lecho, lo hojeó para asegurarse de que realmente era la Biblia y lo declaró maikai: ¡excelente!».

En sus últimos días, Bingham le habló con dulzura a la reina: «Isabel [su nombre de pila], esta es quizás tu partida. Permanece en Jesús; Él es tu Médico, tu Salvador. Deseamos que te quedes con nosotros; esa sería nuestra alegría; pero creemos que el Señor pronto te alejará de nosotros».

“Iré a Él”, respondió ella, “y recibiré consuelo”. Ka'ahumanu murió justo antes del amanecer del 5 de junio de 1832.²⁴²

La nación hawaiana sintió la conmoción de perder a su amada reina; y el cuerpo de Cristo en Hawái, su más firme apoyo. Nadie pudo ocupar su lugar.

“Fue una distinguida reformadora de su nación, una afectuosa amiga de los misioneros y una firme defensora de su causa”, escribió Bingham a la ABCFM. Podía decir con certeza, como el apóstol Pablo: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe; por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Timoteo 4:7-8).

El nuevo rey, Kamehameha III, era demasiado

joven para gobernar solo, por lo que su hermana mayor, Kinau, fue nombrada reina regente. Ella deseaba seguir «los caminos de Jehová, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios de los vivos y no de los muertos». 243 Pero el joven rey se había interesado más por el ron y por la frivolidad de los años pasados de Hawái, antes de la llegada de los misioneros. Levantó las restricciones a la fabricación y venta de alcohol, permitiendo el restablecimiento de las casas de venta de ron. Aunque los misioneros se entristecieron por este giro de los acontecimientos, se dedicaron a la predicación, la enseñanza y la publicación de las Escrituras, concentrándose en la traducción del Antiguo Testamento hawaiano.

El avivamiento arrasa las islas

Durante los últimos diez años de Bingham en la isla hawaiana, cada área del ministerio continuó creciendo. El número de alumnos en las escuelas llegó a 50.000, y Hawái era conocido por tener la tasa de alfabetización más alta del mundo en aquel entonces. Se imprimieron y distribuyeron millones de páginas de textos hawaianos por todas las islas.

Puede que los estándares sociales en Hawái se hayan deteriorado tras la muerte de Ka'ahumanu, pero el Espíritu Santo seguía obrando entre la gente con su poder de unción. Un gran despertar se extendió por las islas hawaianas gracias a las oraciones y el ministerio del reverendo Titus Coan, quien llegó de Estados Unidos en junio de 1835. Más adelante en este capítulo, leeremos más sobre el lugar de Coan en la iglesia hawaiana.

Bingham fue verdaderamente bendecido por el nuevo avivamiento a través del ministerio de Coan:

De hecho, hubo un temblor entre los huesos secos de toda la nación. El Espíritu de Dios se cernía sobre las islas de forma manifiesta. El evangelio demostró ser el poder y la sabiduría de Dios para la recuperación de los perdidos.

Nuestros oídos pudieron oír y nuestros ojos ver cosas gloriosas en nuestra Sión hawaiana. Miles de liberados parecían venir a Sión y celebrar las alabanzas del Libertador.

Esta amable visitación del Espíritu de Dios desde lo alto llevó a miles de personas a congregarse en las puertas de los santuarios, donde se les habló con una sinceridad inusual y donde el clamor unido de muchos ascendió al cielo”. 244

Más de 7000 personas se unieron a las iglesias hawaianas en cuestión de meses, 600 de ellas niños y adolescentes. El avivamiento continuó durante los siguientes siete años.

El 10 de mayo de 1839, salió de la imprenta la última página de la Biblia completa, que incluía tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. Bingham respondió: «La exposición de la Palabra de Dios alumbró». (Véase Salmo 119:130).

Hiram Bingham nunca regresó

Hiram y Sybil Bingham decidieron navegar hacia Nueva Inglaterra para una breve licencia en 1841. Hiram realmente no quería abandonar Hawái, pero Sybil estaba enferma y necesitaba descansar; también anhelaba ver a sus cuatro hijos, que estaban completando su educación en los Estados Unidos.

Hiram Bingham nunca regresó a Hawái. Incluso después del fallecimiento de Sybil a causa de su enfermedad, la ABCFM no le permitió regresar al campo debido a las controversias en torno a su influencia en el gobierno hawaiano. Residentes extranjeros y capitanes de barco presentaban quejas frecuentes contra los misioneros, en particular contra Bingham. Las investigaciones siempre declaraban inocentes a los cristianos, quienes llevaban vidas que beneficiaban a los nativos. Pero, al final, las crecientes críticas sobre el estrecho contacto de Bingham con la familia real hawaiana resultaron insoportables para la Junta de Comisionados de Estados Unidos, que se negó a reincorporarlo como misionero extranjero.

Para mí, su acción reflejó una debilidad que se puede encontrar en algunas instituciones cristianas que se inclinan ante la crítica en lugar de seguir la guía del Espíritu Santo. Si alguien en el ministerio está cometiendo un error, se le lleva aparte, se le explica la situación y la necesidad de cambio, se le infunde

oración y luego se le permite continuar en su llamado. Pero los comisionados no hicieron eso; ni siquiera le dieron a Bingham una segunda oportunidad. ¿Quién sabe qué otra obra tenía Dios para Hiram Bingham en Hawái?

El pionero misionero se sintió inicialmente angustiado por la decisión, pero estaba decidido a seguir sirviendo al Señor. Publicó unas memorias tituladas "Una residencia de veintiún años en las Islas Sandwich" en 1847. En 1852, tras varios años de viudez, se casó con Naomi Morse, directora de un colegio de chicas.

Pasó el resto de su vida pastoreando una iglesia afroamericana en Connecticut, una elección de ministerio interesante, ya que a menudo se le ha acusado de prejuicios raciales. Mi investigación no reveló el nombre ni la ubicación exacta de ese ministerio.

Hiram Bingham murió el 11 de noviembre de 1869, a la edad de ochenta años y fue enterrado en el cementerio de Grove Street en New Haven, Connecticut, junto a su compañera de mucho tiempo, Sybil.

El nombre Bingham sigue vivo

El hijo de Bingham, Hiram Bingham II, regresó a Hawái como misionero en 1857 y predicó con éxito la Palabra de Dios en las islas del Pacífico durante más de veinticinco años. Su nieto, Hiram Bingham III, fue un reconocido explorador a quien se le atribuye el descubrimiento de Machu Picchu, una finca inca ubicada en las montañas de Perú. Posteriormente, Bingham III se convirtió en senador de los Estados Unidos, representando al estado de Connecticut. Su bisnieto, Hiram Bingham IV, fue vicecónsul de los Estados Unidos en Francia durante la Segunda Guerra Mundial y organizó el rescate de miles de judíos del Holocausto. Además, el SS Hiram Bingham, el buque insignia de la libertad estadounidense de la Segunda Guerra Mundial, recibió su nombre en honor al misionero.

Influir en Hawái para bien

Hay muy poca "buena prensa" en los libros de historia moderna sobre el misionero pionero Hiram Bingham I. Fue caricaturizado

en la novela épica de James Michener, "Hawaii", como un puritano santurrón e intolerante de Nueva Inglaterra, con poco amor por Dios y el pueblo hawaiano. La película "Hawaii" de 1966, basada en la caricatura de Bingham, selló la opinión moderna en contra del misionero. Sin embargo, tanto Hollywood como los historiadores son culpables de presentar una evaluación unidimensional de este misionero del siglo XIX.

Es cierto que Hiram Bingham veía el evangelio desde la perspectiva de la doctrina puritana; por ello, podía ser severo al juzgar a los nativos hawaianos. También exhibió cierta condescendencia hacia los nativos que existía en Occidente en el siglo XIX y que aún existe entre algunas personas hoy en día. Sin embargo, se le da muy poco crédito a lo que este ingenioso cristiano realmente logró por Hawái.

Fue Bingham quien lideró la creación del alfabeto hawaiano para alfabetizar a la nación hawaiana. Ese alfabeto aún se utiliza para la lengua nativa. Entre 1828 y 1839, publicó un diccionario y un deletreo hawaiano. Estaba decidido a completar la Biblia en hawaiano, traduciendo personalmente varios libros del Nuevo Testamento.

Bingham y sus colegas escribieron e imprimieron el primer Almanaque Hawaiano en 1835 y publicaron el primer periódico de las islas, *The Hawaiian Teacher*, “proporcionando a la gente [como Carey lo había hecho en la India] conocimientos útiles sobre las artes, las ciencias, la historia, la moral y la religión”. 245 Inició reuniones diarias de oración a las que asistían trescientos nativos, que se levantaban una hora antes del amanecer para orar por las bendiciones de Dios en cada una de las islas hawaianas.

Bingham y su esposa fundaron la primera escuela en las islas y sirvieron de modelo para los demás misioneros, difundiendo el movimiento educativo por todo el archipiélago hawaiano. Para 1831, había 52.000 estudiantes en 1.100 escuelas, lo que alfabetizó a más del 70% de la población. Los misioneros capacitaron a los nativos para ser maestros y, de esta manera, el número de escuelas se multiplicó por todas las islas.

Decididos a enseñar al pueblo hawaiano a ser autosuficiente, Bingham y sus colegas introdujeron el arado para la agricultura, la rueda y el telar, las tijeras, la aguja y el hilo para hacer ropa, planos simples para construir casas más resistentes y la imprenta y la encuadernación para publicar literatura; también reconocieron que los nativos podían ganarse la vida con estas herramientas a medida que se les instruía en su uso y se volvían expertos en ellas.

Bingham nunca buscó obtener beneficios económicos de las islas hawaianas, como se acusa a algunos descendientes de estos primeros misioneros de hacerlo en décadas posteriores. No compró tierras ni acumuló grandes riquezas a costa de los nativos. Tampoco allanó el camino para la anexión de Hawái a Estados Unidos, ya que siempre mantuvo una estrecha amistad con la familia real y apoyó la soberanía e independencia hawaianas.

En más de un sentido, este misionero, a menudo criticado, fue un hombre decidido que fue al pueblo hawaiano y les trajo la libertad de educación y la esperanza de la vida eterna en Jesucristo. Aunque hoy entendemos con mayor claridad que la bondad del Señor hace más por acercar a los perdidos a Cristo que el temor puritano a su juicio, Hiram Bingham actuó con la luz que tenía en aquel entonces para dar a conocer a Cristo a la nación de Hawái.

“Como nuestro gran objetivo ha sido ganar la nación para Cristo”, escribió Bingham, “creemos que hemos comenzado bien al predicar el evangelio, traducir las Escrituras, publicar libros, fundar escuelas y, por medio de ellos, dar a la gente acceso a la Biblia y a otros medios de conocimiento. Se ha producido un gran cambio en las creencias religiosas de la nación...”. 246

Betsey Stockton: La primera misionera soltera de Estados Unidos

Betsey Stockton fue una joven valiente llamada por Dios a zarpar de las costas de América como la primera misionera soltera. Lo que la hizo asombrosa fue que no solo fue la primera mujer soltera en salir a la obra misionera, sino que también era afroamericana. Si bien no se dispone de muchos detalles sobre su vida y ministerio, se ha ganado nuestro respeto por su valentía

para romper las barreras raciales de la sociedad y, como exesclava, afrontar los desafíos de la vida misionera a principios del siglo XIX. Aunque a Betsey se le negó su derecho a la libertad individual durante los primeros veinte años de su vida, dedicó los siguientes cincuenta años a llevar la libertad a quienes se encontraban en cautiverio espiritual.



Betsey Stockton

Betsey Stockton nació esclava en Princeton, Nueva Jersey, probablemente en el año 1778. (No existen registros de su fecha de nacimiento exacta). De niña, fue propiedad de Richard Stockton y, por lo tanto, recibió su apellido. Dado que los esclavos se consideraban propiedad, Betsey fue un "regalo" para la hija de Stockton, Elizabeth, con motivo de su matrimonio con el

reverendo Ashbel Green, quien se convirtió en el octavo presidente del College of New Jersey (posteriormente rebautizado como Universidad de Princeton).

Fue en la casa del Dr. Green donde Betsey descubrió un mundo completamente nuevo e inesperado. Durante el verano de 1816, un avivamiento se extendió por la ciudad de Princeton y la universidad. Betsey se sentó en la galería de la Primera Iglesia Presbiteriana de Princeton y escuchó la Palabra de Dios sobre el perdón de los pecados y la salvación en el nombre de Jesús. Durante el avivamiento, entregó su vida a Jesucristo. En septiembre de 1816, Betsey solicitó y fue aceptada como miembro de la Primera Iglesia Presbiteriana de Princeton.

En años anteriores, la familia Green le había mostrado a Betsey amor y respeto al abrirle su biblioteca; el reverendo Green y su hijo, James, le habían enseñado lectura, escritura, geografía, matemáticas y literatura. Poco después de que Betsey se entregara a Cristo, Ashbel Green, quien se había convertido en defensora de la esclavitud, honró su nueva libertad en Cristo al concederle la libertad de la esclavitud. Continuó trabajando en el hogar Green, pero ahora como empleada remunerada.

Agradecida indescritiblemente por el amor de los Green, Betsey anhelaba ser utilizada en el servicio del Señor. Se preguntaba si tal vez podría trabajar como maestra para capacitar a otros niños afroamericanos. Pero en lo más profundo de su corazón crecía el deseo de viajar a una misión en el extranjero y enseñar la Palabra de Dios.

Aceptado en las Islas Sandwich

Charles S. Stewart, recién graduado del Seminario de Princeton, era amigo de la familia Green. Visitó Green en 1821 y compartió su deseo de ir a las Islas Sandwich para compartir el evangelio de Cristo. Hiram Bingham y su grupo misionero habían zarpado hacia las islas dos años antes.

Al escuchar su conversación, Betsey preguntó sobre la posibilidad de acompañar a Stewart y a su esposa en su viaje

misionero. Ambos hombres consideraron la idea excelente y la animaron a solicitar un puesto en el próximo equipo misionero de la Junta Americana de Comisionados para Misiones Extranjeras. El 3 de septiembre de 1821, el reverendo Green envió una carta de recomendación a la ABCFM, destacando las habilidades de Betsey como enfermera, maestra y discípula comprometida de Cristo.

Tanto los Stewart como Betsey fueron aceptados de inmediato en la misión. Mientras Charles recaudaba fondos para cubrir su parte de los gastos del viaje, Betsey ahorra hasta el último centavo posible del salario de su sirviente para cubrir también parte de sus propios gastos. Antes de que los misioneros pudieran partir hacia Hawái, la ABCFM insistió en que se redactara un contrato para proteger a Betsey de... siendo aprovechada en su nuevo entorno.²⁴⁹

Su contrato establecía que no debía ser tratada como una sirvienta, sino como una maestra: “No debe ser considerada ni tratada ni como una igual ni como una sirvienta, sino como una humilde amiga cristiana, embarcándose en la gran empresa... de llevar a los paganos el conocimiento salvador de la verdad tal como está en Jesús”.²⁵⁰ El punto del contrato era que, si bien Betsey haría los trabajos domésticos requeridos de cualquiera de las misioneras, no estaría en Hawái para trabajar como sirvienta. Sería libre de enseñar y proclamar el evangelio de Cristo entre los perdidos. El reverendo Green, Charles Stewart, Betsey y el secretario de la ABCFM firmaron el contrato, lo que marcó otro paso hacia el trabajo de toda la vida de Betsey como maestra.²⁵¹ ¡Betsey Stockton, una mujer afroamericana soltera y libre de principios del siglo XIX, era ahora oficialmente una misionera estadounidense!

Navegación difícil pero feliz

El 19 de noviembre de 1822, Charles y Harriet Stewart, Betsey y otros once misioneros embarcaron en el Thames, con destino a las Islas Sandwich. Fueron los primeros refuerzos enviados a las islas del Pacífico desde la llegada de Bingham y Thurston tres

años antes.

Al día siguiente de partir de Nueva Inglaterra, Betsey comenzó a registrar sus experiencias diarias en un diario que luego envió por correo a Ashbel Green. Green publicó fragmentos de sus escritos por entregas en la revista *Christian Advocate* en 1824 y 1825. Desafortunadamente, el diario original se perdió. Desde el comienzo del viaje, Betsey escribió que los demás misioneros a bordo la trataron con amabilidad y respeto.

Durante la primera semana en el mar, a pesar de que un vendaval había hecho que el agua del océano entrara rápidamente en su cabina, Betsey escribió alabanzas al Señor: “El Señor reina, ¡regocijémonos todos!” (23 de noviembre).

A medida que el clima cambiaba de una semana a otra, entre mares tranquilos y tormentosos, Betsey expresó sus sentimientos similares, a veces felices y a veces solitarias: «Mi alma anhelaba de nuevo la casa del Señor. Me esforcé por encontrarlo presente conmigo y pronto descubrí que estaba cerca de todos los que lo invocan» (1 de diciembre).

El último día de 1822, escribió: “Debo terminar este año diciendo con el salmista: “Cuando considero las obras de tus manos, Señor, ¿qué es el hombre, para que de él te acuerdes?”.
252

Hubo días muy duros en el mar para el grupo misionero. En el Atlántico, experimentaron tres semanas de fuertes tormentas, y al doblar el Cabo En Horn, el mar estaba tan agitado que a menudo temían por sus vidas. El 9 de febrero de 1823, Betsey escribió: «A veces he visto las olas elevarse como montañas ante nosotros; y parecía que inevitablemente nos tragáramos; pero en un instante nuestro barco se elevaba por encima de la ola, y se veía retroceder por la popa». 253 Una vez más, Dios fue misericordioso.

El 11 de abril, dos semanas antes de su primer avistamiento de Hawái, Harriet Stewart dio a luz a un niño al que llamaron Charles. Betsey fue la partera del parto y se encariñó al instante con el pequeño, que estaba parcialmente a su cargo. Permanecería

cerca de Charles y la llamarían cariñosamente su "tía Betsey" por el resto de su vida.

“La vista nos heló el corazón”

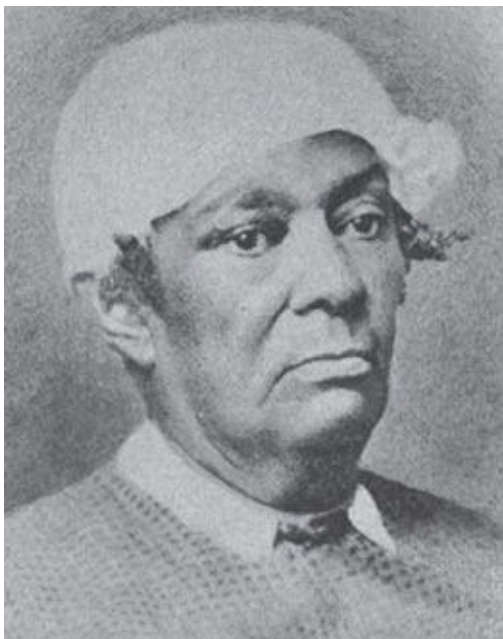
El 24 de abril de 1823, el Támesis apareció ante la vista de Oahu y la bahía de Honolulu. Betsey registró mucho ese día. «Al avistar las montañas nevadas, sentí una extraña sensación de alegría y tristeza. Pronto se disipó y, al pasar lentamente por su lado de barlovento, pudimos contemplar toda su grandeza».

La primera impresión de Betsey sobre la belleza de Hawái pronto fue reemplazada por su gráfica descripción del primer avistamiento de los nativos. «Dos o tres canoas, cargadas de nativos, llegaron al barco: su apariencia era mitad hombre, mitad bestia, desnudos, salvo por una estrecha franja de tapa alrededor de sus lomos. Cuando subieron a bordo, la visión nos heló el corazón. Las damas se retiraron a los camarotes y rompieron a llorar; y algunos caballeros palidecieron... me temblaron todos los nervios». 255 Pero poco después, la respuesta de la conciencia de Betsey fue: «Son hombres, y tienen alma».

Para tranquilizar a todos a bordo, tanto misioneros como nativos, Betsey bajó a cubierta y llevó al bebé recién nacido — Charles Stewart, de dos semanas— a la cubierta superior. Los nativos estaban encantados: «Algunos lo tomaron en brazos y, extasiados, exclamaron: 'Aloha maitai' —mucho cariño para ti— y lo besaron». Los misioneros estaban listos para servir al pueblo de Hawái.

La escuela de Betsey en Maui

En respuesta a la llegada de estos nuevos misioneros a las islas, la reina Ka'ahumanu preguntó por ellos y envió fruta fresca y carne al barco mientras aún estaban anclados en el puerto. Los misioneros se sintieron aliviados al ser recibidos con tanta hospitalidad.



El 10 de mayo, el grupo misionero desembarcó y se reunió con Bingham en Honolulu. Poco después, los Stewart y Betsey fueron asignados a comenzar una nueva misión en Lahaina, en la isla de Maui. El 31 de mayo, llegaron a su hermoso hogar tropical y, a petición de los nativos, comenzaron su escuela misionera al día siguiente.

La iglesia de Lahaina era una zona de playa abierta que Kamehameha II y sus esposas visitaban ocasionalmente. Después de que la familia real conociera a Betsey, uno de los hijos del rey acudió a ella a la mañana siguiente para pedirle que le enseñara inglés. Desde el principio, Charles Stewart puso la escuela de Lahaina en las competentes manos de Betsey. Empezó con cuatro estudiantes ingleses y seis hawaianos. En 1824, le escribió a Ashbel Green: «Ahora tengo una excelente escuela para la clase baja, la primera que creo que se ha establecido jamás».

La mayoría de sus alumnos eran agricultores de la isla de Maui, por lo que Betsey Stockton, exesclava, se hizo famosa por fundar la primera escuela para los indígenas comunes de las islas hawaianas. En poco tiempo, treinta estudiantes se reunían con ella cada tarde en la capilla de la iglesia. Betsey se familiarizó bastante con el idioma hawaiano y les enseñó con facilidad.

Desafortunadamente, la estancia de Stockton en Hawái se acortó. Después de solo dos años y medio, Harriet Stewart enfermó demasiado como para permanecer en las islas. Ella y Charles, con sus dos hijos (una niña había nacido el año anterior), hicieron planes para regresar a Estados Unidos. Aunque Betsey parece haber...V disfrutó de su temporada de ministerio en Hawaii, se fue con los Stewart el 17 de octubre de 1825, para no regresar jamás.

Fundación de la primera iglesia presbiteriana afroamericana

Aunque ya no era misionera extranjera, el servicio de Stockton al Señor estaba lejos de terminar. Pasó los siguientes años trabajando para la familia Stewart al cuidado de sus hijos. Harriet Stewart nunca se recuperó del todo de su enfermedad y, en 1830, tras dar a luz a su tercer hijo, falleció. Charles era entonces capellán de la Marina y navegaba con frecuencia, así que la "tía Betsey" se mudó a Cooperstown, Nueva York, para cuidar de los niños Stewart. Durante los cinco años que sirvió como niñera remunerada, Betsey los llevó consigo a Princeton, Nueva Jersey, para poder regresar a su ciudad natal. Sin embargo, tras casarse de nuevo en 1835, Stewart regresó con los niños a Nueva York, mientras que Betsey permaneció en Princeton, donde dedicaría el resto de su vida a servir al Señor y a los demás.

Retomando su verdadera pasión por la docencia, Betsey abrió una escuela pública para niños afroamericanos en Princeton, donde ejerció como maestra y directora durante más de veinticinco años. También ayudó a fundar la primera iglesia presbiteriana para una congregación negra; su nombre figura en la lista de los miembros fundadores de la Primera Iglesia Presbiteriana de Color, posteriormente rebautizada como Iglesia

Presbiteriana de la Calle Witherspoon de Princeton.

El joven Charles, a quien mantuvo un gran afecto por el resto de su vida, alcanzó la cima de su clase en West Point y se convirtió en general de brigada del Ejército de los Estados Unidos. Le compró a Betsey su propia casa en Princeton, donde pudo vivir con comodidad el resto de su vida. 260 «La tía Betsey llegó a ser una de las figuras más admiradas y queridas de Princeton, aunque modesta y de espíritu afable. Ejercía una influencia cristiana serena y constante, sobre todo en los jóvenes, con quienes siempre estaba rodeada en la escuela entre semana y en la escuela dominical». 261 Su labor misionera como maestra compasiva continuó durante toda su vida.

Cuando Betsey Stockton falleció en 1865, su funeral fue oficiado por el Dr. John Maclean, entonces rector de la Universidad de Princeton. Fue enterrada en el cementerio de Lakewood en Cooperstown, Nueva York, en la parcela de la familia Stewart. La notable misionera del siglo XIX dejó huella en Estados Unidos y también en Hawái, al otro lado del mundo. Se ganó su lugar como misionera general en el reino de Dios.

Titus Coan: El predicador del avivamiento de Hawái

Titus Coan nació el 1 de febrero de 1801 en Killingworth, Connecticut, el menor de siete hijos de Gaylord y Tamza Coan. A diferencia de la rígida crianza de Hiram Bingham, Titus tuvo una infancia feliz en una granja de Nueva Inglaterra, con algunas obligaciones, pero con muchas oportunidades de asistir a la escuela. Coan era un estudiante excelente y pasaba horas devorando cualquier libro que pudiera encontrar. Tras completar con éxito todas las asignaturas de la escuela del distrito local, sus padres le asignaron tutores privados y luego lo enviaron a una academia para varones en Madison, Connecticut, para que se le presentara un reto y se preparara mejor para su futura educación.



Tito Coan
(Sociedad Histórica de Hawái / Dominio público)

En 1819, cuando Coan tenía apenas dieciocho años, hubo un avivamiento en Killingworth dirigido por el evangelista de Nueva Inglaterra, Asahel Nettleton. «Él vino», escribió Titus, «¡y 'el Poder del Altísimo' vino con él!». 263 Hubo conversiones en cada servicio, y los bares de la ciudad estaban cerrados, mientras que las iglesias se llenaban de gente cantando himnos de alabanza. Desafortunadamente, Titus estaba fuera de la ciudad durante el avivamiento, pero 110 de sus amigos y familiares vinieron a Cristo como Señor y Salvador. Decepcionado por haberse perdido los mensajes de fe, Titus comenzó a escudriñar las Escrituras por su cuenta, reconociendo poco a poco la salvación que Cristo le había provisto en la cruz.

Reuniones de avivamiento con Charles Finney

Durante los siguientes diez años, Titus sirvió en el ejército, abrió una escuela cerca de Salisbury, en el norte de Connecticut, y trabajó en la industria mercantil con su hermano. Mientras tanto, buscaba en su corazón una profesión permanente y oraba por una relación personal más fuerte con Jesucristo. Había tres ofertas sobre la mesa para el futuro de Coan: su hermano quería que Titus se uniera a él en su exitoso negocio mercantil; un médico muy respetado... En Rochester creía que tenía la inteligencia y la capacidad para convertirse en un médico distinguido; y sus amigos

cristianos estaban seguros de que el ministerio era su vocación. ¿Qué posible proyecto provenía del Señor?

Cada una de estas profesiones despertó el interés de Titus, pero solo una conmovió profundamente su corazón. Quería ministrar al Señor, pero se sentía indigno. Tras meses de luchar contra una grave enfermedad que casi le cuesta la vida, Coan estaba convencido de que debía dedicarse al ministerio y confiar en que el Señor lo usaría como le pareciera conveniente. «Guíame, Salvador», oró con fervor. «Dime adónde ir y qué hacer, y lo haré». 264 De allí, se matriculó en el Seminario Teológico de Auburn, una escuela de formación para ministros presbiterianos ubicada en el norte del estado de Nueva York.

Durante los meses previos a su ingreso al seminario, una relación divinamente designada cambió la vida de Coan. Pasó el verano de 1830 viviendo cerca de Rochester, Nueva York, con un amigo, el reverendo Lewis Cheeseman, y su familia. El Segundo Gran Despertar estaba en su apogeo, y el principal predicador de avivamiento en Nueva York en ese momento era Charles Finney. Ese verano, Finney pasó meses viajando por el norte del estado de Nueva York, predicando con el poder del Espíritu Santo para atraer a hombres y mujeres a Cristo. Titus y el reverendo Cheeseman asistían y, en ocasiones, colaboraban en esas reuniones.

El Espíritu Santo se manifestaba dondequiera que Finney hablaba; el Espíritu inundaba la congregación noche tras noche, con pecadores arrepentidos cayendo de rodillas entre lágrimas, y cristianos redimidos llenando los salones de la iglesia con sus alabanzas. El corazón y el espíritu de Titus Coan se revitalizaban e inspiraban en esas reuniones. Vio lo que la oración y la predicación podían lograr cuando el hombre de Dios se entregaba a la guía del Espíritu Santo. Durante esos meses, Coan aprendió de la relación en el ministerio de Finney entre la oración ferviente y el poder del avivamiento:

La oración es un eslabón esencial en la cadena de causas que conducen a un avivamiento, tanto como lo es la verdad. Algunos

han usado con celo la verdad bíblica para convertir a la gente, y han dado muy poca importancia a la oración. Han predicado, hablado y distribuido tratados con gran fervor, y luego se han sorprendido de su escaso éxito. Y la razón fue que olvidaron usar el otro medio: la oración eficaz. Pasaron por alto que la verdad, por sí sola, nunca producirá el efecto deseado sin el Espíritu de Dios, y que el Espíritu se da en respuesta a la oración...

Se puede esperar un avivamiento cuando los cristianos tienen un espíritu de oración por un avivamiento. Es decir, cuando oran con toda su alma. Cuando Los cristianos tienen el espíritu de oración por un avivamiento. Cuando andan gimiendo por el deseo de su corazón. Cuando tienen un verdadero dolor de alma. 265

Comienza un llamado misionero

Tras dos años en el Seminario de Auburn, el 17 de abril de 1833, Coan obtuvo la licencia para predicar como ministro presbiteriano. Poco después, la Junta Americana de Comisionados para Misiones Extranjeras se puso en contacto con él. ¿Consideraría ordenarse misionero y viajar a la Patagonia, en la Cordillera de los Andes, en Sudamérica, como misionero durante un año?



Tito y Fidelia Coan

En la primavera de 1834, tras cumplir un año de compromiso, Coan regresó a Nueva Inglaterra. El tiempo pasado en la

Patagonia lo había convencido de su vocación misionera, pero no quería ir solo. Le propuso matrimonio a Fidelia Church, de veinticuatro años, una joven de la que llevaba seis años enamorado. Se casaron en Churchville, Nueva York, el 3 de noviembre de 1834 y, un mes después, el 5 de diciembre, zarparon junto con otros seis misioneros en el barco mercante Hellespont con destino a las Islas Sandwich.

Después de un mes de retraso en Chile para reparar el barco, los nuevos misioneros desembarcaron en Honolulu el 6 de junio de 1835. Coan escribió que se sintió honrado y emocionado de conocer a Hiram Bingham, a quien llamó, junto con los otros primeros misioneros hawaianos, "apostólicos; los padres y madres en Israel, una familia honrada y feliz". 266

Las puertas del avivamiento se abren de golpe

Hiram y Fidelia fueron asignados a una pequeña iglesia de solo veintitrés miembros en Hilo, en la isla de Hawái. Se unieron a otra pareja misionera de ABCFM, David y Sarah Lyman, quienes habían sido asignados a Hilo a su llegada tres años antes. Hilo era una de las zonas más pintorescas de la gran isla de Hawái; estaba bendecida con espectaculares cascadas y lluvias fértiles bosques, jardines florecientes y volcanes nevados.

Mientras Titus y Fidelia trabajaban diligentemente por la noche para aprender el idioma hawaiano, durante el día enseñaban inglés, Biblia y otras materias en la escuela de los Lyman para los niños nativos. En dos años, la escuela creció tanto que David Lyman pidió ser relevado de sus funciones como co-pastor de Coan para poder administrarla. La predicación quedó a cargo del ministerio capaz y ungido de Titus Coan. Lo más importante de este tiempo es que ambas parejas misioneras, junto con sus veintitrés conversos nativos, dedicaron horas a orar fervientemente para que el avivamiento llegara a las islas hawaianas.

La población del distrito de Hilo era de aproximadamente 16.000 habitantes. A finales de 1836, tras dieciocho meses en las islas, Titus dominaba el hawaiano con suficiente fluidez como

para compartir el evangelio sin intérprete. El 29 de noviembre de 1836, inició su primera gira por la isla de Hawái, predicando durante treinta días a un gran número de nativos a lo largo de cien millas de costa. La respuesta a las oraciones de los misioneros había llegado: ¡las puertas del avivamiento se abrieron de par en par ante este hombre ungido de Dios!

Cuarenta y tres mensajes en ocho días

Mientras Tito se desplazaba por las pequeñas aldeas a lo largo de la costa hawaiana, los nativos respondieron con entusiasmo a sus mensajes de arrepentimiento y vida en Cristo:

Prediqué tres, cuatro, cinco veces al día... La gente se congregaba en masa, ansiosa por escuchar la Palabra. Muchos escuchaban con lágrimas en los ojos, y después de la predicación, cuando supuse que regresarían a casa para darme descanso, se quedaron y me rodearon con tanta vehemencia que no tuve tiempo de comer. En los lugares donde pasaba las noches, llenaban la casa al máximo, dejando afuera a decenas que no podían entrar. Todos querían escuchar más de la Palabra de Vida.

Coan se trasladó a predicar a Kau, una aldea en el extremo sur de la isla de Hawái. Envío un informe de la visita a Hiram Bingham en Honolulu:

Desde mi llegada a Kau hasta mi regreso a casa, un período de ocho días, prediqué cuarenta y tres veces. Y a menudo ante congregaciones que escuchaban con gran interés y muchas lágrimas... cientos de nativos se me acercaron después para recibir instrucción... Había tanto interés que me encontré predicando tres veces antes del desayuno, que comí a las diez. No podía salir, en ninguna dirección, sin ser acosado por gente de todas partes, que no encontraba otra oportunidad para...

Conversad conmigo [sobre Cristo]. Algunos me seguían de aldea en aldea para escuchar el evangelio. Muchos se compungieron y preguntaron qué debían hacer para ser salvos.

Entre los verdaderos conversos durante el primer viaje de Coan a la isla se encontraba el sumo sacerdote del volcán. El sacerdote medía más de seis pies de altura y tenía un porte majestuoso; sin embargo, no solo era culpable de idolatría, sino también de adulterio, robo y asesinato. Tras escuchar la verdad de la Palabra de Dios, se humilló en arrepentimiento y buscó el perdón del único Dios verdadero. Años después, seguía formando parte de la congregación de Hilo.

Tanto Bingham como Coan se dieron cuenta de que este avivamiento era el resultado tanto de la oración ferviente de los cristianos de Hilo como del trabajo de los catorce años anteriores de plantación y riego misionero.

Siempre hay lugar en la casa de Dios

Coan permaneció en Hilo, y los nativos vinieron desde muy lejos para escucharlo predicar. Registró muchos momentos en que el Espíritu de Dios se movió entre la gente.

Las reuniones fueron concurridas y solemnes. Muchos vinieron desde lugares distantes entre 80 y 96 kilómetros. El Espíritu Santo descendió al comienzo de la reunión y muchos despertaron a Cristo con el primer sermón: «Ahora viene el tiempo, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán».

La iglesia parecía muy animada y un espíritu de oración inusual se derramaba sobre ella... No sabemos cuántas almas nacieron de nuevo. Creemos que algunas lo son, ¡y esperamos que muchas!

Durante esa semana predicamos el evangelio tres veces al día. Lyman y yo nos repartimos las tareas. Enviamos a miembros de la iglesia a todas partes para traer a los ancianos y decrepitos, para decirles que la casa de Dios no está llena; hay lugar para ellos...

Escucharon con atención y algunos parecieron conmovidos. El Juicio revelará cuál será el fruto.

Una doctrina que prevalecía entre los primeros misioneros congregacionalistas y presbiterianos era el "período de espera", que se producía antes de que los nuevos conversos fueran bautizados y admitidos en la iglesia. Este tiempo de espera era necesario para demostrar la sinceridad de su compromiso con Cristo. Coan llevaba un registro de los conversos nativos y luego los bautizaba en la iglesia cuando consideraba que habían demostrado su disposición. "La admisión de muchos se posponía para un desarrollo más completo de su carácter, mientras...debían ser vigilados, guiados y alimentados como ovejas del Gran Pastor». 271 Por supuesto, Bingham exigía estándares de indagación aún más altos antes de que un converso fuera recibido como un verdadero discípulo de Cristo. Durante este período, algunos cristianos en la iglesia esperaban señales de comportamiento que indicaran que alguien se había convertido al cristianismo. Si no veían esos cambios de vida, el "converso" no podía ser bautizado en agua.

La doctrina de Coan evolucionó un poco a medida que dedicaba años a ministrar a los nativos hawaianos. Comenzó a acortar ese período de espera, al darse cuenta de que dejaba a los nuevos conversos sin el apoyo suficiente del cuerpo de Cristo y, por lo tanto, eran presa fácil del enemigo para la tentación o la reincidencia. Escribió que no estaba de acuerdo con «dejar que la gente vagara en la oscuridad, inseguros de su propio carácter, expuestos a todas las tentaciones de la tierra y del infierno, desconocidos e irreconocibles como las ovejas y corderos del Señor Jesús, y en peligro ante el león devorador». 272

Iglesia de Hilo: De veintitrés a diez mil

A lo largo de 1838, Coan continuó registrando las grandes bendiciones del avivamiento:

Muchos vinieron una vez más desde cien kilómetros de distancia para escuchar el evangelio. Fue una época de

profundo y solemne interés. La Palabra de Dios fue poderosa y su obra gloriosa. Multitudes lloraron y temblaron, y cientos se convirtieron. Cuántos vendrán dando frutos de arrepentimiento aún está por verse. De una cosa podemos estar seguros: Dios está aquí y ha hablado a muchos corazones. Esperamos regresar con muchas gavillas para Cristo.

Coan tenía la expectativa de que Dios actuaría como resultado de sus oraciones y la proclamación de la Palabra de Dios, ¡la cual nunca regresa a Él vacía!

“Durante los años 1837-1838”, escribió Coan en su autobiografía años después, “Hilo estaba lleno de extraños; familias enteras y pueblos enteros, tanto en las ciudades como en el campo, quedaron vacíos. Pequeñas cabañas salpicaban el lugar como campamentos militares, y calculamos que nuestra población había aumentado a 10,000 almas. El mar de rostros, todos en silencio, salvo cuando estallaban suspiros y sollozos aquí y allá, era una escena que derretía el corazón”. 274 En ese momento, Titus Coan contaba con la iglesia protestante más grande del mundo: diez mil ávidos buscadores y creyentes asistían a las reuniones de su congregación.

Por iniciativa propia, los nativos de Hilo construyeron una segunda casa de reuniones para que Coan pudiera trasladarse de un lugar a otro los domingos por la mañana y por la tarde, y todo el pueblo pudiera escuchar su mensaje de las Escrituras. Sin exposición al sol ni a la lluvia.

Cuando Coan predicó durante los servicios de Hilo, “la Palabra cayó con poder, y a veces, a medida que el sentimiento se profundizaba, la vasta audiencia se conmovió y se balanceó como un bosque en el poderoso viento”. 275

“Había visto grandes y poderosos despertares bajo la predicación de Charles Finney”, escribió, “y doctrinas, oraciones y esfuerzos similares parecían producir frutos similares entre la gente”. 276

Salvado de un tsunami devastador

El 7 de noviembre de 1837, durante las oraciones vespertinas, los habitantes de Hilo se sobresaltaron con un fuerte golpe sordo y una repentina sacudida de la tierra. Los gritos de los nativos en la playa se oyeron por todo el pueblo, y los misioneros corrieron desde la casa de oración a las playas cercanas para ver qué había pasado. Se encontraron con una escena de terror.

El mar, movido por una mano invisible, se había alzado repentinamente en una ola gigantesca, y esta ola, precipitándose con la velocidad de un caballo de carreras, había caído sobre la orilla, arrasando con todo lo que se encontraba a menos de quince o veinte pies sobre la línea de pleamar, convirtiéndolo en una ruina indiscriminada. Casas, muebles, calabazas, combustible, madera, canoas, comida, ropa, todo flotaba salvajemente en la inundación. Unas doscientas personas luchaban por nadar a través de las olas hasta la orilla. Desesperados, esposos, esposas, madres e hijos gritaban para encontrar a sus seres queridos perdidos. A pesar de la desesperación del momento, la mayoría de las personas se salvaron con la ayuda de los fuertes hombres nativos que habían entrenado toda su vida para sobrevivir en el Océano Pacífico circundante. Sin duda, lo que estaban experimentando era un tsunami, probablemente causado por un terremoto submarino.

Aunque trece personas se ahogaron ese día en las orillas de Hilo, aún había motivo de gran regocijo. Si hubiera ocurrido durante la noche, mientras dormían, cientos de personas habrían sido arrastradas al océano. Dios había sido su protección. La gente acudió a Él en cantidades aún mayores.

Obras sobresalientes de Dios

Fue un día para recordar. A principios de julio de 1838, había 1705 hawaianos en fila en la iglesia de Hilo para ser bautizados en agua "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". Hubo gran regocijo en la iglesia ese día. En 1839, en el apogeo del avivamiento, 5244 personas de Hilo fueron bautizadas en el cuerpo de Cristo. En 1840, se añadieron otros 1499 conversos a la iglesia. 279 Aunque el avivamiento se extendió por todas las islas

hawaianas entre los años 1836 y 1842, tres cuartas partes de los nuevos cristianos en el Las islas vivieron en la región de Hilo bajo el ministerio de Tito Coan.²⁸⁰

En 1838, Fidelia Coan abrió un internado para niñas, ubicado cerca de la escuela para niños de la familia Lyman. Los jóvenes de Hilo progresaban a pasos agigantados en su conocimiento de la Palabra de Dios y otras materias. Coan también inició un ministerio independiente para los oficiales y tripulaciones de los barcos que anclaban en el puerto de Hilo. Se distribuyeron miles de folletos entre los marineros que desembarcaban de la bahía cercana; también se estableció un servicio religioso a las 15:00 h todos los domingos para todos los marineros que quisieran asistir. Coan calculó que 40.000 marineros llegaron al puerto de Hilo durante los cuarenta y siete años de su ministerio allí, y miles se convirtieron a Cristo.

La ciencia llega a Hilo

En 1840, Charles Wilkes, comandante de la Expedición Exploratoria de los Estados Unidos, llegó a la bahía de Hilo a bordo del barco Vincennes. Dado que el volcán Mauna Loa se encontraba a solo 48 kilómetros de Hilo, un grupo de científicos planeaba pasar los siguientes tres meses en la cumbre para realizar pruebas geológicas y observar la actividad volcánica. Ofrecieron pagar a mil hombres locales para que los ayudaran de diversas maneras en la larga expedición a la cumbre.

Esta actividad tuvo dos resultados inesperados. Uno fue la desafortunada desaceleración del avivamiento en Hilo. Los hombres nativos contratados ya no podían apartar trabajo el Domingo del Señor, ya que la expedición les exigía trabajar siete días a la semana. Afortunadamente, Coan informó que la mayoría de los cristianos se mantuvieron firmes durante este tiempo y no se apartaron del Señor ni de su iglesia.

Un resultado más positivo de la expedición científica fue el establecimiento de una amistad entre Coan y James D. Dana, un joven científico también cristiano. Ambos se hicieron amigos para toda la vida, y Coan proporcionó a Dana información científica y

sísmica sobre la actividad de los volcanes hawaianos durante las siguientes décadas.²⁸¹ El relato de Coan sobre la erupción del Mauna Loa en febrero de 1852 se publicó en The American Journal of Science and Arts ese mismo septiembre.²⁸²

Aunque el avivamiento comenzó a decaer en Hilo, la Palabra de Dios seguía viva y activa entre la gente. En un momento dado, había hasta cincuenta iglesias y sesenta escuelas en el distrito. Todas ellas estaban dirigidas por conversos nativos maduros, a quienes Coan estaba capacitando para que asumieran el ministerio después de él.

Hawái: El libro de los Hechos

Titus Coan entrenó a cientos de misioneros nativos durante sus cuarenta y siete años de ministerio.

A veces se enviaban diez, veinte o cuarenta hombres, de dos en dos, por toda Puna e Hilo, por todos los caminos, setos, selvas y valles, para «buscar y salvar a los perdidos», los enfermos, los ignorantes, los necios, los tímidos o el «remanente de los gigantes» en la idolatría. Y cientos de ellos eran atraídos a la luz del Evangelio y al amor del Salvador... Salieron de dos en dos a todas las aldeas, exhortando, persuadiendo, llorando y orando, y su influencia fue maravillosa para el bien... Con estos ayudantes [nativos], cada aldea se convirtió en una ciudadela custodiada por el Señor.

Los cristianos nativos enseñaban mediante el poder de la Palabra y del Espíritu Santo, y la obra florecía dondequiera que pisaban. Antes del gran avivamiento, Coan pensaba que las oraciones de la gente parecían mecánicas y frías, pero cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos, todo cambió. «Tomaron la Palabra de Dios al pie de la letra; su fe era sencilla... Acudieron confiadamente al trono de la gracia... para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» [Hebreos 4:16]. Oraban con fervor ardiente pidiendo el Espíritu, y Él vino, a veces como el rocío del Hermón o la suave lluvia, y a veces como un viento

impetuoso y recio, llenando la casa de sollozos y clamores de misericordia». 285

Un pastor que sirve hoy en Hawái señaló: “El avivamiento que ocurrió en Hilo fue un avivamiento pentecostal que ocurrió sesenta años antes del famoso avivamiento pentecostal en los Estados Unidos a principios del siglo XX”.

El espíritu de arrepentimiento y el fervor piadoso que acompañaban la predicación de Coan eran muy diferentes de los registros anteriores del ministerio de Bingham en Hawái. Bingham estaba más orientado a las tareas que a las necesidades de la gente. Como señaló un testigo presencial: «Creo que es cierto que las formas más severas de calvinismo presentadas por los primeros misioneros eran menos adecuadas para facilitar la obra del Espíritu Divino que las formas más suaves y dulces en que el Evangelio era presentado por aquellos recién llegados [como Coan] que habían participado en el maravilloso avivamiento bajo la predicación de Finney». 286

Cambios en Hawái

A principios de la década de 1840, se estaban produciendo cambios en las islas hawaianas. Para 1841, Hiram Bingham ya no estaba. Ese mismo año, Kamehameha III, animado por el reverendo William Richards, redactó la primera constitución de la nación. Por iniciativa propia, el rey comenzó el documento con las siguientes palabras:

“Dios ha creado de una sola sangre a todas las razas humanas, para que habiten sobre esta Tierra en unidad y bienaventuranza”. Posteriormente, el nuevo lema de Hawái, pronunciado por primera vez por Kamehameha III, se añadió a la constitución estatal: “La vida de la tierra se realiza con rectitud”. En 1843, el reverendo Richards viajó a Inglaterra y Francia para obtener un compromiso firmado de que esas naciones respetarían la independencia de Hawái.

Durante un tiempo del avivamiento, Kamehameha III recuperó su amor por el Señor y visitaba Hilo con frecuencia para participar

en las alegrías del avivamiento; se alojaba con Coan en su casa y comía en su mesa. El rey incluso abandonó el alcohol y detuvo la producción de ron en las islas.

Pero poco después, los franceses e ingleses, que se habían establecido en las islas, amenazaron al rey y a su corona si no derogaba la prohibición del alcohol. Los marineros y ciudadanos extranjeros residentes en Hawái querían libertad para hacer lo que quisieran. Llamaron al rey un necio por escuchar a los misioneros. Kamehameha cedió y, poco después, volvió a sus andadas. Su sed de alcohol se reavivó y murió el 15 de diciembre de 1854, a la temprana edad de cuarenta y un años.

Cuando leí sobre esta decisión de Kamehameha III, me recordó el relato del Antiguo Testamento sobre Roboam, quien heredó el reino de Israel tras la muerte de su padre, el rey Salomón. El pueblo se acercó al nuevo rey y le prometió fidelidad, pero le pidió que aliviara la pesada carga tributaria. Los sabios consejeros de su padre le aconsejaron: «Si hoy te haces siervo de este pueblo, y les sirves, les respondes y les hablas bien, serán tus siervos para siempre» (1 Reyes 12:7). Desafortunadamente, Roboam no siguió el consejo piadoso; en cambio, recurrió a sus jóvenes y arrogantes amigos, sin experiencia en el liderazgo de la nación hebrea. Su consejo fue que no mostrara debilidad ante el pueblo, que «aumentara su yugo y su castigo» (véase 1 Reyes 12:11). Roboam, insensatamente, siguió el consejo imprudente de sus amigos. Como resultado, la parte norte del reino se rebeló, diez tribus hebreas formaron su propia nación de Israel, y Roboam se quedó con el pequeño reino de Judá. Cuánto más sabio habría sido para el rey Roboam y para el rey Kamehameha III seguir la sabiduría del consejo divino.

Fin de su obra misionera

Durante los siguientes cuarenta años, Titus Coan sirvió fielmente al pueblo hawaiano en Hilo. Salvo un breve permiso en Estados Unidos, Coan permaneció en el ministerio en Hilo el resto de su vida. Vivió los breves reinados de

Kamehameha IV y Kamehameha V. Después de eso, los reyes hawaianos fueron elegidos por elección.

A pesar de la inestabilidad política, la iglesia hawaiana continuó creciendo. Coan consideró el vínculo común que tenían todos los cristianos en las islas de Hawái: «Nuestras iglesias hawaianas no se llaman episcopales, presbiterianas ni congregacionalistas, ni tienen otro nombre que el de la Gran Cabeza, el Pastor y Obispo de las almas. Las llamamos iglesias cristianas». 289

“Las controversias entre cristianos siempre me entristecen”, escribió Coan. “Nuestra guerra es contra el pecado y Satanás; y la 'hueste sacramental' del Cielo [el cuerpo de Cristo] nunca debería desmoronarse por el camino, ni pasar una hora en su conflicto con el Infierno peleándose entre sí. Aferrando y defendiendo verdades vitales, y permitiendo conversaciones amables y corteses sobre las apariencias, toda la Iglesia de Cristo debería unirse y marchar hombro con hombro contra el enemigo común”. 290

Coan aún servía en Hilo cuando el joven Hiram Bingham II y su esposa los visitaron antes de partir hacia su primer campo misionero en Micronesia, una región del Pacífico compuesta por miles de pequeñas islas. En 1860, Titus y Fidelia visitaron las Islas Marquesas en el Pacífico Sur para fundar una nueva iglesia allí.

Durante el extenso ministerio de Coan, la iglesia de Hilo donó más de cien mil dólares a la obra misionera en otras islas del Pacífico, como las Marquesas y Micronesia. 292 Misioneros nativos hawaianos fueron enviados a otras islas del Pacífico para difundir el evangelio de Jesucristo. Con el tiempo, Coan fundó otras seis iglesias en la región de Hilo.

Los años transcurrieron. Tras un período de enfermedad, Fidelia Coan falleció el 29 de septiembre de 1872. Titus elogió a su amada esposa por elegir libremente la vida misionera y por ser su fiel compañera hasta el final. Un año después, el 13 de octubre de 1873, Coan se casó con Lydia Bingham, la hija menor de

Hiram Bingham, de treinta y nueve años. Durante los nueve años siguientes, la llamó «mi fiel ayuda idónea, que es la fuerza y el apoyo de mi edad». Durante los dos últimos años de su vida, Titus registró su destacado ministerio en su autobiografía *Life in Hawaii: Mission Life and Labors*, publicada en 1881. Tres meses y medio después, el 1 de diciembre de 1881, Coan falleció y fue enterrado en Hilo, el pueblo donde había trabajado con pasión.

Hoy en día, en Hawái se le recuerda como un hombre de gran fe y espíritu compasivo que dedicó toda su vida adulta a las personas que amaba en la isla de Hawái, cerca de la base del majestuoso Mauna Loa. Historiador Gaven Daws caracterizó el ministerio de Coan como uno de amor: “El amor era la fuerza impulsora en la vida de Coan; amaba a su esposa, amaba a Cristo y amaba su trabajo”.²⁹³

Agradezco mucho a hombres como Titus Coan, quien se tomó el tiempo de escribir las obras de Dios realizadas a través de su ministerio. Las generaciones futuras pueden aprender tanto de las victorias como de los errores de los hombres y mujeres cristianos. Si usted está en el ministerio hoy, por favor, registre lo que Dios está haciendo en usted y a su alrededor. El impacto en el reino de Dios puede ser inmensurable.

Culpando al movimiento misionero hawaiano

El último cuarto del siglo XIX en Hawái estuvo lleno de cambios tumultuosos.

En la década de 1870, la Junta Estadounidense de Comisionados para Misiones Extranjeras decidió que Hawái ya no necesitaba su apoyo directo. No enviarían nuevos misioneros; en cambio, animaron a todas las iglesias a designar pastores nativos a medida que los extranjeros se jubilaran o fallecieran.²⁹⁴ Esta fue una buena decisión para la iglesia cristiana nativa de Hawái. Los misioneros habían dejado una universidad hawaiana, varios seminarios y una red de escuelas para ser utilizadas en todas las islas.²⁹⁵

Desafortunadamente, muchos relatos modernos de la historia

hawaiana no presentan a los misioneros estadounidenses de forma favorable. Hoy en día, vivimos en una cultura revisionista en la que la historia puede reescribirse para presentar el pasado de forma que refleje las opiniones de quienes la escriben. Aunque hubo menos de cien misioneros protestantes enviados desde Estados Unidos a Hawái durante un período de cincuenta años, a estos hombres y mujeres cristianos se les suele culpar de todas las dificultades que ocurrieron en las islas en las décadas posteriores.

Las consecuencias negativas de la introducción del comercio occidental, el crecimiento de las plantaciones de caña de azúcar y frutales, y la avalancha de inmigrantes chinos y japoneses en Hawái suelen atribuirse a los primeros misioneros cristianos. Antes de finalizar el siglo XIX, Estados Unidos anexó Hawái con el argumento de que protegía las islas de una posible ocupación por parte de otros países extranjeros, como Japón o Gran Bretaña. En algunos círculos actuales, esta violación de la soberanía de Hawái también se atribuye a la presencia de misioneros cristianos en las islas.

La nación hawaiana y la iglesia hawaiana sufrieron las consecuencias de los acontecimientos mencionados. A finales del siglo XIX, en gran parte debido a las enfermedades, el número de hawaianos nativos se había reducido a menos de cuarenta. Miles de personas. A medida que Hawái se convertía en una nación rica, algunos cristianos abandonaron su fe al presentarse la oportunidad de amasar grandes fortunas. Además, algunas de las principales denominaciones religiosas de Hawái apoyaron la anexión a Estados Unidos, lo que alienó a los cristianos nativos, quienes se sintieron traicionados.

¿Cómo debería el cuerpo de Cristo responder a estas acusaciones? Ninguno de los misioneros pioneros que llegaron a las costas de Hawái con el evangelio de Cristo era perfecto. Sin embargo, quienes emprendieron las primeras misiones misioneras vinieron para llevar la Palabra de Dios a un pueblo que solo tenía dioses falsos que no podían responder a sus oraciones ni darles vida eterna. No fueron responsables de las decisiones de las

generaciones posteriores, quienes podrían haber tenido una motivación diferente. Los primeros misioneros partieron con el amor de Cristo en sus corazones y el deseo de ver a la nación hawaiana envuelta por el Espíritu de Dios.

Titus Coan escribió sobre su fervor al llegar por primera vez a Hawai:

Cuando llegué a estas islas, y antes de poder hablar hawaiano, a menudo sentía como si me abrieran las puertas de un fuerte deseo de predicar la Palabra a los nativos que me rodeaban. Y cuando mi boca se abría para hablar del amor de Dios en Cristo, sentía que las fibras más profundas de mi corazón se envolvían en mis oyentes, y que un poder interior me ayudaba a atraerlos, como el pescador que recoge su red llena de peces.

Estos hombres y mujeres llegaron con la oración de ver almas salvadas para la eternidad por el amor de Cristo. Y, para decenas de miles de hawaianos, esa oración fue respondida.

Entonces Jesús les dijo: «Sígueme, y los haré pescadores de hombres». Ellos inmediatamente dejaron sus redes y lo siguieron.

(Mateo 4:19–20 NVI)

¿Responderás al llamado?

¿Seguirás a Jesús para convertirte en pescador de hombres?

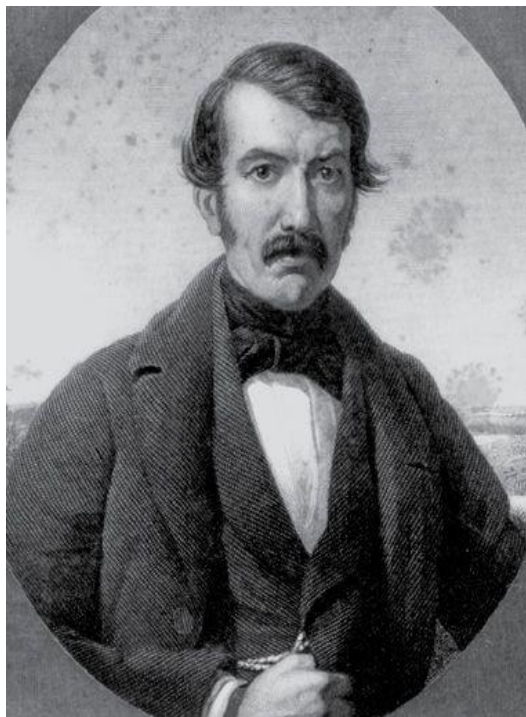
Capítulo 6

David Livingstone

El mayor misionero de África

El grito de "¡Tau! ¡Tau!" ("¡León! ¡León!") resonó por la aldea africana. El peligro acechaba una vez más. Subiendo la colina a toda velocidad, lanzas en mano, los nativos de Bakgatla se toparon con su pequeño rebaño de ovejas tiradas en el suelo, dispersas y ensangrentadas. Era mediodía, pero los leones no tenían nada que temer.

David Livingstone agarró su rifle y corrió entre la hierba alta de la misión Mabotsa en respuesta a sus gritos. Azotando la maleza con sus lanzas, los nativos habían descubierto un enorme león macho y lo rodeaban lentamente, listos para matarlo. David y su rifle servirían de refuerzo si sus lanzas fallaban.



Grabado de Viajes e
investigaciones
misionales en
Sudáfrica, de
David Livingstone
(Londres, 1857)
(Gestión de activos de
imagen Ltd.)

De repente, los Bakgatlas entraron en pánico, temerosos de que, según la leyenda, el león pudiera estar "hechizado". Al percibir el miedo de los cazadores, la bestia saltó de su círculo y escapó entre la maleza. Caminando de regreso a la misión, David oyó un fuerte crujido entre los arbustos a sus espaldas; al girar a la izquierda, el grito aterrorizado "¡Tau!" resonó de nuevo. El enorme león estaba agazapado a pocos pasos de distancia, con la cola erguida por la ira, listo para abalanzarse.

David levantó su rifle, apretó el gatillo y disparó; el león retrocedió de dolor. "¡Le dispararon! ¡Le dispararon!", gritaron los nativos mientras corrían hacia el misionero. "¡Espera, déjame cargar de nuevo!", gritó David. Al meter otra bala en la recámara, el león enfurecido saltó hacia adelante. Apretó las fauces sobre el hombro de David, y el peso lo lanzó violentamente al suelo.

«Gruñendo horriblemente cerca de mi oído», escribió David más tarde, «me sacudió como un terrier sacude a una rata. La descarga me produjo un estupor similar al que parece sentir un ratón tras la primera sacudida del gato».

Livingstone vio, más que sintió, los dientes del león desgarrarle el hombro. Era como si estuviera atrapado en un sueño, «en el que no sentí dolor ni terror, aunque era consciente de todo lo que sucedía. La sacudida aniquiló el miedo y no me permitió sentir horror al mirar a la bestia. Parecía una providencia misericordiosa de nuestro benevolente Creador para aliviar el dolor de la muerte».

297

Mebalwe, el maestro nativo, levantó su rifle y disparó al león a quemarropa. El animal saltó sobre su nuevo atacante, clavándole los colmillos en el muslo, y luego giró y cayó muerto. «Todos sobrevivimos al ataque del león», murmuró David, antes de quedar inconsciente.

Algo sobrenatural ocurrió en el espíritu de David Livingstone ese día. Su hombro y brazo quedaron marcados de por vida, pero, milagrosamente, sobrevivió. Desde ese día, Livingstone fue intrépido en el desierto, explorando el interior agreste de su tierra adoptiva, seguro de que Dios lo mantendría con vida mientras

tuviera una obra por completar. De igual manera, todo gran líder tiene la certeza de que Dios lo mantendrá con vida hasta que cumpla su destino en Cristo. La certeza de David Livingstone era inquebrantable.

Donde ningún hombre ha ido

Dios, envíame a cualquier parte, solo acompáñame. No me impongas ninguna carga, solo sostenme. Y corta cualquier lazo en mi corazón, excepto el lazo que me une al tuyo.

—David Livingstone

David Livingstone es reconocido como el más famoso de los exploradores británicos del siglo XIX. Su heroico papel como misionero/explorador produjo resultados asombrosos en la cartografía geográfica del interior de África. Durante su vida, fue un destacado misionero, pionero, botánico y médico. Fue reconocido por las Sociedades Geográficas británica, francesa, italiana, estadounidense y vienesa como uno de los exploradores más exitosos de todos los tiempos.

La historia elogia sus hazañas, no solo por ser el primer europeo en recorrer más de sesenta mil kilómetros en África, recorriendo el interior del continente, sino porque lo hizo principalmente a pie y sin conocimiento previo de lo que se escondía en el vasto páramo. No le amedrentaba el miedo a lo desconocido y tenía una tenacidad inquebrantable para completar cualquier tarea que se le presentara.

En el siglo XIX, el interior de África estaba envuelto en misterio; los mapas europeos de África central seguían prácticamente en blanco. Con su sextante y telescopio, Livingstone midió y registró la posición de cada aldea, río, montaña, cascada y valle a lo largo de su camino. Se enfrentó a leones, cocodrilos, caníbales, traficantes de esclavos, malaria, disentería y una muerte inminente. Sin embargo, durante treinta años, Dios lo guió, lo protegió y le reveló los secretos más profundos de África a este seguidor de Cristo que se esforzó por abrir el corazón de África al evangelio. «El fin de la exploración

[geográfica]», solía citar, «es el comienzo de la empresa [misionera]».

Entre sus contemporáneos, a menudo se le consideraba un misionero controvertido, pues no era un mensajero del evangelio convencional. Aunque se dedicó a abrir África al cristianismo, algunos lo acusaron posteriormente de tener solo un verdadero converso, ignorando a los millones que se convirtieron a Cristo tras sus exploraciones. Su objetivo inicial de guiar personalmente a los nativos a Cristo fue reemplazado por su insaciable deseo de explorar y descubrir el interior de África en aras del evangelio y la civilización.

Con la guía divina, Livingstone se convirtió en uno de los misioneros generales de Dios que dedicó su vida a las tres C: cristianismo, civilización y comercio. Estaba convencido de que impulsar estos tres objetivos llevaría finalmente a Cristo a África. Y estaba decidido a triunfar, sin importar el costo.

Su incansable impulso se basaba en la misma visión del apóstol Pablo: «De esta manera me he esforzado por predicar el evangelio, no donde Cristo ya había sido nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno» (Romanos 15:20). Su labor en África fue una semilla que él plantó y que luego otros regaron. Finalmente, por la gracia de Dios, ha dado lugar a las actuales cruzadas africanas, mediante las cuales millones de personas se acercan a Cristo y establecen las enormes iglesias africanas del siglo XXI.

El condado de Escocia

David Livingstone nació el 19 de marzo de 1813 en la ciudad industrial de Blantyre, Escocia, a ocho millas de Glasgow. Fue el segundo de siete hijos de Neil y Agnes Livingstone, una familia humilde que vivía en un apartamento de una sola habitación.

A la tierna edad de diez años, David se levantaba cada día a las 5:00 a. m. para la oración matutina y luego, junto con su hermano mayor, John, iba a trabajar en las fábricas de algodón locales. Durante catorce horas al día, trabajaban como remendadores, de pie bajo la maquinaria de hilado para remendar las hebras de

algodón rotas que habían...Con una parte de su salario, los hermanos ayudaron a la familia a sobrevivir.

Tras una larga jornada, los trabajadores que querían ir a la escuela debían hacerlo por la noche, de 8:00 a 10:00 p. m. ¡Cuánto ansiaba David Livingstone aprender! A pesar del cansancio, asistía a la escuela todas las noches; nada le apetecía más que estudiarlo todo, desde el insecto más pequeño hasta la máquina más compleja. Gastó su primera semana de salario en un libro de gramática latina y lo apoyaba contra la maquinaria para leer cada vez que podía.

A los diecinueve años, sucedieron dos cosas que cambiaron su vida. Tras nueve años de trabajo, finalmente fue ascendido a hilandero de algodón en la fábrica, lo que le permitió ganar más dinero. En segundo lugar, y más importante, él y su familia dejaron la prestigiosa Iglesia de Escocia para asistir a una iglesia congregacional independiente. Por primera vez, David escuchó el mensaje de salvación en Cristo, basado únicamente en la fe, y no en una conducta perfecta. Aceptó el don de la salvación de Cristo y se convirtió en creyente. Livingstone escribió: «Vi el deber y el inestimable privilegio de aceptar de inmediato la salvación por Cristo. Creyendo humildemente que, por su soberana misericordia y gracia, he podido hacerlo... para su gloria».

La ciencia y Dios

Para David Livingstone, lo más fascinante del mundo era la ciencia y la naturaleza. ¡La ciencia despertaba su imaginación! Por desgracia, tenía que leer sus libros de botánica y química en secreto, porque su padre se oponía vehementemente a ellos, convencido de que la ciencia alejaba a los cristianos de Dios. David luchaba contra la culpa hasta que conoció el libro «La filosofía de un estado futuro», del Dr. Thomas Dick, astrónomo y cristiano escocés del siglo XVIII.

“Tanto la ciencia como la creación provienen de Dios”, afirmó el autor. “El estudio de su mundo acercará al cristiano a Jesucristo”. El libro se convirtió en la mayor influencia en la vida de Livingstone después de la Biblia. ¿Cómo podría ayudar a su

padre a comprender?

Un domingo por la mañana, mientras la familia Livingstone estaba sentada en un banco de la iglesia, el pastor leyó a la congregación una carta del Dr. Charles Gutzlaff, misionero alemán en China. Gutzlaff pedía a los cristianos europeos que consideraran convertirse en médicos misioneros para brindar a los chinos tanto ayuda física como salvación espiritual.

¡David estaba fascinado! Aquí estaba la combinación perfecta de Dios y la ciencia. Era la respuesta a un sueño: podía convertirse en médico misionero. Después de escuchar...En la carta, su padre admitió de buen grado que Jesús podía usar incluso la ciencia para alcanzar a los perdidos. David contó con la bendición de su padre para perseguir su sueño de ser médico.

Livingstone le aseguró a su padre: “Es mi deseo mostrar mi apego a la causa de Aquel que murió por mí dedicando mi vida a Su servicio”.

David había escuchado el llamado de Dios, pero ¿cómo llegaría de las fábricas de algodón de Escocia al campo de la misión médica en China? Solo Dios podía responder a esa pregunta.

Considerando su salario (que acababa de subir), sus obligaciones familiares y el costo de la matrícula en el Anderson College de la cercana Glasgow, David calculó sus gastos. Si ahorraba cada centavo, le tomaría tres años acumular las doce libras que necesitaba para la matrícula. Con la determinación que definió toda su vida, ¡David lo hizo! Tres años después, a los veintitrés años, caminó los trece kilómetros hasta la ciudad de Glasgow para comenzar su formación médica.

Absorbiendo el conocimiento como una esponja, David terminó sus estudios en dos años, en septiembre de 1838. Debido a su excelente desempeño en todas las asignaturas, la universidad le ofreció un puesto de profesor con el astronómico salario de 150 libras al año. Pero David rechazó el trabajo; sabía que su destino estaba en las tierras donde el evangelio había permanecido oculto durante demasiado tiempo.

“El humo de mil pueblos”

La bulliciosa ciudad de Londres fue la siguiente parada del joven escocés. David solicitó un puesto misionero en la Sociedad Misionera de Londres (LMS), una organización no confesional.

Fue aceptado y había comenzado su preparación para servir en China cuando sus planes misioneros se vieron interrumpidos abruptamente. La Compañía Británica de las Indias Orientales había estado vendiendo opio indio en China. Como resultado, miles de chinos, hombres y mujeres, se habían vuelto adictos sin remedio. Cuando el gobierno chino exigió que la Compañía de las Indias Orientales cesara inmediatamente la venta de opio, los británicos se negaron, reacios a renunciar a las exorbitantes ganancias. El resultado fue la primera Guerra del Opio en China; entrar al país ahora sería un suicidio.

Sin desanimarse, Livingstone buscó a Dios para que le abriera otra puerta.

Una tarde de otoño de 1840, David hizo una pausa en sus estudios misioneros para asistir a una reunión de la Sociedad de Civilización Africana en el Exeter Hall de Londres. El príncipe Alberto, joven esposo de la reina Victoria, pronunciaba su primer discurso ante el público británico.

El siguiente orador fue Sir Thomas Buxton, miembro del Parlamento y Abolicionista feroz, que creía que presentar el cristianismo y el comercio a la gente de África era el doble ataque que acabaría con la esclavitud. Para muchos, la esclavitud humana era una forma perversa, pero fácil, de ganar dinero. El continente tenía otros productos además de esclavos para vender al mundo, pero los nativos desconocían estos mercados. Este plan de dos partes: proporcionar tanto el conocimiento de Cristo como el del comercio se convirtió en la misión de toda la vida de Livingstone.²⁹⁹

El último orador en subir al estrado esa noche fue Robert Moffat, un célebre misionero de la LMS con una larga barba blanca. Livingstone escuchó fascinado mientras Moffat hablaba con pasión de sus veinte años entre los nativos de Sudáfrica: «A

veces he visto, bajo el sol de la mañana, el humo de mil aldeas donde nunca ha estado ningún misionero».

Esa noche trascendental, se encendió en David Livingstone una pasión por África que no se extinguiría hasta su último aliento, décadas después. Qué recordatorio de que nunca sabemos a quién llegan nuestras palabras. Anímate a expresar lo que sientes y sientes, y no te contengas. Gracias a Dios, las sinceras palabras de Robert Moffat impulsaron a Livingstone a responder al llamado de África.

África: “La tumba del hombre blanco”

Con el corazón latiendo desbocado, Livingstone escribió a la Sociedad Misionera de Londres solicitando ser enviado a África como médico misionero. La Junta accedió de inmediato y lo asignó a la Misión Kuruman de Robert Moffat en Sudáfrica, a 960 kilómetros al norte de Ciudad del Cabo.

Eufórico, David regresó a Escocia a toda prisa para pasar un día con su familia antes de partir de Gran Bretaña. Neil y Agnes Livingstone estaban orgullosos del compromiso de su hijo con Cristo, pero les partía el corazón verlo viajar una distancia tan larga hasta el continente conocido como "la tumba del hombre blanco".

A las 5:00 a. m. de la mañana siguiente, David dirigió la oración familiar por última vez con un pasaje bíblico favorito: «El Señor es tu guardador; el Señor es tu sombra a tu diestra. El sol no te fatigará de día, ni la luna de noche. El Señor te guardará de todo mal; él guardará tu alma. El Señor guardará tu salida y tu entrada desde ahora y para siempre» (Salmo 121:5-8).

Por última vez, Neil Livingstone caminó las ocho millas hasta Glasgow con su hijo. A los pocos días, el 8 de diciembre de 1840, David se encontraba en el velero George rumbo a Sudáfrica y a una aventura que superaba sus sueños más descabellados. «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días» (Mateo 28:20) era la promesa de Dios que llevaba en su corazón. Livingstone escribió en su diario: «Esta es una promesa en la que puedo

confiar...» ¡Sobre esto, porque es la palabra de un caballero de honor!”

¡Sin esperas! ¡Explora ahora!

Tras tres meses en el mar, David llegó a Ciudad del Cabo, Sudáfrica, a principios de marzo de 1841. Permaneció allí el tiempo justo para comprar cuatro carretas y doce bueyes para recorrer las seiscientas millas hasta la misión de Moffat en Kuruman. Otro misionero, William Ross, y su esposa viajaron con él. Al llegar a Kuruman, David estaba listo para comenzar la obra de su vida, pero se decepcionó al descubrir que Robert Moffat y su familia seguían de permiso en Inglaterra sin fecha de regreso prevista.

Kuruman era una hermosa estación misionera, con exuberante vegetación y casas bajas de adobe. Ya había dos misioneros en la estación, y varios cientos de nativos africanos vivían allí. Pero el entusiasta Livingstone estaba ansioso por emprender la marcha. ¿Qué harían cuatro misioneros con su tiempo? Dos serían suficientes para la obra; quería empezar a descubrir esos "mil pueblos" del norte.

David convenció a un compañero misionero, Roger Edwards, para que viajara con él al norte. El 24 de septiembre de 1841, dos meses después de su llegada a Kuruman, David Livingstone emprendió su primera expedición al interior de África, ¡en carreta de bueyes!

Al llegar a la aldea más cercana de la tribu Bakgatla, Livingstone y Edwards oyeron a las mujeres gritar una advertencia desde los campos. Los aldeanos hombres se subieron a la carreta de Livingstone con las lanzas en alto, más curiosos que amenazantes. Pomare, el guía e intérprete nativo de Livingstone, ofreció cuentas y regalos al jefe.

Cuando los nativos pidieron intercambiar rifles, David astutamente desvió su atención mostrándoles su espejo. Estaban entusiasmados con sus reflejos y recibieron con entusiasmo a los hombres en su campamento. Cuando descubrieron que David era

un "shuman blanco" (médico), trajeron a sus enfermos, y él pasó días aplicando cataplasmas y distribuyendo medicinas. ¡Qué primera experiencia tan prometedora! A cada paso del viaje, consultaba su brújula y llevaba un registro de su ubicación: una rutina temprana que perduró toda su vida.

Emocionados por la facilidad con la que se abrían nuevas tierras, Livingstone y Edwards continuaron hacia el norte, hasta la aldea de los bakawan y el jefe Sechele. El jefe se convertiría en uno de los aliados más cercanos de Livingstone y su converso más fiel en África. Tras pasar semanas entre los bakawan, David aprendió poco a poco el idioma bantú. Los jóvenes misioneros regresaron a Kuruman con una sensación de victoria, llegando para la Navidad de 1841. Moffat aún no había regresado.

Una nueva misión más una esposa

Deseosos de compartir a Cristo con estas nuevas tribus, Edwards y Livingstone escribieron a Robert Moffat pidiendo permiso para establecer una misión en el norte. La respuesta de Moffat fue un sí rotundo, así que los dos jóvenes misioneros se mudaron a un lugar a varios kilómetros al norte de Kuruman, llamado Mabotsa, habitado por la tribu Bakgatla. Con una rica vegetación, pastizales y agua, la misión estaba destinada al éxito.

Poco después de la finalización del edificio principal de la misión, los leones de Mabotsa comenzaron a atacar diariamente a las ovejas y el ganado. Sin temor a oponerse a ellos, Livingstone animó un día a los nativos a rodear a los leones para matarlos. Fue entonces cuando David fue atacado violentamente y mutilado por el furioso león macho descrito al comienzo del capítulo. Yaciendo con el brazo izquierdo destrozado, Livingstone instruyó dolorosamente a Edwards sobre cómo recolocar su brazo y vendar sus heridas abiertas. Durante el resto de su vida, el brazo izquierdo de Livingstone colgó rígido a su costado.



David Livingstone salvado de un león por Mebalwe, un maestro de escuela nativo.

Grabado de Viajes e investigaciones misionales en Sudáfrica,
de David Livingstone
(Londres, 1857)

(Gestión de activos de imagen Ltd.)

Durante dos meses, descansó en el complejo de la misión mientras su brazo sanaba. Cuando llegó a Mabotsa la noticia de que Robert Moffat finalmente iba camino a Kuruman, el impaciente Livingstone montó a caballo de un salto y corrió a unirse a los Moffat en su viaje. Al llegar a la caravana, pronto conoció a Mary, de veintitrés años, la mayor de los diez hijos de Robert Moffat. Pasaron varias semanas juntos mientras su hombro seguía sanando en Kuruman. Para cuando regresó a Mabotsa, David había decidido pedirle a Mary Moffat que fuera su esposa.

Ella es todo lo que quiero

Mary Moffat no era conocida por ser una chica guapa, pero había pasado diecinueve de sus veintitrés años en África y tenía un corazón de misionera. Livingstone, de treinta años, musculoso y vivaz, le sentaba de maravilla.

Por otro lado, la idea del matrimonio era extraña para David.

¡Permanecer soltero en la naturaleza africana había sido su plan desde el principio! En su solicitud para las misiones en Londres, cinco años antes, había declarado enfáticamente: «Soltero; sin compromiso matrimonial, jamás he hecho propuestas de matrimonio». David y Mary se casaron en enero de 1845.

En sus diarios, Livingstone describió a su nueva esposa en pocas palabras: «Mary es una mujer sencilla y sensata, no una romántica. La mía es una mujer práctica, una chica pequeña, de pelo negro y grueso, robusta y con todo lo que necesito».

Sin embargo, a medida que su amor por Mary crecía, sus cartas revelaban un corazón más tierno: “Nunca muestro todos mis sentimientos, pero puedo decir con sinceridad, querida mía, que te amé cuando me casé contigo, y cuanto más tiempo viví contigo, más te amé”.

Tras su boda, los Livingstone no permanecieron mucho tiempo en Mabotsa. Roger Edwards y su esposa se habían distanciado de los Livingstone debido a su parentesco con Robert Moffat; Edwards quería dirigir la misión a su manera. Livingstone se alegró de mudarse con su nueva esposa más al interior y se establecieron en Chonuane, una aldea cerca del jefe Sechele de la tribu Bakwain.

“Estas palabras me hacen temblar los huesos”

Desde el principio, el jefe Sechele se interesó en el mensaje cristiano que predicaba David. Cuando escuchó que el evangelio le traería salvación eterna, le dijo a Livingstone: «Me asustas: estas palabras me hacen temblar los huesos; ya no tengo fuerzas».

Sechele y los bakwains hablaban el dialecto sechuana del bantú, y en el momento oportuno de Dios, Robert Moffat tradujo y publicó el Nuevo Testamento en sechuana. Cuando el jefe recibió la Biblia, la estudió detenidamente, intentando comprender al Dios de Livingstone. Al poco tiempo, rechazó su adoración a deidades falsas y aceptó a Jesucristo como su Salvador, el Redentor de sus pecados.

Durante los dos años que David pasó en Chonuane enseñando

al jefe las buenas nuevas de Cristo, Mary dio a luz a sus dos primeros hijos: Robert, nacido en 1846, y Agnes, nacida en 1847. Cuando el agua en Chonuane comenzó a escasear, los Livingstone, sus hijos y toda la tribu Bakwain se trasladaron más lejos al norte en Kolobeng y estableció un nuevo asentamiento allí.

Las cinco esposas del jefe

Mientras discipulaba a Sechele, Livingstone descubrió la mayor barrera para la propagación del cristianismo entre las tribus africanas: la poligamia. Un hombre africano era estimado por el número de esposas e hijos que tenía en su familia inmediata. Sechele luchó durante meses sobre qué hacer con cuatro de sus cinco esposas. Finalmente, decidió seguir las enseñanzas de Jesús y la Biblia en lugar de sus tradiciones. Sechele rompió el vínculo matrimonial con cuatro de sus esposas y, tras colmarlas de regalos, las envió de regreso con sus familias.

¡Qué alboroto entre los bakuanos! Las esposas rechazadas estaban angustiadas, los padres de las jóvenes estaban furiosos, y los demás hombres africanos proclamaron con vehemencia: "¡Jamás seguiremos a tu nuevo Dios, Sechele! ¡Te hizo renunciar a tus hermosas esposas!".

A pesar de las protestas de los demás nativos, el jefe Sechele y todos sus hijos fueron bautizados en agua en el cuerpo de Cristo mientras su tribu observaba con curiosidad y asombro.

Cruzando el desierto del Kalahari

No se puede cruzar el desierto del Kalahari hacia las tribus que están más allá; es completamente imposible incluso para nosotros, los africanos, salvo en ciertas estaciones. ¡Ningún hombre blanco podría sobrevivir! Sechele lanzó esta desafiante advertencia mientras David hablaba de cruzar el árido desierto cerca de Kolobeng en busca de una mejor fuente de agua. ¡Imposible no era una palabra que David Livingstone aceptara!

El agua escaseaba en Kolobeng, así que David estaba decidido a encontrar una ruta a través del desierto de Kalahari y, posiblemente, una nueva ubicación para la misión. Pero, sobre

todo, estaba ansioso por seguir adelante, por descubrir qué había realmente al otro lado del desierto, en el vasto páramo de África.

Al no tener suficiente dinero para provisiones, le escribió al capitán Thomas Steele, amigo y adinerado cazador de safari británico, solicitando un patrocinador financiero para el viaje. Steele no estaba disponible, pero recomendó a Cotton Oswell en su lugar. Fue una respuesta divina a sus oraciones, pues Oswell y Livingstone iniciaron una alianza divina que perduró durante décadas.

Cotton Oswell, un inglés adinerado residente en la India, anhelaba explorar África y aprovechó la oportunidad de unirse a la expedición de Livingstone. Además de bueyes cargados con toda la comida y los suministros necesarios, Oswell llegó con un sextante y un telescopio, instrumentos que David podría usar para verificar su ubicación geográfica ahora y en futuras exploraciones. Oswell también contrató treinta nativos bakawani con la promesa de pagarles con los colmillos de elefante que acumularía a lo largo del viaje.³⁰²

El 1 de junio de 1849, tras despedirse de Mary y sus tres hijos con un beso (para entonces, ya había nacido Thomas Steele Livingstone), David emprendió su primera gran exploración. Había oído rumores sobre el lago Ngami, una hermosa masa de agua al norte del desierto, pero ningún europeo la había visto jamás. ¡Estaba decidido a ser el primero!

Tras recorrer los primeros 160 kilómetros a través de tierras áridas, Livingstone y Oswell finalmente entraron en territorio que ningún hombre blanco había recorrido jamás. ¡David Livingstone era oficialmente un explorador! Sin embargo, a pesar de su cuidadosa planificación, tras un mes en el desierto, la expedición necesitaba desesperadamente agua para los hombres y sus bueyes.

Primer descubrimiento

El 4 de julio de 1849, Cotton Oswell divisó una cinta brillante a lo lejos que creyó ser un espejismo. Al dirigirse hacia ella con entusiasmo, los hombres descubrieron que no era un espejismo, sino un hermoso río boscoso, el río Zouga, desconocido para

todos, salvo para los pocos nativos que vivían cerca del Kalahari. Los exploradores, los nativos y los bueyes se zambulleron en las aguas poco profundas del Zouga para beber hasta saciarse y limpiar el polvo.

Seguramente este río conducirá al misterioso lago Ngami., pensó Livingstone. Tras dejar el desierto y seguir a Zouga hacia el norte durante más de doscientos cincuenta kilómetros, los aventureros finalmente contemplaron un amplio y deslumbrante lago azul repleto de fauna africana. El 1 de agosto de 1849, David Livingstone, Cotton Oswell y un El tercer guía británico, Mungo Murray, recorrió las orillas como el primer europeo en ver las cristalinas aguas del lago Ngami.

Regresando por la ruta que Livingstone había registrado minuciosamente, los exploradores llegaron a Kolobeng para anunciar su descubrimiento. Aunque



Un año después de descubrir el lago Ngami, Livingstone regresa con miembros de su expedición, su esposa y su familia. Grabado a partir de un dibujo realizado in situ por Alfred Ryder. De Viajes e investigaciones misionales en Sudáfrica, de David Livingstone (Londres, 1857).

(Gestión de activos de imagen Ltd.)

Europa temía que África central fuera un vasto desierto, Livingstone había descubierto el primero de lo que él creía que era una cadena de lagos en el interior de África. Los guías nativos que los acompañaron en su viaje informaron que había otros grandes ríos y lagos al norte del Zouga. ¡El interior de África no era un desierto árido! Estaba repleto de ríos, lagos, aldeas nativas y fauna exótica.

Apenas capaz de contener su emoción, Livingstone escribió a la Sociedad Misionera de Londres y a la Real Sociedad Geográfica sobre la exuberante vegetación y las hermosas vías fluviales que ya había descubierto en África central. Estaba seguro de que con el tiempo también podrían establecerse asentamientos cristianos en estas regiones del interior. ¡El evangelio llegaría a África central!

En una carta a Arthur Tidman de la Sociedad Misionera de Londres, David escribió: “Espero poder trabajar mientras viva más allá de la capacidad de otros hombres, y plantar la semilla del evangelio donde otros no la han plantado”.³⁰³

La familia explora junta

En pocos meses, David estaba listo para viajar más allá del desierto de Kalahari una vez más. Esta vez, seguiría el río Zouga hacia el sur. Mary Livingstone, a pesar de estar embarazada de su cuarto hijo, insistió en que ella y los niños lo acompañaran.

Con demasiada confianza tras el éxito de su primer viaje, David aceptó. En julio de 1850, los Livingstone y varios trabajadores bakain emprendieron la travesía del Kalahari. Siguiendo los detallados mapas dibujados a mano por David, llegaron al Zouga sin problemas, pero poco después de su llegada, Agnes, de cuatro años, y Thomas, de dos, contrajeron malaria. Aunque Agnes se recuperó rápidamente, Thomas enfermó gravemente. Temiendo por su vida, los Livingstone regresaron para emprender el viaje de regreso de dos meses a Kolobeng.

Afortunadamente, ambos niños se recuperaron por completo,

pero un mes después, la tragedia golpeó a la joven familia. Durante el parto, Mary sufrió un derrame cerebral que le provocó una leve parálisis en el lado izquierdo. Aunque la parálisis remitió, unas semanas después, la pequeña Elizabeth sufrió una bronquitis grave y falleció. La familia lamentó la pérdida de su dulce niña de ojos azules y la enterró en Kolobeng.

David decidió que un viaje a Kuruman y pasar tiempo con los padres de Mary acelerarían su recuperación. Mientras estaban allí, recibió dos cartas inesperadas de Inglaterra. En honor al descubrimiento del lago Ngami, la Real Sociedad Geográfica (RGS) le había otorgado a Livingstone la Medalla de Oro, el máximo honor para un explorador británico. ¡Estaba asombrado! La Sociedad Misionera de Londres también le envió una carta de elogio y alegría; ¡estaba abriendo un mundo completamente nuevo para el evangelio de Jesucristo!

Mientras sea hacia adelante

Al regresar a Kolobeng, Livingstone se inquietó y comenzó a planear su próximo viaje a Zouga. Mientras Mary preparaba el equipaje para que ella y los niños lo acompañaran, Cotton Oswell protestó: "¿Estás seguro de que es una buena decisión? ¡Hay tantos peligros por donde vamos a viajar!". David respondió con gravedad: "No puedo dejar a mi familia aquí en Kolobeng. Hay enfermedades, y yo soy su médico. Y los bóers [descendientes de neerlandeses y traficantes de esclavos] amenazan con atacar la aldea. ¡No pueden quedarse aquí!".

Justo antes de que partiera la expedición, David recibió una carta de su furiosa suegra, Mary Moffat, en protesta: "Oh, Livingstone, ¿qué quieres decir? ¿No te bastó con perder a un bebé encantador y apenas salvar al otro, ¿Mientras la madre llegaba a casa amenazada de parálisis? ¿Cómo puedes ir?

Livingstone no respondió a su carta. Estaba convencido de que Dios no lo había llamado a establecerse en un solo lugar, a establecer una misión como Robert Moffat lo había hecho con tanto éxito en Kuruman. Dios había puesto en su alma el deseo de ser un misionero pionero, siempre en busca de la siguiente

frontera. «Iré a cualquier parte», escribió, «¡siempre que sea hacia adelante!». Creo que fue un espíritu apostólico que Dios le dio lo que lo impulsó siempre hacia adelante.

A sus treinta y un años, Mary Livingstone era una mujer fuerte y estaba totalmente decidida a no quedarse atrás, a pesar de estar embarazada de su quinto hijo. Una vez más, Livingstone se aventuró en las tierras salvajes de África, con su amada esposa e hijos viajando en la carreta más grande. Cotton Oswell lo acompañó, emocionado de unirse a otra expedición de Livingstone al corazón de África. Livingstone lo había convencido de que con cada exploración remota, descubrirían una nueva vía fluvial africana; era el sueño de cualquier explorador.

El descubrimiento de María embarazada

El 18 de junio de 1851, dos meses después de partir de Kolobeng, la expedición de Livingstone hizo un nuevo descubrimiento: el ancho río Chobe, en África central. ¡Mary Livingstone por fin se había convertido en exploradora oficial de una de las expediciones de su esposo! Acamparon a orillas del río Chobe y, tras reunirse con un jefe tribal local, descubrieron que existía un caudaloso río, el Sheshke, que llevaría a los exploradores a través de África central.

Livingstone apenas podía contener su emoción ante la idea de un río navegable por el interior de África. Mary lo miró con tristeza pero comprensión mientras él le explicaba la importancia de encontrar al poderoso Sheshke para su misión. Había suficiente comida y protección para su familia en el campamento, así que dejó a su esposa embarazada y a sus hijos acampados junto al río Chobe, protegidos por sus guías africanos. Livingstone y Oswell cabalaron juntos, navegando por pantanos infestados de cocodrilos, en busca del caudaloso río que los nativos habían descrito con tanto orgullo.

El poderoso Zambesi

Tras casi un mes de cruzar pantanos, el 4 de agosto de 1851, Livingstone y Oswell se abrieron paso entre la maleza africana para contemplar un espectáculo maravilloso. Ante ellos discurría

el veloz Sheshke —actualmente el río Zambeze—, de cuatrocientos metros de ancho y una profundidad desconocida. Una extensa y gloriosa vía fluvial en pleno centro de África; ¡ningún registro ni mapa europeo había mencionado jamás un río así!

¿Era esta la respuesta que Livingstone buscaba? Si el Zambeze fluía hacia el este hasta el océano Índico, ¿podría ser la vía fluvial que conectaba el mundo exterior con el interior de África? David anhelaba seguir adelante, siguiendo el sinuoso curso del río, desvelando sus misterios, pero Mary estaba a pocas semanas de tener su quinto hijo. Tenía que volver a las carretas.

Toda la expedición se dirigió al sur, de regreso al río Zouga, camino a Kolobeng. Mary Livingstone, una valiente misionera y exploradora por derecho propio, soportó bien el viaje, a pesar de estar embarazada de nueve meses. El 15 de septiembre de 1851, acampando a orillas del Zouga, dio a luz a su quinto hijo, un niño sano.

Los padres, aliviados, llamaron al bebé William Oswald Livingstone, en honor a su compañero explorador. Inspirado por el entorno, David lo apodó "Zouga", nombre que le perteneció el resto de su vida.³⁰⁴ El pequeño Thomas también era un niño sano, pero volvió a enfermarse de malaria. David le suministró quinina, un analgésico natural antipirético y antiinflamatorio elaborado con la corteza del árbol de la quina. Livingstone fue el primer médico conocido en usar quinina en las dosis justas para combatir la malaria. La familia reanudó rápidamente su viaje de regreso a Kolobeng.³⁰⁵

Abrir África o perecer

A David Livingstone le remordía la conciencia. ¿En qué estaba pensando al llevar a Mary y a sus hijos pequeños a los pantanos y selvas de África? Era hora de enviar a Mary y a los niños a un lugar seguro y continuar sus exploraciones sin ellos.

Para los misioneros de los siglos XVIII y XIX, fue una lucha constante conciliar el llamado de Dios con la vida de sus familias.

Sus opciones eran limitadas: o se llevaban a sus esposas y las exponían a un grave peligro, o las dejaban vivir años solas mientras cumplían su llamado en Cristo. Nunca fue una decisión fácil, una decisión que dependía de cada misionero y de Dios.

David Livingstone era un hombre decidido; se sentía impulsado a adentrarse en el interior de África, pero era demasiado arriesgado para los niños. «Decidí de inmediato», escribió, «salvar a mi familia de esta región insalubre enviándolos a Inglaterra y regresar solo, con el objetivo de explorar el país en busca de una región próspera que pudiera convertirse en un centro de civilización y abrir el interior mediante una ruta hacia la costa este o la oeste».

¿Cómo le daría la noticia a María?

“María, tú y los niños deben ir con tus padres a Kuruman o con mi familia en Escocia. No arriesgaré más sus vidas”. María rogó quedarse con su esposo, pero no lo convencieron. María era demasiado independiente para volver a vivir bajo el techo de sus padres, así que decidió irse a Escocia.

Cuando llegaron a Puerto Elizabeth, Cotton Oswell los recibió con un regalo de viaje. Les proporcionó el dinero para que Mary y los niños compraran ropa nueva y regresaran a Europa. Fue una bendición agri dulce, ya que la familia Livingstone no quería irse de África.

Para David Livingstone, los siguientes cuatro años lo convertirían en un explorador de renombre y le darían fama mundial, pero su familia tuvo que pagar un alto precio. No podía imaginar que Mary pasaría por momentos difíciles en Escocia y que sus hijos se distanciarían de su padre. Pero ese día, África era lo único que ocupaba su corazón y su mente.

Mary y los niños zarparon de Puerto Elizabeth en el Trafalgar el 23 de abril de 1852. Dirigiendo su mirada hacia el interior profundo del continente, Livingstone escribió: "En cuanto a mí, estoy decidido a abrir África o perecer".

Atacado por los esclavistas

Cabalgando hacia Kolobeng, David recibió una trágica carta del jefe Sechele, entregada por su esposa, Masebele. Ella se la entregó llorando. Decía: «Se llevaron a dos de mis hijos. Sesenta de los nuestros fueron asesinados a tiros. El ganado y los bueyes desaparecieron, y quemaron todas nuestras cosechas en el campo». 306 El jefe Sechele y su esposa apenas lograron escapar con vida.

Seiscientos bóers holandeses atacaron salvajemente la misión de Kolobeng. Aunque afirmaban ser cristianos, los descendientes europeos dispararon sin piedad a hombres, mujeres y niños mientras huían de sus hogares. Cañones montados en carros arrasaron los edificios en cuestión de minutos. Los bákuins no tuvieron ninguna oportunidad. Además de las muertes, cientos de nativos fueron capturados como esclavos. Los bóers saquearon la casa de Livingstone y destruyeron su equipo médico, sus medicinas, sus libros y sus papeles.

Livingstone estaba desconsolado por la pérdida de sus amigos bákuas y furioso por la maldad que existía entre los bóers y todos los traficantes de esclavos de África. Juró acabar con la brutalidad de la trata de esclavos, pero jamás volvería a Kolobeng ni construiría una misión permanente.

En ese momento, su diario decía: "Oh Jesús, lléname de tu amor ahora, y te suplico que me aceptes y me uses un poco para tu gloria. No he hecho nada para ti todavía, y me gustaría lograr algo..."

Predicando a seis mil

En diciembre de 1852, el legendario afán de Livingstone por descubrir los secretos del interior de África alcanzó un nuevo fervor. Viajó con varios porteadores africanos a Linyanti (en la actual Botsuana) y se reunió con la tribu Makololo y su jefe de dieciocho años, Sekeletu.

Mientras vivía allí con seis mil makololos, David predicó el evangelio en bantú y mostró imágenes de historias bíblicas con su nuevo proyector de diapositivas, al que llamaba su «linterna mágica». 308 Su interés por la Biblia y Jesús crecía, pero

lentamente. Su deseo de tener varias esposas siempre les impedía aceptar el mensaje del evangelio.



David Livingstone leyendo la Biblia a los nativos
en la región de Ruanda-Urundi, África, en el siglo XIX.
Artista desconocido.

Cuando Livingstone le dijo a Sekeletu que planeaba viajar al noroeste a través de África central hasta el gran océano (el Atlántico), el jefe protestó por la insensatez de un viaje tan peligroso. Al darse cuenta de la determinación de David, el jefe negó con la cabeza y respondió: «Cumpliré tu deseo de ir al norte y morir». Envío a veintisiete de sus mejores guerreros para que lo acompañaran.

Como ningún hombre blanco había intentado una expedición transcontinental, David envió una nota de despedida a su suegro, Robert Moffat. Escribió: «Mi bendición para mi esposa. Que Dios la consuele... Por favor, sé un padre para los huérfanos, por amor a Jesús».

Primeros en cruzar África

Cargaron todos sus suministros para la larga travesía hacia la costa oeste en bueyes; llevaban canoas para cuando podían navegar por los ríos. Siempre combatiendo la trata de esclavos en África, Livingstone desafió a un jefe africano en el camino a liberar a los nativos balonda que acababa de capturar. Sabiendo que era una postura peligrosa, David se repitió a sí mismo: «Confío en Dios, y Dios no se equivoca». 309 Una vez liberados en su aldea, el jefe balonda y los aldeanos agradecieron a Livingstone su valentía.

Atravesando África Occidental, Livingstone viajó durante nueve meses, encontrándose con densos bosques, ríos inundados, pantanos infestados de cocodrilos y bestias salvajes. A veces, se encontraba con nativos amistosos; otros días, tenía que pagar tributo a jefes salvajes para poder atravesar sus tierras con seguridad. ¡Pero la compañía nunca fue atacada!

David Livingstone poseía un don: la capacidad de tranquilizar e incluso entablar amistad con los jefes tribales durante sus viajes. Ya fueran amistosos u hostiles, aprendieron a confiar en este explorador europeo que amaba su tierra y nunca representó una amenaza para su seguridad. Livingstone respetaba a los nativos y trabajó incansablemente para evitar que sus aldeas fueran destruidas por los traficantes de esclavos. El don de Livingstone fue una bendición de Dios que le salvó la vida una y otra vez.

El 31 de mayo de 1854, David Livingstone y sus hombres llegaron sanos y salvos a la ciudad portuaria de Loanda, en el océano Atlántico. Habían recorrido más de tres mil kilómetros desde Kuruman, atravesando el desierto de Kalahari hasta Sekeletu en Linyanti y luego hacia la costa occidental. Los trabajadores de Makololo contemplaban con asombro el Atlántico con sus olas y el fragor de las olas, y parecía no tener fin más allá del horizonte.

Inmortal hasta que termine

¡Qué hazaña para Livingstone! Había viajado con éxito por tierras africanas que ningún otro hombre blanco había visto antes.

Había registrado meticulosamente cada punto de referencia y dibujado mapas detallados para la sociedad geográfica. Pero el viaje le había pasado factura.



Justo antes de partir de Linyanti, Livingstone sufrió su primer ataque de malaria. Gracias a su fuerte constitución, había evitado la enfermedad durante años. En este viaje, registró treinta y un ataques de fiebre, que lo redujeron a un saco de huesos. Llegó a Loanda a lomos de un buey, con una necesidad desesperada de un médico. Descansó durante meses en la ciudad portuaria, trabajando tranquilamente en sus diarios y mapas, antes de poder regresar a Linyanti.

Un capitán británico, listo para zarpar hacia Inglaterra, le ofreció a David pasaje gratuito en el Forerunner para reunirse con su angustiada familia. Pero Livingstone no abandonaría a sus fieles trabajadores de Makololo. Nunca regresarían a Linyanti a través de tribus hostiles y pantanos sin sus mapas. Livingstone, agradecido, le entregó al capitán cartas para Mary y mapas detallados de sus descubrimientos para la Real Sociedad Geográfica de Inglaterra.

En septiembre de 1854, Livingstone no había avanzado mucho en su viaje de regreso cuando un mensajero trajo la trágica noticia: el Forerunner, con su cargamento y tripulación, se había hundido en el Atlántico. La expedición se detuvo mientras David redibujaba sus mapas y reescribía algunas cartas para enviarlas

con el mensajero a Inglaterra.

¡Una vez más, el Señor lo había rescatado de la muerte para que pudiera completar los propósitos de Dios!

“Soy inmortal hasta que mi obra esté terminada”, escribió Livingstone. “Y aunque veo pocos resultados, los futuros misioneros verán conversiones después de cada sermón. Que no olviden a los pioneros que trabajaron en la densa penumbra con pocos rayos de aliento, excepto los que emanan de la fe en las preciosas promesas de la Palabra de Dios”.

El jefe Sechele y los aldeanos se quedaron atónitos cuando Livingstone y los veintisiete makololos llegaron sanos y salvos a Linyanti. El viaje había durado casi dos años, pero ni un solo hombre había muerto por enfermedades, deserciones o asesinatos tribales.

El trueno del “humo sonoro”

El éxito de la expedición impulsó a Livingstone a realizar nuevos descubrimientos. En lugar de tomarse un descanso, al cabo de un mes planeó una excursión similar a la costa este de África. Los comerciantes árabes de Loanda le habían dicho que siguiendo el río Zambeze llegaría hasta el océano Índico. Esta vez, el jefe Sekeletu le confió cien guerreros para que lo ayudaran en el viaje.

Mientras intentaba encontrar esta nueva ruta hacia el este, Livingstone escribió: “¿Acaso el amor de Cristo no puede llevar al misionero donde la trata de esclavos lleva al comerciante? Abriré un camino hacia el interior o pereceré”. 310

Durante el viaje, Livingstone aprovechó la oportunidad para predicar a las tribus nativas. «No puedo decir qué efecto tiene la predicación del evangelio al principio en estas personas», escribió Livingstone, «excepto que algunos han confesado que comenzaron a orar en secreto. Mientras ese gran Redentor de los culpables busca salvar a todos los que puede, podemos esperar que encuentren misericordia por medio de su sangre».

Para el 13 de noviembre de 1855, los hombres de Livingstone seguían el río Zambeze, algunos en canoas, otros arreando bueyes

por la ribera. 311 Días después de iniciar el viaje, los hombres empezaron a hablar del "humo que truena". Mientras aún estaban a varias millas de distancia, David vio columnas de "humo blanco" elevándose por encima de los árboles. Un leve estruendo pronto se convirtió en un rugido ensordecedor al acercarse a la impetuosa corriente. Los nativos maniobraron hábilmente las canoas hasta una isla que sobresalía de las cataratas (conocida hoy como la isla Livingstone). Al descender del bote, David y sus remeros se arrastraron con cuidado hasta el saliente.

David se quedó sin aliento. ¡Qué obra de la creación de Dios! Ante él, el río Zambeze se precipitaba en láminas de agua de noventa metros de profundidad en la garganta. Tras deleitarse la vista con las cataratas, escribió en su diario: «Cinco columnas [de humo o niebla] se alzaban... Todo el paisaje era de una belleza extrema; las orillas e islas que salpican el río están adornadas con vegetación silvestre de gran variedad de colores y formas... Escenas tan hermosas debieron ser contempladas por ángeles en su vuelo». Livingstone fue el primer europeo en contemplar la catarata más grande del mundo, de dos mil metros de ancho; la bautizó como Cataratas Victoria en honor a su reina.

Debido a la cascada, la expedición abandonó el río y recorrió cien millas por tierra. En esta región de la meseta norte, David encontró un paraíso de exuberante vegetación y una vasta reserva de caza y agua. Para él, este era el lugar perfecto para una misión cristiana. Escribió a la Sociedad Misionera de Londres, describiendo la zona con gran entusiasmo.

La siguiente parada de Livingstone fue Tete (en Mozambique), una colonia portuguesa que no era más que una ciudad de esclavos. En gran parte de Europa, la esclavitud ya había sido abolida, pero los portugueses seguían vendiendo esclavos en ambas costas de África. Aborreciendo esta práctica, David tuvo que descansar en Tete durante varias semanas porque la malaria había regresado. Allí, preguntó a los portugueses sobre los cien kilómetros del Zambeze que había evitado viajando por tierra. «El Zambeze es navegable desde las cataratas Victoria hasta el océano

Índico», le aseguraron; solo había evitado una pequeña sección de rápidos. Su declaración lo atormentaría en su próxima expedición. Dejando a los nativos makololo en Tete, David recorrió en canoa el último tramo del río con cinco escoltas portugueses.

En mayo de 1856, David Livingstone llegó a la desembocadura del Zambeze en la ciudad portuaria de Quilimane (Mozambique), en el océano Índico. ¡Lo había logrado! Había recorrido el interior de África de oeste a este y dibujado mapas detallados para toda Europa. Estaba convencido de que el río Zambeze era la «vía de Dios», un paso para misioneros y comerciantes desde el océano Índico hacia el interior de África.

Ahora era el momento de volver a casa, a Inglaterra.

Una bienvenida de héroe

Habían pasado cuatro años y medio desde que David había visto a María y a los niños zarpar rumbo a Gran Bretaña. Por barco y por tierra, el misionero de cuarenta y seis años tomó la ruta más rápida posible para regresar a casa.

Mary lo esperaba ansiosa en Southampton. Mientras los niños se sentían tímidos cerca de su padre, Mary se arrojó a los brazos de David. Compartió con él un poema cariñoso que decía, en parte: «Cien mil bienvenidas, cómo mi corazón rebosa de amor, alegría y asombro al ver tu rostro una vez más». Había extrañado a su esposo más de lo que él jamás podría comprender.

Para asombro de Livingstone, Inglaterra le brindó una bienvenida digna de un héroe. Los informes sobre sus descubrimientos africanos llenaron los periódicos y los salones de la sociedad británica. Roderick Murchison, presidente de la Real Sociedad Geográfica, declaró su viaje a Loanda «¡el mayor triunfo de la investigación geográfica de nuestro tiempo!».

La RGS celebró una suntuosa reunión para entregarle, una vez más, la Medalla de Oro, su máximo galardón anual por descubrimientos geográficos. David y Mary entraron al salón de baile, recibidos por la élite de la sociedad británica, así como por el cálido y acogedor rostro de Cotton Oswell. Murchison elogió el

trabajo de Livingstone, y luego David fue invitado a subir al podio y hablar.

Tras dieciséis duros años en África, Livingstone era un hombre bronceado y curtido. Había luchado contra la malaria durante los últimos cuatro años, preguntándose a menudo si estaba perdiendo la batalla. Mientras buscaba las palabras, se dio cuenta de que todos los años hablando bantú en lugar de inglés le habían hecho el habla torpe. Pero habló con pasión de su labor en África: «Solo cumplo con mi deber como misionero al abrir una parte de África a la compasión de Cristo. Apenas ahora me estoy preparando para la buena batalla. No tengo derecho a jactarme de nada. No me jactaré hasta que el último esclavo de África sea libre y África esté abierta al comercio honesto y a la luz del cristianismo».

Los aplausos llenaron la sala cuando David regresó a su asiento. Recibió ofertas para dar conferencias por todo el país y lo convencieron de escribir un libro sobre sus aventuras africanas. Habló en las universidades de Oxford y Cambridge, cautivando a los estudiantes con relatos de la belleza de África y súplicas para que nuevos misioneros se unieran a él para llevar a Cristo a los perdidos. Concluyó su discurso: "¿Continúan la obra que he comenzado? ¡La dejo en sus manos!".

En febrero de 1858, David fue invitado a una audiencia privada con la reina Victoria en el Palacio de Buckingham y recibió un doctorado honoris causa de la Universidad de Oxford. Recibió numerosos honores de países de todo el continente. Fue un torbellino de elogios y premios.

Pero no todas las noticias que Livingstone había recibido desde que llegó a Inglaterra eran positivas.

Conflicto y decisión

El regreso de David también trajo malas noticias. Su padre, Neil, no había vivido lo suficiente para ver a su hijo regresar triunfalmente de África, y su madre estaba demasiado enferma para recordar a su familia. David lamentó el tiempo que no pudo compartir con sus padres.



David Livingstone, misionero y viajero, alrededor de 1870.

Peor aún, se sintió desconsolado cuando Mary compartió la triste historia de su vida durante los últimos cuatro años. No se había sentido bienvenida en casa de sus suegros, y se habían cruzado palabras duras. La Sociedad Misionera de Londres no había estado dispuesta a darle el salario de David para vivir, como esperaban los Livingstone. Indigente, Mary dejó a los niños en Escocia con las hermanas de David y se mudó a Londres, donde vivió con amigos de sus padres. Sollozando, Mary confesó cuánto había sufrido durante sus años de separación y cómo se había vuelto demasiado aficionada al brandy durante ese tiempo.

Livingstone estaba angustiado. ¿Cómo podía perdonar a la Sociedad Misionera de Londres por su desconsiderada negligencia

hacia su esposa y su familia? Había construido estaciones misioneras con su propio salario y había trabajado incansablemente para abrir África al evangelio como colaborador en su labor en el extranjero. ¿Por qué había abandonado a su familia en momentos de necesidad?

Esto debería servir de recordatorio a las organizaciones misioneras de hoy: la familia de cada misionero debe recibir amor y apoyo. Incluso si sus familiares no están en el campo misionero, se sacrifican sin el esposo y padre en casa.

La Sociedad Misionera de Londres se había vuelto unidireccional; sus directores Dijeron que estaban decepcionados por lo que percibían como la falta de conversos cristianos en Livingstone. En realidad, habían perdido su espíritu apostólico. Se habían enfrascado en la organización local y en todo el papeleo, y habían olvidado que no se trataba de ellos ni de sus números. Se trataba del hombre en el campo que cumplía el llamado de Cristo a los perdidos.

A veces, comparo decisiones tan desconsideradas como esta con un partido de fútbol americano. Es fácil para los chicos en la grada gritarles a los jugadores en el campo sobre cómo ejecutar una jugada. Pero no son ellos los que se mantienen firmes mientras un hombre de 136 kilos los placa a toda velocidad y los derriba. La Sociedad Misionera de Londres se había convertido en un grupo mezquino al margen, ajeno a lo que sucedía en el campo. No estaban allí en el calor del momento, en medio de la batalla. ¡Deberían haberle dado a David Livingstone, "el hombre en el campo", el beneficio de la duda!

Cuando instaron a Livingstone a regresar a África para establecer una estación misionera entre los makololo y suspender todas sus exploraciones, decidió que era hora de terminar su relación. Roderick Murchison, de la Real Sociedad Geográfica, estaba seguro de que el gobierno británico le proporcionaría la financiación necesaria para su próxima exploración. David tomó la decisión: se convertiría en explorador oficial de Gran Bretaña.

Un best seller fugitivo

Durante los siguientes seis meses, Livingstone trabajó en su primer libro publicado, Viajes e investigaciones misionales en Sudáfrica de 1857, que se convirtió en un éxito de ventas instantáneo. Consolidó a

Livingstone como un explorador heroico que había realizado contribuciones exitosas a la geografía, la medicina y la ciencia, la abolición de la trata de esclavos y el evangelio de Cristo. «Si los misioneros y comerciantes cristianos pueden permanecer todo el año en el interior del continente», escribió Livingstone sobre su propósito al explorar África, «el traficante de esclavos será expulsado del mercado».

El editor del libro, John Murray, ofreció a Livingstone más del 50 % habitual de las ganancias para escribirlo. Las regalías fueron suficientes para mantener a su familia en los años venideros. La primera edición de doce mil ejemplares se agotó de inmediato, y Murray encargó la impresión de ocho mil ejemplares adicionales del volumen de 689 páginas. En cuestión de meses, Murray anunció que se habían impreso veinticinco mil ejemplares. El libro sigue en imprenta.

En el momento de la publicación del libro, el autor británico Charles Dickens escribió una reseña especial del libro, que proclamó la obra de Livingstone como "una ¡Narración de grandes peligros y pruebas afrontadas por una buena causa por un hombre tan honesto y valiente como jamás haya existido!

La expedición al Zambesi

Tras quince meses de celebraciones, discursos y escritos, llegó el momento de regresar a África. Robert, Agnes y Thomas se quedarían en Escocia con las hermanas de Livingstone, mientras que Mary y Zouga, de cinco años, regresarían a África con él.

El gobierno británico había encargado a Livingstone la exploración del río Zambeze como vía fluvial hacia el interior de África. La expedición, de dos años de duración, contaba con otros seis miembros: el oficial de marina Norman Bedingfield; el botánico John Kirk; el geólogo Richard Thornton; el almacenista Thomas Baines; el ingeniero naval George Rae; y el hermano de David, el reverendo Charles Livingstone, quien sería el apoyo espiritual durante el viaje.

El 10 de marzo de 1858, con los vítores de Inglaterra resonando en sus oídos, la Expedición Zambeze zarpó de Inglaterra a bordo del

Pearl, con la esperanza de descubrir una vía fluvial hacia el corazón de África. Recorrerían mil millas desde la desembocadura del río Zambeze, en la costa este, hasta las cataratas Victoria. Lo único que se interponía en su camino eran los rápidos de Kebrabasa, que, según le habían dicho a Livingstone, no eran motivo de gran preocupación. Ignoraban el peligro y la decepción que les aguardaban.

La vida cambiaría para el brillante y decidido misionero/explorador. Viajaría de la fama de Londres a los años más difíciles y a menudo trágicos de su vida. Tras detenerse en Ciudad del Cabo para dejar a Mary y Zouga a visitar a sus padres, el Pearl dobló la punta de África y desembarcó la expedición en la desembocadura del Zambeze.

El desastre del Zambesi

Desafortunadamente, nada salió según lo planeado. El equipo había traído un barco fluvial especial, el Ma-Robert, desde Inglaterra para ayudar en la exploración; debía ensamblarse en África. Sin embargo, no era lo suficientemente bajo para navegar por el Zambeze y encallaba constantemente. Finalmente, tuvieron que abandonarlo.

Cuando finalmente llegaron a los rápidos de Kebrabasa, David se quedó atónito ante la cantidad de rocas que sobresalían del lecho del Zambeze, con el agua impetuosa formando espuma y serpenteando río abajo. Al llegar a la orilla, él y John Kirk continuaron a pie siguiendo el curso del río para ver qué tan pronto mejoraban los rápidos. Mirando hacia abajo desde una cresta que sobresalía, David exclamó horrorizado: "¡Creo que ahora estos rápidos se extienden por cincuenta kilómetros!". Su peor temor se había hecho realidad. El curso medio del río Zambeze era intransitable.

David Livingstone estaba atónito. Estaba tan seguro de que el Zambeze sería la "vía de Dios" hacia el interior. Desesperado, hizo un último intento por cruzar los rápidos en canoa. Aunque dudaba de la cordura de Livingstone, Kirk aceptó acompañarlo. En los rápidos, sus canoas se "retorcieron como ramitas" y la de Kirk volcó. El doctor se salvó, pero perdió sus ocho diarios botánicos.

A veces, lo que creemos que es el rumbo correcto para nuestras vidas es un error. Cuando eso sucede, necesitamos detenernos ante el Señor y descubrir qué está mal. Necesitamos tener la quietud interior para escuchar su voz y afrontar el problema. Si las cosas nos salen mal constantemente, debemos empezar a preguntarle al Señor: "¿Por qué sucede esto?" y luego asegurarnos de escuchar su respuesta.

Grandes desafíos

Aunque se había equivocado sobre el río Zambeze, Livingstone se negó a admitir la derrota. La expedición prosiguió su exploración del río Shire, al norte del Zambeze. En 1859, siguiendo el curso del río hasta su nacimiento, él y John Kirk descubrieron el lago Shirwa y el lago Nyassa, el tercer lago más grande de África.

Pero los problemas acosaban a la tripulación del Ma-Roberts por todos lados. La tripulación británica era mezquina y discutía constantemente. Fue una lástima que la Sociedad Geográfica no le hubiera permitido a Livingstone elegir a sus propios hombres. Para alcanzar el éxito, es necesario contar con el equipo adecuado y el enfoque adecuado. Nada salía bien, así que David despidió a todos los hombres excepto a Kirk, a su hermano Charles y al ingeniero George Rae.

Al regresar a Tete, Livingstone recibió una carta sorprendente. Sin que ninguno de los dos lo supiera, Mary estaba embarazada de su sexto hijo cuando él la dejó con sus padres dos años antes. Mary había dado a luz a una niña, Anna Mary, pero ninguna de sus otras cartas con esta noticia le había llegado. Mary ansiaba reunirse con su esposo, pero él la instó a esperar un poco más hasta que se sintiera más seguro.

Otra carta traía un mensaje inquietante: sus apasionados discursos

en Inglaterra sobre las necesidades de África habían llevado a tres familias misioneras entusiastas a unirse a su causa por Cristo en el interior de África. Las familias ya se dirigían a la tribu Makololo.

«Es demasiado pronto», exclamó David. «No estamos listos para hombres con familia». Corrieron a Linyanti lo más rápido que pudieron, pero él y Kirk descubrieron que era demasiado tarde; con la excepción de un adulto y dos niños que ya habían regresado a Kuruman, todos los misioneros habían sucumbido a la malaria.

Livingstone se culpó a sí mismo por no haber sido más cuidadoso al pedir ayuda. Los misioneros son visionarios, y sus conmovedores discursos en Inglaterra llevaron a la gente a creer que África ya era lo suficientemente segura como para que mujeres y niños se unieran a la obra.

“Me siento dispuesto a morir”

Apenas unos meses después, David recibió otra carta inquietante de Kuruman; Mary iba camino a verlo. Había esperado todo lo posible y quería unirse a él en su trabajo. Desde que escribió su última carta, se había llevado a Zouga y a la pequeña Anna Mary de vuelta a Escocia y había regresado para acompañar a su esposo en la exploración de las profundidades de África. Habían pasado otros cuatro largos años desde que habían estado juntos.

El 1 de enero de 1862, Mary finalmente llegó a David en Quilimane (un puerto marítimo de Mozambique). Llegó en el mismo barco que trajo su nuevo barco fluvial, el Lady Nyassa. Él había diseñado personalmente el barco y pagó seis mil libras con sus regalías. Esperaba explorar los lagos y ríos de África con facilidad.

Mary estaba encantada de reencontrarse con su esposo y trabajó diligentemente junto a Livingstone. Mientras esperaban a que armaran el barco, planearon con entusiasmo sus futuras expediciones, enumerando todos los descubrimientos que él quería que ella viera. Pero en secreto, David estaba preocupado. El bajo Zambeze era una zona pantanosa conocida por la malaria. Mary corría peligro hasta que pudieran mudarse a una zona más seca.

Antes de que tuvieran tiempo de abandonar los pantanos, en la

aldea de Shupanga (actual Mozambique), Mary contrajo la temible enfermedad. Sin previo aviso, enfermó gravemente. Ni los tiernos cuidados de David ni la quinina que este le administró aliviaron su dolor. En tan solo seis días, el 27 de abril de 1862, Mary Livingstone falleció con tan solo cuarenta y un años. En los diecisiete años de matrimonio, ella y David solo habían vivido juntos durante cuatro.

El afligido esposo enterró su cuerpo bajo un gigantesco árbol babab en Shupanga. Por una vez, el siempre optimista Livingstone se sintió abrumado por la desesperación; sollozó junto a su tumba. Esa noche, escribió en su diario: «Lloré por ella, quien bien merecía tantas lágrimas. La amé cuando me casé con ella y cuanto más vivía con ella, más la amaba. Que Dios se apiade de los pobres niños... Por primera vez en mi vida siento la voluntad de morir».



Lápida de Mary Moffat Livingstone³¹⁸

Poco después de la muerte de Mary, David escribió en su diario: «No valoraré nada de lo que posea ni de lo que haga, excepto en relación con el reino de Cristo». Aunque lamentaba la pérdida de su esposa, Livingstone logró convertir su dolor en una motivación para el futuro, en lugar de permitir que fuera el fin de su trabajo. Esto es esencial para quienes sirven en el ministerio.

Dos mil quinientas millas para un “viaje secundario”

Todo había salido mal con la expedición; ahora Mary se había ido.

En 1863, el gobierno británico convocó la Expedición al Zambeze tras cinco años de trabajo. La exploración original, que duró dos años, había sobrepasado con creces sus límites y, aún así, no se había cartografiado ninguna vía fluvial desde el océano hasta el interior. Charles Livingstone y John Kirk pidieron ser liberados, y Livingstone continuó sus exploraciones con solo George Rae del grupo original.

Mientras Livingstone navegaba por el río Shire en el Lady Nyassa, presencié los estragos de la trata de esclavos en África. Las aldeas estaban desiertas o incendiadas. Cadáveres de esclavos asesinados flotaban junto a su embarcación. Horrorizado, comprendió que, en cierta medida, sus descubrimientos habían facilitado el tránsito de los traficantes de esclavos portugueses por el interior de África.

«Nos convirtieron, sin querer, en instrumentos para extender la trata de esclavos», se lamentó. Livingstone se enfureció cada vez más y se manifestó abiertamente contra los portugueses, y ahora evitaba sus asentamientos por temor a represalias.

Agotado y desanimado, llegó el momento de volver a casa a visitar a sus hijos. Pero ¿qué haría con Lady Nyassa? Si la dejaba en África, sería robada por traficantes de esclavos. Con una solución impactante, anunció: «La llevaré a la Armada Británica en la India». «A través de 4000 kilómetros de mar abierto...»

—¿Océano? —preguntó George Rae con incredulidad—. Nunca lo lograrás. Es una misión suicida.

¡Pero lo logró! Livingstone zarpó el 30 de abril de 1864 con una tripulación de doce personas, ninguna de las cuales había navegado antes. Cuarenta y cinco días después, el intrépido Livingstone fondeó en la India. Dejó su barco con oficiales navales británicos en Bombay y abordó el siguiente barco con destino a Inglaterra.

¿Por qué Livingstone tomó la peligrosa e ilógica decisión de embarcarse en un "viaje secundario" de 4000 kilómetros a la India con una tripulación inexperta? Creo que su dolor por la muerte de Mary y su desilusión por el creciente tráfico de esclavos lo llevaron a rechazar la sabia guía espiritual. ¡Gracias a Dios, no murieron en su camino a través del océano! El diablo habría obtenido la victoria, y el

futuro propósito de David en Dios se habría visto frustrado.

Denunciando la trata de esclavos

David llegó a Londres en julio de 1864. Allí recibió críticas dispares; algunos lo criticaron por los fracasos del Zambeze, mientras que otros lo recibieron como un héroe. La Real Sociedad Geográfica y Murchison estaban entusiasmados con su descubrimiento del lago Nyassa y su revelación del interior de África a través de sus detallados mapas.

Livingstone dedicó un tiempo considerable a este viaje a Inglaterra denunciando el papel de Portugal en la trata de esclavos africanos. Instó al gobierno británico a intervenir para detener la muerte y la destrucción del pueblo africano.

Inglaterra había prohibido el comercio de esclavos en el Imperio Británico casi sesenta años antes, en gran parte debido al abolicionista cristiano William Wilberforce y su trabajo en la Cámara de los Comunes para lograr la Ley de Comercio de Esclavos de 1807. La esclavitud fue abolida en el Imperio Británico en 1834. Aunque Portugal había prohibido el comercio transatlántico de esclavos en 1836, los codiciosos traficantes de esclavos portugueses todavía estaban inmersos en la captura y venta de esclavos en África.

En cuatrocientos años, desde 1400 hasta la época de Livingstone, se estima que doce millones de esclavos fueron sacados del continente africano por casi todas las naciones del mundo. La pasión de Livingstone era ver su abolición mundial, para siempre.

Cuando David dejó Inglaterra para ir a Escocia a ver a sus hijos, los encontró bien; abrazó a la menor, Anna, por primera vez. Pero el mayor, Robert, no estaba. Tras enterarse de la muerte de su madre, Robert, con el mismo afán aventurero de David, viajó a África en busca de su padre.

Al no poder localizarlo, Robert navegó hacia América y se unió al ejército de la Unión para luchar contra la esclavitud en la Guerra Civil estadounidense. Actualmente se encontraba en un campo de prisioneros de guerra confederado.

De nuevo en Londres, David escribió y publicó su segundo libro,

que describe los detalles de la expedición al Zambeze, titulado «Narrativa de una expedición al Zambeze y sus afluentes». Si bien no tuvo tanta popularidad como el primero, tuvo una excelente acogida en Inglaterra.

El Santo Grial de Gran Bretaña: Encontrar la fuente del Nilo

La pasión de la Real Sociedad Geográfica (RGS) y de la propia Gran Bretaña se había centrado en encontrar el nacimiento del río Nilo en África. Murchison, de la RGS, ofreció enviar a Livingstone a otra expedición a África, esta vez para localizar el esquivo origen del río más largo del mundo.

Poco a poco, esta búsqueda también se convirtió en la obsesión de Livingstone. Aunque aún llevaba un diario de sus oraciones, su objetivo principal parece haber cambiado de abrir África al evangelio a la emoción de descubrir lo que ningún hombre había encontrado antes. Los fondos que Murchison recaudó fueron igualados por el gobierno británico. Livingstone regresaría a África.

En septiembre de 1865, llegó a la India, vendió el Lady Nyassa y regresó a África. Viajó primero al lago Nyassa y luego se dirigió más al oeste, eufórico por estar de vuelta en casa. En su diario, confesó: «Los placeres animales de viajar por un país salvaje e inexplorado son inmensos». 321

Livingstone empezó con sesenta portadores, pero después de seis meses, todos menos veinte lo habían abandonado. Los guías habían sido indisciplinados desde el principio, salvo dos fieles trabajadores africanos, Susi y Chuma, que ya habían viajado con Livingstone. Durante 1866, descubrió dos lagos más: el lago Moero y el lago Bangwelo. Registró las mediciones geográficas cuidadosamente, recordando su predicción de años antes de que el interior de África contenía una serie de lagos que se extendían casi hasta Egipto. Cada año, nuevos descubrimientos demostraban su acierto.

Livingstone continuó sus exploraciones, pero el origen del Nilo seguía siendo un misterio. Para 1869, se encontraba gravemente enfermo, sufriendo repetidos ataques de malaria y disentería, que le causaron extensas hemorragias. Nueve guías africanos más huyeron

con provisiones, incluyendo su bien máspreciado: su botiquín con quinina para combatir los ataques de malaria.



Chuma, sirviente de David Livingstone. Desde África, por Keith Johnston, publicado en 1884.

«Esta pérdida», escribió, «es como una sentencia de muerte». Los guías deshonestos, encabezados por un astuto nativo llamado Musa, viajaron al este, a Zanzíbar, y anunciaron al Dr. John Kirk, entonces cónsul británico allí, que Livingstone había sido asesinado. Kirk envió el informe rápidamente a Inglaterra, pero nadie sabía qué creer.

Cada vez más débil y desorientado por la enfermedad, Livingstone descansaba en la aldea de Nyangwe, un puesto de trata de esclavos árabes frecuentado por caníbales. Una tarde, mientras descansaba en el mercado, presencié una horrible masacre de cuatrocientos aldeanos

nativos, en su mayoría mujeres y niños, a manos de los árabes simplemente porque querían demostrar su poder. Livingstone gritó a los asesinos árabes por su crueldad insensata, pero ellos se rieron o simplemente lo ignoraron. Clamó al Señor: "¡Venga tu reino! Nadie conocerá jamás la pérdida en esta mañana brillante y sofocante. Me dio la impresión de estar en el infierno".

Destrozados y casi solos, Livingstone, Susi y Chuma huyeron a la aldea de Ujiji, a orillas del lago Tanganica (actual Tanzania). David se desplomó exhausto en una pequeña choza. La malaria seguía destrozándolo y había perdido la mayoría de sus dientes por masticar el maíz duro que debía comer para sobrevivir. Fue allí, en Ujiji, donde clamó a Dios para que le enviara un libertador.

¡Lo que él no sabía era que, durante el último año, un rescatista había estado cruzando África desde la costa este, avanzando sin otro objetivo que encontrar y rescatar a David Livingstone!

—¿El Dr. Livingstone, supongo?

Mientras Livingstone luchaba contra la malaria y el tráfico de esclavos en África, James Gordon Bennett Jr., propietario del New York Herald, buscaba un nuevo éxito para vender periódicos. Corrían rumores de la muerte de Livingstone, pero nadie sabía con certeza qué le había sucedido al explorador. Bennett decidió enviar en secreto a su reportero más aventurero a África. Su elección fue Henry Morton Stanley. La directiva de Stanley: "¡Encuentren a David Livingstone, vivo o muerto, y no regresen sin noticias de su destino!".

Durante casi todo 1871, Stanley rastreó los viajes de Livingstone desde Quilimane, pasando por Tete y Linyanti. Padebió las mismas enfermedades que Livingstone y se adentró en las mismas aguas infestadas de cocodrilos; sobornó a salvajes jefes indígenas y engañó a astutos traficantes de esclavos portugueses. Y, al igual que el decidido explorador que buscaba con afán, ¡se negó obstinadamente a rendirse!

Cuando el viaje parecía imposible, Stanley escribió en su diario: «Ningún hombre vivo me detendrá. Solo la muerte puede impedírmelo; pero la muerte, ni siquiera esto. No moriré; no puedo

morir; no moriré. Algo me dice que lo encontraré. Y lo escribo con más letras: encuéntralo, ENCUÉNTRALO».

El 3 de noviembre de 1871, mientras Livingstone descansaba en su cabaña, Henry Stanley se acercaba a la aldea de Ujiji. Al oír un repentino alboroto, Susi corrió a mirar y luego regresó corriendo a la cabaña de David, gritando: "¡Viene un hombre blanco!". Livingstone salió de la cabaña y vio a un hombre blanco caminando hacia él con una bandera estadounidense, seguido por toda la aldea con entusiasmo. Stanley, de treinta años, que ahora parecía un experimentado explorador africano, acababa de recorrer 975 millas en 236 días para encontrar al hombre encorvado y de cabello blanco que se encontraba frente a él.

Cuando Stanley se acercó a Livingstone, pronunció las legendarias palabras: "Dr.

¿Livingstone, supongo?

"Sí", respondió David en voz baja.

—Doctor, doy gracias a Dios por haber podido verlo —dijo Stanley aliviado.

"Gracias a Dios, estoy aquí para darle la bienvenida", respondió Livingstone con una sonrisa. ¡Stanley lo había logrado! ¡Había encontrado al Dr. Livingstone!



Una ilustración del libro de Henry Stanley Cómo encontré a Livingstone.

i trabajo no ha terminado

Durante los cuatro meses siguientes, la relación entre los dos exploradores se volvió muy parecida a la de padre e hijo. Juntos, remaron en canoa trescientos kilómetros para explorar el extremo norte del lago Tanganica. Stanley admitió que había ido a África a rescatar a Livingstone por encargo de un periódico estadounidense, pero que el médico había llegado a significar para él mucho más que una simple noticia.

Stanley también le confesó a Livingstone lo que nadie más sabía. En realidad, no era ciudadano estadounidense, sino británico, y su verdadero nombre era John Rowlands. Debido a una vida familiar problemática en Gales, emigró a Estados Unidos y adoptó un nuevo nombre. Luchó en ambos bandos de la Guerra Civil y se convirtió en corresponsal de un periódico.

Después de haber explorado juntos la región cerca de Ujiji, el anciano Livingstone le hizo prometer a Stanley que, después de su muerte, el joven continuaría el Búsqueda del nacimiento del Nilo. Stanley le rogó repetidamente a Livingstone que se fuera de África con él. Su respuesta siempre era la misma: «No, mi trabajo aún no ha terminado».

Más tarde, Stanley escribió sobre Livingstone: “Desafío a cualquier hombre a encontrar un defecto en su carácter... El secreto es que su religión es una práctica constante, seria y sincera”.

En febrero de 1872, Stanley y Livingstone, con sus guías, viajaron al este, a Tabora, donde Stanley había construido una cabaña en su viaje anterior. Allí, proporcionó a Livingstone los suministros necesarios para sus continuas exploraciones. El 14 de marzo de 1872, Stanley dejó a regañadientes a su querido amigo y mentor en el pueblo de Tabora, llevándose consigo todos los diarios y cartas de Livingstone a Inglaterra para publicarlos y compartirlos con el mundo.

Livingstone acompañó a Stanley parte del camino fuera del pueblo mientras cantaban juntos, conteniendo las lágrimas antes de separarse. Livingstone le dirigió estas últimas palabras a su joven amigo y

salvador: «Te agradezco lo que has hecho por mí. Que Dios te guíe por lo que has hecho por mí. Que Dios te guíe a casa sano y salvo y te bendiga, amigo mío. Adiós».

Stanley fue el último europeo que vio con vida a David Livingstone.

Mi oración de cumpleaños

Cinco días después, el 19 de marzo de 1873, Livingstone cumplió sesenta años. Escribió: «¡Mi cumpleaños! Mi Jesús, mi Rey, mi Vida, mi Todo. De nuevo me entrego por completo a Ti. Acéptame y concédeme, oh Padre misericordioso, que antes de que termine este año, pueda terminar mi tarea. Amén».

Durante el año siguiente, Livingstone viajó al sur de Tabora, hacia el lago Bangweolo, explorando la actual Zambia, donde creía que el Nilo brotaba en fuentes de agua dulce subterráneas. Su cuerpo se veía cada vez más afectado por la enfermedad con cada mes que pasaba, y a veces tenía que descansar durante semanas. Finalmente, en abril de 1873, Susi y Chuma acamparon en la aldea del jefe Chitambo, en los humedales del Congo, a noventa kilómetros al sur del lago Bangwelo. Los fieles guías de Livingstone le construyeron una pequeña cabaña, y él yacía dentro, en su catre de paja, luchando contra el dolor.

El 30 de abril de 1873, cuando David se acostó, volvió a tener fiebre de malaria y hemorragias por disentería. Poco después de la medianoche del 1 de mayo, se arrodilló en silencio junto a su catre para orar. De madrugada, cuando Chuma entró a ver al médico, lo encontró muerto. A los sesenta años, Livingstone había regresado a casa con su Padre celestial, aún de rodillas en oración.

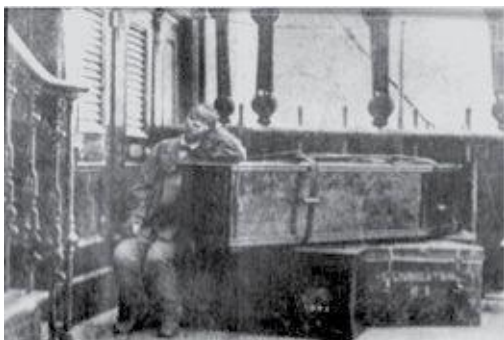
Su corazón pertenecía a África

Chuma y Susi habían sido los compañeros más cercanos de Livingstone durante los últimos siete años de su vida. Sabían que el gran explorador misionero quería ser enterrado con su propia gente en Inglaterra. Pero su corazón pertenecía a África.

Como parte de la tradición africana de embalsamamiento, le extrajeron el corazón y lo colocaron en la caja de hojalata donde guardaba sus diarios, a salvo de la lluvia. Lo enterraron bajo un gran árbol mvula en la aldea del jefe Chitambo. En 1899, los británicos

construyeron el Memorial de Livingstone para marcar el lugar donde está enterrado el corazón de Livingstone. Hoy en día, el monumento aún se encuentra en una pradera cerca del borde de los pantanos de Bangweulu, en la actual Zambia.

Tras enterrar su corazón, Chuma y Susi secaron el cuerpo de Livingstone al sol, lo envolvieron en tela y lo sellaron con brea. Susi, Chuma y Jacob Wainwright, un africano culto, metieron el cuerpo de Livingstone en un saco y adjuntaron una nota en honor a su querido mentor y amigo: "¡Puedes quedarte con su cuerpo, pero su corazón pertenece a África!". Luego emprendieron su viaje hacia la costa este de África para que su querido líder y amigo pudiera regresar a Inglaterra. Les llevó casi un año caminar más de mil millas hasta Bagamoyo y entregar el cuerpo de Livingstone al cónsul británico. Wainwright, que hablaba inglés con fluidez, acompañó el cuerpo a Gran Bretaña.



Fotografía de Jacob Wainwright, un estudiante de una de las escuelas de la misión de Livingstone, quien acompañó el cuerpo de Livingstone hasta Inglaterra.

Los ingleses lloraron al enterarse de la muerte de su héroe explorador. El 18 de abril de 1874, David Livingstone fue enterrado con una salva de veintiún cañonazos y un funeral de héroe en la Abadía de Westminster. Sus portadores del féretro fueron hombres que le habían servido fielmente en África: Thomas Steele, Cotton

Oswell, Henry M. Stanley, Jacob Wainwright y el Dr. John Kirk. El suegro de Livingstone, Robert Moffat, que aún vivía a los noventa y dos años, estaba sentado en la primera fila de la abadía con los niños Livingstone, todos menos Robert, que había muerto a causa de sus heridas en el campo de prisioneros confederado.

La lápida de David Livingstone, situada entre los héroes y la realeza de Inglaterra, dice:

Traído por manos fieles a través de la tierra y el mar, aquí descansa David Livingstone, misionero, viajero, filántropo... Durante 30 años dedicó su vida a un esfuerzo incansable por evangelizar a las razas nativas, explorar los secretos no descubiertos y abolir la desoladora trata de esclavos...

La inscripción se cierra con las propias palabras de Livingstone:

Todo lo que puedo añadir en mi soledad es que la rica bendición del cielo descienda sobre todos los que, estadounidenses, ingleses o turcos, ayuden a sanar esta llaga abierta del mundo [la esclavitud].

África abierta para el bien y para el mal

David Livingstone había abierto el interior de África al mundo entero para el bien de la difusión del evangelio de Cristo.

Una influencia positiva de Livingstone fue que, un año después de su muerte, el gobierno británico clausuró el mayor centro de trata de esclavos de África, ubicado en la isla de Zanzíbar. La esclavitud se volvió ilegal poco a poco en todo el continente africano.

El jefe Sechele vivió años después del ataque de Kolobeng y se convirtió en un dedicado misionero de Cristo para su pueblo. Misioneros europeos y estadounidenses también llegaron a África, incluyendo a Mary Slessor, Alexander Mackay y Peter Cameron Scott, quienes fundaron las Misiones del Interior de África (AIM) y fueron pioneros en la idea de establecer centros cristianos en toda África. La misión de AIM es «establecer iglesias cristocéntricas entre todos los pueblos africanos».

Para 1900, tan solo veintisiete años después de la muerte de Livingstone, ¡el número de cristianos en África ascendía a nueve millones! En 2012, esta cifra alcanzó los quinientos millones, o el 20

% de la población africana. La persistencia de David Livingstone realmente abrió África al evangelio de Cristo.

Henry Stanley también cumplió su promesa a Livingstone y regresó a África como explorador. Recorrió la periferia de los lagos Victoria y Tanganica, siguió el curso del río Congo hasta el océano Atlántico y exploró las regiones del Congo. Sin embargo, nunca descubrió el misterioso nacimiento del Nilo.

Pasarían cien años antes de que las imágenes satelitales finalmente revelaran el secreto mejor guardado de Dios en medio de África: el hecho de que el Nilo brota de la tierra como una fuente de manantiales en las montañas de Burundi, entre el lago Tanganica y el lago Victoria. Sus aguas luego fluyen en arroyos hacia el lago Victoria. Aunque buscaba demasiado al sur, la predicción de Livingstone fue casi correcta, como siempre. 329

El lado trágico de las exploraciones y mapas de África de Livingstone fue el mal que surgió cuando los países utilizaron sus descubrimientos para obtener codicia y poder, en lo que se conoció como la "Lucha por África", término utilizado para describir la invasión, ocupación y colonización del territorio africano por parte de las potencias europeas que luchaban por el control de los ricos recursos africanos. Las minas de diamantes y oro más ricas del mundo se descubrieron cerca de la misión original de Robert Moffat en Kuruman. Poco después, el continente fue dividido en colonias británicas, portuguesas, francesas, alemanas y belgas. Pasarían décadas antes de que estas colonias africanas obtuvieran su legítima independencia.

Un héroe misionero

David Livingstone fue a África como misionero para difundir el evangelio de Jesucristo y abrir el interior tanto al cristianismo como al comercio. El tiempo y sus pasiones lo transformaron en un explorador, pero siempre buscó glorificar a Dios en sus exploraciones. Algunos han dicho que la obsesión de Livingstone lo volvió imprudente e incluso loco. Su respuesta a sus críticos siempre fue: «Recuérdennos en sus oraciones para que no nos cansemos de hacer el bien. Es difícil trabajar durante años con motivos puros y ser visto

constantemente por la mayoría de aquellos a quienes dedicamos nuestras vidas como si tuviéramos algún propósito siniestro en mente... Deberíamos tener la gracia de seguir los pasos de Cristo».

330

David Livingstone, a pesar de su grave enfermedad, se sintió ciertamente impulsado a perseverar en su obra hasta morir de rodillas ante su Salvador. Pero el Señor lo protegió y lo guió a través de muchos peligros, y, al final, lo usó poderosamente para ayudar a poner fin a la terrible trata de esclavos en África y abrir el continente al evangelio de Jesucristo para miles de dedicados misioneros cristianos que vendrían después de él.



Monumento a David Livingstone en las Cataratas Victoria.

Por encima de todo, David Livingstone fue un hombre que marcó la diferencia: transformó el continente africano. Su férrea voluntad y su tenacidad para perseverar más allá de sus propias fuerzas han sido un modelo a seguir para los misioneros cristianos durante los últimos ciento cincuenta años.

David Livingstone aún es honrado en el África que amó. Como se mencionó anteriormente, en la aldea del jefe Chitambo en Zambia, se encuentra el Memorial de Livingstone, que marca el lugar de su fallecimiento. Las ciudades de Livingstone en Zambia y Livingstonia en Malawi aún llevan con orgullo su nombre. Una estatua de bronce de tamaño natural de Livingstone se alza sobre la catarata más grande del mundo, las Cataratas Victoria, en Zimbabue.

Años antes de su muerte, cuando su hermano Charles le pidió a Livingstone que abandonara África, su respuesta fue clara: «Soy misionero de corazón y alma. Dios tuvo un Hijo único, y fue misionero y médico. Soy una pobre imitación de Él, o al menos deseo serlo. Pero en este servicio espero vivir; en él deseo...» ¡Muere!”³³¹

Luego dijo a sus discípulos: «La mies es mucha, pero los obreros pocos. Por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies». (Mateo 9:37-38)

¿Serás un fiel segador del tiempo del fin con quien Dios pueda contar?

Capítulo 7

J. Hudson Taylor

¡Hay que salvar a China!

Solo podía asomarse por la ventana oscurecida. "¿Cómo escaparemos?", gritó Maria Taylor en silencio. Las calles de Yangchow, China, estaban llenas de miles de manifestantes que gritaban exigiendo la vida de los misioneros atrapados dentro de la casa de madera. Alguien gritó: "¡Los demonios extranjeros se han comido a veinticuatro de nuestros hijos!". La turba china lanzó piedras y bolas de barro, presionando contra la puerta cerrada del patio.

Era el 22 de agosto de 1868, y el día anterior, una nota había sido introducida clandestinamente en la casa de la misión: "¡Fuera! La multitud está fuera de control y planea incendiar la casa. ¡Escapa o te espera una muerte segura!"

Hudson Taylor arrugó la nota y miró solemnemente a su esposa embarazada, María, quien abrazaba a sus cuatro hijos pequeños, acurrucados contra ella. Entre los nueve misioneros de la casa, nadie era más vulnerable que su propia familia. Tras atrincherar a todos en una habitación trasera, Hudson habló apresuradamente: «Nuestra mejor esperanza es llegar rápidamente al mandarín y pedirle ayuda. Él es el único que puede detener esto».



J. Hudson Taylor

Con una ferviente oración por la protección de Dios, Hudson y George Duncan salieron por la entrada trasera y se movieron silenciosamente en dirección a los cuarteles.

Del yamen, o mandarín. Ataviados con sus tradicionales trajes chinos, con largas coletas negras, Hudson rezó para que a él y a Duncan no los reconocieran al doblar la esquina y alejarse apresuradamente de la casa.

Al oír pasos fuertes y voces clamorosas que se acercaban a sus espaldas, los hombres echaron a correr hacia las puertas abiertas del yamen. Con apenas unos segundos de ventaja, entraron corriendo en el vestíbulo principal, gritando: "¡Kiu-ming! ¡Kiu-ming!" ("¡Salva la vida! ¡Salva la vida!"), una solicitud de asilo que el funcionario chino estaba obligado a conceder.

En un fluido mandarín, Hudson explicó rápidamente la situación al funcionario que lo esperaba; la multitud hostil estaba amenazando sus vidas debido a carteles que circulaban por toda la ciudad que representaban crímenes horribles que supuestamente los misioneros habían cometido.

—Bueno, ¿dónde están los niños que habéis capturado? —preguntó el mandarín con curiosidad.

Frustrado, Hudson respondió: "¡No hemos capturado ni hecho daño a ningún niño!". Temiendo por la vida de su familia, suplicó: "¿Podrían detener el motín y verificar estos hechos más tarde?".

Durante dos horas, los hombres ansiosos esperaron mientras el mandarín enviaba a sus guardias a dispersar a la multitud enfurecida; finalmente los liberaron para regresar a la casa de la misión. Al llegar sin aliento, encontraron las puertas principales rotas en dos y la casa saqueada. ¿Dónde estaban los demás misioneros, María y los niños? ¿Los habrían arrastrado hacia la muerte?

Afortunadamente, en la oscuridad de la noche, el grupo de misioneros había subido a escondidas las escaleras y abierto la ventana de una habitación. Arrojando mantas y almohadas al suelo para amortiguar la caída, los hombres, mujeres y niños saltaron a un lugar seguro y se escondieron en la casa a oscuras de al lado. María

había saltado estando embarazada de cinco meses, pero solo sufrió algunos cortes y moretones; la misionera Emily Blatchley tenía un codo roto. Todos estaban agradecidos de estar vivos.

Semanas antes, Hudson Taylor y su grupo habían viajado seiscientos kilómetros desde el puerto de Shanghái hasta Yangchow, llegando finalmente al interior de China para ministrar a Cristo. Aunque algunos chinos los habían recibido con hostilidad y disturbios, Dios los había recibido con protección y paz, y continuaría protegiéndolos y guiándolos mientras llevaban el mensaje de salvación de Cristo a China.

Un enfoque apasionado

“¿Con cuánta frecuencia intentamos trabajar para Dios hasta el límite de nuestra incompetencia en lugar de hasta el límite de Su omnipotencia?” —Hudson Taylor

Un solo capítulo de un libro jamás podría hacer justicia a la inspiradora fidelidad y el amor cristiano de Hudson Taylor. Aunque era un hombre bajo y delgado, sigue siendo un gigante entre los misioneros de Dios. Respondiendo al llamado a China siendo aún adolescente, Taylor entregó su vida con generosidad, inmerso en la oración, honrando a Cristo en cada oportunidad. Con su inquebrantable compromiso de predicar el evangelio, superó la persecución, el hambre y la angustia para ser pionero en una misión que cambió innumerables vidas chinas para la eternidad.



J. Hudson Taylor, veintiún años.

Comparado con otros misioneros británicos que llegaron a la China del siglo XIX, Taylor no tenía una buena educación, ni estaba ordenado, ni era médico colegiado, ni tenía buenos recursos económicos, solo tenía veintiún años y estaba solo. Pero en su corazón ardía tal pasión por los millones de personas perdidas de China que dedicó su vida a la fe, creyendo en el Dios que lo empoderaría y lo sostendría en medio de su llamado.

Fue Hudson Taylor quien popularizó el término "la Gran Comisión" al hablar del mandato de Cristo a sus discípulos: "Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado" (Mateo 28:19-20). Hudson estaba decidido, y dijo: "En la Biblia no se nos dice que intentemos nada, sino que le obedezcamos".

Y obedeció, invirtiendo su vida, dinero, oraciones y esfuerzo para llevar el evangelio a los cuatrocientos millones de almas perdidas de China. Empezando como una voz solitaria en Shanghái, finalmente fundó la Misión Interior de China, la sociedad misionera protestante más grande de la época, con más de mil misioneros en las doce provincias de China. Taylor cruzó los océanos del mundo.

en nombre de la causa de China, proclamando el lema que hizo famoso: "Los cristianos deben reconocer la verdad de que Cristo es el Señor de todo o no es Señor en absoluto".³³³

A través de su testimonio, Hudson Taylor sigue desafiando a los cristianos de hoy a ser utilizados como instrumentos de esperanza de Dios en un mundo perdido y moribundo.

Un destello del relámpago de Dios

En 1831, en el pueblo de Barnsley, Inglaterra, James Taylor, un joven químico (farmacéutico) y predicador laico, se casó con Amelia Hudson, la bella hija del pastor metodista. Juntos, compartían un sincero anhelo de servir a Jesucristo de alguna manera más allá de su pequeño pueblo. James quedó cautivado por los diarios de los misioneros en China, un vasto país donde una cuarta parte de la población mundial vivía y moría sin Cristo.

Una noche, el Espíritu Santo inspiró a James a orar: Si Dios les daba un hijo a los Taylor, lo consagrarían para servir al Señor en China. Dios fue fiel, y su respuesta llegó con el nacimiento de su primer hijo, James Hudson Taylor, el 21 de mayo de 1832.

Hudson creció con dos hermanas menores, Amelia y Louise, y escuchó hablar de un Dios poderoso que responde a las oraciones. Pero en su adolescencia, se había vuelto rebelde y se aburría de los constantes recordatorios de la vida cristiana. Trabajando en un banco con otros jóvenes, comenzó a envidiar su estilo de vida desenfrenado y despreocupado. Una enfermedad repentina lo obligó a renunciar a regañadientes a su puesto en el banco y regresar a casa para descansar y recuperarse.

J. Hudson Taylor, un joven hosco de diecisiete años, entró en el estudio de su padre una cálida tarde de junio de 1849 buscando algo interesante para leer. Encontró una breve biografía evangélica y decidió leer el testimonio personal del principio y saltarse el final sobre la oferta de salvación de Cristo. «Poco sabía yo en ese momento», escribió más tarde, «lo que sucedía en el corazón de mi madre a setenta millas de distancia».

La madre de Hudson, Amelia, llevaba varias semanas visitando a su hermana cuando, de repente, sintió la abrumadora necesidad de orar por su hijo desobediente. Arrodillada junto a su cama en la habitación de invitados, clamó con las apasionadas oraciones de una madre para que el Señor salvara a su primogénito. Hora tras hora, oró hasta que el Espíritu Santo le aseguró con serenidad que sus oraciones habían sido respondidas.

Al mismo tiempo, mientras leía, Hudson se topó con la frase inusual “la obra terminada de Cristo”. Desconcertado, se detuvo y preguntó: “¿Qué es “¿Terminado?” y entonces recordó las enseñanzas de sus padres sobre el sacrificio de Cristo en la cruz.

«Por supuesto», exclamó. «Es la satisfacción plena y perfecta por mi pecado».

En ese momento, Hudson escribió: “Una luz del Espíritu Santo iluminó mi alma, me dijo que no había nada en el mundo que

hacer excepto caer de rodillas y, aceptando a este Salvador y Su salvación, ¡alabarlos por siempre!”.335

Aunque estaban a kilómetros de distancia esa tarde, madre e hijo alabaron a un Salvador que nos conoce, nos ama y nos llama por nuestro nombre. Ese día de verano de 1849, el Espíritu Santo susurró el nombre de J. Hudson Taylor, y el joven se convirtió en una nueva criatura en Jesucristo. «Dios se volvió inefablemente real... y una profunda conciencia de que ya no me pertenecía se apoderó de mí desde ese día». 336

“Ya no soy mío”

En diciembre de 1849, apenas seis meses después de experimentar una nueva vida en Jesús, Hudson se desanimó. ¿Cuál era su verdadero propósito en Cristo? ¿Sería capaz de evitar caer en el pecado? ¿Estaría a la altura de las expectativas que Cristo tenía para él? Postrado ante el Señor, Hudson suplicó ser liberado de su miedo al fracaso, ofreciendo su vida a la voluntad y al servicio de Dios. Casi como si le hubieran dicho en voz alta, escuchó con claridad las palabras: "¡Entonces ve por mí a China!".

“Nunca olvidaré el sentimiento que me embargó entonces”, escribió. “Sentí que estaba en la presencia de Dios, haciendo un pacto con el Todopoderoso... Y desde entonces, la convicción de que estaba llamado a China nunca me abandonó”. 337

Hudson Taylor era ahora un hombre apartado, e ir a China en el nombre de Jesucristo se convirtió en la razón de su existencia. Dios siempre ha obrado sus planes terrenales mediante pactos con hombres y mujeres. Dentro de esos pactos, ciertas regiones geográficas se convierten en su lugar de ministerio. Ahí es donde entra en juego su mayor autoridad espiritual. Taylor había descubierto que China era su llamado geográfico y lo aceptó con gran alegría. ¿Conoces tu pacto? Es el "pacto de destino" entre tú y Dios.

Un suelo duro y ejercicio

A los diecisiete años, Hudson era demasiado joven para viajar al otro lado del mundo como misionero, pero no demasiado joven para prepararse. El Dr. William Medhurst, el primer misionero protestante

en China, había escrito un libro titulado "China: Su estado y perspectivas", y Hudson devoró con avidez las descripciones de... Gente, costumbres y tierras. Con una copia china del Evangelio de Lucas, comenzó a estudiar el idioma por su cuenta, comparando los caracteres chinos con las palabras inglesas de su propia Biblia. Y comenzó sus estudios de medicina trabajando con su padre, dispensando medicinas a los enfermos. Brindar asistencia médica era la manera más rápida de llevar el evangelio a los necesitados de cualquier nación.

Hudson Taylor no era un joven fuerte; era delgado, de cabello rubio y ojos azules. Sabiendo que la vida misionera sería extenuante, decidió preparar su cuerpo y su mente. Quitó el colchón de plumas de su habitación y empezó a dormir en el suelo. También empezó a hacer ejercicio con regularidad.

Sin embargo, fortalecer su fe fue el paso más vital en su preparación. Hudson dedicó horas a estudiar la Palabra de Dios y a leer los testimonios de hombres de fe. Se sintió especialmente atraído por el misionero y evangelista George Müller, director del Orfanato Ashley Down en Bristol, Inglaterra. Müller tenía una fe inquebrantable en que solo Dios proveería para el cuidado de miles de niños ingleses. Nunca pidió apoyo financiero, sino que le presentó sus necesidades en privado al Señor en oración, y la provisión siempre estuvo ahí. La fe de Müller conmovió profundamente el corazón de Hudson.

Hudson Taylor fue un joven sabio al comprender que la preparación nunca es tiempo perdido. Comprendió su importancia. Sabía que necesitaba estar física, mental y espiritualmente preparado para la obra que Dios le había encomendado. Damos mucho más fruto si seguimos la preparación que Dios nos guía.

Aprendiendo sobre la sanación y la prosperidad

Hudson se planteó una pregunta importante: ¿Tendría realmente la fe para confiar solo en Dios al comenzar a viajar por las provincias inexploradas de China? Decidió ponerse a prueba: antes incluso de salir de Inglaterra, aprendería a conmover al hombre —a través de Dios— mediante la oración.

Taylor acababa de mudarse ciento diez kilómetros de Barnsley a Hull para trabajar como asistente médico del Dr. Robert Hardey, un pariente lejano. Con el poco dinero que Hudson ganaba en su trabajo, solo podía permitirse una pequeña habitación en "Drainside", la zona pobre de la ciudad. El Dr. Hardey le pagaba el salario a Hudson solo una vez al trimestre, así que tendría que administrar su dinero cuidadosamente para los tres meses entre pagos. Todo lo que aprendió, señaló Hudson, fue la preparación de Dios para la obra en China.

El Dr. Hardey era un hombre ocupado y le dijo a Taylor que debía recordarle cuándo debía pagar. Hudson decidió que esto sería su prueba. No le diría directamente al médico cuándo era el día de pago, sino que "le pediría a Dios que trajera...hecho al recuerdo del médico, y así animarme respondiendo a mi oración".³³⁹ Sería un desafío mucho mayor de lo que imaginaba.

Cuando se acercaba el día de cobro, Hudson oró y esperó a que Dios le recordara al Dr. Hardey, pero no sucedió. Pasaron cinco días, y luego dos semanas. Después de pagar sus facturas mensuales, a Hudson solo le quedaba una moneda, una media corona (que valía dos chelines y medio, o 60 centavos). «Tengo suficiente para unos días más», pensó, y luego oró con más fuerza.

Ese domingo por la noche, después de un servicio religioso tardío, Hudson fue detenido de regreso a Drainside por un hombre pobre y desesperado cuya esposa agonizaba. «Por favor, venga a orar por ella, señor», exclamó el hombre. Hudson lo siguió apresuradamente.

Al entrar en la habitación, encontró a cuatro niños demacrados de pie en un rincón y a una madre moribunda con un bebé indefenso en brazos. Hudson, desconsolado, lloró en silencio: «Si tuviera uno o dos chelines en lugar de esta moneda, con gusto les daría una parte de mi dinero».

Abrumado por sus necesidades, se arrodilló junto a la cama para orar. «Padre nuestro que estás en los cielos...», comenzó, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Podía oír al Señor reprendiéndolo: «¿Te burlas de Dios? ¿Te atreves a arrodillarte y llamarlo Padre con esa media corona en el bolsillo?». ³⁴⁰

Avergonzado, Hudson terminó la oración por la sanación de la mujer.

Cuando el esposo afligido volvió a pedir ayuda, el joven misionero recordó las palabras de Jesús: «Al que te pida, dale» (Mateo 5:42). Hudson ofreció con gusto a la familia su última moneda. De regreso a casa con un corazón en paz, presentó sus necesidades al Señor. Había obedecido la Palabra de Dios y podía confiar en su fidelidad.

Al día siguiente, mientras desayunaba, Hudson recibió su correo del lunes por la mañana. Envuelto en una hoja de papel en blanco había medio soberano, una moneda que valía \$2.40. Miró la moneda con asombro; ¡Dios había devuelto cuatro veces su ofrenda a la familia la noche anterior! ¡El Señor había hecho muchísimo más de lo que el misionero en formación había imaginado!

La fe de Hudson Taylor en las finanzas se confirmó ese día. A menudo recordaba el incidente y la promesa de que «si somos fieles a Dios en las cosas pequeñas, adquiriremos experiencia y fortaleza para las pruebas más difíciles de la vida». 341

En cuestión de días, hubo más respuestas milagrosas a sus oraciones. El esposo, antes desesperado, fue a buscar a Hudson al consultorio del Dr. Hardey. ¡Su esposa se levantó de la cama y se curó por completo de su enfermedad mortal! 342 Y, sin Al recordarlo, el Dr. Hardey pagó el salario de Taylor a finales de la semana, la noche anterior a su vencimiento del alquiler.

¡Cuánto más se puede lograr en Dios cuando le presentamos todas nuestras preocupaciones en oración! La oración había traído a Hudson al reino de Dios y lo sostenía ahora mientras se preparaba para la obra de su vida. ¡Hudson Taylor estaba listo para China!

“¡Nunca harías nada por China!”

Durante algún tiempo, Taylor había estado escribiendo cartas a George Pearse, el Secretario de Relaciones Exteriores de la recién fundada Sociedad de Evangelización China (CES). Quería ir a China como uno de sus primeros misioneros europeos. Aunque las respuestas de Pearse tardaron en llegar, Hudson estaba convencido de que había llegado el momento de avanzar.

Finalmente, el Sr. Pearse lo invitó a visitar Londres para una entrevista con el CES y conocer a William Lobscheid, un misionero que acababa de regresar de China. El pelirrojo Lobscheid echó un vistazo al hombre delgado y rubio. "¡Vaya! ¡Jamás servirías para China!", exclamó, destacando el cabello rubio y los ojos azul grisáceo de Hudson. '¡Me llaman 'diablo pelirrojo' y huirían despavoridos! ¡Jamás lograrías que te escucharan!'".

"Es Dios quien me ha llamado", respondió Hudson Taylor en voz baja, 'y Él sabe todo sobre el color de mi cabello y mis ojos'".³⁴³

No en lo más mínimo desconcertado por el comentario insensible del misionero, Hudson le escribió a su hermana Amelia: «Tengo un deseo más fuerte que nunca de ir a China. Esa tierra está siempre en mis pensamientos. Piénsalo: ¡400 millones de almas sin Dios ni esperanza en el mundo!».

Un viento milagroso

Tras un año completo de estudios en el Hospital Real de Londres, el 19 de septiembre de 1853, Hudson Taylor se encontraba en la cubierta del velero Dumfries. Camino finalmente a China, ¡se regocijó en la fidelidad de Dios!

La Rebelión Taiping, liderada por el rebelde chino Hong Xiuquan, había surgido en China tres años antes. Xiuquan afirmaba que buscaba reformar el gobierno chino mediante la educación, la igualdad para las mujeres y la apertura de puertas para los misioneros cristianos. El CES vio esto como el momento oportuno para enviar a alguien a China de inmediato y le ofreció la primera oportunidad a Taylor. Aunque esto significaba abandonar sus estudios de medicina antes de terminarlos, estaba ansioso por ir. Tras una tierna despedida de sus padres y hermanas, Hudson Taylor zarpó hacia su nuevo país adoptivo.

Satanás debió sospechar que millones de vidas cambiarían para la eternidad gracias al ministerio de este joven modesto. En más de una ocasión durante el largo viaje, el Dumfries estuvo a punto de hundirse en el mar. La primera vez fue durante una terrible tormenta en el Canal de la Mancha, incluso antes de llegar a mar abierto. Durante

doce días, el barco fue a toda velocidad, casi estrellándose contra la rocosa costa de Gales, antes de que los vientos finalmente amainaran. La segunda ocasión fue aún más peligrosa.

A medida que el Dumfries se acercaba al final de su viaje, justo al norte de la isla de Nueva Guinea, los vientos desaparecieron durante días; el velero se encontraba encalmado en el mar. El Dumfries era arrastrado por una fuerte corriente oceánica hacia un arrecife hundido. Sin viento, el timón del barco era inútil para alejarlos del peligro: el barco se partiría en mitad del Pacífico Sur.

Una tarde, el capitán se dirigió solemnemente a los pasajeros y la tripulación: «Hemos hecho todo lo posible. Solo nos queda esperar el resultado».

“No, hay algo que aún no hemos hecho”, respondió Taylor al capitán. “Cuatro de los que estamos a bordo somos cristianos. Vayamos cada uno a su camarote y nos pongamos de acuerdo para orar y pedirle a Dios que nos dé viento de inmediato”.

Por encima de todo en su corta vida, el joven misionero había aprendido el incomparable poder de la oración. Taylor buscó la ayuda del Señor y luego volvió a subir a cubierta, seguro por la paz de Dios de que sus oraciones habían sido respondidas. En cuestión de minutos, las velas del Dumfries comenzaron a hincharse. Por la gracia de Dios, el viento había llegado justo en el momento oportuno. Una y otra vez, Dios le decía a Taylor: «Trae a Mí cada necesidad en oración».

Entrando a la costa de China

Tras cinco meses y medio en el mar, el 1 de marzo de 1854, Hudson Taylor, de veintiún años, pisó tierra firme en la ciudad portuaria de Shanghai. ¡Los años de preparación finalmente habían terminado! «Mis sentimientos al desembarcar», escribió, «no puedo describirlos. Sentí como si mi corazón se llenara y tuviera que romperse, mientras lágrimas de gratitud y agradecimiento brotaban de mis ojos». 346

A pesar de su alegría inicial, la soledad lo invadió rápidamente. La Sociedad de Evangelización China no contaba con otros misioneros

en China con quienes colaborar, y le habían prometido una carta de crédito a su llegada para cubrir todos sus gastos. Pero la carta prometida no estaba en la oficina de correos de Shanghái. Esta fue la primera de muchas decepciones de Hudson con respecto a la CES.

Afortunadamente, la Sociedad Misionera de Londres, con una sólida trayectoria en Shanghái, acogió amablemente a Hudson y le ofreció alojamiento en el complejo de la LMS. Estaba entusiasmado por conocer personalmente al Dr. Medhurst, autor del libro que había leído sobre China, quien le dio a Hudson un buen consejo para su primera etapa en China: ¡aprende mandarín lo antes posible!

En cada pueblo de China, había un "mandarín" o "alcalde" designado por el gobierno, quien tenía la facultad de proteger a los ciudadanos de conductas ilegales. Todos los mandarines debían hablar un dialecto específico, comúnmente conocido como chino mandarín, para que las órdenes gubernamentales pudieran comunicarse en todas las provincias de China. Una vez que Hudson aprendió mandarín, pudo comunicarse con funcionarios y ciudadanos de todo el país, y así lo hizo.

Los horrores de la guerra

A su primera llegada a China, nada fue como Taylor esperaba. La Rebelión Taiping contra la dinastía Qing se había convertido en una sangrienta guerra civil, con miles de chinos muriendo a su alrededor, y había pocas señales de que el país fuera más acogedor para los misioneros cristianos. Aunque los europeos estaban protegidos de los disparos al vivir en el Asentamiento Internacional de Shanghái, no eran inmunes a los horrores de la guerra.

Los heridos, enfermos y pobres sufrían a su alrededor, y a Hudson se le partió el corazón ante la magnitud de su dolor. Se esforzó más en sus estudios de idiomas para poder acercarse a quienes sufrían.

Mientras esperaba ansiosamente una carta de crédito de Inglaterra, Hudson recibió la sorprendente noticia de que solo recibiría una pequeña cantidad de dinero. En cambio, la sociedad enviaría a otro misionero, el Dr. William Parker, con su esposa y sus tres hijos, quienes pronto llegarían a Shanghái. Dado que Hudson ya estaba establecido en China, se esperaba que encontrara alojamiento

adecuado para todos ellos —tres adultos y tres niños— en la ciudad agobiantemente superpoblada.

Al escribirle a su madre, el inexperto Hudson mostró las primeras señales de desánimo, diciendo: “Oren por mí, porque estoy casi presionado más allá de toda medida, y si no fuera porque encuentro la Palabra de Dios cada vez más preciosa y siento Su presencia conmigo, no sé qué haría”. 347

Afortunadamente, cuando el Dr. Parker y su familia llegaron en noviembre de 1854, los hombres se conectaron de inmediato como hermanos cristianos y misioneros. El CES tampoco había enviado la carta de crédito prometida a Parker con sus fondos Y así los dos hombres comenzaron a buscar la dirección de Dios para su nuevo ministerio juntos.

Viajando en barco y carretilla

Doce años antes de la llegada de Hudson a China, en 1842, se libró la Primera Guerra del Opio entre Gran Bretaña y China por la importación de opio. Con una fuerza superior, Gran Bretaña ganó la guerra y ambos países firmaron el Tratado de Nankín. Los chinos acordaron abrir cinco "puertos de tratado": Shanghái, Cantón, Ningpo, Fuchow y Amoy, donde comerciantes y misioneros extranjeros podrían vivir sin la amenaza del gobierno chino. Sin embargo, el resto del interior de China estaba vedado a todos, excepto a los ciudadanos chinos.

Tanto Taylor como Parker habían viajado a China para llevar a Cristo a los perdidos, pero el Espíritu Santo tenía una dirección divinamente elegida para cada uno. En el puerto de Ningpo, donde se celebraba el tratado, se encontraba un próspero asentamiento misionero; los dos misioneros viajaron río arriba por el Yangtsé para visitar y predicar en la capilla. Allí encontraron la respuesta a la búsqueda misionera de Parker. Ningpo necesitaba una clínica médica, y el Dr. Parker necesitaba un lugar donde administrar medicina y la Palabra de Dios. Él y su familia se establecieron en Ningpo con la bendición de Hudson.

Hudson Taylor creía que los "puertos de tratados" ya tenían

suficientes misioneros. Su llanto más profundo era por los millones de personas en el interior de China que nunca habían oído el nombre de Jesús. Durante el año siguiente, viajó tierra adentro, en barco o en carretilla (empujado por culíes contratados), a veces con otros misioneros, otras veces solo, difundiendo literatura bíblica y predicando a través de traductores. Con demasiada frecuencia, las multitudes huían aterrorizadas o protestaban por su presencia ilegal. Cuando viajaba con su abrigo oscuro, lo llamaban el "Diablo Negro". De alguna manera, las cosas tenían que cambiar.

Hudson Taylor recibió una revelación de Dios que transformaría su relación con la vasta población de China para siempre.

Palillos y coleta

Lo que más necesito, Pensaba Taylor que se trataba de una identificación más estrecha con el pueblo chino. Mientras otros misioneros británicos se esmeraban en mantener su cultura inglesa y a menudo presionaban a los chinos para que la aceptaran, Hudson no estaba interesado en promover ninguna cultura que no fuera el reino de Dios y la buena nueva de Jesucristo. Nada de lo demás era importante para Dios ni para él.

La idea se hizo clara: para ganar a los chinos, seguiría el ejemplo del apóstol Pablo, quien dijo: «Me he hecho todo para todos, para que de todos modos salve a algunos» (1 Corintios 9:22). «No pecemos en todo».

“Seamos como los chinos”, declaró Hudson, “para que por todos los medios podamos salvar a algunos”.

Esto implicaba adoptar la comida china, usar palillos y vestir ropa china, incluyendo la coleta negra. No solo al viajar por el interior, sino también en los puertos del tratado. ¡Qué sorpresa sería para la clase dirigente británica en Shanghai! Pero ganarse la confianza del pueblo chino era lo único que importaba.

“Le entregué mis mechones al barbero [me afeitó la frente]”, escribió el rubio Taylor, “me teñí el pelo de un negro intenso y por la mañana me trencé una coleta como Dios manda con el mío”. 348 La transformación fue completa cuando se vistió con ropa y zapatos de

seda china. Lo único que lo delataba eran los sonrientes ojos azules que asomaban por debajo de su gorra china negra.



Hudson Taylor con atuendo nativo.

Fue un comportamiento escandaloso para los misioneros europeos en el asentamiento de Shanghái. Denunciando la "tontería" de Hudson, a menudo cruzaban la calle para evitarlo. Pero para Hudson, fue una transformación alegre; de inmediato, vio cambios positivos en los rostros y corazones del pueblo chino. Se acercó a ellos sin avergonzarse de las personas con las que quería entablar amistad.

Una cosecha abundante

Hudson se adentró en el interior, a pesar de que iría contra la ley china. Viajando en barco por el río Yangtsé, visitó casi cincuenta y ocho ciudades y pueblos para finales de 1855. Adoptar la vestimenta china y ampliar la atención médica le valió la bienvenida en muchas ciudades.

“¡Oh, qué abundante cosecha se recogerá pronto aquí!” se regocijó. “El Los campos son blancos y tan extensos a nuestro alrededor, ¡pero los obreros son pocos! Doy gracias a Dios por haberme dado estas oportunidades. ¡A veces desearía tener veinte personas para, en veinte lugares a la vez, poder publicar el nombre salvador de Jesús!

Dado que el Señor envía a sus discípulos de dos en dos para animarse mutuamente, Dios trajo un fuerte compañero espiritual a Hudson en 1856. William Chalmers Burns era escocés y un misionero experimentado de la Sociedad Misionera Inglesa. Juntos, respondieron al llamado de ir a Swatow, un puerto chino plagado de inmoralidad, pobreza y tráfico de opio.



William Chalmers Burns

Fue en Swatow donde Hudson Taylor descubrió la insidiosa práctica del tráfico de opio. Esta droga, adictiva, inundaba el mercado negro chino, vendida por avariciosos comerciantes indios y británicos. Presenció la desesperación del abuso de drogas y el creciente tráfico de esclavos chinos pobres, enviados a las Indias Orientales como trabajadores. Taylor y Burns enfrentaron mucho odio y desprecio por parte de los comerciantes chinos y británicos de Swatow, pero, con el poder de Dios, iban de puerta en puerta a diario, compartiendo folletos evangélicos en chino y orando por las necesidades de la población que sufría.

Poco a poco, la vida en Swatow empezó a cambiar. Con el crecimiento de la obra, Hudson regresó a Ningpo para conseguir suministros médicos del Dr. Parker antes de regresar a Swatow. Pero no fue así. Burns fue arrestado por las autoridades chinas y el ministerio de Swatow les fue cerrado. Aunque ambos hombres

ejercieron su ministerio en China durante años, nunca volvieron a verse.

Dios tenía otros planes para Hudson en Ningpo; una parte de su destino lo esperaba allí.

Amando a María

Mary Ann Aldersey, la primera misionera cristiana en China, fundó la primera escuela para niñas de China en Ningpo. Entre su personal se encontraban la Sra. Bausum y sus dos pupilas: Burella Dyer, de veinte años, y su hermana María, de dieciocho. Las niñas se habían criado en China y eran huérfanas de padres misioneros, Samuel y María Dyer.

Poco después de llegar a Ningpo, Hudson conoció a la encantadora María. Desde el principio, le intrigó la joven, reservada pero ferviente en su compromiso con la obra de Cristo entre sus estudiantes chinos. Era evidente que la salvación de almas era el centro de su vida. A los veinticinco años, y cada vez más solitario en sus viajes, Taylor vio en María la respuesta a sus oraciones, pero ¿qué podía ofrecerle a una mujer en matrimonio? Sus viajes y necesidades económicas dependían exclusivamente de la fe.

Sin que Hudson lo supiera, María reconoció rápidamente que él "compartía sus anhelos de santidad, utilidad y cercanía a Dios". No confesó su creciente afecto por él a nadie, sino que oró con fervor a Aquel que más la amaba. "El amor de su vida había llegado a ella, y nadie lo conocía excepto Dios". 350 Ambos jóvenes elevaron en secreto sus deseos al Señor en oración.

Durante un viaje a Shanghái, Hudson reveló sus intenciones en una carta y le propuso matrimonio a María. Ella la leyó con lágrimas de alegría. Sin embargo, cuando compartió la carta con su "familia" escolar, la señorita Aldersey se indignó. La enérgica misionera de sesenta años, acostumbrada a expresar sus opiniones sobre todo, insistió obstinadamente en que Hudson Taylor era "un hombrecillo ridículo" incapaz de ser esposo de nadie. Insistió en que María le escribiera una carta de rechazo. 351 María, desconsolada, obedeció entre lágrimas, y Hudson, abatido, volvió a entregar sus deseos al

Señor. En lo más profundo de su corazón, sospechaba que María no era la única autora de la carta.

Cuando Hudson regresó a Ningpo en mayo de 1857, un compañero misionero organizó un encuentro entre los dos jóvenes, con la Sra. Bausum como acompañante. Antes de que terminara el encuentro, con la bendición de la Sra. Bausum, Hudson y María se comprometieron.

Más de cuarenta años después, Taylor habló con ternura de ese momento: «Nos sentamos uno al lado del otro en el sofá, su mano entrelazada con la mía. Mi amor por ella nunca se enfrió. No se ha enfriado ahora». 352 El 20 de enero de 1858, a los veinticinco y veintiún años, se casaron.

Ganador de almas chino

Un año antes del matrimonio, Hudson había renunciado oficialmente a su cargo.

Sociedad de Evangelización China. Su apoyo había sido muy irregular, pero peor aún, la sociedad tenía una deuda de mil libras, tomando prestado el dinero que enviaban mensualmente a sus misioneros. Con su firme convicción de que los cristianos no deben «a nadie nada, sino amarse unos a otros» (Romanos 13:8), Hudson presentó su carta de renuncia.

El Señor seguía proveyendo. Taylor recibía donaciones mensuales de dos fieles seguidores en Inglaterra: William T. Berger y George Müller. Berger era un acaudalado hombre de negocios cuyo corazón se conmovió por la misión evangélica en China, y George Müller creía que Dios obraría cosas poderosas en China a través de la vida de Hudson Taylor.

Después de la boda, los Taylor se establecieron en la Iglesia de la Calle Bridge en Ningpo, ¡y disfrutaron de una rica experiencia de ganar almas entre los chinos! La visión de Hudson era difundir el evangelio a través de misioneros chinos nativos que pudieran alcanzar a sus compatriotas para Cristo.



Hudson y María Taylor

Su primer converso fue el Sr. Nyi, un comerciante de Ningpo, quien vino a preguntar por “este Jesús”. Tras escuchar el mensaje de la salvación de Cristo, Nyi exclamó: “He buscado la Verdad durante mucho tiempo, como mi padre antes que yo, pero sin encontrarla. En el confucianismo, el budismo y el taoísmo no he encontrado descanso; pero sí encuentro descanso en lo que hemos escuchado esta noche. De ahora en adelante, soy creyente en Jesús”. 353 Inmediatamente, comenzó a evangelizar entre su propia gente.

Poco después, gracias a la predicación de Nyi, Feng Neng-kuei, el cestero, se convirtió a Cristo. El espíritu de evangelización siguió cobrando fuerza. Feng se negó a tejer cestas para la idolatría y, mientras explicaba su nuevo amor por Cristo a sus clientes, Wang Lae-djun, un joven pintor, escuchó la conversación y le rogó que le permitiera escuchar más. En cuestión de días, Wang También aceptó el amor de Cristo y se convirtió en compañero misionero de Hudson durante los siguientes cuarenta años.

La alegría continuó fluyendo en Ningpo cuando, en julio de 1859, los Taylor fueron bendecidos con su primogénita, una preciosa niña a la que llamaron Grace.

Desafortunadamente, la tragedia se convirtió en parte de la obra

misionera. La esposa de James Parker enfermó repentinamente de cólera; en cuestión de días, falleció, dejando cuatro hijos pequeños y un esposo desconsolado. Tras cinco años de servicio en China, y con el profundo pesar de la pérdida, Parker decidió regresar a Escocia con sus pequeños.

Milagros hospitalarios

¿Qué debía hacer Taylor con el hospital que Parker había dirigido con tanto éxito? Hudson no había terminado su carrera de medicina. No podía atender a los pacientes europeos cuyos honorarios habían pagado el tratamiento médico de los pobres chinos. ¿Debía cerrarse el hospital? Tras días de ferviente oración, Hudson tomó una decisión: mantendría el hospital abierto y confiaría en la fidelidad de Dios para su sustento. No tenía forma de saber que la provisión ya estaba en camino; ¡Dios lo había escuchado antes de que se pronunciara una sola oración! Pero primero vinieron semanas de confianza.

Todo el personal del hospital de Ningpo tendría que vivir por fe. Era una oportunidad para que los nuevos creyentes chinos sirvieran sin promesas de ayuda financiera, esperando solo en el Señor para satisfacer sus necesidades. Pasara lo que pasara, Hudson Taylor no se endeudaría.

Pronto, toda la comunidad, incluyendo a los pacientes del hospital, se enteró de la fe de los Taylor. Todos esperaban con expectación. ¿Accedería su Dios cristiano a las oraciones de Hudson?

La señal: La última bolsa de arroz

Una mañana, Keuei-hua, el cocinero, abrió la última bolsa de arroz del hospital. Fue a Hudson con la mala noticia. «Entonces, el tiempo del Señor para ayudarnos debe estar cerca», respondió Hudson con seguridad.

Antes de que se acabara el saco de arroz, recibieron la respuesta de Dios. William Berger había enviado su donativo mensual de 50 libras, pero con él llegó una carta explicando que acababa de recibir una herencia sustancial. El Señor le había dicho claramente que el dinero era para la obra en China; pero ¿cómo le gustaría a Hudson que se usaran los fondos? Regocijándose en el tiempo perfecto de Dios,

enviaron rápidamente una carta a Inglaterra detallando las necesidades del ministerio hospitalario. Esa noche, la iglesia de Bridge Street y el hospital se llenaron de cánticos de alabanza.

¡Creyentes europeos y chinos por igual!355

Durante los meses siguientes, el gozo del Señor y las oraciones contestadas inundaron el hospital de la misión. Se sanaron enfermedades graves y los pacientes acudían a Cristo y se bautizaban cada semana. En febrero de 1860, Hudson le escribió a Amelia: «Si tuviera mil libras, China las tendría; si tuviera mil vidas, China las tendría. ¡No! No China, sino Cristo. ¿Acaso podemos hacer demasiado por Él? ¿Podemos hacer lo suficiente por un Salvador tanpreciado?».

Las bendiciones del Señor fueron abundantes, pero Dios tenía un plan mucho más grande para Hudson Taylor que Ningpo, y regresar a Inglaterra por un tiempo era parte de ese plan.

El nacimiento de una visión

Trabajar día y noche en el hospital, así como predicar el amor de Cristo a la gente de Ningpo, empezó a pasar factura. En junio de 1860, un exhausto Hudson Taylor, junto con Maria, la pequeña Gracie y el pintor Wang Lae-djun, abordaron el clíper Jubilee con destino a Inglaterra. Tras seis años agotadores en China, era hora de que Taylor, con tan solo veintiocho años, recuperara fuerzas y buscara al Señor para dar el siguiente paso y alcanzar a los millones de chinos.

Mientras se recuperaba en Inglaterra, comenzó a trabajar con Wang y su compañero misionero Frederick Gough en una traducción al mandarín del Nuevo Testamento utilizando letras romanas en lugar de cifras chinas. Además, Hudson regresó al Royal London Hospital para completar su formación médica.

Los meses de trabajo se convirtieron en años. Para 1864, Wang regresó a China con el Nuevo Testamento completo, y Taylor dedicó su corazón y sus oraciones a encontrar nuevos misioneros para el interior de China. Además, entre 1860 y 1864, María dio a luz a tres niños: Herbert, Howard y Samuel. A sus veintisiete años, estaba muy ocupada cuidando a cuatro pequeños y ayudando a su esposo en su

trabajo.

El año en que los Taylor abandonaron China, se firmó el Tratado de 1860, que otorgaba a los europeos mayor libertad para ministrar en China. Taylor viajó extensamente por Escocia e Inglaterra, intentando convencer a las sociedades misioneras de que era el momento oportuno para enviar misioneros al interior. Ninguna de las sociedades misioneras captó su visión.

Hudson estaba en conflicto. Las sociedades no estaban dispuestas a enviar nuevos misioneros a China, pero él oraba para que Dios enviara cincuenta obreros más. ¿Quién se haría cargo de estos nuevos obreros? Podía orar por ellos, pero Si vinieron y luego perdieron sus vidas sirviendo, ¿cómo podría él soportar tal dolor y responsabilidad?

Sabía que Dios hablaba. Sabía que se les daría evangelistas y que su apoyo se aseguraría, pero la incredulidad se apoderó de ellos. Supongamos que se les da a los obreros y van a China: vendrán pruebas; su fe podría flaquear; [podrían perder la vida] ...Durante dos o tres meses mi conflicto fue intenso.”³⁵⁶

Revelación en Brighton

El 25 de junio de 1865, un tranquilo domingo junto al mar en Brighton, Dios habló al corazón de Taylor. Si los hombres fueran a China y luego perdieran la vida por Cristo, irían directamente a los brazos del Padre celestial. Si tan solo una persona pudiera salvarse, valdría la pena el costo. Si obedecemos al Señor, pensó, la responsabilidad recae en Él, no en nosotros.

«¡Tú, Señor!», exclamó Hudson con alivio, «¡Tú llevarás toda la carga! ¡A tu mandato, como tu siervo, sigo adelante, dejándote resultados!». Taylor se regocijó al recibir una respuesta tan clara del Señor. Podrían proseguir hacia el interior de China, sabiendo que Dios estaría allí con su gracia y poder.

Hudson había concebido un plan audaz para colocar obreros en todas las provincias de China. Comenzó pidiendo al Señor dos misioneros para cada una de las once provincias de China y dos para el Tíbet. Abriendo su Biblia en la playa, escribió estas memorables palabras: «Oré por veinticuatro obreros hábiles y dispuestos en

Brighton, el 25 de junio de 1865». Y en ese momento, nació la Misión al Interior de China.

Durante las semanas siguientes, Hudson y María terminaron de escribir "Necesidades y Reclamos Espirituales de China". Bajo la unción del Espíritu Santo, este libro influyó en miles de cristianos para que contribuyeran económicamente a la obra misionera y en cientos para que entregaran su vida al llamado misionero.

No es conveniente

Justo antes de partir de regreso a China, Hudson se presentó ante una gran multitud en la Conferencia Cristiana de Perth, Escocia. A sus treinta y tres años, el joven misionero rubio describió las necesidades únicas de China, una tierra de buscadores listos para la cosecha. Mientras el público escuchaba absorto, concluyó su mensaje con una anécdota curiosa.

"Viajaba en un junco nativo de Shanghái a Ningpo por el río Yangtsé", comenzó. Continuó con la historia de su encuentro en el barco con un chino llamado Peter. Peter había pasado unos años en Inglaterra y había oído hablar de...

Había predicado el evangelio con frecuencia, pero nunca había aceptado el poder salvador de Cristo. Al acercarse a Shanghái, Hudson oyó un chapoteo. Miró a su alrededor por la pequeña cubierta y descubrió que su nuevo amigo había desaparecido. "¿Dónde se ha metido Peter?", preguntó a los pescadores que estaban cerca. Uno de ellos señaló la barandilla del barco. ¡Se había caído por la borda!

"¡Vengan rápido!", imploró Hudson. "¡Un hombre se está ahogando! ¡Ayúdenme a rescatarlo; traigan sus redes!", respondió. "Veh bin". "No es conveniente". Tras perder un tiempo precioso discutiendo, los pescadores finalmente accedieron a rescatar al hombre a cambio de dinero. Sacaron a Peter del agua y lo subieron a bordo, pero los esfuerzos de Taylor por reanimarlo fracasaron, y Peter fue declarado muerto. ¡Se había ahogado simplemente porque los hombres presentes fueron demasiado indiferentes para salvarlo!

Un murmullo furioso se extendió entre el público ante la innecesaria tragedia, hasta que Taylor volvió a hablar: "¿Acaso el

cuerpo vale mucho más que el alma? Condenamos a esos pescadores paganos... pero ¿qué hay de los millones de personas en China a quienes dejamos perecer eternamente? ¿Qué hay del claro mandato: 'Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura' [Marcos 16:15]?"

El público permaneció en silencio, estupefacto, mientras Taylor les recordaba que Jesús mismo les ordenó ir y, si no podían ir, que enviaran sus oraciones y recursos. Que hicieran todo lo posible por salvar a los millones de personas que perecían en China. Que nunca tuvieran que comparecer ante el Señor con la excusa de «No es conveniente». La noticia del poderoso sermón de Hudson Taylor se extendió por toda Escocia; fue como si un profeta hubiera surgido entre ellos.

Misión al Interior de China: Rompiendo viejas tradiciones

Para avanzar en nuestro ministerio para el Señor, es importante contar con la sabiduría de Dios. Algunas tradiciones tienen base bíblica, son de eficacia comprobada. Nos aferramos a ellas. Pero a veces, romper con las viejas tradiciones refleja la voluntad de Dios y cómo Él desea que cambiemos la manera en que ministramos su evangelio. Al establecer la Misión del Interior de China, Hudson Taylor necesitó romper con algunas tradiciones, especialmente en lo que respecta a la formación bíblica formal y el papel de la mujer en el ministerio. Esos cambios reflejaron el corazón de Taylor ante Dios. Los artículos principales fueron claros:

No habría súplicas de dinero excepto a Dios. Todas sus necesidades serían satisfechas por Él mientras anduvieran en fe.

Los misioneros ya no tenían que enfrentarse a rigurosos años de educación y formación bíblica; los cristianos laicos que creían que estaban llamados

Por Dios al campo misionero podría aplicarse.

Las mujeres cristianas solteras podían responder al llamado de Dios. (Aunque muchos consideraban escandaloso que las mujeres solteras se aventuraran al interior de China, si escuchaban el

llamado de Dios, Hudson les daría la oportunidad de obedecer. Zinzendorf había seguido el mismo principio ciento treinta años antes).

La Misión al Interior de China sería estrictamente no confesional. Hudson registró: «Después de orar, decidimos invitar a la cooperación de hermanos creyentes, independientemente de sus creencias denominacionales, que se adhirieran plenamente a la inspiración de la Palabra de Dios y estuvieran dispuestos a demostrar su fe viajando al interior de China».

“Tengan la seguridad”, proclamó, “la obra de Dios, hecha a la manera de Dios, nunca carecerá de su provisión”. 359 Todas las donaciones debían enviarse al Sr. Berger, quien dirigiría la oficina central desde Inglaterra. Los misioneros se comprometieron a ministrar vestidos a la usanza china, desarmados y equipados únicamente con una Biblia, al entrar en el vasto campo misionero de China.

Veinticuatro hombres y siete mujeres respondieron a este primer llamado. Mientras se preparaban para China, Hudson les habló con pasión: «Nos hemos comprometido a trabajar en el interior de China, buscando la ayuda del Señor en todo tipo de ayuda. Esto solo podemos hacerlo con su fuerza. Y si queremos que Él nos use mucho, debemos vivir muy cerca de Él».

La fiesta de Lammermuir

Seis largos años después de que los Taylor partieran de China, Hudson y Maria, junto con sus cuatro hijos pequeños y dieciséis misioneros, zarparon el 26 de mayo de 1866 en el Lammermuir. Nueve de los misioneros eran mujeres solteras que se dirigían a las desconocidas dificultades de China, entre ellas Emily Blatchley y Jennifer (Jennie) Ferguson, quienes serían fundamentales en la vida de los Taylor durante muchos años. Ocho misioneros habían sido enviados previamente para iniciar la evangelización en las provincias de China.



El Lammermuir

Después de casi hundirse en medio de un tifón, el Lammermuir finalmente ancló en Shanghai a fines de septiembre de 1866. El grupo Lammermuir, como llegaron a ser llamados, pisó suelo chino dispuesto a entregar su corazón y su vida a la gente del interior de China.



La fiesta de Lammermuir

A los pocos días de desembarcar, los nuevos misioneros fueron iniciados en la Misión del Interior de China cambiando su peinado y vestimenta para asemejarse a sus hermanos y hermanas chinos. Aunque otros misioneros europeos objetaron, a veces acusando a Taylor de ser un desequilibrado mental, él estaba convencido de que

el evangelio puro era todo lo que los chinos necesitaban, no el elemento extranjero de la cultura y las tradiciones europeas.

“¿Por qué debería dársele al cristianismo un aspecto extranjero?”, le escribió al Sr. Berger en Londres. “La Palabra de Dios no lo exige. No es la desnacionalización, sino la cristianización de este pueblo lo que buscamos. Deseamos ver el surgimiento de cristianos chinos: hombres y mujeres verdaderamente cristianos, pero verdaderamente chinos en todo el sentido de la palabra”. 361 La perspectiva de Hudson distaba mucho de la de los extranjeros que deseaban colonizar la nación.

A principios de 1867, el grupo hizo su primer movimiento hacia el interior, hacia Hangchow, donde... Los misioneros estudiaban mandarín discretamente y dirigían pequeñas reuniones que rápidamente se convirtieron en servicios de cincuenta o sesenta chinos. Llegaron nuevos misioneros de Inglaterra, entre ellos el Dr. John McCarthy, quien se convertiría en la mano derecha de Hudson durante los siguientes cuarenta años.

La fuerza de nuestro corazón

El año 1867 fue una montaña rusa de bendiciones y tragedias. La quinta hija de los Taylor, María, nació en Chinkiang, y la familia dio la bienvenida a la pequeña rubia. Hudson Taylor amaba a sus hijos y pasaba tiempo con ellos siempre que podía, especialmente con la mayor, Gracie, de ocho años. Ella había entregado su corazón a Cristo mientras cruzaban el océano en el Lammermuir y fue una dulce bendición para los marineros con su fe inocente. Pero ahora, por primera vez en muchos momentos dolorosos, Hudson aprendería lo que significaba darlo todo para servir a su Salvador.

En el intenso calor del verano, la pequeña Gracie enfermó con una fiebre alta incontrolable. Tras días de batallar con la enfermedad, angustiado, Hudson le dijo a María: «No hay esperanza de que Grace mejore. Tiene meningitis y no hay cura». 362 ¡Cuánto desearía que estos poderosos misioneros, tan fieles a la Palabra de Dios, hubieran comprendido espiritualmente el poder sanador de Jesús! Caminaron con una fe inquebrantable por la salvación de miles de personas, pero no comprendían la oración de sanación.

Un afligido Taylor escribió a Berger en Inglaterra: «Intento escribir unas líneas junto al sofá donde mi querida Gracie yace moribunda. Querido hermano, nuestra carne y nuestro corazón desfallecen, pero Dios es la fuerza de nuestro corazón y nuestra porción para siempre». 363

Hudson había consagrado su vida, así como la de su esposa e hijos, al Señor, y sabía que podía confiar en Dios. Pero, después de enterrar a su hija en un pequeño cementerio junto al río Yangtsé en Chinkiang, solía decir: "¡Nuestra querida Gracie! ¡Cuánto la extraño!".

La obra misionera prosiguió, y los misioneros se separaron para trasladarse al interior. James Meadows y George Stott, de Ningpo, se establecieron en Taichow y Wenchow; George Duncan fue a Nankín. En Hangchow, Wang Lae-djun se convirtió en misionero y pastor, y su pequeña iglesia creció rápidamente. Las misioneras estaban estableciendo una obra entre las mujeres chinas y fueron bien recibidas. Emily Blatchley ministró con la familia Taylor en Yangchow, mientras que Jenny Faulding permaneció en Hangchow con John McCarthy y su esposa.

En Yangchow, los Taylor descubrieron que los corazones chinos se estaban abriendo lentamente a El evangelio. Pero poco después, un grupo de disidentes llegó a la ciudad y difundió mentiras de que los misioneros extranjeros eran demonios, ¡que secuestraban y se comían a los niños de Yangchow! El resultado fue el Motín de Yangchow descrito al comienzo del capítulo. Los misioneros abandonaron la ciudad por un tiempo hasta que la situación se calmó. Poco después de su regreso, en 1868, María dio a luz a su sexto hijo, un niño al que llamaron Charles Edward.

La vida intercambiada

A pesar del creciente ministerio entre el pueblo chino, Hudson Taylor sentía que algo faltaba en su vida cristiana. Tenía un anhelo insatisfecho de permanecer más plenamente en Cristo. Sabía que todo lo que necesitaba estaba en Cristo, pero ¿cómo lo conseguiría?

Fue una carta de su compañero misionero John McCarthy la que le abrió los ojos espirituales a Taylor. McCarthy escribió: «Pero ¿cómo fortalecemos nuestra fe? No esforzándonos por alcanzarla, sino

confiando en el Fiel».

“Al leerlo”, escribió Taylor en una carta a su hermana Amelia, “¡lo vi todo! De repente, mis ojos espirituales se abrieron y pude ver. Miré a Jesús y vi que Él dijo: 'Nunca te abandonaré'. Ah, ahí está el resto, pensé. 'Me he esforzado en vano por descansar en Él. ¡No me esforzaré más! ¿Acaso no ha prometido permanecer conmigo, nunca dejarme, nunca fallarme?'”

Cristo vive en mí. ¡Qué gran diferencia! En lugar de esclavitud, libertad; en lugar de fracaso, serenas victorias interiores; en lugar de miedo y debilidad, una tranquila sensación de suficiencia en Otro. ¡Oh, mi querida hermana, es maravilloso ser verdaderamente uno con un Salvador resucitado y exaltado!

Hudson había entregado su vida para vivir plenamente en la vida de Cristo. Ya no importaba adónde lo llamaba Dios ni qué lo llamaba a hacer. Era uno con el Maestro; podía descansar en su gracia y su fuerza. Era la fuerza de Dios la que necesitaría para el camino de sacrificio que le aguardaba.

Más precioso que la vida

“China no será ganada para Cristo por hombres y mujeres egoístas y amantes de la comodidad”, escribió Hudson Taylor. “Los hombres y mujeres que necesitamos son aquellos que prioricen a Jesús, a China y a las almas en todo y en todo momento; la vida misma debe ser secundaria, incluso aquellos máspreciados que la vida”. 365 ¡Cómo le pesaron las palabras “aquellos máspreciados que la vida”!

En la primavera de 1869, los Taylor decidieron que sus hijos mayores —Herbert, Howard, Samuel y Maria— debían ser enviados a Inglaterra para escapar del calor de China y recibir una educación inglesa. Pero el pequeño Charles... permanecer con sus padres.

Samuel, de cinco años, siempre había sido un niño frágil, con un cuerpo muy susceptible a las enfermedades de China. Durante su viaje por el río Yangtsé, de Yangchow a Shanghái, Samuel enfermó gravemente; en cuestión de horas, entró en coma y falleció. En estado de shock, con su pequeño en brazos, los Taylor anclaron su bote en Chinkiang para buscar a alguien que ayudara en su entierro.

Enterraron a Samuel en el pequeño cementerio junto a su hermana Gracie.

Con gran tristeza, los Taylor despidieron a sus hijos mayores rumbo a Inglaterra, al cuidado de Emily Blatchley, quien regresaba a casa para ser la tutora de los niños y ayudar a los Berger en el ministerio del interior.

La vida transcurrió con rapidez, y al año siguiente, la obra misionera pareció estallar con conversos. Taylor dedicó la mayor parte de su tiempo a viajar por el este de China y animar a cada equipo en las misiones del interior. María, embarazada de su séptimo hijo, permaneció en Hangchow cuidando a una joven misionera gravemente enferma. Sin que Hudson, inmerso en la creciente obra misionera, lo supiera, María luchaba contra el cólera.

María muere

El 7 de julio de 1870, en Chinkiang, María dio a luz a su séptimo y último hijo, un niño al que llamaron Noel. El niño parecía sano, pero María no. Al principio, Hudson pensó que podría estar sufriendo una hemorragia interna. María tenía poca fuerza o alimento para ella o su bebé, y sus primeros intentos por encontrar una enfermera para Noel fracasaron. En diez días, el pequeño murió. A pesar de las fervientes oraciones y los conocimientos médicos de Hudson, María estaba demasiado débil para combatir el cólera que la azotaba.

Al amanecer del 23 de julio de 1870, Hudson se arrodilló junto a la cama de María y, entre lágrimas, le agradeció los años de amor y compañía que le había brindado. Estrechando la mano de su esposo, respondió: «No me arrepiento de ir a Jesús; pero sí me duele dejarte sola en un momento como este. Sin embargo, Él estará contigo y suplirá todas tus necesidades».

A media mañana, a los treinta y tres años, Maria Taylor había fallecido tranquilamente en el cielo. Su funeral fue multitudinario, con los dolientes vestidos de blanco, el color chino del luto. Con el corazón desconsolado, Hudson la enterró en Chinkiang junto a Gracie, Samuel y el bebé Noel. Cuánto había perdido en tan solo unos meses.

Durante el siguiente año solitario, sin la presencia de María, Taylor trabajó incansablemente en Hangchow y más allá, animando a los treinta trabajadores dispersos por toda China.

“No importa cuán intrincado sea mi camino, cuán difícil mi servicio”, escribió, “no importa cuán triste sea mi duelo, cuán lejos estén mis seres queridos, no importa cuán indefenso esté, cuán desesperanzado esté, cuán profundos sean los anhelos de mi alma, Jesús puede satisfacer a todos, a todos y más que satisfacer”. 367

Unidos en el ministerio

En el verano de 1871, afligido por su familia, Hudson decidió viajar a Inglaterra con el joven Charles para volver a ver a sus otros tres hijos. Taylor, Jennie Faulding, James y Elizabeth Meadows partieron rumbo a Inglaterra con permiso. El ministerio de Jennie entre las mujeres chinas de Hangchow había sido bendecido, pero tras seis años de arduo trabajo, estaba lista para visitar a su familia.

Durante el largo viaje, Hudson y Jennie oraron y conversaron durante largas horas sobre el amor de Dios por China y los millones de personas sin Cristo que aún debían ser alcanzadas. Antes de llegar a Inglaterra, Taylor se dio cuenta de que su corazón estaba unido al de ella a través del trabajo de sus vidas. Cuando sus sentimientos mutuos trascendieron la amistad, los dedicados misioneros decidieron casarse y continuar sirviendo a Cristo juntos. Jennie, a sus veintiocho años, era la compañera perfecta para ayudar y consolar a los...

Viudo misionero de treinta y nueve años. Se casaron con la bendición de sus padres el 28 de noviembre de 1871 en la capilla de Regent's Park, Londres.

Dios estaba produciendo un cambio en la oficina central británica. Los Berger se acercaban a los setenta y ya no podían encargarse de la creciente Misión al Interior de China. Se jubilaron, y se preparó el camino para expandir la visión una vez más. En 1872 se formó un consejo de amigos cristianos, y las tareas que los Berger habían realizado solos ahora se distribuirían entre varios trabajadores, con Emily Blatchley a cargo de la oficina principal. 368 Pero algo nunca cambiaría: todas las decisiones para la Misión al Interior de China

provenirían del ministerio en el campo en la propia China y nunca de las oficinas en Inglaterra.

Además de su convincente capacidad para predicar el evangelio, Hudson Taylor tenía un don natural para coordinar y delegar. Podía ver fácilmente quién encajaría en las diferentes áreas del ministerio. Algunos aprendemos a organizar las cosas mediante ensayo y error o con el tiempo. No te avergüences de cómo adquiriste un don en particular. Dedícalo al Señor y úsalo para su gloria.

“Dame cien más”

En octubre de 1872, Hudson y Jennie regresaron a China en el MM Tigre, zarpando de Marsella, Francia, y navegando hacia el este por el mar Mediterráneo. El Canal de Suez se había inaugurado en 1869, y los barcos de vapor habían sustituido rápidamente a los veleros del pasado. Ahora, los Taylor podían viajar a China en poco más de un mes, muy diferente del viaje de cinco meses y medio que Hudson había hecho dieciocho años antes, cuando viajó por primera vez a Shanghái.

“Nos vamos al interior”, escribió Hudson a Inglaterra en referencia a todos los misioneros de la CIM. “Si alguien no está dispuesto a soportar las adversidades, mejor que se quede en casa. Solo se necesitan aquí personas que se alegren de trabajar; que trabajen de verdad, no que se desperdicien soñando; que se nieguen a sí mismos; que sufran para salvar”. 369

Durante los dos años siguientes, los Taylor viajaron por toda China guiados por el Señor. La obra se expandía rápidamente por todas partes. «Señor, ¿qué quieres que haga?», era la oración constante de Hudson.

A principios de 1874, mientras estaba en Taichow, Taylor pidió a Dios cien evangelistas chinos más para impulsar la obra en provincias lejanas. Llegaba algo de dinero, pero no lo suficiente para la obra que tenía en mente. Viajando solo a una de las misiones del interior, le escribió a Jennie: «El Señor reina. En esto reside nuestro gozo y confianza. ¡Tenemos veinticinco centavos y todas las promesas de Dios!».

Los millones de China

Entre 1874 y 1877, se produjeron muchos cambios en la Misión del Interior de China y en la vida personal de los Taylor. Tras un año exitoso estableciendo una nueva misión en el interior de Hankow, regresaron a Inglaterra una vez más, pues les había llegado la noticia del fallecimiento de Emily Blatchley por enfermedad. Su fallecimiento dejó un profundo vacío en sus corazones y también en el ministerio de la oficina central. Agradecido, Hudson dio la bienvenida a su hermana Amelia y a su esposo, Benjamin Broomhall, junto con sus diez hijos, para que asumieran la plena gestión del ministerio en Inglaterra.

En estos fructíferos años en casa, Jennie dio a luz a dos hijos: Ernest, nacido en enero de 1875, y Amy, nacida en abril de 1876. Su tiempo ahora estaba dividido entre ayudar con el trabajo de la Misión Interior de China y cuidar a todos los niños Taylor.

Al mismo tiempo, el CIM publicó el primer número de la revista "Millones de China" para dar a conocer al mundo las necesidades misioneras de China. (La revista se seguiría publicando durante los siguientes setenta y siete años, hasta 1952).

Bajo el título "Llamado a la oración", Taylor hizo un llamado a obreros cristianos en favor de más de ciento ochenta millones de chinos en el territorio interior no alcanzado. Taylor se mostró firme en cuanto al compromiso espiritual de los candidatos misioneros: "Si bien agradecemos las ventajas educativas que los candidatos hayan podido disfrutar", escribió, "¡damos mucha más importancia a las cualificaciones espirituales! Deseamos hombres [y mujeres] que crean que hay un Dios y que es inteligente y fiel, y que, por lo tanto, confíen en él; que crean que es galardonador de quienes lo buscan diligentemente, y que, por lo tanto, sean hombres de oración... Deseamos hombres que crean en la eternidad y vivan para ella". 372

La puerta se abre de golpe

En septiembre de 1876, Gran Bretaña y China firmaron otro acuerdo, la Convención de Chefoo, que garantizaba la protección del gobierno chino a todos los misioneros extranjeros. Este acuerdo se rompió años después. Durante los dieciocho meses siguientes, los

misioneros de la CIM recorrieron más de cuarenta y ocho mil kilómetros, recorriendo China de un lado a otro, predicando el evangelio, distribuyendo folletos y forjando relaciones con los campesinos chinos.

A finales de 1876, Hudson hizo su cuarto viaje a China, mientras Jennie se quedó en Londres con todos los niños, incluidos los tres hijos mayores de Hudson y Marie y la hija huérfana de George Duncan, a quien habían adoptado recientemente.

Ahora que viajar entre ambos países era mucho más fácil, la estancia de Taylor en China pudo limitarse a un año. Regresó a Inglaterra en 1877, buscando reclutar treinta misioneros más como refuerzo. A los pocos meses, Hudson recibió noticias de una gran hambruna que devastaba el norte de China. Decenas de miles habían muerto y había innumerables huérfanos que necesitaban un nuevo hogar. Era una oportunidad para colmar a los niños chinos con el amor de Cristo.

“Envíennos dos o tres misioneras”, fue la petición urgente de China. “Necesitamos mujeres para el trabajo en orfanatos y no tenemos a nadie disponible”. El corazón de Jennie Taylor se sintió conmovido. Tenía la fe intrépida y la experiencia para viajar a lo profundo de China y proveer para los niños huérfanos que necesitaban el amor de Cristo. “Pero, Señor, ¿quién cuidará de mis hijos?”, oró. Amelia respondió rápidamente a la necesidad. “Si Jennie puede ir a China”, dijo sin dudar, “¡yo estoy llamada a cuidar de sus hijos!”. 374 Con sus diez hijos, más los seis hijos de Hudson, ahora bajo su cuidado, Amelia también había dedicado su vida a la causa de China.

Días antes de que Jennie partiera, recibió por correo una donación de mil libras, lo que le permitió comprar los suministros necesarios al llegar a China. Dios seguía proveyendo en respuesta a sus oraciones.

Tras dejar a Hudson y a los niños en buenas manos, Jennie llegó a Shanghái a principios de 1878 y, junto con otras dos jóvenes valientes, viajó a la provincia de Shansi, un lugar más al interior que cualquier mujer extranjera había visitado jamás. En menos de un año, los orfanatos estaban en funcionamiento, y Jennie emprendió el viaje de 12.800 kilómetros de regreso a Inglaterra. Pasarían nueve años

antes de que volviera a ver China.

El fruto de la intercesión

Dos años después de que se terminaron los orfanatos, el Dr. Harold Schofield, un joven médico prometedor, dejó una exitosa práctica médica en Inglaterra para dedicar su vida a China, estableciendo el primer hospital de la Misión Interior de China en Shansi.

El trabajo era agotador, pero su corazón estaba puesto en la Palabra de Dios: «Proclamad su gloria entre las naciones, sus maravillas entre todos los pueblos» (Salmo 96:3). Trágicamente, en medio de las insalubres condiciones, Schofield contrajo tifus de sus pacientes y ya no pudo trabajar, pero sí orar.

Durante horas cada día, pedía al Señor jóvenes fuertes que lideraran la obra en China, orando «para que Dios tocara la vida de nuestras universidades y levantara jóvenes para trabajar entre los paganos del mundo». 375 La fiel respuesta de Dios a esta oración superó lo que Schofield o Taylor podrían haber imaginado. Pero el médico no viviría para ver los resultados de su oración; tras solo tres años en China, falleció el 1 de agosto de 1883.

En respuesta a sus oraciones, el Espíritu Santo infundió nueva vida en un grupo de siete recién graduados de las Universidades de Cambridge y Oxford. Uno a uno, los jóvenes, reconocidos atletas y académicos, respondieron al llamado de Taylor para que los hombres sirvieran a Cristo en China. Los siete que dedicaron sus vidas llegaron a ser conocidos como los Siete de Cambridge e incluían a Stanley P. Smith, capitán del equipo de remo de Cambridge; C. T. Studd, un reconocido jugador de críquet; Montagu Beauchamp; W. W. Casels; los hermanos Arthur y Cecil Podhill-Turner; y D. E. Hoste.

Londres quedó conmocionado cuando estos prestigiosos jóvenes renunciaron a su brillante futuro por China. El 4 de febrero de 1885, un día antes de partir de Inglaterra, los Siete de Cambridge testificaron ante dos mil estudiantes en el Exeter Hall sobre la transformación que Dios había obrado en sus corazones.

"¿Qué vamos a hacer?", preguntó Stanley Smith a la multitud. "¿De qué sirven grandes reuniones como esta si el resultado no es

algo digno del nombre de Jesús? Él quiere que tomemos nuestra cruz y lo sigamos... que dejemos padres, madres, hermanos, hermanas, amigos, propiedades y todo lo que apreciamos, para llevar el evangelio a los que perecen".

En respuesta a su testimonio, cientos de estudiantes se dedicaron al servicio de Cristo en diferentes partes del mundo. ¡Los Siete de Cambridge ministraron en el interior de China durante un total de doscientos cincuenta años! Cinco de los siete permanecieron en China el resto de sus vidas.

El Movimiento de Voluntariado Estudiantil

Inglaterra no era el único lugar donde las oraciones del Dr. Schofield, antes de morir, estaban siendo escuchadas. El Movimiento Estudiantil Voluntario para las Misiones Extranjeras, fundado por Dwight L. Moody, John R. Mott y Robert P. Wilder, había surgido en Estados Unidos: una coalición de jóvenes universitarios que buscaban la guía de Dios para la obra misionera. Su lema era «la evangelización del mundo en esta generación». Miles de estudiantes de todo Estados Unidos se comprometieron a apoyar las misiones extranjeras, ya fuera con sus finanzas o con su vida de servicio. Uno de ellos, Henry W. Frost, se interesó por las misiones gracias a la predicación del misionero Jonathan Goforth antes de partir hacia China. Poco después, Frost viajó a Londres para pedirle a Hudson Taylor que estableciera un Consejo Americano para la Misión al Interior de China. La respuesta de Taylor fue un no silencioso pero rotundo.

Decepcionado, pero seguro de que Dios lo había guiado al ministerio de Taylor, Frost regresó a Estados Unidos. Le pidió a Dwight L. Moody que invitara personalmente a Hudson a recorrer Estados Unidos y a hablar en la conferencia estudiantil de verano celebrada en la Escuela Mount Hermon en Northfield, Massachusetts, en 1886.

Taylor aceptó la invitación y viajó a Estados Unidos con su hijo Howard, quien ahora servía como misionero con su padre. Hudson fue recibido con entusiasmo dondequiera que iba. En dos meses, contaba con catorce nuevos misioneros para China y miles de dólares en donaciones estadounidenses. Hudson comprendió que Dios estaba

abriendo la puerta a un Consejo Estadounidense, y el dedicado Henry Frost fue nombrado su primer director.

Lleno del Espíritu Santo

En diciembre de 1890, cuando todos sus hijos ya eran mayores, Jennie se reunió con Hudson en China. Durante años, habían orado por un gran derramamiento del Espíritu Santo entre sus misioneros.

Una joven misionera, cuyo nombre nunca quedó registrado, abrió el camino. Estando en Shanghái, un marinero cristiano se le acercó y le preguntó con valentía:

"¿Estás llena del Espíritu Santo?" Sabía que el Espíritu Santo había residido en ella desde su conversión, pero ¿estaba "llena del Espíritu"? La joven misionera recurrió a su Biblia para estudiar la personalidad y el poder del Espíritu Santo en la vida de la creyente.³⁷⁶ Era, en efecto, el Espíritu Santo lo que necesitaba, la plenitud del Espíritu Santo para hacer realidad lo invisible y posible lo imposible. En la tranquilidad de su habitación, oró para que el Espíritu Santo morara plenamente en ella y que la prueba fuera que la gente se volviera a Cristo al compartir el evangelio. Inmediatamente, hubo nuevas conversiones a Cristo dondequiera que hablaba. Compartió el poder para este cambio con sus colegas, y la llama del Espíritu Santo se extendió rápidamente.

«Dios está obrando entre nosotros», escribió Jennie a casa en abril de 1892, «vaciándonos y humillándonos unos a otros, y llenándonos del Espíritu Santo. Tenemos reuniones frecuentes, llenas de libertad y poder». ³⁷⁷ Pronto, el Consejo Chino suspendió una reunión programada, buscando en cambio «la llenura del Espíritu Santo para sí mismos, para toda la Misión en China y para los Consejos Nacionales».

Hudson Taylor se regocijó con el obrar del Espíritu Santo entre ellos. "La mayor necesidad de todas las misiones en la actualidad es la presencia manifiesta del Espíritu Santo... Algunos podrían pensar que si tuviéramos maquinaria más costosa, podríamos hacerlo mejor. Pero, ¡oh, siento que lo que necesitamos es poder divino, no maquinaria! Hay almas que perecen ahora por falta de este poder.

Dios está bendiciendo a algunos que buscan esta bendición de Él con fe”. 378

Más de mil fuertes

A principios de la década de 1890, tras cuarenta años en China, Taylor supervisaba a cuatrocientos misioneros en las provincias. Dividía su tiempo entre ministrar en la rica cosecha de China y viajar a Europa para inspirar a más hombres y mujeres a responder al llamado. Al igual que en el libro del Éxodo, cuando Jetro aconsejó a Moisés que nombrara setenta ancianos para que lo ayudaran a gobernar al pueblo, Arthur Broomhall convenció a Hudson de que nombrara superintendentes en cada una de las provincias de China para reducir su carga de trabajo.

Para entonces, China contaba con decenas de miles de cristianos bautizados, y la Palabra de Dios se extendía hasta los confines de la nación. Pero Hudson nunca olvidó ni por un instante a los millones de chinos que aún morían sin Cristo.



Hudson Taylor y su esposa con un grupo de cristianos chinos

Taylor siempre había estado fascinado por las matemáticas, así que determinó que si contaban con mil nuevos misioneros que pudieran

predicar diariamente a doscientas cincuenta personas diferentes acerca de Cristo, en mil días, doscientos cincuenta millones de personas oirían hablar de la gracia salvadora de Jesús. Sin embargo, reclutar a los mil nuevos misioneros requeriría una “acción simultánea y unida de todas las sociedades misioneras de China que se reunirían en una Conferencia General en Shanghai”. 379 Hudson presentó su visión en la conferencia y, al final de la sesión, todas las sociedades se comprometieron a formar mil misioneros en los próximos cinco años. Por la gracia de Dios, al completarse el plazo, ¡no contaban con mil nuevos obreros, sino con 1153!

A lo largo de la década de 1890, Hudson y Jennie, junto con su hijo Howard y su esposa, Gwendolyn, cruzaron los océanos del mundo (Australia, Estados Unidos, Canadá, Japón y de regreso a Europa) difundiendo el mensaje de China y la obediencia a la Gran Comisión de ir a todo el mundo a predicar el evangelio.

En una reunión en Australia, tras una larga presentación de sus logros, Taylor fue presentado como «nuestro ilustre invitado». De pie ante ellos, con voz tranquila, respondió: «Queridos amigos, soy simplemente el pequeño sirviente de un ilustre Maestro».

La rebelión de los bóxers

China se encontraba en un estado de inestabilidad. Se acercaba el siglo XX y las tensiones entre el pueblo chino y los extranjeros occidentales eran cada vez mayores escalada, incitada secretamente por el gobierno chino.

Tras treinta y dos años de protección contra la muerte por violencia o accidente, las cosas comenzaron a cambiar trágicamente. El primer mártir de los misioneros de la CIM fue William Fleming, un australiano extrovertido que murió en enero de 1899 mientras protegía a un evangelista chino de una turba mientras predicaba por Cristo. Con tristeza, Taylor escribió: «Parece que Dios nos va a poner a prueba con una nueva clase de prueba; sin duda necesitamos revestirnos de toda la armadura de Dios». 381

Durante el gobierno Qing, la emperatriz viuda Cixi, una mujer poderosa, apoyó a un grupo de rebeldes llamados los "Bóxers", cuyo

objetivo era exterminar a todos los extranjeros en China. Con la aprobación de la emperatriz, la Rebelión de los Bóxers se extendió rápidamente. Hudson, de sesenta y ocho años, junto con su esposa e hijo, viajaban en un barco de vapor con destino a Estados Unidos y desconocían la inminencia del estallido de la guerra.

El 23 de abril de 1900, en el Carnegie Hall de Nueva York, Hudson pronunció un conmovedor mensaje a una audiencia de 3500 personas, entre ellas el presidente William McKinley, titulado "La Fuente del Poder": "Somos un pueblo sobrenatural, nacido de nuevo por un nacimiento sobrenatural, mantenido por un poder sobrenatural, alimentado con alimento sobrenatural, instruido por un Maestro sobrenatural, de un Libro sobrenatural. ¡Un Capitán sobrenatural nos guía por el camino correcto hacia victorias seguras!"

“Ni siquiera puedo orar, pero puedo confiar”

La victoria eterna en Cristo estaba asegurada, pero en la tierra, la batalla espiritual seguía en su apogeo. Los Taylor regresaron a Europa con solo noticias fragmentadas de China. A pesar de la creciente preocupación de Hudson por sus misioneros, Jennie insistió en que viajaran directamente a Suiza para descansar; Hudson estaba agotado por los incesantes discursos y viajes, y su salud se estaba deteriorando.

Poco después de su llegada al lago Lemán, telegramas impactantes inundaron su hogar con noticias angustiosas de muerte y destrucción en su querida China. Las líneas de comunicación se interrumpieron en todas las provincias. La información era incompleta. Los bóxers habían llegado a Pekín. Cientos de chinos protestantes y miles de chinos católicos, así como misioneros, estaban siendo masacrados.

Llorando mientras leía un informe horroroso tras otro, Hudson finalmente no pudo soportarlo más. Gritó: «No puedo leer; no puedo pensar; ni siquiera puedo rezar... pero puedo confiar». 382 En menos de un año, soldados británicos e infantes de marina estadounidenses habían entrado en China en masa, y el movimiento bóxer se extinguió. La emperatriz viuda abandonó Pekín en secreto y regresó solo después de que el furor se hubiera calmado. Debido a la presión extranjera, muchos líderes bóxer fueron ejecutados por...

el mismo gobierno que los había alentado a cometer su matanza.

Debido a su ubicación en lo profundo del interior de China, la Misión del Interior de China sufrió la mayor pérdida misionera. Cincuenta y seis misioneros de la CIM y veintiuno de sus hijos fueron asesinados antes de que terminara la masacre. Taylor estaba desconsolado. Entre lágrimas, escribió a China sobre el amor de Dios tanto por los misioneros que habían sobrevivido como por aquellos que habían sido considerados dignos de llevar la corona del mártir.

Lago de Ginebra, Suiza

Hudson ansiaba desesperadamente regresar a China para consolar y animar a los misioneros, pero su salud no se lo permitía. Así que nombró a D. E. Hoste, miembro original de los Siete de Cambridge, director general interino de la misión. Podía confiar en Hoste para cuidar de sus misioneros y guiarlos en ese momento devastador. En 1902, Hoste viajó a Suiza, y Taylor le confió la dirección total de la misión.

Los Taylor se retiraron discretamente cerca del lago Lemán, en Suiza. Muchos cristianos europeos vinieron a visitar a Hudson y a aprender de su sabiduría. Un visitante comentó: «No fue tanto lo que decía, sino lo que era lo que me resultó tan bendecido. Su fe firme, su serenidad y su constante laboriosidad, incluso en su debilidad, me conmovieron profundamente». 383

En el verano de 1904, los Taylor descubrieron que Jennie tenía cáncer. Estaba postrada en cama y se sentía tranquila sabiendo que pronto estaría con el Señor. Jennie oró para que no sintiera dolor, y el Señor le respondió llevándola a casa rápidamente. En los meses siguientes, Hudson recuperó las fuerzas y, a los setenta y tres años, planeó un viaje a China con Howard y Gwendolyn. Sería su undécimo y último viaje.

“Por fin un hogar seguro”

Al llegar a Shanghái el 17 de abril de 1905, Hudson fue recibido con alegría por Hoste, los misioneros de la CIM y cristianos chinos de todas las edades. El grupo viajó a Chinkiang para que Hudson pudiera visitar el cementerio donde María estaba enterrada junto a Gracie,

Samuel, Noel y su hija adulta, Mary, una misionera de la CIM que había fallecido de cólera seis años antes.

¡Cómo había cambiado China! Viajando de una misión a otra en tren, aún recordaba acontecimientos ocurridos cincuenta años antes: empujado en una carretilla inestable, rebosante de fervor por ganar China para Cristo.

El sábado 3 de junio de 1905, hubo una recepción en Changsha para el “Venerable Pastor Principal”, como cariñosamente llamaban a Hudson. Pasó una tarde tranquila con viejos y nuevos amigos misioneros. Cuando un joven le preguntó si sentía que sus pequeñas peticiones incomodaban a Dios, Taylor respondió: “No hay nada pequeño ni grande: solo Dios es grande y debemos confiar plenamente en Él”.

Esa noche, Taylor estaba demasiado cansado para bajar a cenar. Howard y Gwendolyn se sentaron con él mientras leía tranquilamente en la cama. Al oír un pequeño jadeo, corrieron a su lado, solo para darse cuenta de que se estaba desvaneciendo. En cuestión de segundos, exhaló su último aliento y pasó a la eternidad.

Gwendolyn registró el evento: «Oh, la expresión de descanso y calma que se apoderó de su rostro fue maravillosa. El peso de los años pareció desvanecerse en instantes. Parecía un niño tranquilo durmiendo, y la habitación parecía estar llena de una paz indescriptible».

“Querido padre”, se inclinó sobre él y susurró, “todo el cansancio ha terminado, todos los viajes terminaron. ¡Hogar seguro, hogar seguro por fin!”.³⁸⁵

Hudson fue enterrado junto a su amada María y cuatro de sus hijos en el cementerio de Chinkiang, junto al poderoso río Yangtze.

Las tumbas de los Taylor se encuentran en la China comunista

Durante los siguientes cuarenta años, todos los misioneros cristianos fueron expulsados paulatinamente de la China comunista. Para la década de 1960, los comunistas de Chinkiang (ahora Zhenjiang) habían construido un almacén sobre el cementerio cristiano. Antes de que el cementerio fuera destruido, la lápida de

Hudson Taylor se conservaba en el cercano Museo de Zhenjiang. Fue su bisnieto, el Dr. James H. Taylor III, quien encontró la placa en el museo y ayudó a los cristianos chinos locales a erigirla en la Iglesia Evangélica de Zhenjiang en 1999.

Lo que sucedió en los años siguientes solo pudo haber sido obra del Señor. El tataranieto de Taylor, Jamie Taylor, fue contactado en 2012 por un hombre que afirmaba haber comprado la lápida de Maria Taylor en una tienda de antigüedades de Yangzhou, China, cerca de Zhenjiang. Cuando Jamie llegó a China, compró la lápida de Maria y la trasladó a Zhenjiang para que reposara junto a la lápida de su tataabuelo.

En marzo de 2013, la familia Taylor fue informada de que el almacén sobre el cementerio había sido demolido y que se construiría un complejo de apartamentos en su lugar. Antes de que comenzara la construcción, la familia obtuvo permiso para buscar las tumbas de Hudson y Maria. Para su asombro, las encontraron intactas. El gobierno local permitió la exhumación de las tumbas y fueron reubicados, junto con las lápidas originales, en la recién construida Iglesia Xuan De en Zhenjiang. Los Taylor fueron enterrados de nuevo bajo el campanario de la iglesia, construido para conmemorar sus años de trabajo por amor a Cristo y al pueblo chino.

Mi alma anhela...

Mi alma anhela, ¡oh, cuán intensamente!, a los 180 millones de almas de estas provincias desocupadas. ¡Ojalá tuviera cien vidas para dar o gastar por su bien!

Hudson Taylor tuvo más de cien vidas para dar. Al reclutar y capacitar a más de mil hombres y mujeres para China durante su vida, replicó su "alma anhelante" muchas veces. Durante cuarenta y cinco años después de su muerte, la Misión al Interior de China siguió siendo la mayor iniciativa evangélica en China. Estableció 300 estaciones misioneras, construyó 125 escuelas y bautizó a más de 200.000 cristianos durante esos años.

Los misioneros de la CIM sirvieron fielmente en China durante la caída de la dinastía Qing, la brutal ocupación japonesa durante la

Segunda Guerra Mundial y la toma final del poder por parte de los comunistas en 1949. Para 1950, la CIM abandonó el país a regañadientes debido a la persecución que su presencia supuso para los cristianos chinos. La sede de la misión se trasladó a Singapur, donde aún se encuentra hoy, extendiendo el ministerio a toda Asia Oriental y cambiando su nombre a Overseas Missionary Fellowship.

Los dos hijos mayores de Hudson, Herbert y Howard, junto con sus esposas, permanecieron en Asia como misioneros, al igual que sus hijos y nietos. Su tataranieto, James Hudson Taylor IV, aún ministra con OMF Internacional. OMF cuenta actualmente con más de 1600 obreros de 30 países diferentes que difunden la buena nueva de Jesucristo en el Sudeste Asiático.

Hoy en día, China es un país ateo, técnicamente cerrado al evangelio. Sin embargo, en gran parte gracias a la visión radical de Hudson Taylor para la evangelización, hay casi 100 millones de cristianos viviendo en China; muchos son descendientes de aquellos hombres y mujeres chinos que conocieron personalmente a los misioneros de la CIM hace 150 años. Oremos para que el Señor continúe protegiéndolos de la persecución de sus compatriotas ateos.

Hudson Taylor fue un gigante entre los generales de Dios. Pero siempre que lo elogiaban por sus logros, su respuesta era la misma: «Todos los gigantes de Dios han sido hombres débiles que hicieron grandes cosas para Dios porque contaban con su presencia». Dios estaba verdaderamente con este poderoso hombre de fe.

Y les dijo: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura». (Marcos 16:15 NVI)

¡La Gran Comisión no es “la gran sugerencia”!

¿Seguirás el mandato de Cristo e irás a las naciones en Su nombre?

Capítulo 8

Amy Carmichael

La enérgica “Madre Rescatista” de la India

Una niña delgada de siete años se agazapó tras el pilar del templo, escuchando a las mujeres vestidas con saris, una de las cuales susurró: «La niña es perfecta. La mantendremos aquí hasta su matrimonio con el dios». Las mujeres se retiraron rápidamente por el suelo de piedra mientras la pequeña Preena retrocedía aterrorizada.

Huyó del templo y, a pesar de su corta edad, caminó dos días hasta la casa de su madre en Tuticorin, India. Aunque su padre ha muerto, pensó la pequeña: «Mi madre me dejará volver con ella».

Las mujeres del templo siguieron a Preena. "¡La ira de los dioses caerá sobre ti si no la devuelves!", le declararon a la aterrorizada madre. Con ojos tristes, la madre de Preena agarró los brazos de la niña que se aferraba a ella y los soltó de su cuello. "Debes regresar con las mujeres del templo", murmuró. "¡Ahora les perteneces!" Preena, de siete años, miró a su madre con una sabiduría inaudita para su edad. "No me quedaré con ellas", dijo mientras las mujeres, ansiosas, la apartaban.

La vida de Preena en el templo era más aterradora que antes de escapar. Sus pequeñas manos fueron marcadas con hierros candentes como castigo. Preena escuchó a una de las mujeres decir: "¡Hay que atarla a los dioses inmediatamente para evitar que huya!". La niña se sintió abrumada; en su joven imaginación, se imaginó atada con cuerdas a la estatua del dios Perumal y abandonada allí con él en su fría y oscura celda. Aterrorizada, Preena decidió arriesgarse de nuevo al castigo y escapar.

Un día, Preena decidió que era hora de irse. Milagrosamente, nadie la vio cruzar el suelo de piedra y escabullirse por la puerta. Nadie la detuvo mientras caminaba rápidamente por la calle y pasaba junto a los muros exteriores del templo. Nadie la llamó por su nombre mientras vadeaba un arroyo cercano y corría a través de un palmeral hacia la siguiente aldea. Allí, una mujer bondadosa encontró a la niña asustada, como un corderito perdido, y la llevó a casa para pasar la noche.

Al día siguiente, 6 de marzo de 1901, la mujer llevó al niño a Amy Carmichael en la casa de la misión en Pannaivilai, sur de la India. En el momento oportuno de Dios, Amy y sus compañeros misioneros habían llegado un día antes para una breve estancia. Amy abrió sus brazos y su corazón al niño tembloroso.

Años después, Preena registró el día en que conoció a Amy. “Cuando llegué temprano por la mañana, nuestra querida Ammai (verdadera madre) estaba tomando su chota matutino. Al verme, lo primero que hizo fue sentarme en su regazo y besarme. Pensé: «Mi madre solía sentarme en su regazo y besarme, ¿quién es esta persona que me besa como mi madre?». Desde ese día, se convirtió en mi madre en cuerpo y alma.

La valiente Preena se convirtió en la primera niña del templo rescatada en el ministerio de Amy Carmichael. Amy abrió su corazón no solo a esta pequeña, sino también a miles de niños en todo el sur de la India, dedicando toda su vida a rescatarlos con el amor de Jesús.

“No puedes amar sin dar”

Puedes dar sin amar. Pero no puedes amar sin dar.

—Amy Carmichael

Esta famosa cita de Amy Carmichael describe a una mujer dedicada en cuerpo y alma a servir a Jesucristo. Amy fue una misionera abnegada que dedicó su vida a amar a los niños desamparados del sur de la India. Para los niños y trabajadores de Dohnavur, ella siempre fue "Amma" (madre en tamil), pues los amó con el amor incondicional de una madre, transformando miles de vidas indias en más de cincuenta y cinco años de servicio.



Amy Carmichael

Amy veía la vida cristiana como una oportunidad de morir a sí misma para que Cristo se revelara. Sin embargo, para Amy, no era una vida de sacrificio, sino una vida de amor, en la que la buena nueva de Jesucristo podía brillar en una oscuridad inimaginable y rescatar a los desamparados. Amaba a las personas a quienes dedicó su vida casi tanto como a su Señor. Y la Fraternidad Dohnavur se convirtió en un reflejo vivo y vibrante de ese amor.

Amy Carmichael también fue una pionera. Nadie antes que ella se había preocupado lo suficiente como para rescatar a niños de una vida de degradación moral en el calor y la pobreza del sur de la India. No había ningún modelo a seguir mientras construía la "familia" de la Fraternidad Dohnavur, excepto el ejemplo de Jesús, la Palabra de Dios y la guía del Espíritu Santo. "¡Prefiero quemarme que oxidarme!", declaraba Amy a menudo sobre su arduo trabajo entre la gente de la India.

Además de su trabajo en Dohnavur, fue una escritora prolífica, que escribió treinta y cinco libros y miles de cartas a lo largo de su vida. A través de ellos, vemos un retrato intrincado de su inquebrantable compromiso con Cristo, junto con sus luchas, sus dudas y sus

triumfos.

Una vieja amiga escribió una vez: “Amy Carmichael fue el instrumento elegido de Dios y la gloria es solo suya, pero ella era un instrumento asombrosamente preparado para sus propósitos y lista para su mano”. 392 A lo largo de la vida de Amy Carmichael, Dios la “preparaba” continuamente para sus propósitos en Comunidad Dohnavur y la moldeó hasta convertirla en una de sus generales misioneras más entregadas.

“Dame ojos azules”

Amy Beatrice Carmichael nació el 16 de diciembre de 1867 en el pueblo de Millisle, en la costa norte de Irlanda. Fue la primogénita de David y Catherine Carmichael, fieles presbiterianos que amaban a Dios y criaron a sus siete hijos para que también lo amaran.

Desde que Amy era bebé, su madre le leía historias de Jesús: su poder para convertir el agua en vino, perdonar pecados y responder oraciones. A la tierna edad de tres años, Amy, de ojos marrones, se arrodilló junto a su cama y oró su primera oración sincera: «Señor, por favor, dame ojos azules como los de mi madre y mi bebé Norman». Se durmió con la fe de una niña, esperando la respuesta a la mañana siguiente.

«Nunca podré expresar mi desconcierto», escribió años después. «Sin duda alguna, creía que mis ojos serían azules por la mañana. En cuanto me desperté, acerqué una silla a la cómoda donde había un espejo y me subí, llena de expectación, y vi: ¡solo ojos marrones!».

«Dios no ha respondido a mi oración», exclamó confundida. Pero entonces se lo explicaron con dulzura. Él le había respondido con un no amoroso pero firme. Cuando Dios dice que no, es porque sabe algo que nosotros desconocemos. No necesitamos enojarnos ni entristecernos; necesitamos confiar en Él. Confía en Él y sigue adelante.

Amy se recuperó del dolor de esa decepción, por supuesto. Años después, sonrió ante la sabiduría de Dios al darle ojos marrones mientras caminaba por los pueblos de la India, disfrazada con un sari nativo y con la piel oscurecida por los posos del café. Unos ojos

azules habrían arruinado su ministerio en las polvorientas calles del sur de la India.

Los problemas siguen a Amy

La joven Amy Carmichael era una niña precoz que pasaba sus días explorando las playas rocosas de Millisle y guiando a sus hermanos, Norman y Ernest, en peligrosas aventuras. Una noche, los empujó por la claraboya hasta el tejado de pizarra de su casa de tres pisos y luego se unió a ellos, caminando alegremente sobre las tejas hasta que sus padres los atraparon y rescataron. Semanas después, en un día de viento peligroso, los subió al malecón, donde quedaron empapados hasta los huesos por el rocío de la marea creciente.

A pesar de las promesas de portarse bien, durante un viaje al bosque, Amy convenció a sus hermanos pequeños para que la acompañaran a comer “bayas venenosas”. “Contemos cuántas podemos comer antes de morir”, los retó.³⁹⁴ Aunque sufrieron dolores de estómago intensos y medicinas de sabor desagradable, los niños sobrevivieron a la terrible experiencia.

El ansia de aventura de Amy la metió en problemas repetidamente, ¡pero también reveló su espíritu indomable! Dios la estaba preparando para un ministerio de servicio intrépido, rescatando a los perdidos y atemorizados de una vida oscura y sin esperanza.

Chica irlandesa salvaje

La familia Carmichael vivía en la casa más grande de Millisle. David Carmichael y su hermano William eran empresarios muy respetados que dirigieron los molinos harineros Carmichael, el centro de la industria de Millisle durante más de cien años.

De adolescente, Amy fue enviada a Harrogate, un internado metodista wesleyano en Yorkshire, Inglaterra. A pesar de la promesa que le hizo a su madre de ser buena, la intrépida Amy pronto se ganó la reputación de ser una "chica irlandesa salvaje", una líder entre las chicas, tanto para el bien como para las travesuras.

Fue durante su estancia en Harrogate, a los dieciséis años, que su vida cambió durante una Misión de Servicio Especial para Niños. Al final del servicio religioso, el orador, el Sr. Edwin Arrowsmith, pidió

a las niñas que cantaran «Jesús me ama, esto lo sé» y que luego se inclinaran en silencio ante el Señor. «Durante esos pocos minutos de silencio», escribió Amy, «en su gran misericordia, el Buen Pastor respondió a las oraciones de mi madre y mi padre y me atrajo, incluso a mí, a su redil». 396 Amy recibió a Cristo como su Señor y Salvador ese día y emprendió un camino de fe del que nunca se arrepintió.

Crisis financiera

En un doloroso giro de los acontecimientos, para el otoño de 1884, el negocio familiar Carmichael se encontraba en crisis financiera; la avalancha de harina barata procedente de Estados Unidos amenazaba con cerrar sus molinos. Después de que Amy llevara tres años en Harrogate, David Carmichael viajó a Inglaterra para traerla de vuelta. La numerosa familia se mudó de Millisle a Belfast en un intento desesperado por mantener el último molino de harina abierto y próspero. Pero pronto también fracasó.

A los pocos meses de la última falla del molino, David Carmichael contrajo un virus respiratorio; a medida que la enfermedad progresaba, desarrolló una tos intensa y persistente y luego una neumonía doble. La mañana del domingo 12 de abril de 1885, falleció a la edad de cincuenta y cuatro años. A partir de ese día, Amy, de diecisiete años...Llegó a la edad adulta, convirtiéndose en la confidente de su madre y una segunda madre para sus hermanos menores. A pesar de la dolorosa pérdida de su padre, Dios usó estos años para sentar las bases del futuro de Amy como una líder hábil y compasiva.

“Si la obra de alguno permanece”

Dios colocó claras guías espirituales en la vida de Amy Carmichael para guiarla por el camino a la India. Una de las primeras ocurrió una fría y brumosa mañana de domingo del invierno de 1885, siete meses después de la muerte de su padre.

Mientras Catherine Carmichael y sus hijos regresaban a casa de la iglesia, se encontraron con una anciana pobre y patética que llevaba un bulto pesado. Compadecidos por su situación, Amy y dos de sus hermanos se ofrecieron a ayudarla, tomando el paquete y apoyándola mientras caminaba a casa. En lugar de sentirse bien por su ayuda, los

adolescentes de Carmichael se sonrojaron de vergüenza al ver pasar a varias personas respetables de la iglesia, mirándolos con desdén a ellos y a la mujer harapienta.

Fue un momento horrible. Éramos solo dos niños y una niña, ¡y no éramos cristianos exaltados en absoluto!, admitió Amy en las primeras páginas de su libro "Cordón Dorado". Pero de repente, mientras resistía el impulso de huir de la vergonzosa escena, Amy sintió la presencia de Dios.

Esta poderosa frase me resonó de repente entre la llovizna gris: «Oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca; la obra de cada uno se hará manifiesta... porque por el fuego será revelada; y el fuego probará la obra de cada uno, cuál sea. Si la obra de alguno permanece...» [1 Corintios 3:12-14]

“Si la obra de alguno permanece...” Me giré para ver la voz que me hablaba... El destello cegador había llegado y se había ido; lo ordinario nos rodeaba. No le dije nada a nadie, pero sabía que algo había sucedido que había cambiado los valores de mi vida. ¡Nada volvería a importar, salvo lo eterno!

Amy regresó a casa esa tarde y se encerró en su habitación, desahogando su corazón ante Dios. Ese día, «estableció de una vez por todas el plan de su vida futura». 399 «Si la obra de alguno permanece...» de 1 Corintios capítulo tres se convirtió en la piedra angular de su servicio a Cristo. Después de esa revelación, dedicaría su vida a buscar solo las cosas de oro y plata, solo las cosas que perdurarían.

Salvación para los “Shawlies”

“Quiero ir contigo a las calles de la ciudad de Belfast para encontrar a los niños que “Necesito el amor de Dios”, le anunció Amy al reverendo Henry Montgomery, de la Misión de la Ciudad de Belfast. Al caminar con él por primera vez en los barrios marginales, Amy, de diecisiete años, oró en silencio: “Oh, Dios, dame la fuerza y el coraje para marcar la diferencia”.

Amy no tenía nada que temer: trabajar con niños abandonados en las calles de la ciudad era algo natural para ella. Durante sus visitas a

la ciudad, también entró en estrecho contacto con cientos de jóvenes que trabajaban en las fábricas de Belfast. Las apodaban "shawlies" porque eran demasiado pobres para comprar sombreros, así que se cubrían la cabeza con sus chales durante los gélidos inviernos de Irlanda.

Con la valentía que la había caracterizado desde la infancia, Amy recorrió los barrios bajos de Belfast buscando a todas las "shawlies" dolidas que pudo encontrar, invitándolas a unirse a ella los domingos por la mañana en el salón de la Iglesia Presbiteriana de Rosemary Street. Allí, Amy les enseñó a las shawlies a leer la Palabra de Dios, a orar y a tener respeto moral por sí mismas y por sus cuerpos. Las niñas abandonadas se sintieron atraídas por el amor de Amy.

Mientras estaba emocionada de ver a Dios moverse entre los chalados, Amy estaba buscando una experiencia más profunda de la santidad de Dios en su vida.

Poder espiritual de Keswick

En septiembre de 1886, Amy fue invitada a visitar a unos amigos que vivían en Escocia; ella no tenía idea de que Dios usaría la visita para revelarles el siguiente hito espiritual en su camino cristiano.

Los amigos la llevaron a una serie de reuniones cristianas en Glasgow, similares a las de Keswick. Diez años antes, en el pueblo de Keswick, Inglaterra, se había celebrado una conferencia de seis días para cristianos que anhelaban una relación más profunda con Jesús. Las enseñanzas se centraban en la santificación como una segunda bendición de poder y la morada del Espíritu Santo. Esta santificación no se ganaba por obras, sino que se concedía a los creyentes por la gracia de Dios. El Espíritu Santo obraba con tal poder en favor de la santidad entre los creyentes que las reuniones de Keswick aún se celebraban en las Islas Británicas una década después. La vida espiritual de Amy se transformó gracias a esas reuniones de Glasgow.

“Algo sucedió que lo cambió todo para mí”, escribió. “Durante años anhelaba saber cómo se podía vivir una vida santa, una vida que ayudara a los demás. Llegué a esa reunión con la esperanza y el temor. ¿Habría algo para mí? Entonces el presidente se levantó para la

última oración: “Oh, Señor, sabemos que puedes evitar que caigamos”. Esas palabras me encontraron. Fue como una luz que brilló solo para mí”.

En la guarda de su Biblia, Amy anotó: «Te acordarás de Glasgow, 23 de septiembre de 1886». Y Judas 24: «A aquel que es poderoso para guardaros sin caída». Fue revivida. El Señor mismo la guardaría de caer y la guiaría a una vida de santidad y verdad.

Belfast con Hudson Taylor

“Cada hora, mil almas cruzan las puertas de la muerte hacia la oscuridad del más allá, sin Salvador, sin esperanza.”⁴⁰² Las palabras de Hudson Taylor resonaron en la Sala de Exposiciones de Belfast. Era el 4 de septiembre de 1887, y Amy asistía a otra serie de reuniones de Keswick, esta vez en su ciudad natal, acompañada de su madre. Hudson Taylor, de la Misión del Interior de China, fue uno de los oradores principales.

“¿No nos conmueve el corazón —escribió Amy esa noche— salir a ayudarlos? ¿No nos hace anhelar dejar nuestro lujo, nuestra vida de abundancia, e ir a quienes habitan en tinieblas?”

Amy escuchó atentamente, absorbiendo cada mensaje sobre la santificación y una vida espiritual más profunda. En una reunión, ella y su madre conocieron al presidente de la Convención de Belfast, Robert Wilson, quien les preguntó si podía visitarlas en su casa.

A sus sesenta años, Robert Wilson era un hombre corpulento y barbudo, con profundos ojos azules y una sonrisa encantadora. En lugar de hablar de doctrina con las mujeres Carmichael, Wilson habló del inmenso amor de Cristo. Amy se sintió inspirada por la profunda relación de este hombre gigantesco con Jesucristo. En pocos meses, Robert Wilson se convirtió en un querido amigo de toda la familia Carmichael y lo llamaban cariñosamente el DOM, o "Querido Viejo".

Crecimiento = Un edificio más grande

Espiritualmente encendida después de las reuniones de Belfast, Amy se dedicó de lleno a su trabajo entre los shawlies. Las reuniones de grupo crecieron tan rápido que, en poco tiempo, tuvieron que trasladarse del salón de la iglesia a un gran auditorio. "Necesitamos

un lugar como este con capacidad para 500 personas", comentó Amy al leer un anuncio en la revista The Christian para la construcción de un "salón de hierro". Construir un salón así, con capacidad para 500 personas, costó 500 libras. ¿De dónde sacaría el dinero para el edificio o el terreno?

¿Por qué no pedirle ayuda a Dios a aquellos que le aman? Pensó. Impulsadas por su contagioso entusiasmo, las chicas del molino comenzaron a orar pidiendo la provisión de Dios. En poco tiempo, recibieron el dinero para el nuevo edificio. Envalentonadas por la respuesta de Dios, Amy solicitó una parcela de terreno "gratis" al molino más grande.

Propietario en Belfast. El propietario hizo aún más, cediendo la propiedad completa de un terreno en la calle Cambria para el edificio Shawlie.

En honor a la gran inauguración de "La Bienvenida", como la llamó Amy, el 2 de enero de 1889, Amy envió invitaciones que decían:

¡Venid todos, venid todos
al salón de bienvenida!
¡Y con ropa de trabajo!

Con un lugar propio, las tardes estaban llenas de estudios bíblicos, ensayos de coro y escuela nocturna. Las jóvenes adoraban a Amy por haber reemplazado la tristeza de sus vidas anteriores con una esperanza futura en Cristo. Hoy, más de 125 años después, el Salón de Bienvenida se encuentra en el mismo lugar de la calle Cambria. Ahora se llama Iglesia Evangélica de Bienvenida y sigue ofreciendo la esperanza de Cristo a la ciudad de Belfast, Irlanda.

El resplandor de su amor

Poco después, Amy, su madre y sus hermanas se mudaron a la ciudad industrial de Manchester, en el norte de Inglaterra, para iniciar un ministerio de bienvenida similar para las jóvenes de las fábricas. A la madre de Amy le ofrecieron un puesto remunerado como superintendente de la Misión de Rescate de Mujeres.

En Manchester, Amy se entregó por completo a su trabajo con las

chicas de la fábrica, viviendo cerca de la fábrica en un apartamento sucio e infestado de cucarachas y chinches. Una vez más, el Señor la estaba preparando para una vida en la que la comodidad física era secundaria al ministerio consagrado. Su oración durante ese tiempo fue: «Señor, que el resplandor de tu gran amor brille en todo mi ser».

Decidida a demostrar su amor, Amy ignoró las precarias condiciones de vida y trabajó con una energía inagotable. Desafortunadamente, rara vez se detenía lo suficiente para comer sano o dormir bien. Con el paso de los meses, comenzó a sufrir fuertes dolores de cabeza. Le diagnosticaron neuralgia, una enfermedad nerviosa que causaba un dolor ardiente en los nervios afectados, especialmente alrededor de la cabeza y la cara. Cuando la neuralgia se recrudeció, Amy tuvo que permanecer en cama durante días esperando a que el dolor cesara. Al poco tiempo, se hizo evidente que debía dejar su trabajo con las muchachas del molino. Aunque entristecida, dejó el ministerio en manos capaces y esperó en el Señor la próxima oportunidad que se le abriera.

¿Qué golpe rompió la piedra?

Robert Wilson, el DOM, era un magnate del carbón jubilado y viudo cuya única hija había fallecido unos años antes; su finca en Broughton Grange se había convertido en un lugar solitario. Al terminar el trabajo de Amy en Manchester, Wilson le preguntó si viviría con él y sus dos hijos durante una parte del año como hija "adoptada". Tanto la Sra. Carmichael como Amy accedieron amablemente. El tiempo que Amy pasó con el DOM se convirtió en su escuela espiritual.

Wilson tenía una firme convicción sobre las denominaciones cristianas. «Debemos abandonar las etiquetas denominacionales», insistía. «Si nuestro querido Señor viniera mañana, ¿de qué le servirían esas etiquetas?». 405 Como cofundador de la Convención de Keswick, había elegido «Todos uno en Cristo Jesús» como lema de Keswick, sin dar cabida a la división espiritual en un caminar más profundo con Cristo. A lo largo de su extenso ministerio, Amy también ignoró todas las etiquetas denominacionales.

“Aprende a ser un pozo profundo, hija”, le decía Wilson a menudo.

“Nunca digas, ni siquiera te permitas pensar: 'He ganado esa alma para Cristo'”, aconsejaba Wilson con su firme voz cuáquera. “Si le preguntaras a un albañil mientras rompe una piedra grande: 'Amigo, ¿qué golpe rompió la piedra?', su respuesta sería: 'El primero, el último y todos los intermedios'”. Cada persona que comparte el evangelio con los no salvos, insistía Wilson, contribuye a su salvación. Una vez más, era “uno planta, uno riega y uno cosecha el fruto”. Fue una lección de evangelización que Amy nunca olvidó.

Gracias a su relación con Wilson, Amy conoció a hombres ungidos de Dios como Hudson Taylor, FB Meyer y el evangelista Dwight L. Moody. Cada uno de ellos avivó su deseo de alcanzar al mundo inconverso con el evangelio de Jesucristo.

“¡VETE!”

“¡Vayan!” Estas dos pequeñas palabras cambiaron el mundo de Amy Carmichael para siempre.

En una noche nevada del 13 de enero de 1892, Amy, de veinticuatro años, pasó la velada en su habitación orando, reflexionando sobre los millones de personas perdidas y moribundas en todo el mundo. Tan claramente como si oyera la voz de su madre, oyó las palabras “¡Vayan!” en su corazón. Todo a su alrededor parecía repetir “¡Vayan!”.

A la mañana siguiente, Amy le envió una carta a su madre.

Mi preciosa Madre,

¿Has entregado a tu hijo sin reservas al Señor para lo que Él quiera? Durante mucho tiempo, el pensamiento de quienes mueren en la oscuridad —50,000 de ellos cada día— ha estado muy presente en mí, y el anhelo de ir a ellos y hablarles de Jesús ha sido fuerte en mí. Todo, todo parece decir: “¡Ve!”.

Anoche...le pregunté al Señor qué significaba todo esto, qué deseaba que hiciera y,

Madre, con la mayor claridad que te oí hablar, lo oí decir: "¡Vayan!". No me equivoco, pues sé que habló. Dice: "Vayan"; no puedo quedarme.

La sincera respuesta de su madre data de dos días después:

Sí, querida Amy, Él te ha confiado a mí todos estos años... Así que, querida, cuando Él te pide que te alejes de mi alcance, ¿puedo negarme? No, Amy, Él es tuyo, tú eres suya, para llevarte a donde Él quiera y usarte como Él quiera. Puedo confiarte a Él, y lo hago... "¡Váyanse!", resuena mi corazón.

El DOM esperaba que Amy viviera en Broughton Grange como su hija por el resto de su vida. Con cierta lucha personal, también entregó a Amy a la voluntad del Señor para su futuro.

Tanto Catherine Carmichael como Robert Wilson evitaron la trampa en la que caen muchos padres cristianos hoy en día. Aman tanto a sus hijos que desean planificar su destino. En lugar de asumir erróneamente que conocen la dirección de Dios para la vida de sus hijos, deberían preguntarle a Jesús: "¿Qué quieres que haga mi hijo, Señor?". La Sra. Carmichael y Wilson acertaron; pusieron a Amy y su futuro en manos de Dios.

No aprobado para China

¿Adónde debería ir? Hudson Taylor había pintado una imagen compleja de China con sus historias personales, así que Amy viajó a Londres y solicitó ingreso a la Misión al Interior de China. Robert Wilson le pidió que cambiara su segundo nombre de Beatrice a Wilson en su solicitud, convirtiéndola en una hija adoptiva para él. Durante años, fue conocida como Amy Wilson Carmichael en los círculos misioneros.

"Los médicos no te han dado el visto bueno para China", fue el impactante informe que Amy recibió unas semanas después. Los médicos insistieron en que su neuralgia se agravaría con el calor de los veranos chinos, ya que se negaron a aceptarla para el CIM.

Amy se fue de Londres a Broughton Grange, aturdida por el revés, pero aún decidida a ir al extranjero. Aunque el DOM anhelaba que

Amy se quedara en Inglaterra, su madurez espiritual le permitió entregarse a Dios. Wilson controló sus propios deseos. Sin demora, buscó otra oportunidad de misión para Amy. Los líderes de Keswick habían considerado enviar a un "misionero de Keswick" al extranjero. Era el momento perfecto para elegir a su primer misionero y, para sorpresa de nadie, fue Amy Carmichael.

Wilson envió una carta a un amigo, Barclay F. Buxton, preguntándole si Amy podía unirse a él en la Sociedad Misionera de la Iglesia en Matsuye, Japón. Como no quería perder ni un día más en Inglaterra, Amy se preparó rápidamente para zarpar hacia Shanghái con otras tres misioneras. Quería estar lo más cerca posible de Japón y pidió que la respuesta de Barclay se enviara allí; ¡estaba segura de que sería un sí!

Un salto hacia el sol

El 3 de marzo de 1893, Amy Carmichael, de veinticinco años, finalmente zarpó de Inglaterra a bordo del vapor SS Valetta. Tras una emotiva despedida con su madre y hermanas en Manchester, Amy fue despedida en el puerto de Tilbury por el DOM. Se saludaron y cantaron himnos a través del agua mientras el barco se alejaba de los muelles y finalmente se perdía de vista.

Amy Carmichael finalmente se había lanzado al mundo de las misiones en el extranjero.

Cuando atracó en Shanghái, la carta de Buxton la esperaba, dándole una cálida bienvenida para unirse a la obra misionera en Matsuye. Amy escribió a casa: «¡Se les ha abierto una nueva provincia; 1100 pueblos y aldeas, aún no alcanzados, los rodean! ¡Este salto en la oscuridad es, después de todo, un salto hacia la luz!». 410 Para Amy, conocida por todos como la «misionera de Keswick», los siguientes dieciocho meses serían una época de luchas y milagros.

“Echarán fuera demonios”

“El poder de Dios al expulsar al espíritu del zorro, Matsuye, 14 de julio de 1893”. Estas palabras quedaron registradas en el margen de la Biblia de Amy. Llevaba varios meses en Japón, trabajando junto a su intérprete, una cristiana llamada Misaki San. Viajó con Misaki de

aldea en aldea alrededor de Matsuye, vestida con un kimono japonés, y compartiendo el amor de Cristo.

El 14 de julio, Amy se enteró de que un anciano en Matsuye estaba poseído por un espíritu maligno, y la situación era desesperada. De inmediato, Amy recordó las palabras de Jesús: «Todo poder me es dado en el cielo y en la tierra» (Mateo 28:18) y «Estas señales seguirán a los que creen: en mi nombre echarán fuera demonios» (Marcos 16:17). Juntas, Amy y Misaki leyeron las Escrituras en voz alta y oraron. Con la valentía que le había inculcado desde la infancia, Amy se lanzó directamente a la batalla espiritual.

“Llenas de confianza en que el poder del Señor expulsaría al espíritu del zorro”, escribió Amy, “preguntamos si podíamos ver al hombre. Nos habían dicho que era Poseído por seis espíritus de zorro, y lo sujetaban con cuerdas alrededor del cuerpo. Con confianza, le dijimos a la esposa del anciano y a los parientes que se agolpaban a su alrededor que nuestro poderoso Señor Jesús podía expulsar a los seis espíritus de zorro.

En cuanto Amy pronunció el nombre de Jesús, el anciano estalló en furia y maldijo, retorciéndose sin control. Con la habitación hecha un alboroto, Amy y Misaki fueron escoltados fuera de la casa. Amy se volvió hacia la esposa, y la fe resurgió en ella. Dijo: «Avísanos cuando tu esposo sea liberado del poder del espíritu del zorro, porque nuestro Dios vencerá, y volveremos a casa a orar hasta que sepamos que lo ha hecho».

En menos de una hora, Amy recibió noticias de un pariente emocionado: "¡Los zorros se han ido; las cuerdas se han soltado; el hombre está dormido!". Al día siguiente, el anciano pidió ver a Amy. "Estaba sentado tranquilamente frente a mí, un hombre sano". Ella y Misaki compartieron la redención de Cristo con la anciana pareja japonesa, y juntos oraron para recibir a Jesús como Salvador. Antes de que terminara el año, Amy volvió a tener noticias de su esposa. Su esposo había fallecido de malaria, pero había muerto en paz con su Nuevo Testamento en sus manos.

Un regalo de cumpleaños de Jesús

“El lugar que realmente me encantó en Japón fue Hiroshi, un pueblo mayoritariamente budista con solo ocho cristianos brillando como estrellas en la noche”, escribió Amy.

El día antes de que Amy y Misaki visitaran Hiroshi por primera vez, el Señor le habló al corazón de Amy: «Oren para que una alma del pueblo me reciba». Amy y Misaki oraron. Mientras pequeños grupos de hombres y mujeres se reunían para escuchar el mensaje del evangelio, una joven tejedora de seda entregó su vida a Jesús. Un mes después, el Espíritu Santo le dijo: «Oren por dos almas de Hiroshi». Mientras compartía a Cristo con un grupo de mujeres budistas, dos de ellas —una amiga de la joven tejedora de seda y una anciana con lágrimas en los ojos— entregaron sus corazones a Jesús.

Emocionados de ver al Espíritu Santo obrar de una manera nueva, Buxton y los demás misioneros de Matsuye se unieron a Amy en oración. Dos semanas después, en su tercer viaje al pueblo, Dios puso cuatro almas en el corazón de Amy. Durante dos días, Amy y Misaki compartieron la Palabra de Dios, sin obtener respuesta. Al final del segundo día, una anciana exclamó: "¡Ayúdenme! ¡Quiero creer!". Conmovido por la confesión de fe de su madre, su hijo se unió a ella para orar por una nueva vida en Cristo. Mientras los cristianos del pueblo se reunían para regocijarse con los dos nuevos creyentes, una tercera persona aceptó a Jesús como Salvador. ¡Amy y Misaki estaban exultantes!

La última mañana, justo antes de partir de Hiroshi, una mujer se presentó; quería convertirse en una persona de Jesús. Ese último día fue el 16 de diciembre de 1893, el vigésimo sexto cumpleaños de Amy. Cuatro almas fueron ganadas para Cristo: ¡fue el regalo de cumpleaños de Amy de parte de Jesús!

En enero de 1894, Amy y Misaki hicieron un último viaje al pueblo. De nuevo, el Señor habló al corazón de Amy: «Ora para que ocho personas me entreguen su corazón». Los cristianos del pueblo estaban incrédulos. «Es demasiado pedir; la gente se decepcionará cuando no suceda». Pero Amy estaba convencida de que la voz apacible que había escuchado era el Señor. ¡En tres días, ocho budistas fueron ganados para Cristo!

“Era como ver la mano de Dios obrando”, escribió más tarde. “El último [de los ocho] era un orgulloso abuelo que durante cincuenta años había sido esclavo del pecado. Arrodillado ante todos, oró: 'Dios honorable, dignate perdonarme, dignate lavarme'”. 414 Años después de que Amy se fuera de Japón, Barclay Buxton confirmó que los conversos de Hiroshi seguían firmes en su fe. 415

Terminando muy pronto

Poco después de los milagros de salvación en Hiroshi, la neuralgia de Amy regresó con fuerza. «Tuve un día de neuralgia muy fuerte», le escribió a su madre. «No podía ni pensar ni leer, simplemente estaba tumbada, esperando a que se me pasara». 416 Durante semanas, Amy estuvo postrada en cama, incapaz de hacer nada debido al dolor insoportable. Los médicos misioneros de Matsuyama insistieron en que buscara un cambio de clima.

Tras viajar primero a Shanghái y luego a Ceilán, Amy encontró poco alivio a su dolor. A pesar de su debilitante enfermedad, Amy escribió a casa para tranquilizar a su madre: «Todo el entrenamiento de la vida es justo lo que se necesita para la verdadera obra de la Vida, aún inadvertida, pero lejos de todos nosotros. No me niegues el aprendizaje de una nueva lección de vida».

Los médicos de Ceilán le aconsejaron a Amy que no volviera a Japón. Estaba sumida en la confusión. ¿A qué la llamaba Dios? ¿Terminó tan pronto su ministerio en el extranjero?

El 27 de noviembre de 1894, Amy recibió una escueta carta de Inglaterra.

DOM había sufrido un derrame cerebral y estaba gravemente enferma. Al día siguiente, Amy estaba en un barco rumbo a Inglaterra. La enfermedad llenó sus días a bordo; hubo "días en blanco" en los que solo podía recordar una nube de dolor y fiebre, y el rostro de un médico flotando sobre el suyo. Llegó a Manchester y viajó a Broughton Grange con su madre justo antes de la Navidad de 1894.

Veintisiete años: En camino a la cosecha de Dios

Estoy decidida a ir, Madre. Es el llamado de Dios para mi vida. Era la primavera de 1894; Robert Wilson se había recuperado de su derrame cerebral y la neuralgia de Amy había remitido. Aunque su tiempo en Inglaterra había sido fructífero (publicó su primer libro, Desde la Tierra del Amanecer, relatando sus experiencias en Japón), Amy estaba decidida a partir de nuevo al campo misionero.

Por la providencia de Dios, recibió una carta de una amiga de Bangalore, India, invitándola a unirse a la misión de la Iglesia de Inglaterra allí. Amy quedó encantada con el informe: «El clima era saludable y agradable; de hecho, podría ser posible vivir allí incluso si China, Japón y otras partes del trópico fueran tabú». 418

Amy viajó a Londres y se entrevistó con los líderes de la Sociedad Misionera Zenna (CZM) de la Iglesia de Inglaterra para unirse a la obra en Bangalore. Compartiendo su pasión por los perdidos, les dijo: «La obra misional es un grano de arena; el mundo virgen es una pirámide». Amy anhelaba ir y marcar la diferencia en ese mundo virgen. Fue aceptada por la CZM y la junta directiva de Keswick acordó continuar su apoyo financiero.

El 11 de octubre de 1895, a los veintisiete años, diez meses después de llegar de Ceilán gravemente enferma, Amy embarcó en un vapor rumbo a la India. Al despedirse entre lágrimas de DOM, de setenta años, ambos comprendieron en secreto que nunca volvería a pisar Inglaterra. Al llegar a Madrás, India, el 9 de noviembre de 1895, la valiente Amy Carmichael aceptaría su llamado a la India, sin permiso, durante los siguientes cincuenta y cinco años.

Impactando a los británicos

Lo más triste que uno encuentra es al cristiano de nombre. No lo había visto en Japón, donde la misión es más joven. ¡La iglesia aquí es un 'campo lleno de trigo y cizaña'! 419 A su llegada a la India, Amy se dio cuenta de que esta condición espiritual era la misma en muchos de los misioneros británicos e indios cristianos que conoció. Gran Bretaña había gobernado la India durante casi trescientos años, y la mayoría de los súbditos británicos, incluso los misioneros, vivían

allí como colonialistas, los "con derecho", apartados del resto de la población.

En Bangalore, mientras trabajaba en el hospital Zenna de la Iglesia de Inglaterra, Amy conoció a varios “misioneros de la veranda”, como solía llamarlos David Livingstone: cristianos británicos que se mantenían separados de los nativos y se aferraban firmemente a su cultura británica a pesar de las barreras que creaba con los hindúes no alcanzados.

“Anhelo vivir en unidad con el pueblo”, escribió Amy frustrada. “Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo” [Filipenses 2:7]. Deseo hacer lo mismo”. 420 El vestido inglés fue lo primero que Amy descartó; adoptó el sari indio en su tono de azul favorito, con una blusa inglesa debajo por modestia.

En el intenso calor de abril y mayo, los ciudadanos británicos escaparon del clima pasando los meses en Ooty, un refugio montañoso británico al norte de Bangalore. Amy se resistía a tomarse un descanso del hospital, considerándolo una terrible pérdida de tiempo. Pero una vez allí, a los veintisiete años y aún llena de travesuras, Amy disfrutó escandalizando a sus conocidos británicos compitiendo contra el carruaje del regente británico y compartiendo su habitación en el complejo turístico "solo para británicos" con un converso indio llamado Saral, a quien Amy había llevado. Solo la Sra. Hopwood, la anfitriona de Ooty, aprobó las travesuras de Amy, y rápidamente se hicieron amigas espirituales.

Caminante de Tinnevely

En Ooty, Amy recordó que cada experiencia de su vida era un paso importante en el plan de Dios. Allí conoció a Thomas Walker, un apasionado misionero británico de treinta y seis años, un dinámico discípulo de Cristo. Cuando él y su esposa conocieron a Amy, Walker la miró con ojos de acero y cuestionó sus planes para el ministerio entre los indígenas. Sin dudar, ella respondió: «¡Preferiría vivir en una choza de barro con la gente que entre ingleses en un bungalow!». 421 Satisfechos con su compromiso de trabajar entre los perdidos, los Walker invitaron a Amy a unirse a ellos.

Mientras Amy oraba por dejar la obra hospitalaria en Bangalore, el Señor le habló con claridad: «Mi presencia irá contigo, y te daré descanso» (Éxodo 33:14). El 30 de noviembre de 1896, Amy partió de Bangalore rumbo al distrito de Tinnevely, a solo cuarenta y ocho kilómetros del extremo sur de la India. Allí, se entregaría por completo al ministerio por el resto de su vida.

Desde sus primeros días en Tinnevely, Thomas Walker fue el fiel amigo y mentor de Amy; su primera tarea fue enseñarle el idioma tamil. Ella estudiaba intensamente durante seis horas diarias, con Walker como un estricto supervisor. Discutían como hermanos, ambos decididos, ambos testarudos, y ambos entregados a vivir para Cristo. Amy aprendería mucho sobre confiar solo en el Señor gracias a Thomas Walker.

El cúmulo estelar

En 1897, los Walker y Amy se mudaron a una casa grande en Pannaivilai, un pueblo del distrito de Tinnevely. Amy tenía entonces treinta años, había fallecido.

“Prueba” tamil y estaba listo para el ministerio.

Casi cien años antes, el distrito de Tinnevely había experimentado un poderoso avivamiento, y la mayoría de los misioneros británicos lo consideraban una región llena de cristianos fervientes. La indignada respuesta de Amy fue: "¡Tonterías! ¡Son tan cristianos nominales como miles de personas en nuestras iglesias!". La mayoría de los ciudadanos indios que afirmaban ser cristianos eran nativos de segunda y tercera generación que habían recaído en las prácticas hindúes y ya no vivían para Jesucristo como lo habían hecho sus padres.

¿Cuál fue la respuesta de Amy? Formó un grupo cristiano de seis mujeres indígenas para que viajaran con ella a predicar el mensaje de Cristo de aldea en aldea. Y así nació el "Cúmulo Estelar", como lo llamaban los nativos. La compañera más cercana de Amy en el grupo era Ponnammal, cuyo nombre significaba "oro". Ponnammal era una joven viuda indígena que, a los veintitrés años, había sido rechazada por su familia por seguir a Cristo. Con cariño, fue la segunda al

mando de Amy y su mejor amiga durante décadas de ministerio.

El Cúmulo Estelar estaba tan comprometido con demostrar su amor por Cristo que hicieron lo impensable. Renunciaron a todas sus joyas indias para servirle. En el sur de la India, las mujeres de casta alta y media se envolvían en oro y joyas preciosas, múltiples collares, pulseras y anillos como símbolo de su riqueza. Cuando las mujeres renunciaron a sus joyas o las vendieron para la obra misionera, se desató un escándalo en todo el distrito de Tinnevely.

"¡Nada es más vergonzoso que no llevar ninguna joya!", protestó una mujer hindú. 424 Nunca fue idea de Amy que sus compañeras sacrificaran sus costumbres. Pero las mujeres del Cúmulo Estelar estaban decididas a servir con sencillez, como Jesús lo había hecho durante su vida terrenal.

Cruel esclavitud: el sistema de castas de la India

"Debe entenderse", explicó Amy, "que a ningún joven o joven de castas antagónicas o entre musulmanes se le permite vivir abiertamente como cristiano en su hogar en ninguno de los pueblos o ciudades del sur de la India". 425 La confesión y el bautismo les costaron a estos nuevos cristianos sus familias y, a menudo, sus vidas, no en un martirio abierto, sino en envenenamientos o desapariciones secretas. 426

Si alguien parecía sentirse atraído por el evangelio, sus familiares hacían lo imposible para evitar que lo deshonraran al romper la casta. Secuestraban a los suyos, llevándoselos para siempre, para que nunca más se les volviera a ver. A menudo drogaban a los perpetradores, una práctica que a veces los llevaba a...Estado "zombi" de aquiescencia o inestabilidad mental.

Una mujer de casta alta que expresaba interés en el evangelio podía ser encontrada muerta en el fondo de un pozo. «No soportaba el mensaje cristiano y decidió acabar con todo», denunciaba falsamente la familia. 427 Mientras otros que querían aceptar a Cristo consideraban el posible coste personal de su decisión, le confesaban entre lágrimas a Amy: «No puedo seguir hasta ahora». 428

Tras varios años ministrando en las aldeas polvorientas de la India

y siendo rechazada por innumerables hindúes, Amy escribió un libro titulado "Las cosas como son", que describe la intensidad de la batalla espiritual y la dificultad de alcanzar nuevos conversos para Cristo. Inicialmente, el manuscrito fue rechazado por las editoriales británicas porque "desalentaba a los cristianos de Europa" con su brutal honestidad. Finalmente, se publicó y abrió los ojos de los cristianos europeos a las condiciones reales que enfrentaban los misioneros en el campo y a la necesidad de la oración incesante.

“No me dejes volver a la oscuridad”

¡Refugio! ¡Refugio! Una niña de once años corrió a la tienda de la misión Starry Cluster, ubicada a las afueras de su aldea; pedía refugio. La niña había visto a Amy con su sari indio compartiendo a Cristo en la plaza del pueblo. «Sabía que si tan solo pudiera ir a ella», confesó la niña, «tendría un lugar en su corazón para mí... Ella sería mi Amma y yo sería su hija, y me enseñaría a adorarlo».

La niña se llamaba Arulai. Decidida a alejarla del cristianismo, su familia la envió con un tío en otra aldea. Pero cuando los Caminantes y el Cúmulo Estelar regresaron a su hogar misionero en Pannaivilai, Arulai se escabulló y llegó al bungalow de Amy.

"Solo tienes once años; no podemos retenerte aquí sin el permiso de tus padres", le dijo Walker a regañadientes. Amy la invitó a quedarse con ellos para la escuela, y Arulai pudo quedarse un corto tiempo antes de que su familia se la llevara.

Meses después, se oyó un pequeño ruido en la puerta del bungalow de Amy. Arulai había escapado una vez más y se había arrojado a sus brazos. Permaneció allí unas semanas, hasta que su padre, sucumbiendo a la presión de su casta, vino a traer a Arulai a casa de una vez por todas. La noche antes de su llegada, Amy oyó la joven voz de Arulai clamando en oración: «¡No me dejes volver a la oscuridad, Señor! ¡Oh, por favor, déjame vivir en la luz!».

Cuando su padre llegó a la mañana siguiente, cuando extendió la mano para tomarla la mano de Arulai, su brazo, cayó inerte a su lado. Varias veces la alcanzó, y cada vez, su brazo se lastimaba. "¡Es como si mi brazo estuviera paralizado!", exclamó con miedo. "Es el único Señor del cielo", le dijo Amy al aturdido padre. "Él ha

marcado a esta niña como suya".

Milagrosamente, a Arulai se le permitió permanecer con Amy; ella aceptó a Jesús como Salvador, recibió su educación y ministró con Amy por el resto de su vida.

Oscuridad del templo

Con tanta sencillez, sin darnos cuenta, doblamos la esquina del camino de la vida, cuando aún no sabíamos que la habíamos doblado. Amy hablaba de las innumerables veces que Dios la había llevado a un punto de inflexión en su vida antes de que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo. Ninguna fue más precipitada que su mudanza al distrito de Dohnavur con los Walker en 1900.

Thomas Walker había sido invitado a enseñar a un grupo de jóvenes indios en el seminario de la aldea de Dohnavur, en el extremo sur de la India, a solo cuarenta y ocho kilómetros del mar. Cuando los Walker decidieron mudarse, Amy, el Cúmulo Estelar y el joven Arulai los acompañaron. Un año después, en marzo de 1901, Preena, la niña del templo presentada al comienzo del capítulo, fue presentada ante Amy. Fue entonces cuando Amy Carmichael comprendió cuál era la obra de su vida: rescatar a niños de la práctica hindú "secreta" de la prostitución en los templos.

Durante las semanas de lucha por conservar Preena, Amy escuchó por primera vez las horribles historias de los rituales del templo. Descubrió que jóvenes de toda la India eran vendidas y manipuladas para la prostitución en templos con el fin de complacer a los sacerdotes hindúes y a los hombres de la aldea. Los templos hindúes traficaban secretamente con los cuerpos y las almas de estas jóvenes, un hecho que era negado constantemente tanto por el gobierno como por el pueblo indio. Incluso otros misioneros en la India se negaban a creer que los horribles rumores fueran ciertos. Pero tras el trabajo encubierto de Amy, el mundo misionero se vio finalmente obligado a afrontar la oscura verdad sobre las jóvenes de la India.

De rodillas en el huerto con Jesús

Las niñas eran consagradas al templo por sus familias por una o más de varias razones: habían hecho un voto a los dioses, era una

tradición familiar o sus padres eran pobres y tenían otros familiares a quienes mantener. La venta de una niña se consideraba ilegal, pero el dinero pasaba de mano en mano en secreto. A menudo, las niñas eran entregadas a la prostitución siendo aún muy jóvenes, y morían dolorosamente a causa de la mutilación de sus cuerpos.

Tras descubrir la verdad, Amy buscó incansablemente la manera de rescatar a más niñas del templo. Pero la red de secretismo era tan enmarañada que no pudo romperla. Tras encontrarse con varios hombres siniestros que controlaban el tráfico de niñas, su angustia se volvió insoportable.

Finalmente, llegó un día en que la carga se volvió demasiado pesada para mí. Era insoportable. [Me imaginé] a Jesús; estaba bajo el olivo, arrodillado solo. Y entonces supe que era su carga, no la mía. Era él quien me pedía que la compartiera con él, no yo quien le pedía que la compartiera conmigo... Y solo quedaba una cosa por hacer: ir al jardín y arrodillarme junto a él bajo el olivo.

Eso fue lo que hizo Amy. Se arrodilló en el jardín y oró para que Dios le diera niños a quienes amar; pasaron tres años antes de que se rescatara al siguiente niño del templo. Sin embargo, con el paso de los años, los niños del templo salvados se contarían por cientos. Mientras tanto, otros bebés y niños pequeños abandonados también fueron llevados a Amy para que los cuidara, y así comenzó el ministerio de Dohnavur.

“Los niños atan los pies de la madre”

En tamil, existe el dicho «Los hijos atan los pies de la madre». Esto significa que las madres pobres a menudo no tenían libertad para ir adonde quisieran. Amy Carmichael vio algo de verdad en este proverbio indio.

¿Sería correcto alejarse de tantas cosas que podrían ser de provecho? ¿[Evangelización] y simplemente convertirse en niñeras?, se preguntó Amy mientras los bebés comenzaban a llenar el bungalow en Dohnavur. Entonces recordó cómo el Señor se había ceñido con una toalla para lavar los pies de sus discípulos. "¿Es tarea del siervo decir qué obra es grande y cuál es pequeña? Era una pregunta tonta,

porque el Maestro nunca hace perder el tiempo al siervo".

Después de mucha oración, Amy tomó una decisión: Dios la había llamado a unirse a los niños. Sus pies serían atados "por amor a Aquel cuyos pies una vez fueron clavados". Rescataría y amaría a todos los que Dios le trajera. ¡No tenía ni idea de que, solo en su vida, esa cifra superaría los mil niños, y que su obra florecería en el próximo siglo!

Con la llegada de los niños, los fieles del Cúmulo Estelar pasaron de ser evangelistas itinerantes a sus nuevos roles de maestros y cuidadores. Se construyeron una escuela y una guardería... y el ministerio de Dohnavur estaba en pleno apogeo.

Para 1904, tenían diecisiete bebés y niños a su cuidado, incluyendo a Firefly, una niña inteligente de ocho años cuyo padre había asesinado a su esposa y la había vendido al templo. Por cien rupias, que habían llegado por correo...Justo a tiempo, Amy pudo recuperar la dulce Firefly de los sacerdotes.



Niños indios en la guardería.

El 1 de marzo de 1904, Amy puso en brazos a la primera de las bebés del templo, con apenas trece días de nacida; la llamaron Amatista. Poco después, le siguió una segunda bebé del templo, llamada Zafiro. Insegura de cuál sería su siguiente paso, Amy acudió al Señor y sintió su aliento: "¡Sigue adelante, Amy, no tengas

miedo!".

La familia Dohnavur

"Crecimos desde el principio con mucha sencillez, como una familia", escribió Amy. 436 Dohnavur era, ante todo, una familia, y Amy siempre fue Amma. Recuerdos de jugar con sus hermanos y otros niños en las calles de Belfast la asaltaron de golpe. Jugaba con sus alumnos indios y les enseñaba canciones alegres. Les ayudaba con el tamil y les enseñaba algo de inglés.

En Dohnavur, celebraba el "día de la llegada" de cada niño, el día de su llegada a la familia, con una fiesta en el gran salón de clases que llamaban "Sala de Alabanza". Amy, sus trabajadores y los niños también crecieron juntos en la oración. Amy nunca olvidó el consejo espiritual de Hudson Taylor: "No estén tan ocupados con el trabajo de Cristo que no les queden fuerzas para orar. La verdadera oración requiere fuerza".

Lo más importante es que Amy les enseñó a los niños el amor de Cristo, que los abrazó a todos. Durante años, les dio un beso de buenas noches a cada niño, hasta que los niños se contaban por cientos. Eran sus hijos queridos, y ella era su querida Amma.

No es una vida romántica

El ministerio de Amy Carmichael no fue una vida misionera romántica. El equipo de Dohnavur enfrentó tragedias y dificultades al criar a niños frágiles en medio de una cultura de esclavitud religiosa. A medida que liberaban a más niños de una vida de pecado y muerte prematura en el templo, Satanás luchó con ahínco para detenerlos. El regocijo por el bautismo de un nuevo creyente solía ir seguido del duelo por la pérdida de un hijo por enfermedad. Amy comentó que no tenían a nadie que les aconsejara: «Nadie había estado nunca así; habíamos cruzado una frontera invisible hacia una tierra desconocida. Pero en esa tierra, conocimos a nuestro Señor y aprendimos a conocerlo mejor... Nunca nos dejó perder el rumbo, llenó nuestra copa de dulzura, y por el puñado de polvo que le ofrecimos, derramó el mismísimo oro del cielo en nuestros corazones».



Amy Carmichael con niños indios.

En 1905, cuando Thomas Walker regresó de una licencia en Inglaterra, trajo consigo una sorpresa: Catherine Carmichael. La madre de Amy vino de visita y se quedó más de un año, ayudando a amar y cuidar a los pequeños hijos de Amma. La presencia de su madre alivió el dolor cuando, el 19 de junio de 1905, llegó la noticia de que el DOM había regresado a casa para estar con el Señor. Amy lo llamó "Día de Gloria del Padre" y se regocijó de que Robert Wilson estuviera con el Señor a quien había amado tanto.

Catherine también estuvo presente para brindarles consuelo y cuidados cuando los primeros bebés de Dohnavur murieron a causa de un brote de disentería. Había pocos suministros médicos para salvarlos. Su presencia contribuyó a aliviar la angustia de Amy al ver a las bebés Amatista y Zafiro exhalar su último aliento.

Mientras tanto, los misioneros de todo el sur de la India se mantenían alerta ante la presencia de niños en peligro, escabulléndose con ellos por los muros traseros y ocultándolos en vagones de tren, llevándolos rápidamente a la seguridad de Dohnavur. Para cuando la madre de Amy regresó a Inglaterra en 1906, la familia Dohnavur

contaba con setenta miembros, incluyendo trabajadores, bebés, niñas y algunos niños pequeños.

En 1908, la súplica de Amy por ayuda médica fue respondida con la llegada de Mabel Wade, una enfermera titulada que se convirtió en un miembro incansable y cariñoso de la familia. Con dinero enviado desde Inglaterra, Amy y los Walker construyeron una nueva guardería y una pequeña enfermería para los niños.

Huyendo a China

Aunque Amy amaba a todos sus protegidos, algunos eran especialmente queridos para ella. Uno de ellos era Muttammal, o "Joya".

A veces, después de que las niñas del templo encontraban asilo en Dohnavur, sus familias luchaban por recuperarlas, con la esperanza de que regresaran al templo o que se casaran con alguien de su casta. Amy y Walker acudían a los tribunales para demostrar que tenían derecho a quedarse con las niñas. El litigio más largo y problemático fue el de la pequeña Jewel.

Jewel era una niña llena de vida que acudió a Amy porque su padre había muerto y su egoísta madre quería venderla al templo. Después de que la madre de Jewel firmara un yadast (un documento de liberación para la niña), Amy le prometió a Jewel que nunca tendría que regresar a casa. Pero la lucha por conservar a Jewel se convirtió en la más dura que Dohnavur tuvo que enfrentar. Durante dos años, la madre y el tío de Jewel lucharon por su regreso en los tribunales, presentando nuevas acusaciones contra Dohnavur cada vez que se asignaba un nuevo juez al caso.

Amy y Jewel tenían una relación especial con Jesús, y Jewel comprendía el inmenso amor de Cristo por ella. Amy describió la noche anterior al juicio final: «Antes de irme [de Jewel], tomé sus manos entre las mías y la miré a la cara: 'Prométeme que, pase lo que pase, por su gracia, nunca te ofenderás en él'. Y ella repitió: 'Te prometo que, por su gracia, nunca me ofenderé en él'».

A la mañana siguiente, Amy y Thomas se quedaron atónitos al escuchar el veredicto;

El tribunal dictaminó que Jewel debía ser devuelta de inmediato a su madre y su tío, quienes la habían manipulado, y que Amy tendría que pagar las costas del juicio. Pero, «por la gracia de Dios, los tribunales celestiales intervinieron».

Sin que nadie en el tribunal lo supiera ese día, el veredicto había llegado a Dohnavur. Una misionera de visita ideó un plan audaz: vistió a Jewel de niño musulmán y la sacó a escondidas del pueblo sin previo aviso. La niña pasó por un "ferrocarril clandestino" hasta que finalmente llegó a China continental. Le cambiaron el nombre y vivió tranquilamente con una familia misionera durante los siguientes seis años.

Amy no fue informada del paradero de Jewel durante meses, e incluso entonces, esa información se escribió en cartas anónimas para que nunca la implicaran. ¡Solo sabía que su preciosa niña estaba a salvo en China! Seis años después, tras un matrimonio concertado por Amma, Jewel regresó a la India para casarse con Arul Dasan, uno de los trabajadores más fieles de Amy. La joven pareja sirvió junta en Dohnavur durante toda la vida de Amy.

Una oportunidad de morir

Sin la menor idea de lo que le esperaba, agosto de 1912 dio inicio a un año de gran pérdida personal para Amy. A principios de agosto, Amy recibió la noticia de que la Sra. Hopwood, de Ooty, había regresado a casa para estar con el Señor. Amy había pasado catorce veranos calurosos con su querida amiga en el retiro de montaña. «Ella formó parte de mi vida indígena», exclamó Amy. «Era como una madre para mí».

Diez días después, el 24 de agosto, Amy recibió un telegrama escalofriante: Thomas Walker había fallecido. «Se ha ido a casa para ver el rostro de Jesús», fue todo lo que informó el primer telegrama. Al día siguiente, Amy se enteró de que Thomas había sucumbido a una intoxicación alimentaria durante un viaje de ministerio a un pueblo lejano. La familia Dohnavur estaba de luto, y Amy lamentaba la pérdida de un hermano irremplazable: «Fue un brazo fuerte en todo momento, un consejero tan sabio, un amigo tan fiel». Dado que

expresarse con palabras era una parte tan importante de la vida de Amy, lidió con su dolor escribiendo la biografía de Thomas, Walker de Tinnevelly.

La familia Dohnavur se recuperó lentamente de sus pérdidas, pero el verano siguiente, el 14 de julio de 1913, Amy recibió el golpe más duro de todos: un cable que informaba del fallecimiento repentino de su madre en su casa de Wimbledon, Inglaterra. Catherine, a pesar de estar a miles de kilómetros de distancia, había sido la confidente más cercana de Amy y su mayor apoyo en sus oraciones; le había enviado a su hija una carta de aliento apenas unas semanas antes.

Por primera vez en sus cuarenta y cinco años, Amy se vio privada de un apoyo espiritual cercano.

Su familia buscaba apoyo. Todos habían partido al cielo: su "padre", Robert Wilson; Thomas Walker; la Sra. Hopwood; y ahora, su madre. Era huérfana, tanto espiritual como físicamente, y necesitaría confiar únicamente en el Espíritu Santo para recibir su amor y guía. Durante los siguientes meses de dolor, escribió innumerables poemas que se convirtieron en los cantos de alabanza de Dohnavur durante sus servicios religiosos; algunas de las palabras poéticas de Amy aún se cantan en Dohnavur.

Visiones y sueños

“Para nosotros los de la Comunidad”, dijo Amy una vez, “el espacio al que hemos sido asignados es ese lugar sin cercas donde tantos niños han resbalado y caído”. 442 El propósito de la Comunidad Dohnavur era rescatar a esos niños y pastorear sus almas hacia una nueva vida en Cristo.

Pero ahora que sus mentores espirituales se habían ido, ¿quiénes le brindarían apoyo en oración y compartirían una visión ministerial común? Recurrió a sus hermanas en Cristo indias más cercanas y formó el grupo "Hermanas de la Vida Común", llamado así por una hermandad del siglo XIV conocida como "Hermanos de la Vida Común". Amy incluía a Preena, Arulai y a la hija de Ponnammal, Puruppi (la preciosa Ponnammal había fallecido de cáncer meses antes). Como grupo de mujeres solteras, su lema era: "Todo lo que me

digas, por tu gracia, lo haré". 443 Su propósito era buscar juntas la mente de Cristo para Dohnavur; recibían la guía del Señor a través de su Palabra y mediante "manifestaciones" (sueños o visiones) del Espíritu Santo. 444

A lo largo de la Biblia, Dios usó sueños y visiones para comunicarse con su pueblo y guiarlo en su camino. En el Antiguo Testamento, Dios concedió sueños a José, Salomón y Daniel para prepararlos para sus futuros roles como líderes. En el Nuevo Testamento, Dios derramó su Espíritu Santo y le dio una visión al apóstol Pedro para convencerlo de que era aceptable visitar la casa gentil de Cornelio. Los apóstoles Pablo y Juan recibieron visiones del cielo y del futuro del reino de Dios, que compartieron con la iglesia.

Amy creía que, mediante las fervientes oraciones de las siervas de Dios, el Señor las guiaría hacia su voluntad para la familia Dohnavur, usando su Palabra, así como visiones y sueños. Cuando recibía una palabra del Señor, no cambiaba de opinión y luchaba con tesón por cumplirla.

Aunque todas las mujeres de "Hermanas de la Vida Común" eran solteras, tenían la libertad de casarse si así lo deseaban. Simplemente abandonarían la hermandad y serían reemplazadas por otra mujer soltera cuyo corazón estaba...centrado únicamente en el Señor Jesucristo.

Amy había decidido años antes que estaba llamada a servir al Señor como soltera; sin embargo, no se oponía al matrimonio, como a veces la acusaban. Dios simplemente le había dicho: «No, tengo algo diferente para ti». Y cuando temió la soledad que la esperaba, su voz le habló una vez más, diciendo: «Ninguno de los que confían en él quedará desolado» (Salmo 34:22).

Rescatando a los muchachos del templo

Era la tarde del 14 de enero de 1918, cuando un carro llegó inesperadamente con un tintineo al bungalow de Dohnavur. Una mujer cansada estaba acurrucada dentro y en sus brazos llevaba un bulto. Me tendió sus delgados bracitos y dejó caer su cansada cabecita con satisfacción sobre mi hombro... Recuerdo

haber pensado: «Ojalá fueras un niño». Entonces, Mabel se llevó el bulto a la guardería, para regresar cinco minutos después, corriendo sin aliento: «¡Es un niño!».

Amy y Mabel llamaron a su primer hijo varón Arul, en honor a Arul Dasan. Poco después, trajeron un segundo niño al complejo.

Como Amy describió la escena anterior en Cordón de Oro, admitió: «Fue mucho más difícil de lo que esperábamos encontrar a los niños pequeños». 446 Niños indios guapos y desprotegidos eran vendidos a gremios de actores para actuar o cantar en representaciones sórdidas, o vendidos a los templos para la prostitución masculina. Al igual que en sus primeros intentos con las niñas, Amy no pudo encontrar la manera de llegar a los niños. ¿Dónde se escondían? Incluso cuando sus trabajadores los encontraron, Dohnavur tenía pocos hombres en el ministerio para ayudar a criarlos.

Cuando Amy preguntó: «Señor, ¿qué pasa con los niños pequeños?», sintió que su respuesta llegó rápidamente. Ella también debía rescatarlos. Cuando volvió a clamar: «Señor, ¿qué pasa con los hombres que necesito?», Él prometió proveerles también.

En ese mismo momento, comenzó el trabajo con los niños. Durante los siguientes ocho años, ¡el número de niños atendidos en Dohnavur aumentó a ochenta!

Desesperado por médicos

A los cincuenta y seis años, Amy fue reconocida por el rey Jorge V de Gran Bretaña con la Medalla Kaisar-i-Hind «por sus servicios al pueblo de la India». La década de 1920 fue de rápido crecimiento. Para 1924, había trece guarderías repletas de bebés, y Amy había publicado diecinueve libros que presentaban Dohnavur al mundo cristiano.

Un resultado positivo de todo el reconocimiento fue el aumento de los fondos enviados a Dohnavur para la construcción de guarderías y hogares. Al mismo tiempo, con

El reconocimiento trajo consigo dificultades. Los futuros misioneros vieron a Dohnavur como un éxito y solicitaron unirse al equipo, sin darse cuenta de que no estaban preparados para el arduo trabajo de la vida en el sur de la India.

Cuando el número de hijos aumentó y Amy necesitó obreros consagrados que la ayudaran, escuchó al Señor decirle: «No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino» [Lucas 12:32]. No vivais en la incertidumbre y la ansiedad por las necesidades que tanto os apremian. Vuestro Padre lo sabe: no temáis, no temáis.

Amy y su equipo necesitaban médicos con urgencia. Entonces, en 1924, una aparente respuesta a sus oraciones llegó a Dohnavur: tres médicos británicos: la Dra. May Powell y dos doctores Neill, un matrimonio británico de unos cuarenta años. Los Neill trajeron a su hijo, Stephen, graduado con honores de Cambridge, que se preparaba para su ordenación en la Iglesia Anglicana.

Robando la visión

Desde el principio, los Neill formularon planes "nuevos y mejorados" para el ministerio, a pesar de las objeciones de Amy. Propusieron la construcción de un nuevo hospital fuera del complejo para los habitantes de las zonas aledañas. Insistieron en que los niños fueran a las aldeas para asistir a la escuela y a las ligas deportivas, sin comprender el peligro de que los niños rescatados regresaran a la población hindú. Los Neill estaban decididos a "modernizar" Dohnavur. Lo que Amy veía como un refugio que Dios le había dado, los Neill lo veían como un aislamiento insalubre del mundo real. Para muchos de los trabajadores de Dohnavur, la familia Neill parecía estar "en plena toma de control".

Llega un momento en que el diablo traerá a las personas equivocadas a tu vida para intentar desviarte de la visión y el Espíritu del Señor, cuando no puede ayudarte a superar el pecado en tu vida. Debes proteger la visión que Dios te ha dado en tu espíritu. Amy se mantuvo firme y tomó decisiones difíciles, pero salvó todo un ministerio.

Amy estaba segura de que Dios la había guiado a ir al mundo malvado y rescatar a los niños. En Dohnavur, les brindó una sólida educación cristiana, apartándolos de las engañosas influencias hindúes, separándolos de ella. Creía que los Neill querían hacer algo "elevado" de la obra de Dohnavur, pero su respuesta fue simple: "No vivimos en las nubes; nunca hemos vivido allí; nuestro camino está en el polvo del camino común".

A los seis meses de su llegada, el anciano Neills se marchó. Stephen se quedó, con la intención de convertirse en el obispo de Dohnavur. Cambió los servicios religiosos dominicales, abiertos y no confesionales, por liturgias anglicanas formales.

"Es un momento de terrible estrés", escribió Amy en su diario sobre la constante fricción. "Nunca había sentido tanta tensión aquí. Estoy a punto de hundirme. Señor, sálvame". 449 Finalmente, tras muchas noches de insomnio y oración, el 29 de noviembre de 1925, Amy despidió a Stephen Neill del ministerio de Dohnavur.

Afortunadamente, la Dra. May Powell, quien había venido de Inglaterra con los Neill, se quedó y continuó al frente de las niñas. Stephen también se quedó en el sur de la India y finalmente se convirtió en obispo anglicano de Tinnevely. Para entonces, Amy había roto vínculos con la Iglesia de Inglaterra y, por lo tanto, nunca estuvo bajo su liderazgo espiritual.

La Comunidad Dohnavur

Al día siguiente de despedir a Stephen Neill, Amy escribió una carta de renuncia a la Misión Zenna de la Iglesia de Inglaterra. Al igual que tantos misioneros antes que ella, como William Carey, David Livingstone y Hudson Taylor, no veía ninguna razón para recibir dirección espiritual de un comité a miles de kilómetros de distancia cuando el Espíritu Santo la guiaba directamente en el campo misionero. La CZM aceptó amablemente la renuncia de Amy y donó los dos edificios que poseían en el lugar al ministerio de Dohnavur.

Amy Carmichael nunca tuvo la intención de fundar una sociedad misionera, pero, para poseer el terreno y otras propiedades, el ministerio tuvo que constituirse como entidad legal. Así nació la

Confraternidad Dohnavur (DF). Su declaración de misión era contundente: «Salvar a niños en peligro moral; capacitarlos para servir a los demás; socorrer a los desolados y a los que sufren; hacer todo lo que se considere la voluntad de nuestro Padre Celestial para dar a conocer su amor, especialmente al pueblo de la India». 450

Durante esos mismos años, el Señor puso en el corazón de Amy la idea de construir una Casa de Oración. Sería un lugar consagrado a adorar al Señor y orar por su guía y por las necesidades de los demás. Después de su doloroso tiempo con los Neill, la necesidad de oración y la protección de Dios eran primordiales en su mente.

Llegan los hermanos Webb-Peploe

El año anterior a la llegada de los Neill, en 1924, Amy recibió una visita especial en Dohnavur: Godfrey Webb-Peploe, un misionero británico de la Misión de Servicio Especial para Niños, que se dirigía a su asignación en Nankín, China. Godfrey hizo escala primero en la India y pasó tres meses en Tinnevely, con especial curiosidad por visitar el ministerio de Amy Carmichael. Para Amy, fue como una brisa fresca que llegó a nuestro medio, directamente desde casa. El tiempo que pasaron juntos fue...Fue espiritualmente edificante y se entristeció cuando él tuvo que irse.

Unos meses después, llegó una carta de la madre de Godfrey agradeciendo a Amy la hospitalidad que le había brindado a su hijo. Ya viuda, ella y su hijo mayor, Murray, de veintinueve años, querían visitar Dohnavur antes de asistir al nombramiento de Murray como médico misionero en el Hospital de la Sociedad Misionera de la Iglesia en Hangchow. El 30 de enero de 1926, al comenzar su visita de tres meses, Amy reconoció de inmediato al trabajador y alegre Murray como un alma gemela.

Tras conocer a los dos hermanos Webb-Peploe, Amma se sintió inusualmente ansiosa al orar. Durante años, ella y las demás Hermanas de la Vida Común habían orado por hombres que asumieran puestos de liderazgo en Dohnavur. Ahora, creía que estos hermanos eran la respuesta a esas oraciones. Pero ¿cómo podía esperar que los Webb-Peploe se unieran a su ministerio? ¿No estaría anhelándolos de su trabajo en China?

Había ochenta niños viviendo en Dohnavur, y la comunidad se preparaba para comprar el terreno para construir un hospital. Amy estaba segura de que el tranquilo y reflexivo Godfrey y el enérgico Murray serían los líderes ministeriales perfectos para los niños huérfanos y el hospital. En su diario, Amy escribió esta oración: «Aún así, mi corazón se vuelve hacia Murray como tu líder elegido para el hospital y se niega a ser impedido. No puedo aquietarme. Oh, aquíétame. No permitas que codicie los bienes de mi prójimo ni a sus sirvientes».

El 8 de octubre de 1926, Amy soñó que tanto Godfrey como Murray eran enviados a Dohnavur: Godfrey para guiar a los niños y Murray para el hospital y el trabajo médico. Se preguntó: "¿Debería simplemente pedirles que vengan? ¿Me atrevería?". Apoyándose en el Señor para encontrar paz, preguntó.

Godfrey Webb-Peploe llegó primero; se le ordenó salir de China debido a una fiebre reumática recurrente. Llegó a Dohnavur el 15 de diciembre de 1926, un día antes del quincuagésimo noveno cumpleaños de Amy. El deseo del corazón de Amy había sido cumplido. «'Buscad mi rostro', nos decía. Y nuestra respuesta fue: 'Tu rostro, Señor, buscaré'».

Al año siguiente, el hospital de Murray en China fue invadido por rebeldes comunistas. En 1927, dos años después de que Stephen Neill abandonara Dohnavur, Murray Webb-Peploe, de treinta años, llegó de China.

Murray solicitó un período de prueba de seis meses, para asegurarse de que Dohnavur fuera el “servicio dirigido” de Dios para su vida y ministerio.⁴⁵³ “Ustedes no son sus propios dueños... fueron comprados por precio” (1 Corintios 6:19 nvi) era su frase favorita.

Escritura para orar. Al final de la espera, la respuesta de Dios a Murray fue: «Tu obra está aquí; no temas, te he llamado». Murray envió una breve nota a Amy, preguntándole: «¿Puedo quedarme?».

Habían sido dos años largos, ¡pero las oraciones más preciadas de Amy habían sido escuchadas! Reaccionó a la noticia con alabanzas de las Escrituras: «Habría desmayado, si no hubiera creído que vería la

bondad del Señor en la tierra de los vivientes» (Salmo 27:13).

Lugar de sanación celestial

A los pocos días de la llegada de Murray a Dohnavur, llegó la primera donación de 100 libras, destinada específicamente al nuevo hospital. Amy lo bautizó como Parama Suha Salai, o "Lugar de Sanación Celestial". Murray calculó que el coste de construirlo según los estándares modernos era de 10 000 libras, una cantidad mayor de la que Amy jamás había considerado. Pero oraron, y el dinero empezó a llegar de cristianos de todo el mundo. El entusiasmo contagioso de Murray en todo lo que hacía contribuyó a que el proyecto siguiera adelante.



El Lugar de Sanación Celestial se construyó a lo largo de varios años y sirvió tanto a la comunidad de Tinnevely como a la de Dohnavur. Los niños participaron activamente: los mayores atendían a los necesitados y los más pequeños bendecían a los pacientes con canciones. «Nuestro principal campo de evangelización», escribió Amy con satisfacción, «es sin duda el Parama Suha Salai, con todos sus contactos. A través de él, el Señor mismo está trayendo a nuestras puertas a la misma gente de las aldeas a las que tanto anhelábamos llegar». 455

Al entrar el ministerio en la década de 1930, la situación en

Dohnavur era favorable. Contaban con catorce guarderías abarrotadas, y, como familia, sumaban más de quinientas personas. Godfrey y Murray eran los líderes del sector masculino, mientras que May Powell y Arulai lideraban el sector femenino. John Risk, un ex oficial de la marina británica, trabajó junto a Godfrey como su mano derecha en la disciplina y el entrenamiento de los muchachos.

El 6 de agosto de 1931, después de una reunión de líderes de Dohnavur, Amy escribió con satisfacción en su diario: “Gran alegría esta noche en el sentido de seguir adelante juntos”.

El día que todo cambió

A sus sesenta y tres años, Amy seguía siendo una figura central en cualquier nueva obra de la DF. Además del hospital de Dohnavur, la confraternidad comenzó a establecer dispensarios médicos locales para llegar a más personas en el campo misionero.

Era la tarde del 24 de octubre de 1931 cuando Amy llegó al pueblo de Kalakadu para inspeccionar la última renovación del dispensario. Curiosa por cada detalle, entró en la nueva letrina, aún en construcción. Por un error de diseño, los obreros habían cavado el hoyo en la parte delantera del edificio en lugar de en la trasera.

Anochece cuando Amy caminaba hacia el cobertizo y, al no ver el agujero, cayó dentro con un grito de dolor. Tras ser trasladada de urgencia al hospital, se descubrió que se había dislocado el tobillo, roto la pierna y torcido la columna.

¡Cuánto rezaban los niños por la recuperación completa de Amma! Cada día esperaban buenas noticias. Seguramente, pronto estaría corriendo por el recinto, visitando cada guardería y aula con su habitual sonrisa alegre. Pero a medida que las semanas se convertían en meses y luego en años con poca mejoría, todos se dieron cuenta de que algo más iba mal. Su pierna nunca había sanado del todo y la artritis se había instalado en su columna.

Lo que en ese momento parecía una lesión dolorosa para la anciana Amy se convirtió en una lesión que cambió su vida, y la ocupada Missie Ammal quedó inválida y estuvo confinada en su habitación durante los siguientes veinte años.

Satanás había estado trabajando para robarle el ministerio a Amy Carmichael toda su vida. En sus primeros años, intentó usar su dolor de neuralgia, su género y su edad para alejarla de su llamado misionero. Satanás había enviado a las personas equivocadas, los Neill, para intentar desviarla de su camino. Cuando no pudo robarle el ministerio, la incapacitó. Al infligirle daño físico, pensó que su ataque contra ella era completo. Pero, con una determinación que solo proviene del Espíritu del Dios vivo, Amy perseveró. En su lecho de enfermedad, comenzó a escribir libros para compartir la salvación de Cristo con personas de todo el mundo. Con el tiempo, Satanás incluso le arrebató la escritura, pero ella nunca dejó de servir al Señor en la cara de todos los ataques.

Ojalá hubiera orado con más comprensión para sanar. Hizo lo mejor que pudo, entendiendo la voluntad de Dios y su deseo de sanar. Y nunca se rindió, jamás. Simplemente siguió adelante.

La Habitación de la Paz

Amma fue trasladada a una habitación grande en la casa principal, y se construyó una terraza para que pudiera salir en silla de ruedas y ver sus jardines. Se colocó un escritorio frente a los grandes ventanales para que pudiera ver el exterior mientras escribía. Sobre la puerta se colgó una placa de madera de teca que decía: «En los lugares celestiales en Cristo Jesús». Los niños siempre eran bien recibidos, y a menudo venían a cantar. Ella compartía historias y oraba por sus bendiciones, siempre siendo su Amma.

Amy pudo caminar un poco, sentarse en su escritorio y dirigir las reuniones de liderazgo de Dohnavur. La llevaron en coche a la Casa de Oración para los servicios religiosos y a la boda de Murray Webb-Peploe con Oda van Boetzelaer, una misionera sueca que trabajaba en Dohnavur.

Pero las cosas habían cambiado. En la Sala de la Paz, Amy encontró refugio.

Allí aprovechó el tiempo de separación del mundo para escribir, como lo habían hecho antes el apóstol Pablo y John Bunyan. Comenzó *Dust of Gold*, la carta mensual de Dohnavur de aliento

cristiano y noticias de la Fraternidad. Antes de su caída, había escrito veinticuatro libros, todos a mano; tras su lesión, escribió trece más. Dos de sus libros más preciados los escribió entre 1933 y 1938: *Gold Cord*, sobre el cordón de amor de Dios que une en la historia de la Fraternidad Dohnavur, e *If*, un pequeño libro en prosa sobre la profundidad del amor de Cristo en el Calvario.

Amy citaba a menudo estas palabras de Ifá: “Si mi interés en el trabajo de los demás es frío; si pienso en términos de mi propio trabajo especial; si las cargas de los demás no son mis cargas también y sus alegrías mías, entonces no sé nada del amor del Calvario”. 456

El camino de la oración

Amy Carmichael comprendió el poder de la oración. «La oración», dijo, «es, después de todo, trabajo, el trabajo más arduo del mundo». 457 Y la oración sí «se elevó a lo alto» desde la Sala de la Paz durante las dos últimas décadas de su vida.

“Quizás la oración a menudo necesite una pequeña pausa”, escribió Amy en *If*, “para que tengamos tiempo de abrir nuestro corazón a aquello por lo que hemos orado. A menudo nos apresuramos de una oración a otra sin esperar la palabra interior, que dice: “Te he escuchado, hijo mío”. 458

Su carga de oración se volvió más pesada cuando recibió la desgarradora noticia de que Murray Webb-Peploe dejaría Dohnavur para ir a Inglaterra. Su esposa, Oda, había ido a Inglaterra con sus hijos gemelos para continuar su educación, e insistió en que Murray la siguiera. Un doloroso tira y afloja se desató en el corazón de Murray. Amy esperaba que su compromiso con Dohnavur fuera para toda la vida. Su esposa y otros líderes cristianos, incluido el director de la convención de Keswick, insistieron en que su lugar estaba en Inglaterra con Oda y sus hijos. Después de un momento de oración, le escribió a Oda: «Es absolutamente evidente que debo regresar a casa y formar un hogar para mi familia».

En 1947, tras veinte años de servicio inquebrantable, Murray Webb-Peploe, de cincuenta años, dejó Dohnavur para regresar a casa. Durante los siguientes veinte años, ejerció la medicina en el sur de

Inglaterra y fundó la Cirugía Webb-Peploe, que aún prospera como una asociación de médicos cristianos en Southampton.

Mientras Amy oraba por su dolorosa decepción, le escribió una nota a Godfrey sobre la oración: «Las puertas de acceso a la presencia del Padre están siempre abiertas. No hay necesidad de empujar; si las puertas están abiertas, no hay nada que hacer más que entrar». 460

La vida es un cambio continuo

El año que Murray se fue estuvo lleno de cambios. La Segunda Guerra Mundial había terminado, y el gobierno británico finalmente liberó a la "Joya del Imperio" —India— para que se gobernara a sí misma. El primer cambio instituido por el nuevo gobierno fue recibido en Dohnavur con lágrimas de alegría. ¡La prostitución en los templos finalmente fue prohibida en todo el país! El nuevo gobierno indio también exigió que los hijos de Dohnavur cursaran parte de su educación fuera del recinto para obtener un certificado escolar (diploma). Amy no se opuso a la nueva ley.

En junio de 1948, mientras caminaba por su habitación, Amy resbaló y se cayó, fracturándose el brazo derecho y el fémur. Sus largos días de escritura habían terminado, salvo cuando le dictaba a una enfermera.

Más tarde ese mismo año, durante la Navidad, Godfrey descubrió que tenía una trombosis, un coágulo de sangre, en la pierna. El líder de los niños huérfanos, de cuarenta y ocho años, se retiró a su cama para un merecido descanso. Siete semanas después, Mabel Wade entró silenciosamente en la habitación de Amy y le dijo: «Amma, Dios nos ha confiado una gran responsabilidad. Godfrey está en el cielo».

¡No Godofredo! Uno a uno, los líderes ungidos de Dohnavur le habían sido entregados, y uno a uno, habían sido llevados al cielo antes que ella. Unos años...Antes había fallecido Arulai, y ahora, el precioso Godfrey.

“Nuestro Dios confía en que confiemos en Él... No decepcionemos a Dios. Asumamos esa gran confianza”, fue la nota de Amy a la desconsolada familia Dohnavur tras la muerte de Godfrey.

“Cuando oigas que me he ido, ¡salta de alegría!”

En 1950, a los ochenta y tres años, Amy formó el equipo de liderazgo para guiar a Dohnavur tras su fallecimiento. Para los niños, John Risk se asoció con Rajappan, el sobrino mayor de Arulai; para las niñas, Purripu, la hija de Ponnammal, asistiría a la Dra. May. Amy respiró aliviada de que Dios hubiera puesto a su amado Dohnavur en manos tan amorosas y cristianas.

Amma había pasado sus últimos años luchando contra el dolor de la artritis y la neuralgia. Estaba más que lista para encontrarse cara a cara con su Señor y Salvador. A lo largo de 1950, su salud siguió deteriorándose. Cuando su enfermera neozelandesa se fue a casa de permiso, le dijo: «Alison, no nos volveremos a ver en este mundo. Cuando sepas que me he ido, ¡salta de alegría!».

En una de sus últimas notas a la Comunidad, escribió: «Estoy muy feliz y contenta. Tengo ante mí verdes pastos, y mi Salvador tiene mi tesoro: el DF». 463

A principios de enero de 1951, Amy entró en coma. En los últimos años de su vida, no había podido recibir a los niños en su habitación. Ahora, cientos de ellos desfilaron en silencio por la Sala de la Paz para ver a su querida Amma mientras dormía. Muchos de ellos nunca habían visto su rostro.

En la madrugada del 18 de enero de 1951, Amy Carmichael se escabulló mientras dormía para morar en la casa de su Señor para siempre. Después de que los seres queridos de Dohnavur celebraran su vida en la Casa de Oración, fue enterrada en su jardín especial, frente a la ventana de su dormitorio. En Dohnavur no se usaban lápidas, así que colocaron un bebedero para pájaros sobre su tumba, donde estaba grabado "Ammal", "verdadera madre". Amy Carmichael había completado la carrera.

Rodeado de un cordón dorado

“No hay fuerza lo suficientemente fuerte como para mantenernos unidos como compañía y animar todas nuestras acciones, excepto Su única fuerza de Amor; y por eso hay un ataque constante contra el amor sin el cual somos metal que resuena y címbalo que retine.”⁴⁶⁵

El “vínculo vivo”, o cordón de oro, que mantenía unida a la Familia siempre fue el amor de Cristo. Amy demostró ese amor abrazando y corrigiendo a los niños a su cargo. Su amor era firme y tierno a la vez. Era fuerte...dispuesto en el trato con la gente, pero siempre humildemente sumiso en la obediencia a la voluntad de Dios.

“Si la obra de alguno permanece...” Gracias a la guía de Dios, Amy construyó una obra de oro, plata y joyas que aún perdura. La obra en la Comunidad Dohnavur continúa hoy, dirigida completamente por líderes indígenas. Los niños ya no viven en el complejo debido a la dificultad de encontrar hombres dedicados que los cuiden. Pero hay más de cuatrocientas mujeres y niñas que viven en los hogares, enseñando o asistiendo a las escuelas donde Amy Carmichael una vez entregó su vida con amor.

Al fallecer Amy, se habían impreso más de medio millón de sus libros en inglés, varios títulos se habían traducido a quince idiomas diferentes y doce se habían impreso en braille. A lo largo de los años, Amy había escrito millones de palabras en sus libros y cartas a su querida familia de Dohnavur. Escribió una carta a cada una de las casi 900 personas que vivían en Dohnavur al momento de su muerte para animarlas tras su fallecimiento.

El biógrafo Sam Wellman señaló sabiamente: “Aquellos a quienes el mundo consideraba menos que hermosos, Amy Carmichael los vio con los ojos de Dios... y dio su vida por ellos”.

Durante los últimos cien años, desde la publicación de su primer libro, la vida de obediencia y valentía de Amy ha influido en muchas otras personas, incluyendo a los misioneros Jim y Elisabeth Elliot. Y no cabe duda de que su pasión por el Evangelio tuvo un profundo impacto en la vida de la gente del sur de la India.

Entre las oraciones favoritas de Amy estaban los siguientes versículos del Salmo 143:8–10.467

Hazme oír tu misericordia por la mañana, porque en ti confío; hazme saber el camino por donde debo andar, porque a ti elevo mi alma. Librame, oh Señor, de mis enemigos; a ti acudo para esconderme. Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios; tu Espíritu es bueno; guíame a la tierra de la rectitud.

*Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano.
(1 Corintios 15:58 nvi)*

¿Has estado trabajando en la obra del Señor?

¡Anímense y manténganse firmes! Todos sus esfuerzos por ganar a los perdidos nunca son en vano.

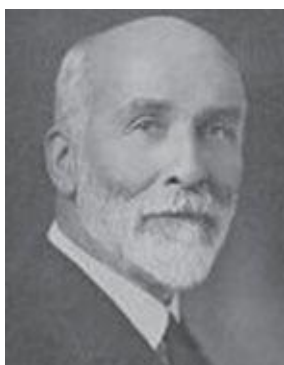
Capítulo 9

Jonathan Goforth

El portaaviones del renacimiento de China

¡Huyan al sur! ¡Los bóxers cortan la ruta norte!

Era una tarde sofocante mientras Jonathan Goforth se preparaba para la capilla del día. "¡Huyan al sur! ¡Ruta del norte cortada por los bóxers!", era el mensaje que circulaba por toda China, transmitido por cable, bicicleta, barco, a caballo e incluso a pie. Jonathan releyó el telegrama urgente del cónsul estadounidense en Chefoo, lo dejó sobre la mesa, levantó la vista y dijo: "Padre, estoy en tus manos... otra vez".



Jonathan Goforth ⁴⁶⁸

El día anterior, un mensajero oficial chino que se dirigía al sur en un poderoso corcel negro había atravesado la ciudad a toda velocidad. Una pluma quemada ondeando en su gorra china indicaba que llevaba un mensaje de vida o muerte de un miembro de la familia real. Todos los intentos de Jonathan por averiguar qué significaba para los aldeanos chinos habían sido inútiles.

Intercambiando miradas inquietas, Jonathan y su esposa, Rosalind, habían reunido a sus cuatro hijos, de entre ocho meses y nueve años, y a toda prisa comenzaron a empacar cajas con comida, agua y ropa para su escape. Antes del amanecer del día siguiente, planeaban escabullirse de la estación misionera de Changte con diez carretas lleno de suministros, así como seis misioneros, tres ayudantes chinos y cuatro niños.

"¿Qué ruta deberíamos tomar?", le preguntaron los misioneros a Jonathan con ansiedad. La más directa era hacia el sur, atravesando la capital, Kaifengfu, y luego catorce días en carreta hasta el río Han. Desde allí, remontarían el Yangtsé hasta Shangháí, un lugar seguro. Era un viaje peligroso, sobre todo para los niños.

Durante la noche de insomnio, Jonathan se volvió hacia Rosalind y le susurró: «Algo anda mal; tenemos que cambiar de planes. No creo que vayamos al sur por Kaifengfu. En su lugar, viajaremos al suroeste».

—¡Pero Jonathan, eso nos añadirá días de viaje! —susurró—. Lo sé, pero estoy segura de que es la voluntad de Dios.

Lo que Jonathan no sabía era que el mensajero chino que recorría la ciudad llevaba un paquete sellado de la emperatriz viuda Cixi, directamente al sur, al gobernador de Kaifengfu. Adjunto se encontraba una orden real para la masacre de todos los extranjeros en China, ¡sin excepción!

Si Jonathan Goforth no hubiera escuchado al Espíritu Santo esa noche, si su corazón no hubiera sido sensible a la voz de Dios, habría llevado a su familia directamente a las manos de los sanguinarios bóxers. En cambio, aunque se avecinaban días desgarradores, los Goforth fueron guiados por su Redentor hacia la seguridad y la liberación.

El pionero del avivamiento de Dios

Hermanos, el Espíritu de Dios aún está con nosotros. Pentecostés aún está a nuestro alcance. Si se nos niega el avivamiento, es porque algún ídolo aún permanece entronizado; porque aún insistimos en confiar en artimañas humanas; porque aún nos negamos a aceptar la verdad

inmutable de que no es por nuestro poder, sino por su Espíritu.

—Jonathan Goforth

Jonathan Goforth fue un pionero del avivamiento con una pasión ardiente por ganar almas para Cristo. La cita anterior proviene del pasaje final de su libro "Por mi Espíritu". A lo largo de su ministerio, Goforth proclamó con valentía que los corazones de los hombres serían atraídos al Salvador solo por el Espíritu de Dios. Muy temprano en su ministerio, su versículo de vida se convirtió en Zacarías 4:6: "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, dice Jehová de los ejércitos". Debido a su fe inquebrantable en el Espíritu Santo para transformar vidas para la eternidad, Goforth fue usado por Dios para iniciar avivamientos radicales en China, alcanzando a decenas de miles de personas en los albores de su ministerio del siglo XX.

“Jonathan Goforth fue un pionero de pies a cabeza”, escribió su esposa Rosalind. “Siempre tuvo una visión de futuro y firmes convicciones sobre cómo discernir la guía divina para sí mismo... Jonathan creía en la libertad de cada misionero para continuar su obra al sentirse guiado por el Espíritu Santo”. 470

Tras presenciar el poderoso avivamiento coreano de 1907, Goforth oró para que el Espíritu Santo cayera sobre China con un viento impetuoso y atrajera a la cruz a hombres y mujeres no redimidos. No quedó defraudado, pues decenas de miles fueron ganados para Cristo y se abrieron casi cien estaciones misioneras en todo el norte de China y Manchuria.

A lo largo de cuarenta y siete años de ministerio con Rosalind a su lado, el celo de Goforth por las misiones y la Palabra de Dios nunca disminuyó. «Cuando [Jonathan] descubrió que su alma necesitaba a Jesucristo, se convirtió en una pasión para él llevar a Jesucristo a todas las demás almas». 471

Entregándose al poder del Espíritu Santo para ganar almas para el reino de Dios, Jonathan Goforth se convirtió en el principal misionero revivalista de principios del siglo XX en China y uno de los misioneros generales más ungidos de Dios.

El estudio de los mapas del mundo

Jonathan Goforth nació el 10 de febrero de 1859 en London, Ontario, Canadá, el séptimo de once hijos de Francis y Jane Bates Goforth. Eran una familia de granjeros muy trabajadora, compuesta por diez niños y una niña, y se necesitó toda la ayuda posible para evitar que la granja se desmoronara.

Aunque Francis Goforth tenía poco tiempo para la religión, su esposa les enseñó las Escrituras a todos sus hijos desde pequeños, y para cuando Jonathan tenía tan solo cinco años, ya podía leer los salmos en voz alta. Ninguno de los hijos de los Goforth asistía a la escuela de abril a octubre, ya que la granja absorbía todo el tiempo y la energía de la familia. Durante los meses de invierno, Jonathan se esforzaba igual de duro en la escuela para ponerse al día. Su recuerdo más vívido era el de estar de pie al frente del aula, estudiando atentamente los mapamundis colgados en las paredes. De niño, sentía en su alma un profundo deseo por los lugares más remotos del mundo.

La sonrisa lo dijo todo

Aunque Jonathan tenía seis hermanos mayores, cuando tenía quince años, su padre le confió la administración de su segunda propiedad, la granja Thamesford. El mayor de los Goforth le dio instrucciones específicas para limpiar un campo grande que estaba invadido por la maleza y la maleza. "Deja ese campo limpio y listo para...Sembrando, hijo. Cuando llegue la cosecha, volveré a inspeccionar.

Años después, Jonathan cautivó a las congregaciones con la historia de su intensa labor diaria en el campo de su padre. Aró, cultivó y compró la mejor semilla para sembrar. Cuando finalmente llegó la época de la cosecha, Jonathan recordó: «Mi corazón se llenó de alegría al guiar a mi padre a un lugar alto desde donde se podía ver todo el campo de hermosos cereales ondeantes. Sin decir palabra, esperé el ansiado «bien hecho». Mi padre permaneció allí un rato examinando el campo en silencio y luego, volviéndose hacia mí, simplemente sonrió.

“Esa sonrisa fue toda la recompensa que anhelaba”, declaró Goforth. “Sabía que mi padre estaba complacido. Así será si somos

fieles a la confianza que nos ha dado nuestro Padre celestial”.

“Incliné mi cabeza...y le entregué mi corazón”

En 1877, a los dieciocho años, Goforth asistió a un servicio religioso dirigido por su profesor de Biblia de la escuela secundaria, Lachlan Cameron. Jonathan escribió más tarde sobre esa mañana de domingo: «El Sr. Cameron parecía mirarme fijamente mientras, durante su sermón, suplicaba que todos los que no lo habían hecho aceptaran al Señor Jesucristo. Sus palabras me conmovieron profundamente y me dije: «Debo decidir antes de que termine...». Mientras estaba allí sentado, sin ninguna señal externa, salvo simplemente inclinar la cabeza, me entregué a Cristo».

Casi sesenta años después, en su septuagésimo quinto cumpleaños, Goforth recordó con su hija Mary:

Mi conversión a los dieciocho años fue sencilla, pero tan completa que desde entonces pude decir con Pablo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2:20). Desde entonces, mi vida perteneció a Aquel que dio la suya por mí.

Poco después de la conversión de Jonathan, su padre también entregó su vida a Cristo.

Una cálida tarde de sábado de ese mismo año, Jonathan recibió un ejemplar desgastado de Las memorias de Robert Murray M'Cheyne, con el reto: "¡Lee esto; te hará bien!". Dejó el libro en el asiento de su carreta y se marchó. La curiosidad lo llevó a salir del camino para leer el libro, y no lo terminó hasta que anocheció. En esas horas de tranquilidad, leyendo la historia de las luchas y victorias espirituales de M'Cheyne como misionero, Jonathan Goforth "tomó la decisión que cambió el curso de su vida". Se iría cultivar para siempre y dedicarse al ministerio, compartiendo el mensaje de salvación de Dios por medio de Jesucristo.

Nadie ha escuchado el llamado

Jonathan pasó el año siguiente preparándose para ingresar al Knox College en Toronto. Casi al mismo tiempo, se enteró de que un

misionero predicaría en una iglesia cercana. Quedó fascinado mientras, sentado en el abarrotado santuario, escuchaba al pionero misionero George L. Mackay describir su ministerio a las almas perdidas en Formosa (actual Taiwán). "Durante dos años", compartió Mackay, "he estado recorriendo Canadá intentando convencer a algún joven para que venga a Formosa y me ayude, pero en vano. Nadie ha captado la visión. Ahora vuelvo solo. No pasará mucho tiempo antes de que mis huesos yazcan en alguna ladera formoseña. Me duele que ningún joven haya escuchado el llamado a venir y continuar la obra que he comenzado".

"Al escuchar estas palabras", escribió Jonathan, "me sentí abrumado por la vergüenza. Si la tierra se hubiera abierto y me hubiera tragado, habría sido un alivio. Allí estaba yo, comprado con la preciosa sangre de Jesucristo, atreviéndome a disponer de mi vida como quisiera. Escuché la voz del Señor que decía en mi alma: '¿Quién irá por nosotros y a quién enviaremos?'. Y respondí: 'Aquí estoy; envíame a mí'. Desde ese momento, me convertí en misionero extranjero... y me puse a trabajar para que otros captaran la visión que yo había captado de los millones de personas no alcanzadas ni evangelizadas en la tierra". 475

Una revelación grosera en Knox College

En el otoño de 1882, a los veintitrés años, Jonathan dejó su hogar para ir al Knox College de Toronto con gran entusiasmo; pensaba que pasaría los siguientes cuatro años estrechando lazos con jóvenes cuyos corazones también ardían por servir a Cristo. Pero no fue eso lo que encontró.

Los compañeros de Jonathan se burlaban de él, un chico de campo con ropa hecha a mano y una ingenuidad ante la vida urbana. En un intento por encajar, Jonathan compró tela nueva para un traje más moderno, pero sus compañeros entraron a escondidas en su habitación a altas horas de la noche, lo ataron y le hicieron un agujero en la tela nueva. Le metieron la cabeza por ella y lo obligaron a salir al pasillo para enfrentarse a un grupo de estudiantes que lo ridiculizaban. Para Jonathan, no fue una broma infantil, sino una decepción desgarradora.

Humillado hasta las lágrimas, cayó de rodillas, con su Biblia

abierta ante él, y se comprometió a servir al Señor con mayor pasión que nunca, aunque tuviera que hacerlo solo. La traumática experiencia se convirtió en una piedra angular de su fundación como pionero misionero. Jonathan Goforth se convertiría en un pionero del amor de Cristo, sin miedo a ir donde otros...No se aventuraría. No podía prever cómo Dios usaría a esos jóvenes desdeñosos para ayudarle a cumplir su llamado misionero.

Los barrios marginales de Toronto

Durante los siguientes cuatro años, Jonathan evangelizó regularmente en los barrios marginales del barrio de St. John en Toronto. Recorrió cada calle, tocando a cada puerta y compartiendo el evangelio de Cristo con miles de ciudadanos empobrecidos del centro de la ciudad. Cientos respondieron aceptando el mensaje de la salvación de Cristo. Durante estos años, también leyó el libro de Hudson Taylor, "China's Spiritual Need and Claims", y sintió que Dios atraía su corazón hacia China. En cada actividad, Jonathan se preparaba para su futura vida misionera. Cada paso que da una persona es una preparación para el siguiente. La preparación nunca es una pérdida de tiempo. El camino es siempre tan importante como el destino.

Poco a poco, los compañeros de clase de Jonathan acogieron al ferviente misionero rural en sus vidas. Su entusiasmo por los perdidos era contagioso. Como resultado, los estudiantes de Knox desarrollaron un profundo interés en las misiones extranjeras y, años más tarde, brindaron el apoyo financiero inicial para su viaje misionero a China.

Una Biblia muy usada

En junio de 1885, un grupo de jóvenes esperaba con entusiasmo en la Unión Misionera de Toronto a los predicadores bíblicos del día. Goforth, vestido con su habitual ropa pobre de campo, estaba sentado al final del pasillo. A pocos asientos de distancia, una joven de una familia adinerada de Toronto se removía en su asiento, mirándolo con creciente curiosidad.

Cuando Jonathan tuvo que hablar con unos amigos, dejó su Biblia sobre su asiento. En un impulso repentino, la joven se acercó a su

silla, tomó la Biblia y corrió a su sitio. Pasando las páginas rápidamente, descubrió que «el libro estaba hecho trizas y lleno de marcas de principio a fin». Devolviendo la Biblia en silencio al asiento de Jonathan, Rosalind pensó: «¡Ese es el hombre con el que me gustaría casarme!».

Sin anillo de compromiso

Rosalind Bell-Smith nació en Londres, Inglaterra, el 6 de mayo de 1864 y se mudó a Canadá con sus padres cuando tenía tan solo tres años. Su padre, John Bell-Smith, fue un artista británico de renombre y fundador de la Sociedad de Artistas Canadienses. Rosalind había dedicado años a la formación artística y tenía previsto partir de Canadá ese otoño para continuar sus estudios en Londres.

—hasta el día que conoció a Jonathan Goforth.

Rosalind se había convertido al cristianismo a los doce años y su fe había crecido con paso firme. Ahora, a los veinte, oraba fervientemente para que, si el Señor quería que se casara, la guiara hacia un hombre «completamente entregado a Cristo y a su servicio».

El día de la reunión de la Misión de Toronto, Jonathan y Rosalind fueron asignados al nuevo equipo misionero en el este de Toronto. Para cuando llegó el otoño, se habían enamorado. Cuando Jonathan le preguntó: "¿Unirás tu vida a la mía por China?", su respuesta inmediata fue sí.

Su siguiente pregunta fue mucho más desafiante: "¿Me prometes que siempre me permitirás poner a mi Señor y Su obra primero, incluso antes que a ti?" Rosalind suspiró levemente antes de responder: "Sí, lo haré, siempre". ¿No era este precisamente el tipo de hombre por el que había orado?

Su primera prueba real llegó una semana después, cuando Jonathan le hizo una pregunta sorprendente: "¿No te importará si no te compro un anillo de compromiso? Necesitamos todo nuestro dinero para distribuir el folleto de Hudson Taylor, "Las necesidades y reivindicaciones espirituales de China", a las iglesias de Toronto".

«Mientras escuchaba y observaba su rostro radiante», escribió Rosalind años después, «la visión de mi hermoso anillo de

compromiso se desvaneció». Rosalind siempre se refería a ese día como «¡mi primera lección de verdaderos valores!».

“Oh Dios, ¿qué puedo hacer?”

Ese mismo año, se celebró una Conferencia de Creyentes en Niagara-on-the-Lake, Ontario. Jonathan, aún un estudiante desconocido para muchos en aquel entonces, fue invitado a hablar sobre el llamado a las misiones. Al presentar su llamado por 900 millones de almas perdidas en el mundo, un joven entre la multitud se conmovió profundamente.

Henry W. Frost era cristiano y un joven empresario estadounidense. Al escuchar el llamado a favor de China, "Frost clamó en lo más profundo de su alma: 'Oh, Dios, ¿qué puedo... qué debo hacer?'"⁴⁷⁸ Este fue el comienzo del ferviente interés de Frost por las misiones extranjeras. Poco después, el joven viajó a Inglaterra para pedirle a Hudson Taylor que abriera la Misión al Interior de China a los misioneros estadounidenses. Taylor finalmente reconoció la unción del Señor en la visión de Frost y lo nombró primer director de la Misión al Interior de China de Norteamérica. Miles de vidas chinas cambiaron para siempre gracias al compromiso de Frost con China. Y Jonathan Goforth fue la chispa que encendió la llama del llamado de Frost.

La revelación de alimentar a las filas traseras

Cuando la Misión del Interior de China se abrió a los misioneros estadounidenses, Goforth se convirtió en el primer norteamericano en solicitarlo. Tras varios meses de espera, fue aceptado en la organización. Pero los compañeros de clase de Jonathan en Knox tenían otros planes. Creían que debía ser enviado al campo misionero bajo la protección espiritual de su denominación de origen, la Iglesia Presbiteriana de Canadá. Sus donaciones económicas fueron suficientes para impulsarlo en su viaje misionero.

Al principio, el Presbiterio Canadiense no estaba muy entusiasmado con la idea de añadir la obra misionera al presupuesto de la denominación. Entonces, Jonathan se puso de pie para dirigirse a ellos en la reunión anual del Presbiterio. Para Goforth, el mandato de Cristo de evangelizar el mundo era clarísimo, y su rotundo desafío

conmovió profundamente a cada ministro presente.

Al final de su mensaje, Jonathan describió una vívida imagen de Jesús y la alimentación milagrosa de los cinco mil, según el capítulo catorce del Evangelio de Mateo. Describió a Jesús bendiciendo el pan y el pescado y luego entregándolos a sus discípulos para que los distribuyeran. Con alegría, los discípulos llevaron la comida a las primeras filas de la multitud hambrienta.

“Ahora imaginen”, continuó Goforth, “que estos mismos discípulos, en lugar de ir a las últimas filas, regresaran a los que ya habían sido alimentados y les ofrecieran más pan y pescado hasta que se alejaran, mientras que las últimas filas de miles seguían esperando y muriendo de hambre.

“¿Qué habría pensado Cristo de sus discípulos —preguntó a su distinguida audiencia— si hubieran actuado así? ¿Qué piensa de nosotros hoy, que seguimos dedicando la mayor parte de nuestro tiempo y dinero a dar el Pan de Vida a quienes lo han escuchado con tanta frecuencia, mientras millones en China siguen muriendo de hambre?”. 479 Al terminar su discurso, la junta presbiteriana, sin más debate, votó unánimemente a favor de la iniciativa misionera.

Rapidez en los pasos

Después de ese día, todo se aceleró. En junio de 1887, Jonathan fue nombrado oficialmente misionero en China. Cuatro meses después, fue ordenado por la Iglesia Presbiteriana de Canadá, y el 25 de octubre de 1887 se casó con Rosalind Bell-Smith en la Iglesia Knox de Toronto. A principios de enero de 1888, llegaron noticias de que una gran hambruna azotaba China. La junta misionera decidió que los Goforth debían partir lo antes posible para llevar los fondos de ayuda necesarios directamente a los misioneros británicos que ya servían en China.

La estación de tren estaba repleta de cientos de personas que les deseaban lo mejor mientras los Goforth se preparaban para partir hacia la obra de su vida. Se alzaron las voces cantando himnos mientras Los Goforth fueron despedidos. ¿Quién podría haber imaginado ese día que decenas de miles de vidas chinas serían

transformadas para siempre por la misión de este hombre y su devota esposa?

No deje ninguna piedra sin mover

“No escatimemos esfuerzos en el esfuerzo por difundir el mensaje a toda criatura”, escribió Jonathan el 4 de febrero de 1888, la noche en que partieron de Vancouver a bordo del SS Partha. “Sé que muchos observan este movimiento. Ganemos diez mil almas chinas. Le complacerá a Él, nuestro Señor”.

Tras cruzar el Océano Pacífico, Jonathan y Rosalind llegaron a Shangháí, donde fueron recibidos por varios misioneros de la Sociedad Misionera de Londres. Goforth entregó los fondos de ayuda tan necesarios, y los experimentados misioneros le cedieron el campo misionero asignado a la Iglesia Presbiteriana de Canadá: la provincia de Honan del Norte (actual provincia de Henan), en el centro-norte de China.

Lo primero en la agenda de los Goforth sería el estudio intensivo del chino mandarín en la estación misionera de Chefoo. Poco después de su llegada para las clases de idioma, ocurrió un desastre: se desató un incendio en las pequeñas cabañas de Chefoo. Los Goforth observaron con impotencia cómo sus pertenencias eran consumidas por el fuego, incluyendo las preciadas obras de arte de Rosalind, así como sus regalos de boda y fotografías familiares. Aunque Jonathan la consolaba diciéndole que "solo eran cosas", en el fondo de su corazón, Rosalind sabía que los sacrificios por la vida misionera apenas comenzaban.

El diablo nos lanza estos desafíos para cansarnos. Quiere interferir en el plan de Dios, para que nos detengamos en el camino. Los Goforth se entristecieron, pero siguieron adelante.

“Debes seguir adelante de rodillas”

“Se nos pide hacer una tarea imposible, pero trabajamos con Aquel que puede hacer lo imposible”, aseguró Jonathan a Rosalind; después de un año en Chefoo, estaban haciendo planes para mudarse más cerca de North Honan.

Justo antes de emprender su viaje, Jonathan recibió una carta de

apoyo de Hudson Taylor que decía: «Entendemos que Honan del Norte será su campo de batalla; como misión, llevamos diez años intentando entrar en esa provincia desde el sur, y apenas ahora lo hemos conseguido. Es una de las provincias más antiextranjeras de China... Hermano, si desea entrar en esa provincia, debe hacerlo de rodillas». 481

¡Adelante de rodillas! ¡Esas palabras se convirtieron en el lema de la misión del norte de Honan desde ese momento en adelante!

Al principio, el gobernador de Honan se negó a conceder el permiso para la misión, así que Jonathan cruzó a la provincia solo para recorrer el territorio y orar. Mientras contemplaba la hermosa campiña y las majestuosas montañas Shansi al oeste de la ciudad de Changte, el Señor le habló al corazón.

“Caminando delante de las carretas”, escribió Jonathan, “le rogué al Señor que me diera esa sección del norte de Honan como mi propio campo, y mientras oraba, abrí las Promesas de las Escrituras de Clarke, mi libro de texto diario, y encontré la promesa para ese día que decía así: Porque como descende la lluvia y la nieve del cielo, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié”. 482 (Véase Isaías 55:10-11).

Goforth era un hombre profundamente inmerso en la Palabra de Dios. Siempre encontró en las Escrituras la clave para mantener su relación con el Señor firme y encaminada hacia sus propósitos. Ahora creía que esta Escritura era la palabra profética de Dios para él; el Señor respondería a su oración y prosperaría sus propósitos en ese mismo terreno.

Aprendiendo a hablar chino de forma sobrenatural

Los Goforth se mudaron a su primera estación misionera en Linching, a las afueras de North Honan, junto con su primera hija, Gertrude Madeline, de nueve meses. Donald McGillivray, el mejor amigo de Jonathan en Knox College, llegó de Canadá para unirse a

ellos y pasó los siguientes treinta y cinco años ministrando junto a Jonathan. Mientras predicaban en Linching, ambos se dedicaron a estudiar el idioma, pero con resultados muy diferentes.

Muchos misioneros eran genios aprendiendo idiomas, pero Jonathan Goforth no era uno de ellos. Para él, el chino era indescritiblemente difícil. Cuando predicaba en la capilla, los hombres solían señalar a McGillivray, diciendo: "¡Nos hablas a nosotros; no lo entendemos!". Por otro lado, los idiomas siempre habían sido la materia predilecta de McGillivray, y más tarde se hizo conocido como un brillante traductor de chino.

El desánimo amenazó con distraer a Jonathan de su trabajo. Un día, al salir para una predicación programada en la capilla de la misión, le confesó a Rosalind: «Si el Señor no obra un milagro en mí con este idioma, ¡temo que seré un completo fracaso como misionero!». Recogiendo su Biblia china, salió preocupado pero regresó a la habitación rebosante de alegría dos horas después.

¡Oh, Rose! ¡Fue maravilloso! Cuando empecé a hablar, esas frases y modismos que siempre se me escapaban surgieron con facilidad, y me entendí tan bien que los hombres me pidieron que continuara, aunque Donald se había levantado para hablar. ¡Sé que la fuerza del lenguaje está rota! ¡Alabado sea el Señor!

Años después, un especialista en chino le preguntó a Jonathan: "¿De dónde sacaste esa forma de hablar? ¡Hagas lo que hagas, no la cambies! ¡Se te entiende en una zona más amplia de China que a cualquier otra persona que yo conozca!". ¡La respuesta milagrosa de Dios a la oración de Goforth duró toda la vida!

Superando los ataques de la enfermedad y la muerte

Como hemos visto con otros pioneros misioneros, el precio del ministerio en tierras extranjeras a menudo implicaba un gran coste personal. Mientras construían la casa de la misión en Linching, los culíes contratados, en lugar de caminar en busca de agua fresca para hacer la argamasa, llenaban sus cubos de un charco indescritiblemente sucio cercano.

Los Goforth no se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo. Es

un triste recordatorio de que, independientemente de nuestra trayectoria en el ministerio, debemos ser extremadamente cuidadosos para asegurarnos de que las cosas se hagan bien. Aunque confiamos en las personas, como líderes, debemos esforzarnos por supervisar de cerca a quienes dirigimos. En el caso de los Goforth, fue una lección dolorosamente difícil.

La disentería se desató, primero entre los trabajadores; luego, el profesor de chino de McGillivray la contrajo y falleció a los pocos días. El propio McGillivray enfermó, pero se recuperó rápidamente. Trágicamente, pocos días después, la querida Gertrude enfermó de gravedad. Los Goforth la llevaron de urgencia a un médico misionero en el pueblo vecino, y se hizo todo lo posible por salvarla, pero su pequeño cuerpo no pudo combatir la enfermedad. El 24 de julio de 1889, falleció la primogénita de los Goforth. Jonathan, desconsolado, escribió a su familia: «Gertrude Madeline ha fallecido. Es una terrible pérdida... Solo quienes han perdido un tesoro preciado pueden comprender nuestros sentimientos».

No había cementerio para extranjeros en Linching, así que Jonathan y Donald llevaron su pequeño cuerpo a Pangchwang, a ochenta kilómetros de distancia, mientras Rosalind se quedaba en casa, recuperándose también de un ataque de disentería. Dos años después, los hombres regresarían a Pangchwang para enterrar al segundo hijo de los Goforth, Donald, quien murió a causa de una caída accidental. Los desconsolados padres se arrodillaron ante el Señor, entregándole todo lo que tenían en sus corazones y vidas. difundir el evangelio a los millones de personas perdidas de China.

Entrando en la Tierra Prometida

Aunque Jonathan todavía no tenía permiso para establecer una estación misionera en Changte, en agosto de 1891, él, Rosalind y su hijo de cinco meses, Paul, así como McGillivray, se mudaron a Chuwang, una pequeña aldea de chozas de barro justo dentro de la frontera de Honan.

Aunque los años pioneros en Chuwang fueron difíciles, también estuvieron llenos de grandes bendiciones. Los Goforth habían orado para que Dios les diera conversos dedicados desde el principio.

Conocían a misioneros en China, India, Birmania y otros lugares que habían trabajado durante muchos años sin conseguir conversos, pero los Goforth no creían que esa fuera la voluntad de Dios para ellos. Ya que el propósito de Dios era salvar a hombres y mujeres a través de sus canales humanos, ¿por qué no hacerlo desde el principio? 485 Los Goforth y McGillvray salieron creyendo para que la gente se salvara. Oraron, trabajaron y creyeron por sus conversos, y Dios recompensó su fe.

El demonio tuvo que irse

En un frío día de invierno de 1892, Jonathan conoció a un adicto chino de tan solo treinta y ocho años, pero que estaba encorvado como un anciano, reducido a piel y huesos por el consumo de opio. En años anteriores, Wang Fulin se había ganado la vida como narrador público, pero ahora ya no estaba en condiciones de trabajar.

Cada día, Goforth intentaba acercarse a él con el evangelio. «Wang Fulin, tiemblo por ti. El camino que has elegido conduce directo al infierno... Pero hay esperanza en nuestro Salvador. Él puede salvar eternamente a todos los que se acercan a Dios por medio de él». 486 Finalmente, Wang Fulin recibió el amor de Cristo en su vida, pero no tenía la fuerza para luchar contra el yugo del opio. Jonathan se negó a rendirse y llevó a Wang al hospital de Changte para que recibiera atención médica.

Al quinto día de retiro, Wang se encontró cara a cara con el enemigo de su alma. Ya fuera un sueño o la realidad, describió lo que vio:

Había decidido que ya no tenía sentido luchar contra mis antojos. Mientras corría para escapar del hospital, me asombró encontrar un pozo profundo y ancho entre mí y la salida. Si no lograba saltar, sin duda caería en el pozo y me rompería el cuello.

Una criatura de aspecto diabólico me hizo señas para que saltara desde el pozo, sabiendo que no podría lograrlo. Entonces oí una voz sobre mí que me instaba: "¡Wang Fulin! ¡Resiste, resiste!". Me pareció que esta era la última advertencia de Dios.

Wang Fulin resistió a Satanás, a su ansia y al poder del opio sobre él.

Quedó destrozado para siempre. Salió de la lucha como un hombre nuevo en Cristo. En poco tiempo, Dios usaría a Wang Fulin para bendecir grandemente el ministerio de Jonathan.

En 1894, los Goforth tomaron su primer permiso en Canadá. El año anterior, Rosalind había dado a luz a una hermosa niña rubia, Florence Elizabeth. Durante su estancia en Canadá, dio a luz a su quinto hijo, una niña a la que llamaron Helen.

Justo antes de regresar a Canadá, recibieron la terrible noticia de que la región de Chuwang había sido azotada por grandes inundaciones y, como en Chefoo, todas sus pertenencias habían sido destruidas. Pero la fe de Rosalind en que Dios satisfaría sus necesidades se fortalecía con cada año que pasaba.

Predicación sin parar todo el día

Finalmente, los Goforth recibieron permiso para trasladar la misión a Changte, una ciudad de más de 100.000 habitantes. Esta era la misma tierra por la que Jonathan había caminado y orado seis años antes. Agradecidos por las bendiciones de Dios, él y McGillivray comenzaron su nueva obra.

Desde el primer día, el pueblo chino acudió en masa a ver a los misioneros extranjeros. «Estoy encantado con la actitud de la gente hacia nosotros», escribió Jonathan. «¡El Maestro está obrando en los corazones de los hombres!».

De hecho, los chinos de Changte estaban tan contentos de tener a los Goforth allí que comenzaron a visitar el complejo misionero por miles. McGillivray y un ministro chino viajaban por la región como evangelistas, así que la obra misionera recayó en Jonathan y Rosalind. Mientras Jonathan predicaba a las multitudes de hombres que llenaban la capilla de la mañana a la noche, Rosalind, que ahora dominaba el chino, enseñaba a las visitantes.

«¡Incluso a la hora de comer, nuestras ventanas estaban llenas de caras curiosas!», escribió Rosalind. A veces, mandaba llamar a Jonathan y le decía: «¡Por favor, vengan a ayudarme! Hay muchísimas mujeres; estoy tan cansada de predicar que apenas puedo hablar». 489 Los Goforth necesitaban refuerzos desesperadamente.

Una mañana temprano, Jonathan se acercó a Rosalind con la Biblia abierta y leyó: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» [Filipenses 4:19]. ¡Sin duda necesitamos un evangelista que nos ayude! Rosalind —preguntó—, ¿crees que Dios puede suplir todas nuestras necesidades y cumplir esta promesa? Sí, lo creo. Oremos uniéndonos para que Dios envíe a un hombre que pueda relevarme en la capilla. Entonces yo también podré ayudarte».

Se arrodillaron juntos y Jonathan rezó una oración ferviente y llena de fe. Rosalind admitió más tarde que no estaba tan segura de recibir una respuesta como su esposo. "¡Era como si estuviéramos rezando para que lloviera en un cielo despejado!"

La respuesta inusual

Sin embargo, fiel a su promesa, Dios cumplió su Palabra: «Antes que clamen, yo responderé; y mientras aún hablen, yo habré oído» (Isaías 65:24). Antes de que los Goforth siquiera hubieran orado, Dios envió la respuesta, ¡y qué respuesta tan sorprendente!

Dos mañanas después, un rostro familiar apareció en la puerta de la misión. Era Wang Fulin, quien había viajado tres días para llegar hasta ellos. Aún estaba libre de opio, ¡pero nadie parecía menos una respuesta a sus oraciones! Aún demacrado por su anterior adicción a las drogas, sufría una tos seca y vestía como un mendigo. Pero el Señor ve más allá de las apariencias, hasta el corazón de un hombre. Desde que se convirtió al cristianismo, Wang había profundizado su relación con Jesucristo.

En dos horas, estaba limpio, vestido con una de las túnicas chinas de Jonathan y sentado en la capilla. «Wang Fulin compartirá su testimonio hoy en la capilla», anunció Goforth.

Desde el primer día de su ministerio, Wang Fulin habló con el poder del Espíritu Santo. Tenía un solo llamado en su vida: ganar almas para Jesucristo. Predicó en la capilla todos los días durante los tres años siguientes. Con su don natural para la narración, compartía historias bíblicas que cobraban vida, especialmente la del hijo pródigo, una parábola con la que se identificaba personalmente

debido a sus años de adicción a las drogas. Siempre hablaba como «un moribundo a moribundos, y cada día, hombres llegaban a Cristo bajo su ministerio ungido». 491

“Días de bendición”

“Me siento obligado a decir Gloria a Dios en las alturas”, escribió Jonathan el 16 de diciembre de 1895, “porque Él está manifestando graciosamente Su poder divino estos días... Es tal la cantidad de hombres que vienen día tras día que hemos mantenido una predicación constante durante un promedio de ocho horas al día... Nunca antes, en Canadá ni aquí, había percibido tal poder del Espíritu Santo”. 492

En tan solo cinco meses en Changte, más de 25.000 hombres y mujeres visitaron la misión y escucharon el mensaje del evangelio. Muchos creyeron en el Señor Jesucristo y fueron salvos; algunos se convirtieron en evangelistas chinos, viajando por todo Honan para llevar el evangelio a sus hermanos chinos.

“Los días de bendición continúan”, escribió Jonathan unos años después. “En estos días, la gente que nos rodea... ha tenido el privilegio de ver las señales manifiestas del poder del Espíritu Santo entre ellos. ¡Nadie sino el Espíritu Santo pudo abrir estos corazones para recibir la verdad!”.

Un año de felicidad y angustia

A medida que la misión de Changte crecía, también lo hacía la familia Goforth, que se duplicó en cuatro años con la llegada de Gracie, Ruth y el bebé Wallace. La junta de la misión local envió los fondos para la construcción de una nueva casa con pisos de madera, ventanas de vidrio, una bomba de agua, una estufa con chimenea y un sótano. Orando para que la casa fuera una bendición y no un obstáculo para el pueblo chino, Jonathan inmediatamente implementó una política de "puertas abiertas".

Él y Rosalind ofrecían visitas diarias a cientos de chinos y chinas curiosos. Pero antes de que los curiosos visitantes pudieran ver una sola habitación, escucharon el mensaje de la salvación de Cristo. «Algunos pensarán», escribió Goforth más tarde, «que recibir visitas

no es una verdadera obra misionera, pero yo creo que sí lo es. Me esfuerzo por hacerme amigo de la gente y cosecho los frutos cuando voy a sus pueblos a predicar». 494

Durante una fiesta pagana en el otoño de 1899, ¡más de 1800 hombres y 500 mujeres recorrieron la casa en un solo día! Las visitas abrieron los corazones de la gente al evangelio de Cristo y ayudaron a los misioneros extranjeros a superar la desconfianza china como ninguna otra cosa podría haberlo hecho.

Entonces, de repente, tras cinco años de grandes bendiciones en Changte, los Goforth entraron en una época de pruebas agonizantes. En el otoño de 1899, su hija de tres años, Gracie, contrajo cólera y falleció debido a los efectos debilitantes que la enfermedad tuvo en su pequeño cuerpo. Ocho meses después, Florence, de siete años, sufrió una fiebre muy alta. Le diagnosticaron meningitis espinal y, en pocos días, también regresó a casa con el Señor.

Rosalind abrazó a sus cuatro hijos restantes más cerca de su corazón y oró por el consuelo y la fortaleza de Dios mientras las oscuras nubes de la persecución se cernían en el horizonte.

“Diablos extranjeros”: comienza la rebelión de los bóxers

El cual nos libró de tan gran muerte, y nos libra, y en quien esperamos que aún nos libraré. (2 Corintios 1:10)

“Nunca olvidaremos el año 1900”, escribió Rosalind Goforth. “Las nubes de la persecución comenzaban a arremolinarse, y los murmullos de la tormenta inminente se oían por todas partes. El primer indicio del peligro inminente fue cuando detuvieron a nuestros carteros que iban y venían de Tientsin y nos devolvieron el correo. Estábamos literalmente aislados del mundo exterior”.

A los pocos días de que se detuviera el correo, Jonathan recibió el telegrama urgente de Chefoo, el evento descrito al comienzo de este capítulo: “¡Huyan al sur!

¡La ruta del norte cortada por los bóxers! Eran los días de la Rebelión de los Bóxers, cuando los rebeldes chinos se levantaron para matar a todos los “demonios extranjeros” en el interior de China, la mayoría de los cuales eran misioneros.

Sin demora, los Goforth partieron en diez carretas repletas, junto con sus cuatro hijos restantes —Paul, de nueve años; Helen, de seis; Ruth, de dos; y el bebé Wallace, de apenas ocho meses—, así como otros misioneros, ayudantes y hombres que conducirían las carretas tiradas por bueyes. Partieron de Changte al amanecer del 28 de junio de 1900, sin imaginar que muchos de sus compañeros misioneros y amigos personales ya estaban siendo ejecutados por los despiadados bóxers.

¡Mata! ¡Mata!

El grito "¡Maten! ¡Maten!", de los rebeldes chinos, resonó por las colinas, llanuras, pueblos y ciudades de China. Solo por la gracia de Dios, Jonathan había elegido una ruta alternativa: hacia el sur desde Changte, evitando los campos de exterminio de Kaifengfu.



Viajando en carro por el norte de China.

(De China y el Evangelio: Un informe ilustrado del interior de China)

Misión, 1906)

Nueve días después de su viaje, el 7 de julio de 1900, el grupo de Goforth llegó al pequeño pueblo de Hsintien y se apresuró a refugiarse en una posada para pasar la noche. Aunque bloquearon las puertas con sus carretas, una turba comenzó a congregarse fuera del patio, lanzando piedras contra la casa y exigiendo las pertenencias de los extranjeros. Fue una noche de insomnio.

A la mañana siguiente, los misioneros se prepararon en silencio para partir, sin que nadie expresara lo que todos sentían: la muerte estaba cerca.

“De repente, sin la menor advertencia”, escribió Rosalind, “me invadió un miedo abrumador de lo que podría esperarnos. No era el miedo a *después* muerte, sino de tortura que se apoderó de mí de manera tan terrible”. Mientras se reunían para orar, Jonathan sacó las Promesas de las Escrituras de Clarke de su bolsillo y leyó los primeros versículos que vio:

El Dios eterno es tu refugio, y debajo están los brazos eternos; y él echará al enemigo de delante de ti, y dirá: Destruíelos.

(Deuteronomio 33:27)

Tú eres mi ayuda y mi libertador; no tardes, oh Dios mío. (Salmo 40:17)

Yo te fortaleceré; sí, yo te ayudaré; sí, te sustentaré con la diestra de mi justicia... El Señor tu Dios te sostendrá de la mano derecha, diciéndote: «No temas; yo te ayudaré». (Isaías 41:10, 13)

Podemos decir con valentía: «El Señor es mi ayudador, y no temeré lo que me pueda hacer el hombre». (Hebreos 13:6)

La unción de la Palabra de Dios trajo consuelo y valentía a cada uno de los viajeros. «Casi desde el primer verso», escribió Rosalind, «mi alma se sintió inundada de una gran paz. Todo rastro de pánico desapareció, y sentimos la presencia de Dios con nosotros. De hecho, su presencia era tan real que difícilmente podría haber sido más real si hubiéramos visto una forma visible».

Una de las mayores fortalezas de los Goforth para el ministerio y la vida fue que habían aprendido el valor de recurrir siempre a las Escrituras. En lugar de hablar con la gente sobre sus dificultades, recurrían a capítulos y versículos de la Palabra de Dios, nuestro gran alentador y consolador.

Salvado de la decapitación

Al cruzar las puertas de la ciudad al salir de Hsintien, Jonathan susurró: «Hay problemas más adelante». Doscientos chinos furiosos, armados con pistolas, dagas y espadas, los esperaban. En cuanto las carretas cruzaron la puerta, los hombres se lanzaron hacia adelante frenéticamente.

Jonatán saltó de su carreta y gritó: «Tomen todo, pero no maten».

Recibió un poderoso golpe de espada china como respuesta. Siguieron gritos y confusión.

Aunque un hombre golpeó a Jonathan en el cuello, blandiendo su espada con ambas manos, el filo ancho y romo de la espada lo golpeó en lugar de la hoja afilada. Lo que pretendía decapitar a Jonathan solo le dejó un amplio moretón alrededor del cuello. Pero el furor estaba lejos de terminar.

“No temas, ellos están orando por ti”

Rosalind Goforth describió el violento ataque a la vida de su marido ese día:

El grueso salacot que llevaba Jonathan quedó prácticamente destrozado... Su brazo izquierdo, que llevaba levantado para protegerse la cabeza, recibió varios cortes hasta el hueso. Un terrible golpe por detrás le impactó la nuca, dejándole una abolladura tan profunda que, de milagro, no se partió en dos.

Mientras Jonathan caía, le pareció oír claramente una voz que decía: «No temas, están orando por ti». Mientras se levantaba aturdido, un hombre se abalanzó como para golpearlo, pero en cambio susurró: «¡Aléjate de los carros!». 500

Para entonces, la multitud saqueaba furiosamente las pertenencias de los Goforth. Un hombre atacó al bebé Wallace con su espada, pero Rosalind lo protegió del golpe con una almohada. En cuestión de minutos, los asaltantes soltaron sus armas y regresaron a los carros.

Sangrando profusamente, Jonathan agarró el brazo de su esposa y le susurró: «Baja rápido. Tenemos que irnos». Mientras tropezaban con los niños entre una lluvia de piedras, uno de los chinos gritó: «Hemos matado a su marido; déjenla ir», y volvieron a robar.

Un complot para matarlos a todos

Herido y aturdido, todo el grupo de Goforth llegó a una aldea cercana donde aldeanos chinos más compasivos les proporcionaron comida, agua y un polvo medicinal gris que detuvo la hemorragia de Jonathan y, sin duda, le salvó la vida. Mientras yacía en un catre, pálido y enfermo, consoló a Rosalind con las palabras: «Solo reza. El

Señor me dará fuerzas, mientras aún tenga trabajo que hacer».

El grupo llegó a la ciudad de Nang Yang Fu unos días después, donde uno de sus carreteros escuchó por casualidad que se tramaba un siniestro complot contra ellos. El magistrado de la ciudad había comisionado a un grupo de cincuenta soldados para que tendieran una emboscada en las afueras de la ciudad. Cuando el equipo de Goforth continuara su viaje a la mañana siguiente, todos serían asesinados en el camino. Como parte del engaño, el magistrado prometió enviar soldados "para proteger a los misioneros en su camino".

¿Cómo los libraría Dios esta vez? «La mano de Dios no se había acortado tanto que no pudiera salvarlos», les recordó Jonatán. ¡Pondrían su confianza en Él!

“Un Dios de liberación”

Antes del amanecer de la mañana siguiente, los misioneros partieron acompañados de los soldados chinos. Apenas habían salido de la ciudad, cuando detuvieron repentinamente las carretas cuando uno de los trabajadores gritó: "¡Paul y el Sr. Griffith han desaparecido!". Durante más de una primera hora, los Goforth buscaron ansiosamente a pie a su hijo mayor y al misionero mayor, y entonces una paz abrumadora los envolvió. El Señor decía: «Paz. Enmudece». Jonathan dejó una carreta con un sirviente de confianza para continuar la búsqueda. Él, Rosalind y el resto del grupo continuarían su viaje con los soldados.

Al regresar a las otras carretas, los Goforth contemplaron un espectáculo asombroso. Mientras buscaban a Pablo, los soldados, exhaustos, se subieron a la parte trasera de las carretas y se quedaron profundamente dormidos. Sin darse cuenta, los carreteros abandonaron la aldea por caminos secundarios que se alejaban del lugar de la emboscada. Cuando los soldados despertaron kilómetros después, en la selva, se enfurecieron; pero tras gritos y amenazas, dejaron a los misioneros y regresaron a la ciudad. «Una vez más, vimos que Dios era en verdad un Dios de liberación... ¡Nunca el amor de Dios nos había parecido tan maravilloso como en esa hora!» 503

El diablo pierde

¡El horror había terminado! En menos de un día, Paul y el Sr. Griffith fueron localizados sanos y salvos, y el grupo misionero llegó a la ciudad de Fancheng (actual Xiangfan) a la medianoche del día siguiente. De inmediato, los embarcaron en casas flotantes para viajar por el río Han hasta Hankow; los cuatro hijos de Goforth lloraron de alegría al ver pan y leche en el barco. Todo el grupo viajó por el río Yangtsé hasta la seguridad de Shanghái. ¡Por la misericordia de Dios, se habían salvado de la muerte! Como todas sus pertenencias habían desaparecido una vez más, varias costureras chinas se ofrecieron a coser ropa para el largo viaje de la familia de regreso a Canadá.

Durante su permiso, el Señor le dio a Jonathan cientos de oportunidades por todo Canadá para compartir la historia de cómo Dios los había liberado milagrosamente de la Rebelión de los Bóxers. Durante los dos años que pasaron en casa, Rosalind dio a luz a su noveno hijo, una niña llamada Constance.

La invasión del evangelio

En enero de 1902, Jonathan regresó a su hogar en Changte. Milagrosamente, ninguno de los cristianos chinos de Changte había muerto durante la masacre de los bóxers, aunque ellos, al igual que Jonathan, sabían lo que significaba «llevar en sus cuerpos la marca de Jesucristo». 504 En cuanto Rosalind recibió la noticia de que era seguro reunirse con él, zarpó hacia China en verano con sus cinco hijos. Dejó a los dos mayores, Paul, de once años, y Helen, de ocho, en la escuela Chefoo para niños misioneros camino a Honan.

Cuando Rosalind llegó, Jonathan estaba ansioso por compartir su nueva y audaz idea.

Visión para evangelizar Honan. «Mi plan», dijo, «es que uno de mis ayudantes alquile un lugar adecuado en cada pueblo de las zonas periféricas para que vivamos. Como familia, nos quedaremos un mes en cada centro y llevaremos a cabo una evangelización activa... Luego, a fin de mes, dejaremos a un evangelista para enseñar a los nuevos creyentes mientras vamos al siguiente lugar para abrirlo de la misma manera». 505 Jonathan brillaba de anticipación al hablar, pero Rosalind se encogió de miedo.

¿Le pedía que recorriera los pueblos más pobres de Honan con Ruth, Wallace y la pequeña Constance? ¿Exponiéndolos a enfermedades como la viruela, el cólera, la disentería y el tifus? Rosalind pensó en sus cuatro preciosos hijos ya enterrados en suelo chino y no soportaba la idea de poner a los demás en peligro. Jonathan estaba dispuesto a comprometer a su familia en la vida de evangelista itinerante; Rosalind no.

Luchó mucho y con ahínco para tomar la decisión. Pero cuando sus dos hijos menores enfermaron en la casa de la misión en Changte, Rosalind comprendió que la enfermedad podía afectarlos en cualquier lugar y que su lugar en el ministerio, junto a su esposo, era su lugar. Wallace se recuperó rápidamente, pero Constance estaba demasiado enferma de disentería para sobrevivir. Fue la última de los hijos de Goforth en morir a causa de las enfermedades tropicales de China. Durante los años siguientes, Rosalind dio a luz a los últimos de sus once hijos: Mary en 1903 y Frederick en 1906.

Nace el avivamiento

Cuando Jonathan Goforth cumplió cuarenta y cinco años, una extraña inquietud lo invadió. Podía contar que, durante los tres años que él y su familia habían viajado por Honan, «sin excepción, en cada lugar donde nos quedamos un mes y continuamos con esta evangelización agresiva, dejamos atrás lo que luego se convirtió en una iglesia en crecimiento». 506 Aun así, la oración de su corazón era: «Quiero ver más de Dios».

Ese verano de 1904, un simpatizante de Inglaterra le envió un pequeño folleto sobre el Avivamiento Galés. El Espíritu Santo recorría Gales, llevando a decenas de miles de personas a Cristo. Emocionado con lo que leyó, Jonathan consideró seriamente el papel del Espíritu Santo en la conversión cristiana. «Y cuando venga [el Espíritu Santo], convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio» (Juan 16:8).

Poco después, un amigo misionero en la India le envió un libro titulado El Gran Despertar, que contiene extractos de las Conferencias sobre el Avivamiento de Charles Finney. Después de leer las palabras de Finney una y otra vez, Jonathan le explicó a Rosalind: "El

avivamiento simplemente significa esto: Las leyes espirituales que gobiernan un...Las cosechas son tan reales y tangibles como las leyes que rigen la cosecha natural. Si Finney tiene razón, y creo que la tiene, voy a averiguar cuáles son esas leyes y obedecerlas, cueste lo que cueste.

De inmediato, Goforth comenzó un estudio profundo del Espíritu Santo en las Escrituras, tomando notas al margen de su Biblia china. También escribió a casa solicitando copias de la autobiografía de Finney y Lecciones sobre el Avivamiento. Dedicó tantas horas al estudio que Rosalind se preocupó. Poniendo las manos sobre los hombros de su esposa, Jonathan exclamó: "¡Oh, Rose, ni siquiera tú lo entiendes! ¡Me siento como alguien que ha encontrado una mina de riqueza! ¡Es tan maravilloso! ¡Ojalá pudiera hacer que otros lo vieran!". 508 Jonathan Goforth estaba descubriendo el poder personal del Espíritu Santo en la vida de un creyente en Jesucristo.

Cooperando con el Espíritu Santo

A principios de 1906, Jonathan salió de Changte para predicar a los peregrinos chinos que asistían a un festival budista en Hsunhsien. Una tarde, la misión cristiana se llenó de hombres y mujeres que no conocían a Cristo.

Mientras Goforth predicaba un mensaje sobre 1 Pedro 2:24: «Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero», sintió la unción del Espíritu Santo hablando a través de él de una manera nueva y poderosa, abriendo los corazones de quienes lo escuchaban. Cuando pidió decisiones por Cristo, casi toda la congregación se puso de pie.

Goforth se volvió hacia los evangelistas chinos que estaban detrás de él y les indicó que salieran a orar entre la gente. En cambio, se quedaron mirándolo con asombro. «Hermano», susurró uno, «¡el Espíritu Santo por quien hemos orado tanto tiempo estuvo aquí en efecto esta noche!». 509

Durante el año siguiente, en cada lugar donde Jonathan predicó, el Espíritu Santo se movió y la gente acudió al altar para aceptar a Cristo. La noticia de un avivamiento coreano había llegado a China;

Goforth, junto con el director misionero, el Dr. R. McKay, hizo planes inmediatos para viajar a Seúl. Tras su visita a Corea, la vida de Jonathan Goforth nunca volvería a ser la misma.

El renacimiento coreano de 1907

El Avivamiento Coreano floreció de la piedra angular de todos los grandes avivamientos: la oración ferviente. En el verano de 1906, un grupo de cristianos presbiterianos y metodistas en Pyongyang (actual capital de Corea del Norte) se comprometió a orar juntos todos los días a las cuatro de la tarde para que el Espíritu Santo reviviera Corea. En enero de 1907, se celebró una conferencia bíblica presbiteriana y metodista en Pyongyang. Durante un mensaje misionero sobre la importancia de compartir la amor de Cristo entre los cristianos, el Espíritu Santo cayó sobre la congregación.

“Al instante, se comprendió”, explicó Goforth, “que las barreras habían caído y que Dios, el Santo, había llegado. La convicción de pecado invadió a la audiencia. El servicio comenzó a las siete de la tarde del domingo y no terminó hasta las dos de la madrugada del lunes; sin embargo, durante todo ese tiempo, docenas de personas permanecieron de pie llorando, esperando su turno para confesarse. Día tras día, la gente se reunía, y siempre era evidente que el Refinador estaba en su templo”.

El avivamiento arrasó en Corea, y 50,000 personas aceptaron a Cristo tan solo en ese primer año. El Espíritu Santo obraba, ¡y Corea se encendió! La reunión de oración más grande del mundo se celebraba en Seúl, Corea. Durante un año, la asistencia semanal promedio a las reuniones de oración fue de 1,100 personas. El avivamiento seguía vigente en 1910; en octubre de ese año, 4,000 coreanos se bautizaron en una semana.

“El movimiento coreano”, escribió Jonathan en su libro *By My Spirit*, “tuvo una importancia incalculable en mi vida porque me mostró de primera mano las posibilidades ilimitadas del método de avivamiento... Corea me hizo sentir... que este era el plan de Dios para encender el mundo... Esos misioneros parecían llevarnos hasta el mismísimo Trono de Dios”. 511

“¿Es tu trabajo o es mío?”

Goforth y McKay decidieron regresar a Honan pasando por Manchuria, una decisión que cambiaría el rumbo del ministerio de Jonathan. Mientras predicaba en las estaciones misioneras del camino, compartió testimonios de la unción del Espíritu Santo en Corea. Cada uno de los líderes misioneros le rogó que regresara a Manchuria para dirigir reuniones de oración de diez días en su aldea.

En Changte, el Presbiterio de Honan voluntariamente liberó a Jonathan de su labor misionera para responder al llamado de Manchuria. Sus viajes evangelísticos lo llevarían por toda la provincia de Manchuria durante un año, por lo que Rosalind y sus cinco hijos regresaron a Canadá para una licencia prolongada. Paul ya estaba allí terminando sus estudios.

Con su familia ausente, Jonathan se dedicó por completo al avivamiento. En cada aldea, proclamó: «La grandeza de la obra en Corea no reside en la fuerza, ni en la fuerza, sino en mi Espíritu, dice el Señor de los ejércitos» [Zacarías 4:6].

“La cruz arde como un fuego vivo en el corazón de cada discurso”, continuó. El pueblo coreano lloró de arrepentimiento porque habían dado por sentado a Jesucristo, sin vivir una vida de gratitud y amor hacia Aquel que los redimió con su sangre. “Esto es lo que les ha conmovido profundamente y provocó que multitudes prorrumpieran en un grito lamentable: «Dios, sé propicio a mí, pecador». 512

Al comienzo del avivamiento manchú, Jonathan temía no saber qué decir al dirigirse a los cristianos manchúes. «No sé cómo dirigir un avivamiento», protestó en oración. Pero el Señor le dijo: «Dales lo que yo te he dado».

Cuando sus primeros mensajes en Mukden parecieron caer en oídos sordos, de nuevo clamó a Dios en oración. “¿De qué sirve que venga aquí? Esta gente no busca al Espíritu Santo. ¿Qué puedo hacer?”. La voz del Señor pareció responderle directamente: “¿Es obra tuya o mía? ¿Acaso no puedo realizar una obra soberana? Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces” [Jeremías 33:3]”.

El avivamiento se extiende por Manchuria

Desde ese día, el Espíritu Santo actuó. Antes de que terminara la semana, el pastor y los ancianos de la misión de Mukden se habían arrepentido de sus pecados ocultos ante Dios y la congregación, confesando sus robos, disputas internas y adulterio. Cada líder de la iglesia reconoció entre lágrimas: «He deshonrado el santo oficio. Por la presente, renuncio». Hubo llanto en oración y confesión mientras el Espíritu Santo penetraba los corazones de la gente.

Cuando finalmente cesaron las lágrimas, la congregación, unánimemente, tranquilizó al pastor y acordó nombrarlo de nuevo como su pastor. Con la misma compasión, también restituyeron a cada uno de los ancianos; su confianza en el liderazgo había sido restaurada. Un avivamiento se extendió por la congregación; los corazones se dedicaron de nuevo al Señor y los nuevos creyentes se consagraron a Cristo. ¡El mover del Espíritu Santo florecía en Manchuria!

Mientras Jonathan viajaba, el avivamiento se extendía por todos los pueblos. Al principio, misioneros escépticos lo recibieron con la advertencia: «No esperen los mismos resultados aquí. Somos presbiterianos de mente cerrada y no creemos en el sentimentalismo». Pero una vez que el Espíritu de Dios se movió en los corazones, pronto se desataron lágrimas, oraciones de arrepentimiento y perdón.

Uno de esos misioneros canadienses “obstinados” escribió una efusiva carta a casa sobre el avivamiento en Chinchow: “La iglesia estaba abarrotada hasta la puerta, con una atención reverente en cada rostro. Incluso los cantos vibraban con una alegría y un vigor renovados... La gente se arrodilló para orar, al principio en silencio, pero pronto, uno tras otro, comenzó a orar en voz alta. Las voces se convirtieron en una gran ola de súplica unida y se apagaron en un tono de llanto. El suelo estaba mojado por un charco de lágrimas. ¡El aire parecía electrizante!”.

En Shinminfu, donde cincuenta y cuatro cristianos chinos fueron martirizados durante la Rebelión de los Bóxers, muchos de los familiares afligidos aún vivían en la esclavitud de la falta de perdón. Al confesar la angustia de sus corazones, fueron liberados de sus

pecados, como actos de venganza e incluso asesinatos.

En cada estación misionera, grandes oleadas de oración inundaban a la congregación, y vidas cambiaban: cristianos eran purificados, opios eran liberados y nuevos creyentes eran ganados para Cristo. Misioneros canadienses y británicos enviaron cartas emotivas a sus hogares, celebrando el glorioso avivamiento; en poco tiempo, el movimiento había atraído la atención mundial.

«Jonathan Goforth partió a Manchuria como misionero desconocido», escribió Rosalind en su biografía. «¡Regresó unas semanas después con el foco de atención del mundo cristiano sobre él!». 515

Poder de avivamiento en Changte

Era hora de que Goforth regresara a su base en Changte. Sus compañeros misioneros, algunos escépticos ante los informes de Manchuria, cuestionaban si el Espíritu Santo obraría con poder en Honán, donde «se conocían las faltas y debilidades de Goforth». Seriamente preocupado, Jonathan abrió la Palabra en Malaquías 1:11: «Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, mi nombre será grande entre las naciones». 516 La clara respuesta del Señor restauró la fe de Jonathan. Dios obraría poderosamente entre las naciones; Jonathan necesitaba permanecer entregado al Espíritu Santo.

Desde entonces, Goforth creyó que «Dios había marcado a Changte para un derramamiento especial de bendiciones divinas». Para el séptimo día de reuniones, la presencia de Dios se volvió tan poderosa que Jonathan ni siquiera pudo predicar un mensaje. La gente se apiñó en el altar para confesar sus pecados, recibir la purificación de Dios y alabar al Señor en su presencia palpable. De toda China, cristianos acudieron en masa a la ciudad para experimentar el avivamiento de Changte y la unción del Espíritu de Dios en ese lugar.

Expulsando demonios

En Kwangchow, Goforth y su equipo evangelístico entraron en contacto con dos personas poseídas por demonios. La primera era la esposa de un conocido evangelista chino. Cuando el evangelista comenzó la primera reunión matutina, su esposa perturbó a todos

gritando: "¡Qué hermosa eres para dirigir una reunión de oración después de haber pecado tanto!". Con voz potente, reveló todos los pecados que él había cometido, incluso los que había cometido antes de conocerlo. Al reconocer que un espíritu maligno hablaba, su esposo respondió: "Mientras era tu esclavo, hice esas cosas. Pero ya no lo soy. El Señor...Jesús ha cambiado mi corazón". En el nombre de Jesucristo, la mujer fue liberada del espíritu maligno ese mismo día.⁵¹⁷

El segundo poseído era un no cristiano que entró en una reunión y comenzó a gritar blasfemias en medio del servicio. Cuando Jonathan pronunció el nombre de Jesús de Nazaret, el hombre comenzó a retorcerse en su silla. Mientras Goforth oraba desde el escenario, un anciano que estaba cerca le puso la mano en la cabeza y exclamó: "¡Demonio inmundo, en el nombre de Jesucristo de Nazaret, sal de él!". El hombre sufrió una arcada y cayó al suelo. Cuando se levantó unos minutos después, estaba pálido y temblando, pero en su sano juicio. Se convirtió en creyente. Años después, ambas personas seguían caminando con Cristo, libres del poder del enemigo.

Jesús les dijo a sus discípulos que serían enviados a sanar y expulsar demonios. La liberación sigue siendo necesaria hoy en día en nuestro mundo moderno; el poder de liberar no se limitó a los discípulos. Se nos dice que expulsemos demonios dondequiera que los encontremos, sin importar en qué parte del mundo estemos. «Y estas señales seguirán a los que creen: en mi nombre expulsarán demonios» (Marcos 16:17).

“¿Qué es el avivamiento?”

“¿Qué es el avivamiento?”, escribió Goforth en su libro *Por mi Espíritu*, “¿sino simplemente el Espíritu de Dios que gobierna plenamente la vida entregada? Siempre debe ser posible, entonces, siempre y cuando el hombre se entregue. Pero ¿estamos listos para recibirlo? ¿Estamos listos para pagar el precio del avivamiento del Espíritu Santo?

Finalmente, el llamado al avivamiento debe ser un llamado a exaltar a Jesucristo en nuestros corazones como Rey de reyes y Señor de señores. Él es como la cima del Everest, elevándose desde la

llanura. Debe haber espacio solo para Él, si es que queremos que more con nosotros.

Hablando en nombre de Goforth y del avivamiento de Changte, el amigo íntimo de Jonathan, el Dr. Murdock McKensie, escribió a la junta directiva:

¿Qué ha sucedido en Changte? Nada más que lo que Dios prometió desde el principio. Cuando el Espíritu Santo sea derramado, convencerá al mundo de pecado. La iglesia en Changte ha sido bautizada por el Espíritu Santo y purificada, y el clamor de todos aquí es: "¿Por qué despreciamos tanto su obra y confiamos en otras maneras de edificar su reino?"

Lo que más pesaba en la conciencia de todos era que habíamos contristado al Espíritu Santo durante tanto tiempo al no darle el lugar que le correspondía en nuestros corazones y en nuestro trabajo. Aunque creíamos en Él, no confiábamos en que obraría en nosotros y a través de nosotros... ¡Que nunca olvidemos esa lección!

Durante la siguiente década, Jonathan Goforth dirigió reuniones de avivamiento por toda China. A menudo, predicaba ocho horas diarias ante multitudes de hasta 25.000 personas. Dondequiera que predicaba, enormes multitudes de pecadores experimentaban la gracia salvadora de Jesucristo, y una multitud desconocida de cristianos se acercaba a Dios. Matrimonios enfermos fueron sanados, adictos al opio fueron liberados con fuerza, y se desarrolló una nueva unidad y amor entre los líderes cristianos de todo el país.

A veces, sus reuniones parecían sacadas del libro de los Hechos. Honraba la obra del Espíritu Santo en ellas y le daba al Señor espacio para obrar entre la gente según su voluntad.

Compartiendo la visión en Gran Bretaña

Tras la caída del poder de Dios en Manchuria y Changte, Goforth se emocionó al compartir los milagrosos acontecimientos con sus compañeros ministros en Canadá. Pero su permiso en 1910 fue uno de los momentos más decepcionantes de su vida.

Desde el principio, muchos ministros canadienses lo acusaron de usar el emocionalismo para alcanzar a los no salvos en China. Cuando

Jonathan habló ante la Asamblea General Presbiteriana sobre la necesidad de un avivamiento del Espíritu Santo en Canadá, algunos pastores lo vieron como un hombre con visión y lleno del Espíritu, mientras que otros lo vieron como un fanático que debía ser rechazado. Pocas iglesias canadienses le abrieron sus púlpitos para que predicara un mensaje de avivamiento.

El permiso de los Goforth se salvó gracias a las oportunidades ministeriales que se abrieron en las Islas Británicas. Jonathan fue invitado a pronunciar un discurso en la famosa Conferencia Misionera Mundial de 1910 en Edimburgo, Escocia. Acompañado por su familia, Goforth dirigió reuniones de avivamiento en Edimburgo, Glasgow y Gales. Lo más importante es que tuvo la oportunidad de hablar en el Tabernáculo Metropolitano de Charles Spurgeon durante diez días y luego dirigió una semana de reuniones en Keswick junto con el evangelista británico F. B. Meyer.

Al finalizar las exitosas reuniones de Keswick, Jonathan se llevó una grata sorpresa al recibir una invitación para servir como misionero en las Islas Británicas durante un año. Estaba deseoso de aceptar la oferta, pero un cable de Canadá truncó esos planes. «Regresa a China. Tu campo está allí». Sin protestar, Jonathan aceptó esto como una guía divina y regresó a Changte con su familia. Unos años más tarde, para demostrar el apoyo unánime al ministerio de avivamiento de Goforth, su alma máter, Knox College, le otorgó un doctorado honoris causa en teología.

"¡Intolerante!"

A principios del siglo XX, la “alta crítica” o “modernismo” era Se enseña en muchas escuelas bíblicas y seminarios del mundo occidental. (Se sigue enseñando cada vez más en los seminarios tradicionales hoy en día). Al cuestionar la Biblia como la Palabra inerrante de Dios, los eruditos bíblicos "modernistas" usaron el razonamiento humano para interpretar las Escrituras, buscando "pruebas" históricas externas para determinar qué versículos de la Biblia eran "verdaderos" y cuáles eran "mitos humanos". ¡Jonathon Goforth estaba indignado!

Es lamentable que los profesores, en nombre de la erudición,

piensen que su objetivo es socavar la fe en la Palabra de Dios. No podemos ignorar que este socavamiento se ha llevado a cabo y se sigue llevando a cabo, y la condición actual de la iglesia y del mundo muestra el terrible resultado.

Goforth nunca se anduvo con rodeos cuando creía que la causa de Cristo estaba siendo cuestionada. Como resultado, el Presbiterio de Honan e incluso la Junta de Interior lo tildaron de "intolerante".

—¡Intolerante! —respondió con furia—. Si vieras a alguien socavando los cimientos de una estructura que tú y otros, junto a ti, dedicaron lo mejor de sus vidas a construir, ¿sería intolerante usar todas tus fuerzas para combatir al destructor?

Cuando la Junta Nacional Canadiense tomó una decisión política según la cual los misioneros en el campo eran libres de tomar su propia decisión: podían proclamar la inerrancia de toda la Biblia o enseñar la versión "modernista" de las Escrituras.

—Jonathan Goforth envió su renuncia.

Cambios y bendiciones

No queriendo perder a su misionero más famoso en el campo, la Junta de Hogares se negó a aceptar su renuncia. Le pidieron a Goforth que, por favor, mantuviera su salario bajo y continuara su labor evangelística en la provincia de Honan, renunciando a su hogar en Changte. A partir de ese momento, él sería personalmente responsable de cubrir todos sus gastos de viaje y ministerio.

Jonathan estuvo de acuerdo con la propuesta; no quería abandonar a los millones de chinos no alcanzados. Con la junta ejerciendo menos poder sobre él, podría ministrar donde el Espíritu Santo lo guiara, y el Dios de su liberación también sería el Dios de la provisión. Le recordó a Rosalind: «¡Todos los recursos de la Deidad están a nuestra disposición!».

Aunque tuvieron que abandonar su hogar en Changte, los Goforth pronto recibieron una casa misional en Kikungshan, una hermosa meseta montañosa con una vista majestuosa de un valle de trescientos metros de altura. Era su base de operaciones, pero Cada diez días, predicaban en un lugar nuevo; Jonathan estaba ansioso por

compartir el mensaje de “la plenitud de la vida de Cristo a través de la morada del Espíritu Santo en nosotros”. 524 Ahora era más fácil viajar, porque todos los niños estaban viviendo en Canadá para terminar su educación o comenzar su vida adulta.

El Fondo Fiduciario Evangelístico de Goforth, establecido en Canadá durante su último permiso, comenzó a recibir apoyo financiero de cristianos de todo el mundo, aunque nunca se hicieron peticiones de fondos. La mano de Dios estaba sobre el ministerio y todas las necesidades fueron satisfechas.

General cristiano de China

En el verano de 1919, Jonathan recibió una invitación inesperada del general Feng Yu Hsiang, del ejército chino, para celebrar reuniones de avivamiento para los miles de oficiales y soldados bajo su mando. Esto dio origen a uno de los ministerios más fructíferos de su vida.

Los Goforth viajaron al sur del río Yangtsé, adentrándose en el calor abrasador del centro de China, para reunirse con el general y sus tropas. Dos veces al día, Jonathan compartía el mensaje de la salvación de Cristo con más de mil oficiales chinos, mientras que Rosalind compartía el amor de Cristo con sus esposas. En una de las sesiones, el general Feng se derrumbó frente a sus oficiales, llorando por su amado país y la amenaza comunista tan inminente. Suplicó a sus hombres que se unieran a él en oración por el futuro de su nación. 525 A partir de ese momento, el general Feng fue conocido como el «General Cristiano» en toda China.

“Hace unos años”, escribió Jonathan, “el general Feng y todos sus hombres eran paganos. Ahora, considerando su tamaño, el ejército bajo el mando del general Feng es el mayor ejército cristiano del mundo. Pasamos trece días en reuniones con el ejército. El último día, bautizamos a 960 hombres. Ese mismo día, 4606 oficiales y soldados participaron de la Santa Cena”. En poco tiempo, Goforth había bautizado a otros 4000 soldados.

En cada aspecto de su ministerio, se salvaban almas. «Hoy cumpla sesenta y cinco años», escribió Jonathan. «Oh, cuánto anhelo, más

que un avaro su oro, veinte años más de esta obra de salvación de almas». 527

La crisis de la Unión

Si alguna vez surgía un problema en el ministerio de Goforth, siempre estaba relacionado con el gobierno de la iglesia, con cristianos tibios o con los comités de la iglesia. En 1925, surgió una nueva situación en Canadá que requirió mucha oración.

La Iglesia Presbiteriana de Canadá se encaminaba hacia una importante transformación denominacional.

División. Más de dos tercios de las congregaciones presbiterianas querían fusionarse con las iglesias metodistas y congregacionalistas del país para formar una nueva denominación, la Iglesia Unida de Canadá. Goforth no estaba seguro de qué hacer hasta que se dio cuenta de que quienes querían separarse tendían a ser más "modernistas".

El 5 de enero de 1926, Goforth votó por permanecer personalmente en la Iglesia Presbiteriana Canadiense. A sus sesenta y ocho años, ansiaba continuar su servicio en la misión china y mantenerse al margen de la política eclesiástica. Su junta misionera accedió a enviarlo de regreso, siempre que nombrara a un misionero más joven para que viajara como su asistente. Goforth eligió a Allan Reoch, quien aceptó agradecido la invitación y viajó a China con los Goforth, incluyendo a su hija Mary y a su esposo misionero, Robert Moynan.

Para entonces, los seis hijos adultos de los Goforth llevaban una vida cristiana productiva. Ruth y Mary estaban casadas con misioneros presbiterianos, y Helen estaba casada con un cirujano cristiano, George Van Gorder, quien pasó varios años enseñando en un hospital de Pekín. Paul y Fred también estudiaban para ser pastores. Pero Wallace había elegido un camino diferente: servir en el ejército en lugar del ministerio, llegando al rango de teniente coronel.

¡Empaca para Manchuria!

Al regresar a China, Jonathan llevó a Reoch a visitar las iglesias en expansión en Changte, mientras Rosalind permanecía en Pekín. Los

Goforth tuvieron que buscar un nuevo lugar para el ministerio, ya que la provincia de Honan del Norte ahora formaba parte de la Iglesia Unión. En enero de 1927, Goforth recibió una carta de la Misión Presbiteriana Irlandesa, invitándolo a abrir una misión en Manchuria. Con el entusiasmo de un joven al que se le ofrece su primera asignación misionera, Jonathan envió un telegrama a Rosalind en Pekín: "¡Preparad para Manchuria!".

Dios había decidido enviar a los misioneros de toda la vida a una provincia al norte de la Gran Muralla, a la que siempre habían llamado «la tierra helada de nieve y hielo». Sin embargo, el plan de Dios era perfecto. Había elegido al apasionado predicador de sesenta y ocho años para Manchuria porque era una tierra propicia para la cosecha, y durante los siguientes ocho años, ¡las ventanas de los cielos se abrieron!

¡Qué buen momento para ministrar en Manchuria! Miles de refugiados llegaban en masa desde otras provincias del norte de China debido a la agitación política. Cuando los Goforth llegaron a Manchuria, «casi un millón de colonos de las provincias de Honan, Chihli y Shantung llegaron en masa esa misma primavera». 529 Las ciudades estaban abarrotadas; los nuevos colonos chinos buscaban estabilidad.

Durante su primer mes de ministerio en la ciudad de Szepingkai, hubo doscientas decisiones de aceptar a Cristo. Emocionado, Jonathan escribió a la junta misionera para que enviaran más reclutas, pero, al carecer de los fondos necesarios, respondieron: «No habrá reclutas por tiempo indefinido». Así que recurrió a la oración, pidiendo a Dios más obreros.

En el tiempo providencial de Dios, una escuela bíblica en Shantung, al norte de China, tenía una clase de veinte estudiantes misioneros que se graduaban y no tenían dónde ministrar. El Dr. John Hayes, el director, le escribió una carta a Jonathan preguntándole si podía necesitar a algunos de estos jóvenes obreros. La respuesta inmediata de Goforth fue: "¡Envíenos a todos los que pueda!". Cuando Rosalind preguntó con cautela: "Pero Jonathan, no pueden vivir del aire; ¿de dónde viene el dinero para su manutención?".

Jonathan la reprendió con suavidad: "¿Dónde está tu fe? Si Dios nos envía hombres, enviará dinero para su manutención". 530 ¡Y así lo hizo!

Setenta años y acelerando

La Palabra de Dios nos dice que los días de los justos son cada vez más brillantes: «Pero la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto» (Proverbios 4:18). Esto fue sin duda cierto en el caso del sincero Jonathan Goforth.

Al año siguiente, Goforth y su equipo abrieron un nuevo campo misionero en la ciudad de Taonan. En las primeras dos semanas, cuatrocientos creyentes se convirtieron a Cristo. Finalmente, abrieron treinta puestos misioneros por toda Manchuria, con fondos suficientes para que treinta miembros del equipo cobraran el salario completo. Para entonces, Goforth ya había cumplido setenta años, pero en lugar de bajar el ritmo, parecía acelerar para terminarlo todo mientras aún tuviera tiempo.

El hijo menor de los Goforth, Frederick, que entonces tenía veintitrés años, se preparaba para el ministerio en Canadá. Visitó a sus padres en Manchuria en 1929 y transcribió el manuscrito del libro de Jonathan, "Por mi Espíritu", mientras su padre le dictaba relatos de los avivamientos coreano y manchuriano.

En 1930, durante su último permiso en Canadá, los Goforth escribieron el libro "Vidas Milagrosas de China". Rosalind se sometió a una exitosa operación de cataratas ese mismo año, pero Jonathan sufrió una grave dislocación de retina en el ojo derecho. Tras varias cirugías fallidas, se resignó a perder la visión de ese ojo. En 1932, los Goforth regresaron de nuevo a Manchuria, acompañados de su hijo mayor, Paul, quien había sido aceptado como misionero en China por la Junta de Hogares Canadienses.

“Si no hacemos esta obra para Él, estos millones perecerán”, escribió Jonathan sobre su regreso definitivo a China. “Mientras el Señor de la Cosecha me dé fuerza, no me atrevo a quedarme quieto, sino que debo extender el trabajo”.⁵³¹

Canadá te necesita

Una noche de finales de marzo de 1933, Jonathan entró a tientas en el dormitorio, donde Rosalind ya se había quedado dormida. Jonathan la despertó y le susurró: «Me temo que se me ha desprendido la retina del ojo izquierdo». 532 Los Goforth hicieron el largo viaje a Pekín, donde Jonathan recibió dolorosas inyecciones oculares durante cuatro meses. Al final, nada tuvo éxito. A los setenta y cuatro años, Jonathan Goforth estaba completamente ciego, pero no se quejaba. Estaba decidido a continuar la obra del Señor mientras aún tuviera fuerzas para la tarea.

Entre el recorte en los fondos de la misión y la pérdida de su vista, Jonathan exclamó: “El diablo está haciendo todo lo posible para arruinar nuestra misión, pero Dios está con nosotros y Él nos ayudará a superarlo”. 533

A principios de 1934, Jonathan inició otra campaña completa de reuniones de avivamiento en Manchuria, a pesar de las "tormentas invernales más intensas". Tuvo gran éxito, incluso mientras luchaba contra los síntomas de una neumonía. Ese mismo año, recibió cartas de dos prominentes pastores canadienses pidiéndole que considerara regresar a casa. "¿Has pensado alguna vez que Dios podría estar exigiendo el mayor sacrificio de regresar a casa? ¿Que, con tu madura experiencia, puedas reavivar el fuego del celo misionero que está decayendo en la iglesia local?".

Siervo fiel de Jesucristo

Jonathan continuó predicando la salvación de Cristo a hombres y mujeres entusiastas en China hasta noviembre de 1934, cuando Rosalind enfermó gravemente. Ya no podía ignorar lo inevitable: era hora de volver a casa. Paul seguía en el campo misionero en China, por lo que fue seleccionado para acompañar a sus padres a Canadá. El último informe misionero de Jonathan para Manchuria estaba lleno de buenas noticias; en 1934, enumeró 966 bautismos de adultos y 14.665 dólares donados por cristianos chinos para apoyar las misiones manchurianas. Jesús estaba edificando su iglesia en las tierras del extremo norte de China.

Al salir el tren que transportaba a los Goforth de la estación de Szeping kai, ondeaba una pancarta que decía: "¡Fiel siervo de Jesucristo!". Cientos de cristianos chinos, afligidos por su pérdida, se congregaron en el andén para ver por última vez a su amado pastor. Los Goforth abordaron el Empress of Japan y cruzaron el océano Pacífico por última vez, celebrando el septuagésimo sexto cumpleaños de Jonathan a bordo del barco.



Jonathan y Rosalind Goforth⁵³⁶

Tan pronto como llegó a Canadá, Goforth se vio abrumado por las solicitudes para hablar en iglesias y reuniones de organizaciones misioneras. Su agenda incluía diez reuniones semanales. Se le abrieron más puertas en Canadá y Estados Unidos de las que le era posible entrar. En la primavera de 1936, a los setenta y siete años, Goforth habló en reuniones de avivamiento en Keswick, Nueva Jersey, durante diez días, y luego viajó con Rosalind a Ben Lippen en Asheville, Carolina del Norte, para disfrutar de una conferencia cristiana de un mes.

La necesidad de una “evangelización agresiva”

De regreso a Toronto en septiembre de 1936, Goforth, con setenta y siete años, pronunció veintidós discursos en tan solo diecisiete días, sin querer dejar pasar la oportunidad de predicar sobre la «evangelización agresiva guiada por el Espíritu Santo», la parte más importante de la obra misionera. «¡Oh!», había escrito antes, «que Dios me diera la oportunidad, antes de morir, de demostrar a los misioneros y a la iglesia local los resultados que obtendríamos si tan

solo le diéramos una oportunidad a Dios y difundiéramos este maravilloso mensaje de salvación por todos los medios a nuestro alcance». ⁵³⁷

A principios de octubre, los Goforth se alojaron en casa de su hijo Frederick, ahora ministro presbiteriano ordenado. Cuando Jonathan dio un discurso en la iglesia de Frederick sobre cómo el fuego del Espíritu arrasó Corea, el público describió su rostro como "radiante... resplandeciente con el amor de Cristo". Estuvo inusualmente callado después de la reunión, y se negó a cenar por indigestión.

A la mañana siguiente, el 8 de octubre de 1936, Rosalind se levantó para prepararse para el día. Vio que Jonathan dormía plácidamente, con la mejilla derecha apoyada en la mano. Tras vestirse y acercarse a su cama, se dio cuenta de que ya no dormía, sino que había ascendido tranquilamente al reino eterno de Dios.

Apenas unas semanas antes, en Ben Lippen, le había dicho: "Me regocijo al saber que la ¡El próximo rostro que vea será el de mi Salvador! Esa mañana, el gigante misionero de setenta y siete años se encontró cara a cara con su Salvador. «Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza» (Salmo 17:15), había escrito el salmista miles de años antes.

La coronación de Jonathan Goforth

El 10 de octubre de 1936, en la Iglesia Knox de Toronto, se celebraron los servicios fúnebres del querido misionero. "¡Considero este día como la coronación de Jonathan Goforth!", fue la primera frase de su panegírico en el servicio religioso.

Jonathan Goforth era un hombre como el apóstol Pablo... Poseía una valentía y perseverancia inquebrantables; un celo y una sinceridad inagotables; y un corazón que creía para justicia. Era un hombre ebrio de Dios, plenamente entregado y consagrado. Sobre todo, era humilde.

Fue bautizado con el Espíritu Santo y fuego. Fue lleno del Espíritu, porque estaba vacío de sí mismo... Sabía lo que era orar la oración de fe en el Espíritu Santo.

Durante casi cincuenta años, Rosalind Goforth fue fiel compañera

de su esposo pionero. Seguir el llamado de Dios les había costado caro a los Goforth; Rosalind había ayudado a nacer a once hijos en dieciocho años, enterrando a cinco de ellos en suelo chino. Dedicó cuarenta y siete años a servir junto a su esposo en China, y seis años después de su muerte dedicó a escribir sobre su ministerio conjunto.

En 1937, Rosalind publicó la biografía de Jonathan, *Goforth of China*, un clásico cristiano sobre el ministerio de su esposo, lleno del Espíritu Santo. Tres años después, escribió su propia autobiografía, *Climbing: Memories of a Missionary's Wife*. El 31 de mayo de 1942, a la edad de setenta y ocho años, Rosalind falleció en paz en Toronto. Durante sus últimos momentos, «su rostro se iluminó de expectación, y sus últimas palabras resonaron con confianza: '¡Esta es la llamada de mi Rey! ¡Estoy lista para partir!'». Fue enterrada en el cementerio de Mount Pleasant, Toronto, junto a su amado esposo.

“Una y otra vez para siempre”

“Nunca sabremos cuán profundo ha sido el ministerio de Jonathan”, le escribió un amigo a Rosalind justo después de su muerte. “Creo que continuará para siempre”. 541

Han pasado cien años desde que Jonathan Goforth recorrió en carretas las aldeas de China, compartiendo el evangelio de Jesucristo con miles de personas que abrazaron su mensaje con entusiasmo. Han pasado casi setenta años desde que... Los comunistas chinos intentaron cerrarle las puertas al evangelio de Jesucristo para siempre. Pero la semilla de salvación en Cristo, plantada por Jonathan y Rosalind Goforth, aún florece. Ninguna fuerza humana ni sobrenatural la puede erradicar. El evangelio continúa.

Al fallecer Goforth, se estimaba que había unos 200.000 cristianos en China. Para 1949, cuando los comunistas expulsaron a todos los misioneros cristianos, esa cifra había ascendido a 700.000. Hoy en día, aunque el gobierno chino estima oficialmente que hay solo 14 millones de cristianos, organizaciones independientes estiman que hay casi 100 millones en China continental, la mayoría en iglesias domésticas no oficiales. Según el Informe Internacional sobre Libertad Religiosa de 2007, publicado por la Embajada de Estados Unidos en Pekín, desde mediados del siglo XX, China ha

experimentado el crecimiento más rápido del número de cristianos de cualquier nación del mundo, incluso bajo la persecución comunista.

¿Cuántos de estos cristianos se vieron indirectamente afectados por el ministerio de Jonathan Goforth? No hay forma de saberlo con certeza. Sin embargo, el mayor porcentaje de cristianos del país reside en la provincia de Henan, en el norte de China, ¡el territorio donde Goforth sirvió con tanta fidelidad durante la mayor parte de su ministerio! Ungido por el Espíritu Santo, ese ministerio continúa en China hoy.

En los últimos años de la vida de Goforth, cuando los jóvenes misioneros le preguntaban el secreto de su éxito en ganar conversos, la respuesta de Jonathan siempre era la misma: «Porque simplemente le doy a Dios la oportunidad de hablar a las almas a través de su propia Palabra. Mi único secreto para llegar al corazón de los grandes pecadores es mostrarles su necesidad y hablarles de un Salvador con poder para salvar abundantemente... Y que [el pecador] solo puede alcanzar la justicia de Dios mediante la fe en el Señor Jesucristo, se rinde de buena gana». ⁵⁴²

Al concluir Los generales de Dios: los misioneros, veamos un texto que describe mejor la vida de Jonathan Goforth y la vida de otros misioneros generales, como William Carey, Hudson Taylor, Amy Carmichael y todos los que han obedecido el llamado a predicar a Cristo a las almas perdidas del mundo:

Pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. (Filipenses 3:13-14 NVI)

¿Avanzarás hacia el alto llamado de Dios en Jesucristo?

¿Serás testigo de Él en tu ciudad, en tu país o incluso hasta los confines de la tierra?

¿Irás?

Notas finales

Capítulo 1: Zinzendorf

Paul Wemmer, *El conde Zinzendorf y el espíritu de los moravos* (Camarillo, CA: Xulon Press/Salem Communications, 2013), 36.

JE Hutton, *Una historia de la Iglesia Morava*, 2.^a ed. (Londres: Moravian Publication Office, 1909), 175–176.

Ibíd., 175.

Ibíd., 177.

Janet Benge y Geoff Benge, *Count Zinzendorf: Firstfruit* (Seattle, WA: YWAM Publishing, 2005), 25.

Ibíd., 26.

Hutton, *Historia de la Iglesia Morava*, 116.

Wemmer, *El conde Zinzendorf y el espíritu de los moravos*, 52.

Ibíd., 53.

Ibíd., 55.

Ibíd.

August Gottlieb Spangenberg, *La vida de Nicholas Lewis, conde Zinzendorf*,

trad. Samuel Jackson (Londres: Samuel Holdsworth, Amen-Corner, 1838), capítulo 1.

Hutton, *Historia de la Iglesia Morava*, 120.

Ibíd., 126.

Para más información sobre Juan Hus, véase *Los generales de Dios: Los rugientes Reformadores* Por Roberts Liardon (New Kensington, PA: Whitaker House, 2003). Hutton,

Historia de la Iglesia Morava, 245.

Wemmer, El conde Zinzendorf y el espíritu de los moravos, 77.

Hutton, Historia de la Iglesia Morava, 132.

Ibíd., 131.

Ibíd.

Spangenberg, Vida de Nicolás Lewis, conde Zinzendorf, capítulo 3.

Wemmer, Conde Zinzendorf y el espíritu de los moravos, 98–99.

Ibíd., 110.

Hutton, Historia de la Iglesia Morava, 148. Ibíd., 142.

Ibíd., 149.

Ibíd., 150.

Ibíd., 156.

Spangenberg, Vida de Nicholas Lewis, conde Zinzendorf, capítulo 3.

Benge y Benge, conde Zinzendorf: Primicias, 107–108.

Spangenberg, Vida de Nicolás Lewis, conde Zinzendorf, capítulo 4.

Levin Theodore Reichel, La historia temprana de la Iglesia de los Hermanos Unidos, comúnmente llamados Moravos en América del Norte, 1734-1748 d. C. (Nazareth, PA: 1888) 93.

Wemmer, Conde Zinzendorf y el espíritu de los moravos, 201.

Spangenberg, Vida de Nicolás Lewis, Conde Zinzendorf, capítulo 5.

Benge y Benge, Conde Zinzendorf: Primicias, 123.

Gemeinreden (1748, Bibliographisches Handbuch zur Zinzendorf-Forschung A 181) en Hauptschriften [von] Nikolaus Ludwig von Zinzendorf, volumen 4, parte 2, 311. (Traducción del Dr. Peter Vogt.)

Ibíd., parte 1, 88–89.

Hutton, Historia de la Iglesia Morava, 182. Ibíd., 177.

Wemmer, El conde Zinzendorf y el espíritu de los moravos, 204.

Hutton, Historia de la Iglesia Morava, 246.

Ibídem.Ibíd., 247.

www.moravian.org/la-iglesia-moravia/junta-de-mision-mundial/.

<http://www.czherrnhut.de/gemeinde/werte/en/>.

<http://www.czherrnhut.de/jesus-haus/es/>

<http://www.czherrnhut.de/gemeinde/hintergrund/en/>.

Hutton, Historia de la Iglesia Morava, 151.

www.moravian.org.

Spangenberg, Vida de Nicholas Lewis, conde Zinzendorf,
introducción. Hutton, Historia de la Iglesia Morava, 247.

Capítulo 2: Brainerd

E. Myers Harrison, Héroes de la fe en los senderos de los pioneros
(Chicago, IL: Moody Press, 1945), 15.

Ibíd

Ibíd., 16.

Jonathan Edwards, La vida y el diario de David Brainerd (Grand
Rapids, MI: Baker Publishing Group, 1989), 1.

Ibíd., 2.

Ibíd., 6.

Ibíd., 8.

Ibíd., 10.

Ibíd., 11–12.

Ibíd., 15.

Ibíd., 18.

Ibíd., 16.

Ibíd., 119.

Ibíd., 44.

Escaneado de Jesse Page, David Brainerd, el Apóstol de los Indios de América del Norte (Londres: SW Partridge & Co., 1891).

Edwards, Vida y diario, 46.

Ibíd.

Vance Christie, David Brainerd: Una llama para Dios (Londres: Christian Focus Publications, 2009), 40.

Edwards, Vida y diario, 60.

Escaneado desde: Jesse Page, David Brainerd, el Apóstol de América del Norte

Indios(Londres: SW Partridge & Co., 1891).

Edwards, Vida y diario, 71.

Ibíd., 81.

Ibíd., 75.

Ibíd., 102.

Escaneado de: Jesse Page, David Brainerd, el Apóstol de los Indios de América del Norte (Londres: SW Partridge & Co., 1891).

Edwards, Vida y diario, 166.

Ibíd., 172.

Ibíd., 220.

Ibíd., 110.

Ibíd., 127.

Ibíd., 285.

Christie, David Brainerd, 296.

Edwards, Vida y diario, 159. Ibíd., 156.

Ibíd., 119.

Capítulo 3: Carey

Jorge Herrero, *El Vida de Guillermo Carey*:
(Edimburgo: R. & R. Clark, 1885), 3.

Ibíd., 5.

Ibíd., 15.

Ibíd., 17.

Janet Benge y Geoff Benge, William Carey: Obligado a ir (Seattle, WA: YWAM Publishing, 1998), 47–48.

E. Myers Harrison, Héroes de la fe en los senderos de los pioneros (Chicago: Moody Press, 1945), 43.

Ibíd., 44.

William Carey, Una investigación sobre las obligaciones de los cristianos de utilizar medios para *La conversión de los paganos* (Moulton, Inglaterra: William Carey, 1792).

Ibíd.

Ibíd.

Harrison, Héroes de la fe en los senderos pioneros, 44–45. Smith, Vida de William Carey, 57.

Ibíd., 60.

Ibíd.

Benge y Benge, William Carey, 86. Ibíd., 90.

Ibíd., 92.

Ibíd., 96.

Ibíd., 122.

Ibíd., 117.

Smith, Vida de William Carey, 86.

Ibíd., 88.

Ibíd., 97.

Ibíd., 61.

Ibíd., 147.

Ibíd., 121.

Ibíd., 127.

Ibíd.

Ibíd., 131.

Ibíd., 134.

Ibíd., 137–138.

Ibíd., 101.

William Carey, grabado por J. Jenkins, The National Portrait Gallery, Volumen III, publicado © 1820 (litografía), Home, Robert (1752–1834) (después) Colección privada Ken Welsh / Bridgeman Images.

Smith, Vida de William Carey, 158. Ibíd., 108.

Ibíd., 181.

Ibíd., 184.

Ibíd., 166.

Benge y Benge, William Carey, 184.

Ibíd., 186.

Smith, Vida de William Carey, 343.

Benge y Benge, William Carey: Obligado a irse, 189. Smith, Vida de William Carey, 357.

Ibíd., 375.

Ibíd., 384.

Ibíd., 416.

Ibíd., 426.

Ibíd., 422.

Ibíd., 431.

Ibíd., 16.

Harrison, Héroes de la fe en los senderos pioneros, 36.

Capítulo 4: Judson

Edward Judson, La vida de Adoniram Judson (Nueva York, NY: Anson DF Randolph & Company, 1883), 26–29.

Courtney Anderson, A la orilla dorada: La vida de Adoniram Judson (Valley Forge, PA: Judson Press, 1987), 34.

Janet Benge y Geoff Benge, Adoniram Judson: Rumbo a Birmania (Seattle, WA: YWAM Publishing, 2000), 30.

Anderson, A la orilla dorada, 38.

Judson, Vida de Adoniram Judson, 12.

Anderson, A la orilla dorada, 52.

Ibíd., 50.

Judson, Vida de Adoniram Judson, 17. Ibíd., 19.

Ibíd., 24.

Ibíd., 33.

Ibíd., 20.

Anderson, A la orilla dorada, 84.

Judson, Vida de Adoniram Judson, 20.

Anderson, A la orilla dorada, 129.

Judson, Vida de Adoniram Judson, 39. Anderson, A la orilla dorada, 131. Ibíd., 133.

Benge y Benge, Adoniram Judson, 111.

Judson, Vida de Adoniram Judson, 105.

Ibíd., 54.

Ibíd., 78.

Ibíd., 76.

Ibíd., 106.

Ibíd., 127.

Ibíd., 187.

Ibíd., 144.

Ibíd., 151.

Benge y Benge, Adoniram Judson, 157.

Judson, Vida de Adoniram Judson, 154.

Ibíd., 163.

Ibíd., 194.

Ibíd., 197.

Ibíd., 210.

Ibíd., 216.

Anderson, Hacia la orilla dorada, 302.

Judson, Vida de Adoniram Judson, 219.

Ibíd., 221.

Ibíd., 235.

Anderson, Hacia la costa dorada, 322.

Judson, Vida de Adoniram Judson, 242–243.

Ibíd., 246.

Ibíd., 274.

Ibíd., 262.

Ibíd., 291–292.

Ibíd., 291.

Ibíd., 292.

Ibíd., 298.

Ibíd., 362.

Ibíd., 377.

Ibíd., 378.

Ibíd., 393.

Ibíd., 405.

Anderson, Hacia la orilla dorada, 423.

Judson, Vida de Adoniram Judson, 430.

Ibíd., 422.

Ibíd., 445.

Ibíd., 450.

Ibíd., 463.

Ibíd., 485.

Anderson, *A la orilla dorada*, 465.

Ibíd., 481.

Judson, Vida de Adoniram Judson, 530.

Ibíd., 532.

Anderson, A la orilla dorada, 496.

Ibíd., 499.

Judson, Vida de Adoniram Judson, 545.

Anderson, Hacia la Costa Dorada, 504.

Judson, Vida de Adoniram Judson, 14-15.

Capítulo 5: Hawái

Hiram Bingham, Una residencia de veintiún años en las Islas Sandwich (Hartford, CT: S. Converse, 1848), capítulo 11. Consultado en <https://archive.org/details/aresidencetwent01binggoog>.

Char Miller, “La formación de un misionero: La odisea de Hiram Bingham”, Hawaiian *Diario de Historia* 13(1979): 36–45, evols.library.manoa.hawaii.edu/bitstream/handle/10524/178/JL13C44.pdf?seguencia=2.

Bingham, Una residencia de veintiún años, capítulo 3.

Ibíd.

Miller, “La formación de un misionero”, 43.

Bingham, Una residencia de veintiún años, capítulo 3.

Ibíd.

Ibíd., capítulo 2.

Ibídem.

Ibíd., capítulo 3.

Lucy Goodale Thurston, Vida y época de la señora Lucy G. Thurston

(Ann Arbor, MI: SE Andrews, 1882), 27.

Ibíd

Bingham, Una residencia de veintiún años, capítulo 3.

Thurston, Vida y época de la señora Lucy, 40.

Ibíd., capítulo 1.

Ibíd., capítulo 4.

Ibíd., capítulo 7.

Ibíd., capítulo 4.

Ibíd., capítulo 7.

Ibíd., capítulo 5.

Ibíd., capítulo 6.

Ibíd., capítulo 8. Ibíd.

Ibíd., capítulo 9. Ibíd.

Ibídem.

Ibíd., capítulo 10.

Ibíd., capítulo 9.

Thurston, Vida y época de la señora Lucy, 46.

Bingham, Una residencia de veintiún años, capítulo 11.

Ibíd., capítulo 10.

Ibíd. Ibíd.

Ibíd., capítulo 11.

Ibíd., capítulo 14.

Ibíd., capítulo 17.

Ibíd.

Ibíd., capítulo 23.

Ibíd., capítulo 19.

Ibíd., capítulo 21.

Eileen Moffett, “Betsey Stockton: Misionera estadounidense pionera”, Ministerios de Ultramar Estudiar Centro, 1995, www.thefreelibrary.com/Betsey+Stockton%3A+pionera+misionera+estadounidense

a016921617, 2.), 2.

David W. Wills y Albert J. Raboteau, Religión afroamericana: una interpretación histórica con documentos representativos (Chicago: University of Chicago Press, 2006), 2.

Ibíd

Wills y Raboteau, Religión afroamericana, 3.

Ibíd.

“Diario de Betsey Stockton: 20 de noviembre de 1822 - 4 de julio de 1823”, Los fideicomisarios del Amherst College y la religión afroamericana: un proyecto de historia documental,

Ibíd., 12.

Ibíd., 16.

Ibíd.

Moffett, “Betsey Stockton”, 3.

Ibíd.

Ibíd.

Wills y Raboteau, Religión afroamericana, 4.

Ibídem.

Moffett, “Betsey Stockton”, 4.

Titus Coan, La vida en Hawái: vida y labores en la misión (Nueva York, NY: Anson DF Randolph & Company, 1882), 5.

Ibíd., 7.

Ibíd., 13.

Charles Finney, Conferencias sobre el renacimiento de la religión (Nueva York, NY: FH Revell, 1868), 13.

Coan, La vida en Hawaii, 23.

Ibíd., 43.

Bingham, Una residencia de veintiún años, capítulo 21.

Coan, La vida en Hawaii, 44.

Bingham, Una residencia de veintiún años, capítulo 22.

Coan, Vida en Hawaii, 55.

“Hawái Excelente Despertar,” Evangelio Verdad Ministerios,
2000, www.gospeltruth.net/hawaii_revival.htm.

Bingham, Una residencia de veintiún años, capítulo 22.

Coan, Vida en Hawaii, 45.

Ibíd., 46.

Ibíd., 49.

Ibíd., 51.

Ibíd., 52.

Ibíd., 57.

“El gran despertar de Hawái”, 1.

Coan, Vida en Hawái, 67–68.

Ibíd., 279.

Ibíd., 82.

Ibíd., 88.

Ibíd., 89.

“El gran despertar de Hawái”, 1.

Coan, Vida en Hawái, 128.

Ibíd., 130.

Ibíd., 139.

Ibíd., 90.

Ibíd., 167.

Ibíd., 119.

“El gran despertar de Hawái”, 2.

Coan, Vida en Hawái, 249.

Ibíd., 236.

“El gran despertar de Hawái”, 2.

Capítulo 6: Livingstone

Janet Benge y Geoff Benge, David Livingstone: El pionero de África (Seattle, WA: YWAM Publishing, 1999), 11–13.

Sam Wellman, David Livingstone, misionero y explorador (Uhrichsville, OH: Barbour Publishing, 1995), 29.

Ibíd., 43.

Ibíd., 44.

Benge y Benge, David Livingstone: El pionero de África, 75–77.

Ibíd., 137.

Ibíd., 43.

Ibíd., 157.

Wellman, David Livingstone: Misionero y explorador, 105.

Benge y Benge, David Livingstone: Pionero de África, 161.

Ibíd., 161–163.

Wellman, David Livingstone: Misionero y explorador, 116.

Ibíd., 121.

Eugene Myers Harrison, *Gigantes de el Sendero Misionero*

Benge y Benge, David Livingstone: El pionero de África, 73.

Ibíd., 178.

Wellman, David Livingstone: Misionero y explorador, 168.

Martin Dugard, *En África: Las aventuras épicas de Stanley y Livingstone* (Nueva York: Broadway Books, 2004), 102.

Benge y Benge, David Livingstone: El pionero de África, 189.

Ibíd., 196.

Wellman, David Livingstone: Misionero y explorador, 183.

“MaryMoffatGravestone” de Soccerman321. Obra propia. Licencia Creative Commons. Los comunes Atribución 3.0, <http://commons.wikimedia.org/wiki/File:MaryMoffatGravestone.JPG#mediavi>

Wellman, David Livingstone: Misionero y explorador, 184.

Benge y Benge, David Livingstone: El pionero de África, 199–200.

Ibíd., 187.

Dugard, *Hacia África*, 210–211.

Harrison, *Gigantes*, 155.

Ibíd., 228.

Ibíd., 263.

Ibíd., 280.

Ibíd., 283.

Ibíd., 156.

Ibíd., 314.

WG Blaikie, *La vida personal de David Livingstone* (Nueva York: Harper & Brothers, 1881).

Harrison, *Gigantes*, 146.

Capítulo 7: Taylor

Janet Benge y Geoff Benge, *Hudson Taylor: En lo profundo del corazón de China* (Seattle, WA: JUCUM Publishing, 1998), 187.

Howard Taylor y Geraldine Taylor, *J. Hudson Taylor: El hombre de Dios en China* (Chicago: Moody Press, 1965), 311.

Ibíd., 6.

Ibíd., 7.

Ibíd., 8.

Ibíd., 11.

Ibíd., 29.

Ibíd.

Ibíd., 31.

Ibíd., 32.

Benge y Benge, *Hudson Taylor*, 58.

Ibíd., 44–45.

Taylor y Taylor, *J. Hudson Taylor*, 17.

Benge y Benge, *Hudson Taylor*, 85.

Taylor y Taylor, *J. Hudson Taylor*, 59.

Ibíd., 76.

Ibíd., 99.

Ibíd., 125.

Ibíd., 129.

Benge y Benge, Hudson Taylor, 139. Taylor y Taylor, J. Hudson Taylor, 143.

Ibíd., 139.

Ibíd., 151.

Ibíd., 152.

Ibíd., 162.

Ibíd., 163.

Ibíd., 165–166

Ibíd., 171.

Ibíd., 173.

Ibíd., 187.

Benge y Benge, Hudson Taylor, 183.

Taylor y Taylor, J. Hudson Taylor, 197.

Ibíd., 212.

Ibíd., 208.

Ibíd., 221.

Ibíd., 219.

Ibíd., 229.

Ibíd., 233.

Ibíd., 237.

Benge y Benge, Hudson Taylor, 199.

Taylor y Taylor, J. Hudson Taylor, 242.

Ibíd., 247.

Ibíd., 255.

Ibíd., 277.

Ibíd., 323.

Ibíd., 324.

Ibíd., 325.

Ibíd., 312.

Ibíd., 316.

Ibíd., 350.

Benge y Benge, Hudson Taylor, 201. Taylor y Taylor, J. Hudson Taylor, 353. Ibíd., 360.

Ibídem.

Ibíd., 240.

Confraternidad Misionera Internacional de Ultramar (OMF Internacional), anteriormente China Inland Mission, www.omf.org.

Taylor y Taylor, 240.

Capítulo 8: Carmichael

Amy Carmichael, *Cordón de oro: La historia de una comunidad* (Fort Washington, PA: Christian Literature Crusade, 1974), 33.

Ibíd., 34.

Frank L. Houghton, Amy Carmichael de Dohnavur (Fort Washington, PA: Christian Literature Crusade, 1979), 38.

Ibíd., 12.

Ibíd., 22.

Elisabeth Elliot, *Una oportunidad de morir: La vida y el legado de Amy Carmichael* (Grand Rapids, MI: Fleming H. Revell, 1987), 19.

Houghton, Amy Carmichael de Dohnavur, 35. *Ibíd.*, 36.

Ibíd., 37.

Carmichael, Cordón de oro, 15.

Houghton, Amy Carmichael de Dohnavur, 39 años.

Sam Wellman, Amy Carmichael: Sierva desinteresada de la India (Uhrichsville, OH: Barbour Publishing, 1998), 26.

Elliot, Oportunidad de morir, 37.

Ibíd., 41.

Ibíd.

Houghton, Amy Carmichael de Dohnavur, 14 años.

Ibíd., 57.

Ibíd., 59.

Ibíd., 65.

Ibíd., 67.

Wellman, Amy Carmichael: Sierva desinteresada de la India, 53.

Houghton, Amy Carmichael de Dohnavur, 79.

Ibíd., 87–88.

Ibíd., 89.

Ibíd., 91.

Ibíd., 92.

Elliot, Oportunidad de morir, 93.

Houghton, Amy Carmichael de Dohnavur, 97.

Elliot, Oportunidad de morir, 100.

Wellman, Amy Carmichael: Siervo desinteresado de la India, 78.

Elliot, Oportunidad de morir, 117.

Ibíd., 118.

Ibíd., 122.

Houghton, Amy Carmichael de Dohnavur, 116.

Ibíd., 122.

Wellman, Amy Carmichael: Siervo desinteresado de la India, 98.

Carmichael, Cordón dorado, 333.

Ibíd

Elliot, Oportunidad de morir, 140.

Houghton, Amy Carmichael de Dohnavur, 127.

Ibíd., 129.

Wellman, Amy Carmichael: Sierva desinteresada de la India, 104–105.

Houghton, Amy Carmichael de Dohnavur, 52.

Carmichael, Cordón de oro, 43.

Ibíd., 44.

Ibíd., 59.

Houghton, Amy Carmichael de Dohnavur, 161.

Carmichael, Gold Cord, 91.

Ibíd., 95.

Ibíd., 78.

Ibíd., 117.

Houghton, Amy Carmichael de Dohnavur, 96.

Ibíd., 200.

Carmichael, Cordón de oro, 372.

Elliot, Oportunidad de morir, 241.

Ibíd., 253.

Carmichael, Cordón dorado, 229.

Ibíd.

Ibíd., 287.

Ibíd., 196.

Elliot, Oportunidad de morir, 268.

Houghton, Amy Carmichael de Dohnavur, 287.

Ibíd., 297.

Carmichael, Cordón de oro, 314.

Katherine Makower, Sigue a mi líder: Murray Webb-Peploe (Eastbourne, Inglaterra: Kingsway Publications, 1984), 83.

Ibíd., 94.

Houghton, Amy Carmichael de Dohnavur, 310.

Amy Carmichael, If (Fort Washington, PA: Cruzada de Literatura Cristiana), 16. Houghton, Amy Carmichael de Dohnavur, 350.

Carmichael, Si, 20.

Makower, Sigue a mi líder, 160.

Carmichael, Cordón dorado, 372.

Makower, Sigue a mi líder, 164.

Elliot, Oportunidad de morir, 369.

Ibíd., 372.

Ibíd.

Carmichael, Si, 22.

Elliot, Oportunidad de morir, 272.

Carmichael, Cordón dorado, 203.

Capítulo 9: Goforth

“Jonatán "Adelante" por Greg Gordon.

<http://www.sermonindex.net/modules/myalbum/photo.php?lid=372>.

Licenciado bajo dominio público.

Jonathan Goforth, *By My Spirit* (Londres y Edimburgo: Marshall, Morgan & Scott, LTD.), capítulo 13.

Rosalind Goforth, *Goforth de China* (Grand Rapids, MI: Zondervan Publishing House, 1937), 162.

Ibíd., 166.

Ibíd., 22.

Ibíd., 24

Ibíd., 25.

Ibíd., 29.

Ibíd., 49.

Ibíd.

Ibíd., 56–57.

Ibíd., 61–62.

Ibíd., 70.

Goforth, *Cómo sé que Dios responde a las oraciones* (New Kensington, PA: Whitaker House, 2014), 11.

Goforth, Goforth de China, 58. Goforth, Cómo lo sé, 88.

Ibíd., 85.

Goforth, Cómo lo sé, 14.

Jonathan Goforth y Rosalind Goforth, Vidas milagrosas de China (Elkhart, IN: Bethel Publishing, 1988), 33.

Ibíd., 35.

Goforth, Goforth de China, 105.

Ibíd., 106.

Ibíd., 107.

Goforth, Cómo lo sé, 19-20. Goforth, Goforth de China, 110.

Ibíd.

Ibíd., 119.

Goforth, Cómo lo sé, 121.

Ibíd., 25.

Ibíd., 27.

Ibíd., 27–29.

Goforth, Goforth de China, 135.

Ibíd.

Ibíd., 136.

Goforth, Cómo lo sé, 31. Ibíd., 33.

Goforth y Goforth, Vidas milagrosas de China, 63. Goforth, Goforth de China, 156.

Ibíd., 169.

Ibíd., 179.

Ibíd., 181.

Ibíd.

Jonathan Adelante, *Cuando el Espíritu Fuego Barrido Corea*

(No publicación información disponible), 5.

Goforth, Por mi Espíritu, 29–30. Goforth, Goforth de China, 187.

Goforth, Por mi Espíritu, capítulo 3.

Ibíd., capítulo 2.

Goforth, Goforth de China, 187. Goforth, Por mi Espíritu, capítulo 4.

Ibíd., capítulo 8.

Ibídem.

Ibíd., capítulo 13.

Goforth, Goforth de China, 194–196. Ibíd., 205.

Goforth y Goforth, Vidas milagrosas de China, 99.

Goforth, Goforth de China, 233.

Ibíd., 239.

Ibíd., 240.

Ibíd., 252.

Ibíd., 257.

Ibíd., 270.

Ibíd., 280.

Ibíd., 282.

Ibíd., 310.

Ibíd., 315.

Ibíd., 318.

Ibíd., 330.

Ibíd., 334.

“Jonathan Goforth y su esposa” de Greg Gordon,
<http://www.sermonindex.net/modules/myalbum/photo.php?lid=371>.
Licenciado bajo dominio público.

Goforth, Goforth de China, 213.

Ibíd., 348.

Ibíd., 349.

Goforth, Cuando el fuego del Espíritu arrasó Corea, 1.

Goforth, Goforth de China, 38.

Ibíd., 54.



GENERALES DE DIOS

THE MISIONARIES

Roberts Lairdon